

[CONTRA JULIANUM.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS CONTRA JULIANO.

En estos libros, Jerónimo presbítero es alabado como si ya hubiera fallecido (Lib. 1, n. 34; lib. 2, n. 36). Además, él dejó este mundo el año 420 d.C., el día antes de las calendas de octubre. Por lo tanto, no es posible situar estos libros antes del año 421. En efecto, el mismo Agustín en sus Retracciones los menciona después de la obra dirigida a Bonifacio, que fue escrita contra dos cartas de los Pelagianos en el año 420, o no mucho después.

En el primer libro, Agustín, al confirmar el dogma del pecado original que ya había explicado en su libro anterior sobre el Matrimonio y la Concupiscencia, muestra primero que la acusación de error maniqueo, con la que Juliano intentaba afectar a los defensores católicos de este dogma, recae sobre los más ilustres Padres, tanto griegos como latinos. En la segunda parte del libro, demuestra que los maniqueos son enormemente favorecidos por algunas temerarias sentencias del propio Juliano.

En el segundo libro, refuta cinco argumentos de los pelagianos contra el pecado original con la autoridad de los doctores de la Iglesia precedentes, es decir, de diez obispos ilustres: Ireneo, Cipriano, Reticio, Olimpio, Hilario, Gregorio Nacianceno, Ambrosio, Basilio, Juan de Constantinopla e Inocencio; así como con el testimonio del presbítero Jerónimo, hombre santo y muy erudito.

A partir de aquí, Agustín opone a cada uno de los cuatro libros de Juliano, uno de los suyos, examinando todas sus afirmaciones, omitiendo solo aquellas que no presentan ninguna dificultad. En su tercer libro, refuta el primer libro del adversario, probando contra él que, aunque Dios es el buen creador de los hombres y el matrimonio es bueno y establecido por Él, la concupiscencia, por la cual la carne desea contra el espíritu, es mala. El matrimonio puede usar bien este mal, y la continencia es mejor al no usarlo. Este mal no nos es mezclado de otra sustancia coeterna a Dios, como delira el maniqueo, sino que surgió y se transmitió por la desobediencia de Adán, y debe ser expiado y sanado por la obediencia de Cristo. También muestra, a partir de las propias palabras de Juliano, que la libido es mala.

En el cuarto libro, contra el segundo libro de Juliano, enseña principalmente dos cosas: primero, que las virtudes de los infieles no son verdaderas; segundo, que la concupiscencia es mala, lo cual demuestra incluso con las sentencias de los gentiles, aprovechando la ocasión que le brinda Juliano. Hacia la mitad del libro, muestra brevemente cómo la gracia no se da según los méritos, y sin embargo no debe referirse al destino; y cómo debe entenderse lo que dice el Apóstol, que Dios quiere que todos los hombres se salven.

En el quinto libro, al refutar el tercer libro del adversario, explica por qué la multitud cristiana detesta la nueva herejía que niega el pecado original, ya que sabe que la imagen de Dios sufre aquí tantos tormentos en los pequeños, y si mueren sin bautismo, son excluidos del reino de Dios. Prueba que los primeros padres tomaron taparrabos por la vergüenza que vino del pecado. Que el pecado puede ser el castigo de un pecado precedente. Que de la misma masa de condenación unos son elegidos gratuitamente, otros hechos vasos de ira. Que la concupiscencia no es digna de alabanza porque la desobediencia del hombre es castigada por ella; sino que siempre es mala, incluso en aquellos que no consienten en ella. Cómo debe entenderse aquello del Apóstol, que cada uno sepa poseer su vaso. Que el matrimonio sin concubito, como fue el de María con José, es verdadero. Que es en vano que Juliano argumente contra el pecado original desde las categorías aristotélicas. Qué diferencia hay

entre la carne de Cristo y la carne de pecado de los demás hombres. Que los católicos no favorecen en absoluto a los maniqueos al reconocer el mal de la libido y el vicio del origen; sino más bien a los pelagianos, cuando dicen que "de aquello que está libre de pecado" no nacen pecados.

Finalmente, en el sexto libro, respondiendo al cuarto de Juliano, confirma que el hombre nace con pecado a partir del bautismo de los niños, de las palabras del Apóstol y del rito del exorcismo de la exsuflación de los bautizandos. Expone convenientemente con el ejemplo del olivo y el acebuche cómo de padres regenerados y justos nacen hijos pecadores y que deben ser regenerados. Muestra que el pecado original en los primeros padres fue voluntario, y aunque nos es ajeno en cuanto a la propiedad de la acción, es nuestro por el contagio de la propagación. Que por el mérito de este pecado, el género humano es afligido desde la infancia con tantas miserias, y que los pequeños que mueren sin la gracia de la regeneración son excluidos del reino de Dios. Cómo la concupiscencia permanece en acto, pero pasa en culpa. Revoca al entendimiento católico los testimonios de Pablo que Juliano había interpretado perversamente. Finalmente, interpreta la autoridad de Ezequiel, que Juliano abusaba, según el sentido legítimo.

CARTA CCVII DE AGUSTÍN. (C)

Al beatísimo hermano y co-obispo CLAUDIO, AGUSTÍN, salud en el Señor.

Puesto que, movido por el afecto fraternal, me enviaste los cuatro libros de Juliano, que escribió contra uno mío, antes de que yo los pidiera, no consideré que hubiera nada más conveniente que hacer que permitirte a ti, que lees lo que respondo, juzgar si he respondido correctamente y de manera adecuada. Pues de esos cuatro libros, alguien había extraído algunas cosas y las había escrito a un ilustre y religioso hombre, el conde Valerio, contra ese mismo libro mío, que sabía que yo había escrito para él: y cuando, gracias a ese mismo sublime hombre, llegaron a mis manos, no tardé en añadir un segundo volumen, en el que refuté todo eso, en la medida de mis posibilidades. Pero ahora que he examinado esos mismos libros con más detenimiento, he descubierto que aquel que había seleccionado algunas cosas de ellos, no las había puesto todas tal como se leen en esos libros. Por lo cual podría parecerle a Juliano, o a cualquiera de ellos, que yo más bien había mentado; porque ciertamente no pudieron hacerse conocer de la misma manera esos cuatro libros, como aquellas cosas que fueron extraídas de ellos y enviadas al mencionado conde. Por tanto, quienquiera que haya leído también ese segundo libro mío al conde Valerio, como el primero, sepa que en algunos casos no respondí a Juliano; sino más bien a quien seleccionó esas cosas de sus libros, y no las puso tal como las encontró, sino que pensó que debían ser cambiadas un poco; tal vez para hacerlas suyas de esa manera, aunque constara que eran ajenas. Ahora, creyendo que los ejemplares que tu Santidad envió son más verdaderos, veo que debo responder al mismo autor, quien se jacta de haber refutado mi único libro con sus cuatro, y no cesa de esparcir por todas partes el veneno de la fe. Por lo tanto, he emprendido esta obra con la ayuda del Salvador de los pequeños y grandes; y sé que has orado por mí para que la completara, y por aquellos a quienes creemos y deseamos que nuestros trabajos de este tipo sean de provecho. Atiende, pues, ya a mi respuesta, cuyo principio seguirá a esta carta. Adiós en el Señor, recuerda de nosotros, hermano beatísimo.

SAN AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, CONTRA JULIANO, defensor de la herejía pelagiana, SEIS LIBROS. (C)

LIBRO PRIMERO.

Asume la defensa de la sentencia católica sobre el pecado original, explicada por él en el primer libro sobre el Matrimonio y la Concupiscencia, contra Juliano, quien se atrevió a atacarla en cuatro voluminosos libros, sin temer aplicar el nombre de maniqueos a sus defensores. Agustín muestra que esta execrable acusación recae sobre los más ilustres Padres, tanto griegos como latinos, aportando testimonios de ellos, con respuesta a los pasajes de Basilio y Juan Crisóstomo que Juliano cree que le favorecen. En la parte final del libro, muestra que la herejía de los maniqueos es enormemente favorecida por algunas temerarias sentencias del propio Juliano.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Si dijera que desprecio tus injurias y palabras maldicientes, Juliano, que exhalaste en cuatro libros con ardiente ira, mentiría. Pues, ¿cómo puedo despreciar estas cosas, cuando, pensando en el testimonio de mi conciencia, veo que debo alegrarme por mí o dolerme por ti y por aquellos que son engañados por ti? ¿Quién desprecia la materia de su propia exultación o tristeza? Pues de aquello que en parte nos alegra y en parte nos entristece, no lo despreciamos de ninguna manera. La causa de mis alegrías es la promesa del Señor que dice: "Cuando digan todo mal contra vosotros, mintiendo, por mi causa; alegraos y exultaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos" (Mat. V, 11, 12). Y nuevamente, la causa de mi tristeza es el afecto del Apóstol, donde leo: "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (II Cor. XI, 29). Pero estas cosas, por tu dogma, que crees que es la verdad, también tú puedes decirlas. Qütemos, pues, de en medio, si te parece, estas cosas comunes, que pueden decirse de ambas partes: aunque no pueden decirse verdaderamente de ambas partes.

2. Primero te pregunto, ¿por qué te glorías de haber respondido al menos en apariencia a mi libro, cuando en tus cuatro libros no has tocado ni la cuarta parte de mi único libro, reprendiéndolo, y has hecho tales saltos al pasar por alto mis disputaciones, como si desearas completamente de que pudiera haber algún lector de ambas obras, tanto de la mía como de la tuya, que pudiera percatarse de esto? Finalmente, incluso esas pocas cosas, en las que apenas hay, como dije, una cuarta parte de mi volumen, que, considerándolas más débiles, intentaste derribar y aplastar con el estruendo de tus cuatro voluminosos libros, como con el ímpetu de cuadrigas, se muestran inamovibles por la consideración de muchas más cosas restantes que temiste tocar: lo cual es casi superfluo demostrar. Pues más bien deben ser advertidos aquellos que desean conocer esto, para que no les moleste leer ambos, tanto lo que escribí como lo que quisiste responder. Así, la misma cosa se declara y se indica, de modo que son demasiado lentos aquellos que nos piden que lo demostremos.

3. Ahora, pues, viendo que, abandonada la verdad, te has vuelto a las maldiciones, distribuiré mi disputa de tal manera que primero mostraré a cuántos y qué clase de doctores de la Iglesia católica no vacilas en aplicarles la intolerable injuria del nombre de maniqueos, y cuando me atacas, a quiénes lanzas tus dardos sacrílegos. Luego mostraré que tú mismo ayudas tanto al error condenable y de nefanda impiedad de los maniqueos, que no pueden encontrar un defensor tal ni siquiera entre sus propios seguidores. En tercer lugar, en la medida en que pueda brevemente, con sentencias no mías, sino de aquellos que fueron antes que nosotros y defendieron la fe católica contra los impíos, refutaré tus vanas argucias y elaborados argumentos. Finalmente, puesto que si no te corriges, te será necesario también atacar a esos doctores de la Iglesia católica, y contender que ni siquiera ellos mantuvieron la verdad católica en esta cuestión, defenderé contra ti, con la ayuda de Dios, tanto su fe como la nuestra: donde también podrá aparecer que no solo tú con tus palabras, lo cual prometí

demostrar en segundo lugar, sino el mismo dogma pelagiano, que es común a todos vosotros, cuánto ayuda a los maniqueos.

CAPÍTULO II.

4. Así que, observa un momento cómo llevaré a cabo la primera parte de mi distribución. Sin duda, entre nosotros, en cuanto a la intención de mi libro, al que te jactas de haber respondido con tus cuatro, la cuestión es que yo digo que las nupcias deben ser alabadas de tal manera que de ninguna manera se atribuya a ellas la culpa y vituperación de que todos los hombres nacen sujetos al pecado de aquellos primeros hombres. Pues quien niega esto, intenta subvertir los fundamentos mismos de la fe cristiana. Por esto fue que escribí un libro sobre el matrimonio y la concupiscencia: discerniendo el bien del matrimonio de ese mal del que se deriva el pecado original. Pero tú dices que las nupcias sin duda son condenadas, a menos que lo que nace de ellas esté libre de toda obligación de pecado: por lo cual te glorías de haber refutado mi único libro con tus cuatro voluminosos libros. En esos libros, queriendo apartar a los hombres de la fe católica más firmemente establecida, y llevarlos a la novedad de vuestro error, a menudo infundes en los sentidos de los lectores el horror de la peste maniquea: como si el mal natural lo compartiera con los maniqueos quien dice que los infantes nacidos carnalmente según Adán, contraen el contagio de la muerte antigua en su primer nacimiento, y por esto necesitan el segundo, para que por el lavacro de la regeneración sean purificados primero por la remisión del pecado original, y adoptados como hijos de Dios sean trasladados al reino del Unigénito. Esto mismo hacía Joviniano con el nombre y crimen de los maniqueos, negando que la virginidad de la santa María, que fue mientras concebía, permaneció mientras daba a luz: como si creyéramos con los maniqueos que Cristo fue un fantasma, si decimos que surgió de la virginidad incorrupta de su madre. Pero con la ayuda del mismo Salvador, así como los católicos despreciaron el argumento que Joviniano esgrimía como agudísimo, y no creyeron que la santa María fue corrompida al dar a luz, ni que el Señor fue un fantasma, sino que ella permaneció virgen después del parto, y sin embargo de ella surgió el verdadero cuerpo de Cristo: así despreciarán vuestras vanas calumnias, de modo que ni con los maniqueos afirmen el principio natural del mal, y según la antigua y verdadera fe católica no duden en creer que Cristo es el liberador de los pequeños al anular el documento de deuda paterna.

CAPÍTULO III.

5. Pero tú, que tan frecuentemente nos opones el nombre de los maniqueos, observa si despiertas a cuántos y qué clase de hombres y cuántos defensores de la fe católica te atreves a atacar con tan execrable acusación. No prometo reunir las sentencias de todos sobre este asunto, ni de todos aquellos que mencionaré; porque es demasiado largo, y no creo que sea necesario: pero pondré algunas de unos pocos, con las cuales, sin embargo, nuestros contradictores se verán obligados a avergonzarse y ceder; si en ellos hay algún temor de Dios o vergüenza humana que supere tanto mal de obstinación. Ireneo, obispo de Lyon, no estuvo lejos de los tiempos de los Apóstoles: él dice, "No de otra manera se salvan los hombres de la antigua plaga de la serpiente, sino creyendo en aquel que, según la semejanza de la carne de pecado, fue exaltado en el madero del martirio, y atrajo a todos hacia sí, y vivificó a los muertos" (Lib. 4, cap. 5). También él mismo: "Así como el género humano fue atado a la muerte por la transgresión del primer hombre, sea desatado por una virgen, con la balanza igualada, la desobediencia virginal por la obediencia virginal. Pues aún recibiendo el pecado del protoplasto la corrección por la enmienda del primogénito, la prudencia de la serpiente fue vencida por la simplicidad de la paloma, y fuimos desatados de aquellos vínculos por los cuales estábamos atados a la muerte" (Lib. 5, cap. 19). ¿Ves al antiguo hombre de Dios, qué

piensa de la antigua plaga de la serpiente? ¿Qué de la semejanza de la carne de pecado, por la cual se sana la plaga de la serpiente en la carne de pecado? ¿Qué del pecado del protoplasto, por el cual estábamos atados?

6. Pero mucho más claramente sobre la misma fe, el beatísimo mártir y obispo Cipriano: "Si algo pudiera impedir a los hombres la consecución de la gracia, más bien los adultos y mayores podrían ser impedidos por pecados más graves. Pero si a los más graves delincuentes y a los que mucho antes pecaron contra Dios, cuando después creen, se les da la remisión de los pecados, y nadie es prohibido del Bautismo y la gracia; cuánto más no debe ser prohibido el infante, que recién nacido no ha pecado en nada, sino que, nacido carnalmente según Adán, contrajo el contagio de la muerte antigua en su primer nacimiento. Quien para recibir la remisión de los pecados se acerca más fácilmente, porque se le perdonan, no sus propios, sino los pecados ajenos" (Epist. 64, ad Fidum).

7. Que Reticio, obispo de Autun, fue de gran autoridad en la Iglesia en el tiempo de su episcopado, nos lo indican aquellos actos eclesiásticos, cuando en la ciudad de Roma, presidida por Melquiades, obispo de la Sede Apostólica, junto con otros fue juez, y condenó a Donato, quien fue el primer autor del cisma de los donatistas, y absolvió a Ceciliano, obispo de la Iglesia de Cartago. Él, al tratar sobre el Bautismo, habló así: "Por lo tanto, esta indulgencia principal en la Iglesia no pasa desapercibida para nadie, en la cual exponemos todo el peso del antiguo crimen, y borramos los antiguos delitos de nuestra ignorancia, donde también nos despojamos del hombre viejo con sus crímenes innatos." ¿Escuchas el peso del antiguo crimen, escuchas los antiguos delitos, escuchas al hombre viejo con sus crímenes innatos? ¿Y te atreves a construir una novedad ruinosa contra esto?

8. Olimpio, obispo español, hombre de gran gloria en la Iglesia y en Cristo, en un sermón eclesiástico: "Si la fe alguna vez hubiera permanecido incorrupta en la tierra, y hubiera mantenido las huellas firmemente fijadas, que dejó marcadas, nunca la transgresión mortal del protoplasto habría esparcido el vicio en la descendencia, para que el pecado naciera con el hombre." ¿Tienes algo que decir contra nosotros que no te veas obligado a decir también contra él, o más bien contra ellos? Pues una es la fe católica de todos, que por un solo hombre el pecado entró en el mundo, en el cual todos pecaron (Rom. V, 12), creen con un solo corazón, confiesan con una sola boca, y con la antigüedad católica subvierten vuestras presunciones novedosas.

9. Escucha aún lo que puede conmoverte más y turbarte, y ojalá cambiarte para mejor. ¿Quién ignora a Hilario, obispo de Galia, defensor acérrimo de la Iglesia católica contra los herejes? Quien al tratar sobre la carne de Cristo, presta atención a lo que dijo: "Por lo tanto, cuando fue enviado en la semejanza de la carne de pecado (Rom. VIII, 3), no tuvo pecado como tuvo carne. Pero porque toda carne es de pecado, deducida del pecado, a saber, del padre Adán, fue enviado en la semejanza de la carne de pecado, existiendo en él no el pecado, sino la semejanza de la carne de pecado." Nuevamente, él mismo en la Exposición del Salmo ciento dieciocho, cuando llegó a lo que está escrito, "Viva mi alma, y te alabará" (Sal. CXVIII, 175): "No se considera vivir en esta vida; pues había dicho, 'He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre' (Sal. L, 7). Sabe que nació bajo el origen del pecado y bajo la ley del pecado." ¿Sientes lo que escuchas? ¿Buscas qué decir? A este hombre, tan ilustre en los obispos católicos, tan conocido y famoso, atrévete, si tienes algo de frente, a acusarlo sobre el pecado original.

10. Pero escucha aún a otro excelente dispensador de Dios, a quien venero como a un padre: pues en Cristo Jesús por el Evangelio él mismo me engendró (I Cor. IV, 15), y de él, ministro de Cristo, recibí el lavacro de la regeneración. Hablo del bienaventurado Ambrosio, cuya gracia, constancia, trabajos y peligros por la fe católica, tanto en obras como en palabras, he experimentado yo mismo, y conmigo no duda en proclamar el mundo romano. Este hombre, al exponer el Evangelio según Lucas, dijo: «El Jordán se volvió hacia atrás (Salmo CXIII, 3): significó los futuros misterios del lavacro de salvación, por los cuales, en los comienzos de su naturaleza, los que sean bautizados siendo niños, son reformados de la malicia» (Libro 1 en Lucas, n. 36). Nuevamente, en la misma obra, dice: «No fue el coito viril el que desveló los secretos del vientre virginal; sino que el Espíritu Santo infundió la semilla inmaculada en el útero inviolable. Pues solo el Señor Jesús, nacido de mujer, es santo en todo, quien no sintió las corrupciones terrenales por la novedad de un parto inmaculado, y las rechazó con su majestad celestial» (Libro 2, n. 56). Asimismo, en la misma obra: «Todos morimos en Adán, porque por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron. Por tanto, la culpa de él es la muerte de todos» (Libro 4, n. 67, en Lucas IV, 38). En otro lugar de ese mismo Evangelio: «Cuídate, pues,» dice, «de no quedar desnudo, como Adán quedó desnudo, despojado de la custodia del mandato celestial, y despojado del vestido de la fe, y así recibió la herida mortal, en la cual habría perecido todo el género humano, si aquel Samaritano descendiendo no hubiera curado sus amargas heridas» (Libro 7, n. 73, en Lucas X, 30). Nuevamente, en la misma obra, en otro lugar: «Fue Adán, y en él fuimos todos: pereció Adán, y en él todos perecieron» (Libro 7, n. 234, en Lucas XV, 24). Nuevamente, en la Apología del profeta David: «Antes de nacer,» dice, «somos manchados por el contagio, y antes de disfrutar de la luz, recibimos la injuria de nuestra misma origen, en iniquidad somos concebidos. No expresó,» dice, «si de los padres, o nuestra. Y en delitos cada uno es engendrado por su madre. Tampoco aquí declaró, si en sus delitos la madre da a luz, o si ya hay algunos delitos del que nace. Pero mira si no debe entenderse ambos. Ni la concepción está exenta de iniquidad, ya que los padres no carecen de caída: y si ni siquiera el infante de un día está sin pecado, mucho menos los días de la concepción materna están sin pecado. Somos concebidos, pues, en el pecado de los padres, y en sus delitos nacemos. Pero también el parto mismo tiene sus contagios, y no solo uno tiene la misma naturaleza de contagio» (Cap. 11). El mismo en la Exposición del libro de Tobías: «¿Quién es este,» dice, «usurero del pecado, sino el diablo, de quien Eva tomó prestado el pecado, y con los intereses de la sucesión obligó a todo el género humano» (Cap. 9)? Nuevamente, en el mismo: «El diablo,» dice, «engañó a Eva, para suplantar al hombre, obligar la herencia» (Cap. 23). El mismo en la Exposición del Salmo cuarenta y ocho: «Otra es,» dice, «nuestra iniquidad, otra la de nuestro talón, en el cual Adán fue herido por el diente de la serpiente, y dejó la herencia obligada de la sucesión humana con su herida, para que todos cojeemos con esa herida» (En vers. 6).

CAPÍTULO IV.

11. Ve ahora, y objéctame el pecado original: disimula de estos, finge no saber lo que dicen; y a los tantos y tan grandes doctores de la santa Iglesia, que con una vida excelentemente llevada y habiendo combatido los errores de sus tiempos, gloriosamente salieron de este mundo antes de que ustedes surgieran, como si no los hubieras visto, atacándome a mí, y como si no supieras que ellos son lacerados bajo mi nombre, insulta como si estuvieras seguro. Creería, lo confieso, que ignoras el mal que haces, y atribuiría a tu imprudencia, no a tu impudencia, el que te atrevas a hostilizar a estas luces de la ciudad de Dios, que debiste seguir fielmente: creería, digo, que cometes este gran crimen sin saberlo, si en ese libro, al que piensas haber respondido o deseas que se piense, no hubiera puesto un testimonio

clarísimo de la disputa del santo Ambrosio (*De Nuptiis et Concupiscentia*, lib. 1, n. 40). ¿Acaso no leíste allí que cuando el mencionado obispo insinuaba el nacimiento de Cristo del parto de la virgen, dijo: «Por eso, y como hombre fue tentado en todo, y en semejanza de hombres soportó todo, pero como nacido del Espíritu se abstuvo del pecado. Pues todo hombre es mentiroso (Salmo CXV, 2), y nadie sin pecado sino solo Dios. Se ha mantenido, por tanto, que de hombre y mujer, es decir, por esa mezcla de cuerpos, nadie parece estar libre de delito. Pero quien está libre de delito, también está libre de este tipo de concepción» (*Ex commentar. in Isaiam*). Si no leíste estas palabras del venerable Ambrosio allí, ¿cómo te atreviste a refutar el libro en el que están puestas? Pero si las leíste, ¿por qué te enfureces contra mí, y primero lo atacas a él en mí? ¿Por qué intentas desgarrar mi nombre, y haces a Ambrosio, con su nombre tácito, maniqueo?

12. Ves, sin duda, con quiénes soporto tus maldiciones, ves con quiénes tengo una causa común, que intentas golpear y atacar con calumnias sin ninguna consideración sobria. Ves cuán pernicioso es para ti imputar un crimen tan horrible a tales personas; y cuán glorioso es para mí escuchar cualquier crimen con tales personas. Si lo ves, míralo, y finalmente calla: somete tu lengua pelagiana a tantas lenguas católicas, somete tu boca atrevida a tantas bocas venerables. Si hubieras entrado en la escuela de Xenócrates como Polemón, ebrio de un banquete antes del amanecer, no deberías ser contenido con tanta vergüenza como en este grupo de tantos santos. Aquí, ciertamente, la vergüenza debe ser tanto mayor cuanto más verdadera es la sabiduría que se aprende. Tanto más deben ser reverenciados los rostros de tantos obispos memorables que el de un solo Xenócrates, cuanto que el doctor de Xenócrates, Platón, es menor que Cristo, el doctor de estos. Ciertamente, no soy olvidadizo del bendito Memorio, tu padre, quien había entablado conmigo no poca amistad a través de la correspondencia, y te había hecho a ti mismo muy querido para mí, cuando te veía en tus libros no ebrio de un banquete antes del amanecer, sino turbulento con un insano vituperio, te introduje para ser calmado y sanado, no en el auditorio de algún filósofo, sino en la pacífica y honorable asamblea de los santos padres. Que valga la pena, te lo ruego, mira a aquellos que de alguna manera te miran, y te dicen mansamente y suavemente: ¿Acaso somos, hijo Juliano, maniqueos? Te pregunto, ¿qué responderás? ¿Con qué ojos los mirarás? ¿Qué argumentos te vendrán a la mente? ¿Qué categorías de Aristóteles, con las que desees parecer un disputador refinado para lanzarte contra nosotros, te vendrán a la mente? ¿Qué filo de tus argumentos, ya sea de vidrio o dagas de plomo, se atreverán a ser desenvainados en su presencia? ¿Qué armas no huirán de ti y te dejarán desnudo? ¿O acaso dirás que no nombraste a ninguno de ellos en este crimen? ¿Y qué harás cuando te digan, sería más tolerable que con un diente maldiciente cortaras nuestros nombres, que nuestra fe, por cuyo mérito nuestros nombres están escritos en el cielo? ¿O acaso les dirás, tampoco violé vuestra fe con tal crimen? Pero, ¿con qué confianza te atreverás a decirlo, hombre que dices que es maniqueo el sentido de confesar que los nacidos traen el pecado original de Adán; lo que estos confesaron y profesaron, lo que en la Iglesia de Cristo aprendieron en el tiempo de sus rudimentos, lo que enseñaron a la Iglesia de Cristo en el tiempo de sus honores, quienes por el Espíritu Santo perdonaron tantos pecados a todos los que pudieron bautizar, a tantos pequeños solo los originales? Nuevamente te advierto, nuevamente te ruego, mira a tantos y tales defensores y doctores de la Iglesia católica: ve a quiénes infliges una injuria tan grave y nefaria.

13. ¿O piensas que deben ser despreciados porque todos son de la Iglesia occidental, y no hay ninguno de ellos mencionado por nosotros como obispo de Oriente? ¿Qué haremos entonces, siendo ellos griegos y nosotros latinos? Creo que esa parte del mundo debería ser suficiente para ti, en la cual el Señor quiso coronar con el gloriosísimo martirio a su primer Apóstol. A

la Iglesia a la que presidiendo el bienaventurado Inocencio, si hubieras querido escuchar, ya habrías librado tu peligrosa juventud de las trampas pelagianas. Pues, ¿qué pudo responder ese santo varón a los concilios africanos, sino lo que desde antiguo la Sede Apostólica y la Iglesia Romana con las demás sostiene perseverantemente? Y sin embargo, acusas a su sucesor (Zósimo) de prevaricación, porque no quiso contradecir la doctrina apostólica y la sentencia de su predecesor. Pero de esto por ahora callo, para no irritar tu ánimo, que deseo más sanar que irritar, con alabanzas de tu condenador. Mira qué responderás al santo Inocencio, quien no piensa otra cosa sobre este asunto que lo que estos en cuyo convento, si es que sirve de algo, te he introducido: con ellos también él se sienta, aunque posterior en tiempo, anterior en lugar. Sobre los miserables pequeños que deben ser liberados del mal original, que se trae de Adán, por la gracia de Cristo, sostiene con ellos una sola sentencia cristiana y verdadera: quien dijo que Cristo purgó con el lavacro de su Bautismo todo el vicio pasado, del primer hombre, que con libre albedrío fue sumergido en lo profundo (Epist. 181, n. 7, entre las Agustonianas); quien finalmente definió que los pequeños, a menos que coman la carne del Hijo del hombre, no pueden tener vida en absoluto (Juan VI, 54). Responde a este, más bien al mismo Señor, cuyo testimonio usó ese obispo, y di de dónde la imagen de Dios es castigada con tan capital suplicio, que se le priva de la vida, si el pecado original no se trae de los nacidos. Pero, ¿qué dirás, o qué responderás; quien aunque te atrevas a llamar maniqueo al bienaventurado Inocencio, no te atreverás sin embargo a llamar maniqueo a Cristo?

14. No hay, pues, razón para que provoques a los obispos de Oriente; porque también ellos son ciertamente cristianos, y la fe de ambas partes de la tierra es una; porque esta fe es cristiana: y ciertamente la tierra occidental te engendró, la Iglesia occidental te regeneró. ¿Qué buscas introducirle, que no encuentraste en ella, cuando viniste a sus miembros? Más bien, ¿qué buscas quitarle, que también tú recibiste en ella? Pues el pecado original, que niegas en perjuicio de otros pequeños, cualquiera que sea la edad en que fuiste bautizado, o te fue remitido, o también a ti. Pero si es verdad lo que hemos oído, que fuiste bautizado siendo niño, también tú, aunque inocente de tus propios pecados, sin embargo, porque naciste carnalmente de Adán, trajiste el contagio de la muerte antigua en tu primera natividad: y en iniquidad fuiste concebido, ciertamente fuiste exorcizado y exhalado, para que siendo arrancado del poder de las tinieblas fueras trasladado al reino de Cristo (Colosenses I, 13). Oh hijo mal nacido de Adán, pero bien renacido en Cristo, intentas quitarle a tu madre los sacramentos con los que te engendró. ¿Acaso fue maniquea cuando te engendró de este modo, como ya no quieres que engendre, e introduces en ella los reproches de la natividad, para que cierres en ella las entrañas de la piedad a los demás, de los cuales tú mismo naciste? Divides para ella el nombre de su esposo, para que solo Cristo sea para regenerar a los pequeños, pero para los mayores Cristo Jesús; porque, ciertamente, Jesús se interpreta como Salvador: lo que no queréis que sea para los pequeños, quienes predicáis que no tienen nada de lo que él los salve.

CAPÍTULO V.

15. Pero no te faltará un obispo de gran nombre y fama célebre de las partes de Oriente, cuyas palabras, con razón de gran mérito, incluso traducidas al latín, han brillado por todas partes. Que se siente, pues, con estos padres también el santo Gregorio, y con ellos sufra la vana envidia de tu acusación: mientras que con ellos contra vuestra nueva peste, él también pronuncie una sentencia medicinal. Escucha, pues, lo que dice: «La imagen de Dios purgue la mancha de la inundación corporal, y eleve con sus alas la carne unida a sí misma por la palabra de Dios. Y aunque hubiera sido mejor no necesitar de esta purgación, sino permanecer en aquella primera dignidad, a la que nos apresuramos después de la presente

enmienda, y hubiera sido mejor no caer del árbol de la vida por el amargo gusto del pecado; sin embargo, en segundo lugar, es conveniente ser enmendado y corregido después de la caída, que permanecer en las iniquidades.» Asimismo, el mismo dice: «Así como en Adán todos,» dice, «morimos, así también en Cristo todos seremos vivificados. Con Cristo, pues, nazcamos, y con Cristo seamos crucificados, y seamos sepultados con él en la muerte, para que con él también resucitemos a la vida. Es necesario que suframos esta útil y necesaria vicisitud: para que así como de los bienes fuimos devueltos a las tristezas, así de las tristezas seamos restaurados a lo mejor. Pues donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia: para que aquellos que el gusto del árbol prohibido condenó, la cruz de Cristo con mayor gracia justifique» (Oración en el Nacimiento de Cristo, poco después del inicio). Nuevamente, el mismo: «Venera,» dice, «la natividad, por la cual fuiste liberado de las cadenas de la natividad terrena. Honra a Belén, pequeña y mínima, por la cual se te ha abierto el regreso al paraíso» (Ibid., al final). Asimismo, en otro lugar hablando del Bautismo: «Te persuada,» dice, «también sobre esto la palabra de Cristo diciendo, que nadie puede entrar en el reino de los cielos, a menos que haya renacido del agua y del espíritu» (Juan III, 5). Por este se purgan las manchas de la primera natividad, por las cuales en iniquidades somos concebidos, y en delitos nos engendraron nuestras madres.» ¿Acaso también a este dirás que piensa o lanza venenos maniqueos? Escuchas a todos con un solo corazón, una sola boca, una sola fe decir lo mismo, y que esta es la fe católica firmada con una contestación no disonante.

16. ¿O te parece poca la autoridad de un solo Gregorio entre los obispos orientales? Es ciertamente una persona tan grande, que ni él diría esto sino de la fe cristiana conocida por todos, ni ellos lo tendrían tan claro y venerable, si no reconocieran que estas cosas dichas por él son de la regla de la verdad más conocida. Pero si quieres, añadimos a este también al santo Basilio, más bien, quieras o no, debe añadirse, especialmente porque tú también de su libro, que escribió contra los maniqueos, en el cuarto volumen de esta obra tuya pensaste que había algo que poner, que no tiene nada que ver con la causa del pecado original que por uno entró en el mundo, y pasó a todos los hombres. Allí, en efecto, trata de que no se crea que el mal es sustancial, teniendo su propia materia, como piensan los maniqueos. Dice, pues, «que no es sustancia, sino conversación, que solo ocurre por la voluntad,» no a aquellos que trajeron el contagio de la muerte antigua en su primera natividad, sino «a aquellos que recogieron la enfermedad de la conversación de su propia voluntad,» es decir, ya mayores usando la razón y el libre albedrío. «Esta conversación que viene de lo accidental,» dice, «puede ser separada fácilmente de la voluntad de los enfermos.» Dice también, «si hubiera ocurrido el mal, de tal manera que no pudiera ser separado de la voluntad, es decir, aunque hubiera ocurrido, si hubiera ocurrido de tal manera que no pudiera ser separado de la voluntad; con razón podría decirse que el mal no es sustancial, pero que la misma sustancia sin la malicia que ocurre, ya no puede ser. Si, sin embargo, se añadió,» dice, «y el principio de la adición no tuvo sustancia, sino voluntad; el mal puede ser separado fácilmente de la sustancia, para que la sustancia sujeta a la voluntad pueda ser poseída completamente pura, de tal manera que no queden signos de mal alguno.» Estas cosas las dijo correctamente el santo Basilio, de tal manera que también sobre ese mal, que por Adán entró en el mundo, y pasó a todos los hombres, puede ser bien entendido; porque también este se añadió a la naturaleza humana. Pues no era así primitivamente creada; y el principio de la adición no tuvo sustancia, sino voluntad, ya sea de la mujer que fue seducida por la serpiente, o de su marido que consintió en pecar con su esposa seducida. Pero lo que dice, «que el mal puede ser separado fácilmente de la voluntad o de la sustancia,» no es fácil para la voluntad humana, sino para la misericordia de Dios. Lo que es suficiente contra los maniqueos, que piensan que es imposible cambiar la naturaleza del mal en bien. Por eso no dijo el santo Basilio, que la misma voluntad del hombre, o la sustancia o naturaleza, puede separar

fácilmente el mal de sí misma; sino «que puede ser separado de ella fácilmente:» pesando así sus palabras, para que refutara a los maniqueos, contra quienes actuaba, y no exaltara la soberbia humana contra la gracia divina. Pues aquel Omnipotente, a quien según el Evangelio es fácil lo que es imposible para los hombres (Mateo XIX, 26), consumirá el mal que nos ha ocurrido, ya sea por la voluntad del primer hombre, o por nuestra propia voluntad, con la largueza de su gracia, «para que la sustancia sujeta a la voluntad,» como recordaste que dijo Basilio, «pueda ser poseída completamente pura, de tal manera que no queden signos de mal alguno.» Esto se hará, y esta es la esperanza indudable de los fieles. Pero cuándo se perfeccionará, está a la vista de la fe católica. Entonces se dirá a la última enemiga, la muerte, ¿Dónde está tu contención? ¿Dónde está tu aguijón? (I Cor. XV, 55)?

17. Asimismo, lo que mencionas que Basilio dijo: «Si la castidad es una virtud, y el cuerpo fuera sustancialmente malo, sería imposible encontrar un cuerpo casto; porque un cuerpo de deshonor no podría convertirse en un cuerpo de virtud; pero cuando se santifica, se convierte en virtud, y así la virtud se comunica al cuerpo y el cuerpo a la virtud, por lo cual se convierte en templo de Dios. Por lo tanto, si todo cuerpo fuera de fornicación, sería imposible encontrar castidad en los cuerpos: entonces podríamos considerar el mal sustancial de la naturaleza de los cuerpos. Pero si los méritos del cuerpo han avanzado hasta tal punto, y ha sido adornado con tal honor, y ha recibido tal vestidura de pudor, que mereció ser la casa de su Creador, y se convirtió en la cámara nupcial del Hijo de Dios, de modo que el Padre y el Hijo se dignaron elegir la habitación de los cuerpos; ¿cómo no se demuestra execrable y ridículo el discurso de los maniqueos?» ¿Qué podría decirse más verdadero y más acorde con la regla católica? Pues se dijo contra los maniqueos, que piensan y afirman que los cuerpos tienen su origen en la raza de las tinieblas, la cual dicen que es una naturaleza mala coeterna con el buen Dios, y que son también ellos mismos inmutablemente malos: no contra aquellos que, manteniendo la verdadera y auténtica fe cristiana, confiesan que el cuerpo es ahora corruptible y pesa sobre el alma (Sab. IX, 15); pero que no fue creado así al principio ni constituido en el paraíso, ni será siempre así, sino que será transformado en incorruptibilidad e inmortalidad, y que ahora ya comienza a ser templo de Dios, adornado con la castidad conyugal, viudal o incluso virginal: cuando, aunque la carne desee contra el espíritu, así también el espíritu desea contra la carne (Gál. V, 17), de modo que no presenta los miembros del cuerpo como armas de iniquidad al pecado (Rom. VI, 13).

18. Pero escucha lo que se refiere al tema presente, lo que este santo Basilio dice sin ninguna ambigüedad sobre el pecado del primer hombre que también nos concierne. Aunque lo encontré interpretado, sin embargo, para una fe más diligente en la verdad, preferí traducir palabra por palabra del griego. En el sermón sobre el ayuno: «El ayuno,» dice, «fue establecido por ley en el paraíso. Pues Adán recibió el primer mandamiento: Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás (Gén. II, 17). No comerás, sin embargo, es ayuno, y el inicio de la constitución de la ley. Si Eva hubiera ayunado del árbol, no necesitaríamos este ayuno. Pues no necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Mat. IX, 12). Nos enfermamos por el pecado, sanamos por la penitencia. Pero la penitencia sin ayuno es vacía. Maldita será la tierra, espinas y cardos te producirá (Gén. III, 17, 18). Se te ordenó afligirte, ¿acaso deleitarte?» Y poco después en el mismo sermón, el mismo dice: «Porque no ayunamos,» dice, «caímos del paraíso. Ayunemos, pues, para que regresemos a él» (Serm. 1). Si hubieras leído estas y otras cosas semejantes del santo Basilio, o si hubieras querido considerarlas fielmente después de leerlas, nunca ciertamente habrías puesto en tus libros, con no sé qué intención, cosas de sus escritos que no tienen nada que ver con la cuestión que se discute entre nosotros, para confundir a los ignorantes. Oyes que no necesitaríamos este ayuno si el hombre no hubiera transgredido la ley del ayuno en la felicidad del paraíso; y

niegas que los demás nazcan sujetos al pecado de esos hombres. Oyes que se añade, «No necesitan médico los sanos;» y niegas que hayamos perdido la salud en la que fuimos creados por el pecado de esos hombres. Oyes que la sentencia pronunciada sobre el primer hombre pecador, Espinas y cardos te producirá la tierra, también nos concierne; y niegas que aquellos que ves sujetos a la misma sentencia sean sujetos al pecado. Oyes que debemos regresar al paraíso de donde caímos; y niegas que el pecado de aquellos, que entonces eran los únicos hombres en el paraíso, en quienes también estábamos nosotros, nos concierne.

19. ¿Qué más sobre esto? Mira ya si te bastan estos dos hombres tan insignes de las partes de Oriente, dotados de tan clara santidad, y, según se dice, incluso hermanos de carne. Pero di que no es suficiente. Tenemos otros catorce obispos orientales, Eulogio, Juan, Ammoniano, Porfirio, Eutonio, Porfirio, Fido, Zonino, Zoboeno, Nymphidio, Cromacio, Jovino, Eleuterio, Clemacio, a quienes podemos introducir juntos en esta asamblea; aquellos mismos que presidieron como jueces sobre Pelagio, y como hombres, sin ningún adversario que los urgiera desde la otra parte, lo declararon católico, como católico lo pronunciaron. Pues si no hubiera condenado en su presencia y audiencia a aquellos que dicen, «que el pecado de Adán solo lo dañó a él, y no al género humano; y que los infantes recién nacidos están en el estado en que estaba Adán antes del pecado; y que los infantes, aunque no sean bautizados, tienen vida eterna;» de ninguna manera habría salido de allí sino condenado. ¿De qué os sirve, pues, que insertéis no sé qué ganchos y anzuelos, con el arte de no sé qué complejidad, para que las cosas simples no se manifiesten y brillen con claridad? ¿Quién no ve cómo esos jueces pudieron aceptar estas cosas, es decir, según la fe católica, que en todas partes exorciza y expulsa a los pequeños de la potestad de las tinieblas; no como se exponen, o más bien se componen por vosotros? Y sin embargo, pudisteis decir, «el pecado de Adán no dañó al género humano por propagación, sino por imitación; y los infantes recién nacidos no están en el estado en que estaba Adán antes del pecado, porque él era capaz de recibir el precepto, y ellos aún no lo son.» Con estas nubes, Pelagio cree haber burlado aquel juicio, y vosotros asentís de todo corazón a este crimen, y os reís de que tantos obispos hayan sido burlados por él. Pero, ¿acaso pudisteis con alguna astucia torcer en otro sentido, o cubrir con hojas de higuera, «que los infantes, aunque no sean bautizados, tienen vida eterna»? Pues Pelagio no pudo sino condenar ante jueces católicos a aquellos que dicen esto: y lo que sentía, lo condenó ante los hombres, temiendo ser condenado por los hombres. Pues si no sentís esto, ciertamente estáis de acuerdo con nosotros. Pero como no estáis de acuerdo con nosotros, sin duda sentís aquello. Por lo tanto, los jueces orientales os condenan, de quienes Pelagio, temiendo ser condenado, condenó a aquellos que sienten estas cosas, y con aquellos que condenó ciertamente será condenado, porque lo que negó con la boca, lo guardó en el corazón. Pues lo que es anatematizado por sus palabras, se encuentra en sus escritos. Pero ahora no trato con él: ¿qué dices tú, con quien ahora tengo el asunto? Aquí están tantos jueces orientales: se leen los actos eclesiásticos que se llevaron a cabo entre ellos. Se lee que se le objetó a Pelagio, «que dice que los infantes, incluso no bautizados, tienen vida eterna.» Se lee que Pelagio condenó a aquellos que dicen esto: pues de otro modo no habría podido evadir a esos jueces. Ahora, ¿qué dices tú? ¿Tendrán vida eterna los pequeños, aunque no bautizados, si emigran de esta vida, o no la tendrán? Si dices, La tendrán: las palabras de tu Pelagio te condenarán, y todos aquellos de quienes él temió ser condenado. Pero si dices, No la tendrán: pregunto por qué causa la inocente imagen de Dios será castigada con la privación de la vida, si no se contrae ningún pecado de la propagación humana. Pero si se contrae, ¿por qué se llama maniqueos a aquellos que sienten esto, de quienes Pelagio habría sido condenado, si no hubiera fingido no sentir esto?

20. Mientras tanto, tienes ante ti no solo a los obispos de Occidente, sino también a los de Oriente. Pues aquellos que parecían faltarnos, encontramos más de Oriente. Todos creen de una misma manera, que por un hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12): cuyo modo es este, que por el pecado de aquel único primer hombre se cree que todos nacen sujetos. Si quien dice esto es llamado maniqueo por ti: mira a estos, avergüénzate ante ellos, respétalos, o más bien a ti mismo, para que el rector y habitador de ellos no te perdone. Pero si no dices que estos son maniqueos, tampoco podrás encontrar por qué decirlo de mí. Pues no me llamas así por otra razón, sino porque creo lo que ellos creen sobre el pecado del primer hombre, al que toda la naturaleza carnal está sujeta, y del que nadie es liberado sino por el nuevo nacimiento espiritual, lo que ellos sostienen sostengo, lo que enseñan enseño, lo que predicar predico. Cede a estos, y no me herirás: accede a estos, y descansarás de mí. Finalmente, si no quieres hacerte amigo mío a través de ellos, al menos te pido que no te hagas enemigo de ellos a través de mí. Pero, ¿cómo no te harás enemigo, si permaneces en este error? Cuánto mejor, pues, que te acerques a ellos, te alejarás de aquel. ¿Tanto pueden contigo Pelagio y Celestio, que desde el oriente hasta el occidente te atrevas no solo a abandonar, sino incluso a llamar maniqueos a tantos y tan grandes doctores y defensores de la fe católica, antiguos y contemporáneos, dormidos y vivos? Me sorprende si alguna vez podrá salir de tu boca lo que sin embargo tu error te obliga a clamar. Pero me sorprende si en el rostro del hombre hay tanta distancia entre la frente y la lengua, que en este caso la frente no comprime la lengua.

CAPÍTULO VI.

21. Pero sé lo que murmuras. Di ya, di, escuchemos. Al final de tu obra sobre la que ahora estamos discutiendo, es decir, en la parte final del cuarto libro, dices: «San Juan, el Constantinopolitano, niega que haya pecado original en los pequeños. En la homilía que tuvo sobre los bautizados: Bendito, dice, es Dios que hizo maravillas solo, que hizo todas las cosas, y convirtió todas las cosas. He aquí que disfrutan de la serenidad de la libertad quienes poco antes estaban cautivos, y son ciudadanos de la Iglesia quienes estaban en el error de la peregrinación, y están en la suerte de la justicia quienes estaban en la confusión del pecado. No solo son libres, sino también santos: no solo santos, sino también justos: no solo justos, sino también hijos: no solo hijos, sino también herederos: no solo herederos, sino también hermanos de Cristo: ni solo hermanos de Cristo, sino también coherederos: no solo coherederos, sino también miembros: no solo miembros, sino también templo: no solo templo, sino también órganos del Espíritu. Ves cuántas son las dádivas del Bautismo: y algunos piensan que la gracia celestial consiste solo en la remisión de los pecados: pero nosotros hemos contado diez honores. Por esta razón también bautizamos a los infantes: aunque no estén manchados por el pecado, para que se les añada santidad, justicia, adopción, herencia, fraternidad de Cristo, para que sean sus miembros» (Homilía a los Neófitos).

22. ¿Te atreves a oponer estas palabras del santo obispo Juan como contrarias a tantas y tales sentencias de sus colegas, y a separarlo de su concorde sociedad, y constituirlo adversario de ellos? Lejos esté, lejos esté creer o decir tal mal de tan gran hombre. Lejos esté, digo, que Juan de Constantinopla, sobre el Bautismo de los pequeños, y su liberación del documento paterno por Cristo, resista a tantos y tan grandes coepiscopos suyos, y especialmente al romano Inocencio, al cartaginés Cipriano, al capadocio Basilio, al nazianzeno Gregorio, al galo Hilario, al milanés Ambrosio. Hay otras cosas en las que a veces incluso los más doctos y mejores defensores de la regla católica, sin romper el vínculo de la fe, no concuerdan, y uno dice algo mejor y más verdadero que otro sobre una misma cosa. Pero esto de lo que ahora tratamos, pertenece a los mismos fundamentos de la fe. Cualquiera que quiera socavar en la fe cristiana lo que está escrito, Por el hombre la muerte, y por el hombre la resurrección de

los muertos: porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 21, 22); intenta quitar todo lo que creemos en Cristo. Sin duda, Cristo es también el salvador de los pequeños; sin duda, a menos que sean redimidos por él, perecerán, porque sin su carne y sangre no pueden tener vida. Esto sintió, esto creyó, esto aprendió, esto enseñó también Juan. Pero tú conviertes sus palabras en tu dogma. Dijo que los pequeños no tienen pecados, sino propios. Por lo cual los llamamos justamente inocentes, según lo que dice el Apóstol, que aún no nacidos no han hecho ni bien ni mal (Rom. IX, 11): no según lo que dice, Por la desobediencia de uno muchos fueron constituidos pecadores (Id. V, 19). También nuestro Cipriano pudo decir esto de los pequeños que dijo Juan: puesto que dice, «que el niño nacido no ha pecado, y que se le perdonan no sus propios, sino los pecados ajenos» (Epíst. 64, a Fido). Comparándolos, pues, Juan con los mayores, cuyos propios pecados son perdonados en el Bautismo, dijo que ellos «no tienen pecados;» no como pusiste sus palabras, «no manchados por el pecado,» queriendo que se entienda, no manchados por el pecado del primer hombre. Pero no te atribuiré esto a ti, sino al intérprete: aunque en otros códigos que tienen la misma interpretación, no se lee «pecado,» sino «pecados.» Por lo cual me sorprende si alguno de vuestro número prefirió escribir en singular, para que se entendiera aquel único, del que dice el Apóstol, Porque el juicio ciertamente fue de uno para condenación, pero la gracia de muchos delitos para justificación (Rom. V, 16). Pues allí ciertamente uno, no quiere que se entienda sino el delito; del cual no queriendo que se crea que los pequeños están manchados, no que no tienen pecados, lo que dice Juan, para que se entiendan propios; o pecados, como tiene en otros códigos la misma interpretación, sino que preferisteis decir «no manchados por el pecado,» para que viniera a la mente el único pecado del primer hombre. Pero no actuemos con sospechas, y aquí se considere error del escriba, o variedad del intérprete. Yo pondré las mismas palabras griegas que dijo Juan, «Διὰ τοῦτο καὶ τὰ παῖδια βαπτίζομεν, καίτοι ἁμαρτήματα οὐκ ἔχοντα:» que es en latín, «Por eso también bautizamos a los infantes, aunque no tienen pecados.» Ves ciertamente que no se dijo por él que los pequeños no están manchados por el pecado, o por los pecados; sino, «no tienen pecados:» entiende propios, y no hay contienda. Pero dirás, ¿Por qué no añadió él, propios? ¿Por qué, creemos, sino porque hablando en la Iglesia católica, no pensaba que se le entendiera de otro modo, no era cuestionado por tal asunto, vosotros aún no litigando hablaba más seguro?

23. Pues, ¿quieres oír qué dijo también él sobre este asunto de manera clarísima? He aquí que también a él lo añadido a aquel número de santos. He aquí que lo coloco entre mis testigos, o entre nuestros jueces, a quien pensaste tu defensor. He aquí que también a él dirás maniqueo. Entra, santo Juan, entra, y siéntate con tus hermanos, de quienes ninguna razón y ninguna tentación te separó. Necesitamos también tu sentencia, y especialmente la tuya: porque en tus escritos este joven cree haber encontrado, de donde piensa derribar y anular las sentencias de tantos y tan grandes coepiscopos tuyos. Pues si realmente hubiera encontrado algo así, y se hubiera demostrado que tú sientes lo que él siente; nunca podríamos preferirte a ti solo, con todo respeto lo digo, a tantos y tales en esa causa sobre la cual nunca la fe cristiana y la Iglesia católica ha variado. Pero lejos esté que tú pensaras de otro modo, y en eso te destacaras tan preeminentemente. Di, pues, también tú algo, para que este joven se confunda y respete, porque busca mi mancha; y perdóname, porque cuando le demuestre lo que sientes sobre este asunto, buscará también la tuya. Pues dice que es maniqueo creer que los pequeños necesitan la ayuda del libertador Cristo, para ser liberados de la condenación a la que están sujetos por el pecado del primer hombre. Y por lo tanto, cuando sepa que tú sientes esto, o él mismo se corregirá del error de Pelagio, o también te imputará a ti el crimen de maniqueo. Pero para que le brindemos un verdadero beneficio, no nos preocupemos por su falso reproche.

24. Escucha ya, Juliano, lo que también Juan dice con los demás doctores católicos. Escribiendo a Olimpia: «Pues cuando Adán pecó,» dice, «aquel gran pecado, y condenó en común a todo el género humano, pagaba las penas de la tristeza.» También sobre la resurrección de Lázaro: «Lloraba Cristo,» dice, «porque hasta tal punto había pecado la mortalidad, que habiendo sido expulsada de las eternidades, amaba el infierno. Lloraba Cristo, porque aquellos que podían ser inmortales, el diablo los hizo mortales» (Homilía sobre la resurrección de Lázaro). ¿Qué podría decirse más claramente? ¿Qué respondes a esto? Si Adán con su gran pecado condenó en común a todo el género humano, ¿acaso no nace el pequeño condenado? ¿Y por quién, sino por Cristo, es liberado de esta condenación? Si en Lázaro se dice que la mortalidad, habiendo sido expulsada de las eternidades, amaba el infierno; ¿quién de los mortales no pertenece a esta culpa y caída, por la cual el primer hombre cayó de la perpetuidad de la vida, que si no hubiera pecado habría recibido? Si el diablo hizo mortales a todos los que podían ser inmortales; ¿por qué también los pequeños mueren, si no están sujetos al pecado de aquel primer hombre? ¿Acaso no son, pues, liberados del reino de la muerte, incluso los pequeños, por aquel en quien todos serán vivificados?

25. Juan trata en un sermón una cuestión de este tipo: ¿por qué las bestias dañan o matan a los hombres, cuando la sentencia del Señor es clara, al someterlas al hombre para que tenga dominio sobre ellas (Gén. I, 28)? Resuelve esta cuestión diciendo que antes del pecado todas las bestias estaban sujetas al hombre; pero ahora, al dañar a los hombres, es una pena del primer pecado. Es una extensa disertación, por lo que no la incluyo en esta obra, pero es necesario mencionar algo de ella. «Tememos», dice, «a las bestias y nos asustamos: no lo niego. Y hemos caído del dominio: y esto también lo digo yo mismo. Pero esto no muestra que la ley de Dios sea falsa: desde el principio no estaban dispuestas así las cosas; sino que temían, temblaban y estaban sujetas al señor. Y como hemos caído de la confianza, ciertamente también del honor. ¿De dónde es esto evidente? Trajo las bestias a Adán para ver cómo las llamaría, y Adán no retrocedió como temeroso». Y poco después: «Este es el único signo», dice, «de que las bestias no eran temibles para el hombre desde el principio; según otro signo más claro, que fue la conversación con la mujer a través de la serpiente. Si las bestias fueran temibles para los hombres, ciertamente la mujer no se habría quedado al ver la serpiente; no habría aceptado consejo, no habría conversado con tanta confianza, sino que inmediatamente habría retrocedido y temido al verla: pero ahora discute y no teme. Aún no existía ese temor: pero como el pecado entró, se quitaron las cosas que eran de honor». Y un poco después: «Mientras tenía confianza en Dios, era temible para las bestias; pero como ofendió, ahora teme incluso a los más bajos de sus siervos. Si esto no es así», dice: «muéstrame que antes del pecado las bestias eran temibles para los hombres: pero no lo tendrás. Si después de tanto entró el temor; esto también es protección del Señor. Si el mandato dado, movido y disuelto por el hombre, el honor que le fue dado por Dios hubiera permanecido inmóvil, no habría resucitado fácilmente» (Homilía 9 sobre el Génesis). Es evidente que el santo Juan mostró con esta disertación que lo que entró por un solo hombre se convirtió en pecado común para todos, ya que el terror de las bestias es común a todos: que ciertamente no perdonan ni a los niños; a quienes, según este tratado de Juan, de ninguna manera dañarían o asustarían si no estuvieran sujetos a la obligación de aquel antiguo pecado.

26. Di, Juliano, di también que este (¿por qué dudas en decirlo?) es maniqueo, quien hizo tal injuria a la naturaleza, cuya inocencia defendéis, y afirmó la propagación de la condenación. Pero más bien, refrena tu mente, si tienes algo de sanidad, y corrige; y entiende de una vez cómo pudo decir Juan que los niños no tienen pecados; no porque no estén sujetos al pecado

de los primeros hombres, sino porque no han cometido ninguno propio. Y esto mismo en esa misma homilía, si la hubieras leído toda, podrías haberlo encontrado: o si la leíste, no sé cómo pudo pasarte desapercibido: o si no pudo pasarte desapercibido, me sorprende por qué no te corrigió; si es que la autoridad de Juan tiene algún valor para ti. O si, habiendo leído ese sermón, y conocido y comprendido ese lugar que voy a mencionar, pensaste que debías mantenerte en tu opinión; ¿por qué insertaste algunas palabras de él en tu obra? ¿O tal vez para recordarnos que lo leyéramos todo y encontráramos de dónde podríamos descubrir y convencer tus insidias? ¿Qué más claro que lo que allí dijo: «Cristo vino una vez, y nos encontró atados por las cautelas paternas que escribió Adán. Él mostró el inicio de la obligación, nuestros pecados aumentaron el interés» (Homilía a los Neófitos)? ¿Escuchas al hombre instruido y enseñando en la fe católica, distinguiendo la deuda del documento paterno, que nos ha adherido hereditariamente, de aquellas deudas cuyo interés aumentamos con nuestros pecados? ¿Escuchas lo que se perdona a los niños en el Bautismo, que aún no han contraído deudas propias, pero no pudieron estar libres del documento paterno? Sus palabras no interpretadas se leen así en griego: «Ἔρχεται ἅπαξ ὁ Χριστὸς, εὗρεν ἡμῶν χειρόγραφον πατρῶον, ὃ τι ἔγραφεν ὁ Ἀδάμ. Ἐκεῖνος τὴν ἀρχὴν εἰσήγαγε τοῦ χρείου, ἡμεῖς τὸν δανεισμὸν ἠὺξήσαμεν ταῖς μεταγενεστέραις ἀμαρτίαις.» Que traducido palabra por palabra se tiene así: «Cristo vino una vez, encontró nuestro documento paterno, que escribió Adán. Él introdujo el inicio de la deuda, nosotros aumentamos el interés con los pecados posteriores.» ¿Acaso se contentó con decir «documento paterno» sin añadir «nuestro»? Para que supiéramos que, antes de aumentar el interés con nuestros pecados posteriores, ya la deuda de ese documento paterno nos pertenecía.

27. Lee también cómo el mismo santo varón expone ese mismo lugar del Apóstol, donde está escrito, Por un solo hombre el pecado entró en el mundo. Allí, de hecho, se mueve con claridad en la verdad de esta fe católica. Como todo eso es largo para incluirlo en esta obra, tocaré solo algunas partes. «Es evidente», dice, «que no es el mismo pecado que por la transgresión de la ley, sino aquel pecado que por la desobediencia de Adán, este fue el que contaminó todo.» Y poco después: «Reinó», dice, «la muerte desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no pecaron. ¿Cómo reinó? En la semejanza de la transgresión de Adán, que es figura del futuro. Por eso Adán es también figura de Cristo. ¿Cómo es figura, dicen? Porque así como él, para los nacidos de él, aunque no comieron del árbol, se convirtió en causa de muerte, que fue introducida por el alimento: así también Cristo, para los que son de él, aunque no hayan hecho nada justo, se convirtió en proveedor de justicia, que por la cruz nos concedió a todos.» En otro lugar del mismo sermón: «Para que cuando el judío te diga», dice, «¿cómo por la virtud de uno solo, Cristo, el mundo fue salvado? puedas decirle, Así como por un solo desobediente, Adán, el mundo fue condenado. Aunque no son iguales la gracia y el pecado, ni son iguales la muerte y la vida, ni Dios y el diablo son iguales.» También un poco después: «Pero no como el delito», dice, «así también la gracia. Si por el delito de uno muchos murieron, mucho más la gracia de Dios y el don en la gracia de un solo hombre, Jesucristo, abundó para muchos. Lo que dice», dice, «es de esta manera: Si el pecado tuvo poder, y el pecado de un solo hombre; la gracia, y la gracia de Dios, y no solo del Padre, sino también del Hijo, ¿cómo no prevalecerá más? Esto es mucho más razonable. Porque que uno sea condenado por otro, no parece tener mucha razón: pero que uno sea salvado por otro, parece más decente y razonable. Si, por lo tanto, eso se hizo, mucho más esto.» También en otro lugar en lo que sigue: «El juicio», dice, «fue de uno para condenación, pero la gracia de muchos delitos para justificación» (Rom. V, 12-16). «Esto mismo es», dice, «lo que se dice, porque aunque el pecado pudo inducir muerte y condenación, la gracia no solo mató ese pecado, sino también los pecados que entraron después.» Y poco después sobre esto mismo: «Porque», dice, «se introdujeron más bienes, y no solo se mató ese pecado, sino también

todos los demás, lo muestra diciendo: Pero la gracia de muchos delitos para justificación.» Y un poco después dice: «Primero dijo que si el pecado de uno mató a todos, mucho más la gracia de uno podrá salvar. Después de esto, mostró», dice, «que no solo se mató ese pecado por la gracia, sino también todos los demás: y no solo se mataron los pecados, sino que también se otorgó justicia. Y no solo Cristo benefició tanto como Adán dañó, sino mucho más y mejor.» Después de esto, en el mismo lugar, cuando hablaba del Bautismo, intercaló las palabras del Apóstol diciendo: «¿O ignoráis», dice, «hermanos, que todos los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido bautizados en su muerte? Por tanto, fuimos sepultados con él por el Bautismo en la muerte. ¿Qué significa, bautizados en su muerte? Para que también nosotros muramos como él. La cruz es el Bautismo. Lo que la cruz y el sepulcro fueron para Cristo, eso es el Bautismo para nosotros; aunque no en las mismas cosas. Porque él murió y fue sepultado en la carne: nosotros en el pecado en ambos. Por eso no dijo, Plantados en la muerte; sino, En la semejanza de la muerte (Rom. VI, 3-5). Porque la muerte es tanto esto como aquello, pero no está sujeta a lo mismo: sino que esta es de la carne de Cristo, y la nuestra del pecado. Así como aquella es verdadera, y esta» (Homilía 10 sobre la Epístola a los Romanos).

28. ¿Podrás dudar ahora de que el santo Juan está tan lejos de vuestro sentido como no se aparta del sentido católico? ¿En su disertación, donde expone el lugar del Apóstol tan necesario para esta cuestión que se discute entre nosotros, donde está escrito, Por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y las demás cosas que están conectadas, en algún lugar suena lo que vosotros decís, que esto se dice por imitación, no por nacimiento carnal? ¿No dice que todo está contaminado por ese único pecado, y lo distingue así de los demás pecados cometidos e introducidos después, que vosotros decís que pertenecen a la imitación, no a la propagación, para que no solo aquellos, sino también esto y aquellos sean destruidos por la gracia de Cristo? ¿No expone las palabras del Apóstol sobre el Bautismo, donde dice, Todos los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido bautizados en su muerte; de tal manera que dice que así como Cristo murió en la carne, así también entendamos que estos han muerto al pecado? ¿A qué pecado, entonces, muere el niño, si no ha traído el original? ¿O acaso no son bautizados los niños en la muerte de Cristo? cuando el Apóstol no dijo, Algunos; sino, Todos los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido bautizados en su muerte. ¿O cuando son bautizados con el Bautismo cristiano, diréis que no son bautizados en Cristo; para que el obispo Juan no os asfixie con su definición, quien dice que esto es el Bautismo para los que son bautizados en Cristo, lo que la cruz y el sepulcro fueron para Cristo, para que así como él murió en la carne, así también entendamos que estos han muerto al pecado? He aquí a qué hombre, a qué gran defensor de la fe cristiana y de este dogma católico, quisiste someter tu dogma, como si hubiera dicho, «los niños no están manchados por el pecado del primer hombre;» cuando dijo, «no tienen pecados:» que no quiso que se entendieran sino propios, lo declaran sus tantos y tan manifiestos testimonios.

CAPÍTULO VII.

29. ¿Qué te ha ayudado, entonces, que hayas puesto el testimonio de Juan de Constantinopla, como si te apoyara? ¿Para captar con aguda astucia una sola palabra como si hubiera sido omitida por él, y levantar contra ti un tan inmenso cúmulo de sus tantas palabras con las que serías abrumado? tan imprudente e incauto, que ni siquiera en esa homilía, donde apenas encontraste un testimonio que, mal entendido, os engañara, advertiste que el santo Juan de Constantinopla expresó suficientemente claro que todos los hombres, excepto por sus propias deudas, son deudores del documento paterno. Y sin embargo, después de que interpusiste sus palabras, con las que pensaste que tu intención sería algo ayudada, sigues y dices: «Por tanto, cuando claramente se manifiesta que esta es la sana y verdadera sentencia, que primero la

razón, luego la autoridad de las Escrituras ha fortalecido, y que la erudición de los hombres santos siempre ha celebrado, quienes sin embargo no dieron autoridad a la verdad con su consenso, sino que recibieron testimonio y gloria de su asociación con ella, que ninguna conspiración de perdidos perturbe a los prudentes.» ¿A qué conducen estas tus palabras, sino a que aparezca, o cómo has descuidado conocer las sentencias y discursos de los doctores católicos sobre esta causa; o si te has preocupado por conocerlos, con qué fraude intentas engañar a los ignorantes? Porque de la razón y de la autoridad de las santas Escrituras, para no hablar de ellas por ahora; ¿acaso esta sentencia, por la cual negáis que los niños nacen sujetos al pecado del primer hombre, ha sido siempre celebrada por la erudición de los hombres santos? No se indica esto con estos tantos y tan grandes testimonios de tantos santos y eruditos que he mencionado: más bien, al contrario, creo que ya ves cuánto te ha engañado esta opinión; si, sin embargo, no actúas con dolo y ya lo sabías antes. Pero para pensar mejor de ti; si ahora conoces esto por primera vez, si sobre el pecado del primer hombre, que los infantes que son generados carnalmente están sujetos a él, y no se liberan de él sino por la regeneración espiritual, ahora ves claramente que tantos santos lo han aprendido y enseñado, lo que también nosotros hemos aprendido y enseñamos: cambia ya esa mente, olvida este error, y casi furor, con el que lanzas el oprobio maniqueo a tantos y tales padres. Si lo hiciste sin saberlo, ¿por qué no rechazas la miserable ignorancia? si lo hiciste a sabiendas, ¿por qué no abandonas la audaz sacrilegio?

30. Estás convencido por todas partes: los testimonios de tantos santos son más claros que la luz. Observa en qué asamblea te he introducido. Aquí está Ambrosio de Milán, a quien tu maestro Pelagio alabó con tanta predicación, diciendo que «en sus libros brilla especialmente la fe romana, que entre los escritores latinos resplandeció como una flor hermosa, de modo que ni siquiera un enemigo se atrevería a reprochar su fe y su purísimo sentido en las Escrituras.» Aquí está también Juan de Constantinopla, a quien tú en esta misma disputa tuya, a la que respondo, colocaste entre los eruditos y santos más excelentes. Aquí está Basilio, cuyas palabras, aunque no pertinentes a lo que ahora se discute, pensaste que te ayudarían en algo. Aquí están también los demás, cuya gran concordia debería moverte. No es esta, como escribes con estilo calumnioso, «conspiración de perdidos.» En la Iglesia católica brillaron por sus estudios de sana doctrina; armados y ceñidos con armas espirituales, libraron valientes batallas contra los herejes; habiendo cumplido fielmente los trabajos de su dispensación, descansaron en el seno de la paz. Dices que «uno solo ha salido», refiriéndote a mí mismo, «que desea ser entendido como el que sostiene la suma de la batalla.» He aquí que no soy yo solo, sino tantos y tan grandes santos doctores eruditos, que te responden por mí o conmigo, y por la salvación de todos nosotros y la tuya propia, si eres sabio.

31. No te oponemos, como calumnias, «solo el murmullo del pueblo»: aunque también el mismo pueblo murmura contra vosotros porque no es tal cuestión que pueda escapar incluso al conocimiento popular. Ricos y pobres, altos y bajos, doctos e indoctos, hombres y mujeres saben qué se perdona a cada edad en el Bautismo. Por lo cual también las madres diariamente en todo el mundo no solo corren a Cristo, es decir, al ungido; sino a Cristo Jesús, es decir, también al Salvador con sus pequeños. Pero he aquí, el concilio de estos santos a los que te he introducido no es una multitud popular: no solo son hijos, sino también padres de la Iglesia. Son de ese número, de quienes se predijo, Por tus padres nacieron hijos para ti; los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Sal. XLIV, 17). De los cuales los hijos fueron engendrados para aprender estas cosas; sus padres fueron hechos para enseñar.

32. ¿Qué es lo que te jactas de alegrarte, que esta verdad, que tú consideras un error o deseas que se considere así, "no puede encontrar un defensor entre tanta multitud?" Como si fuera

poca su afirmación, que en este fundamento de fe tan firme y antiguo, la multitud difundida por todo el mundo no discrepa de sí misma. Pero si exiges defensores, de los cuales se pueda encontrar algo incluso en escritos, y cuya doctrina es ilustre; he aquí que está presente la memorable y venerable asamblea y consenso de sus defensores. San Ireneo dice que la antigua herida de la serpiente se sana con la fe de Cristo y la cruz, y que por el pecado del primer hombre estábamos atados como con cadenas. San Cipriano dice que el niño perece si no ha sido bautizado, aunque no se le perdonen pecados propios, sino ajenos. San Reticio dice que los pecados del hombre viejo, que nos despojamos en el baño de la regeneración, no solo son antiguos, sino innatos. San Olimpio dice que el vicio se esparció desde el primer hombre en la semilla, para que el pecado naciera con el hombre. San Hilario dice que toda carne proviene del pecado, excepto la de aquel que vino en semejanza de carne de pecado sin pecado. Dice que nació bajo el origen del pecado y bajo la ley del pecado, cuya voz es: "En iniquidades fui concebido" (Salmo 51, 7). San Ambrosio dice que los niños que han sido bautizados son reformados de la malicia en los comienzos de su naturaleza. Dice que solo el Señor Jesús, nacido de mujer, no sintió las corrupciones de la contaminación terrenal por la novedad de un parto inmaculado. Dice que en Adán todos morimos, porque por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y la culpa de él es la muerte de todos. Dice que en su herida toda la raza humana habría perecido, si aquel Samaritano descendiendo no hubiera curado sus amargas heridas. Dice que Adán existió, y en él existieron todos; Adán pereció, y en él perecieron todos. Dice que nos manchamos con la contaminación antes de nacer, y que la concepción humana no está exenta de iniquidad, porque, dice, somos concebidos en el pecado de los padres, y nacemos en sus delitos; pero también el parto tiene sus contaminaciones, y la misma naturaleza no tiene solo una contaminación. Dice que el diablo es un usurero, del cual Eva, manchada, liberó a toda la raza humana con los intereses de una sucesión obligada. Dice que el diablo engañó a Eva para suplantarse al hombre y obligar la herencia. Dice que Adán fue tan viciado por la mordedura de la serpiente, que todos cojeamos con esa herida. Dice que por la mezcla de los cuerpos del hombre y la mujer nadie está exento de delito; pero quien está exento de delito, es decir, el Señor Cristo, también está exento de tal concepción. Te dice el santo Inocencio que en el baño de la regeneración se purga todo el vicio pasado, que ocurrió por aquel que, cayendo por libre albedrío, se sumergió en lo profundo. Dice que a menos que coman la carne del Señor y beban su sangre, los niños no pueden tener vida. San Gregorio dice que hubiera sido mejor no caer del árbol de la vida por el amargo gusto del pecado, pero que debemos ser corregidos después de la caída. Dice que hemos sido arrojados de lo bueno a lo triste, y quiere que seamos restaurados de lo triste a lo mejor; para que aquellos a quienes el gusto del árbol prohibido condenó, la cruz de Cristo justifique con gracia más abundante. Dice que es venerable el nacimiento por el cual somos liberados de las cadenas del nacimiento terrenal. Dice que en la regeneración por agua y espíritu se purgan las manchas del primer nacimiento, por las cuales somos concebidos en iniquidades. Te dice el santo Basilio que hemos contraído la enfermedad del pecado, porque Eva no quiso ayunar del árbol prohibido. Finalmente, dice que caímos del paraíso porque no ayunamos, y para regresar allí, ordena que ayunemos. Te dicen con una sola voz tantos santos obispos, Eulogio, Juan, Ammoniano, Porfirio, Eutonio, otro Porfirio, Fido, Zonino, Zoboeno, Nymphidio, Cromacio, Jovino, Eleuterio, Clemacio: No absolvimos a Pelagio, sino porque condenó a aquellos que dicen que los niños, incluso si no son bautizados, tienen vida eterna. Ahora responde tú, si Dios justo puede privar de vida eterna a su imagen, que no está sujeta a pecado alguno.

33. Finalmente, el santo obispo Juan dice, a quien tú mencionaste honorablemente, a quien tú alabaste como santo y erudito, a quien tú dijiste que recibió testimonio y gloria de la compañía de la verdad: él también dice que Adán pecó de tal manera que condenó a toda la

raza humana en común. Dice que Cristo lloró en la muerte de Lázaro porque la mortalidad, arrancada de las eternidades, amó el infierno; y porque el diablo hizo mortales a aquellos que podían ser inmortales. Dice que antes del pecado del hombre, de todas maneras las bestias estaban sujetas al hombre; pero después de que entró ese pecado, comenzamos a temer a las bestias: hasta tal punto quiso que se entendiera que ese pecado del primer hombre afecta a todos los hombres; donde cualquiera puede ver que es consecuente que ninguna bestia dañaría a los niños, a menos que el nacimiento carnal también los atara con el vínculo de ese pecado. Dice en el mismo sermón, del cual tú quisiste deslizarte a los incautos, que Cristo nos encontró, y con nuestro pagaré paterno que Adán escribió, y con nuestras deudas propias posteriores. Expone el lugar del Apóstol en el que toda esta causa consiste, donde está escrito: "Por un solo hombre el pecado entró en el mundo" (Rom. V, 12), y las demás cosas coherentes con esta sentencia. Ni en su tan extensa disertación dice lo que ustedes dicen, que este pecado no pasó a todos los hombres por la propagación de la especie, sino por imitación: más bien, al contrario, demuestra que la realidad es diferente al no disentir de las sentencias de sus coobispos. Dice que todo está contaminado por el pecado del primer hombre: y para que no se piense que esto ocurrió no por generación carnal, sino por imitación moral, dice que Adán fue llamado figura del futuro, porque así como él, para los nacidos de él, aunque no comieron del árbol, fue causa de muerte, que fue inducida por el alimento; así también Cristo, para aquellos que son de él, aunque no hicieron nada justo, fue proveedor de justicia, que por la cruz concedió a todos. Dice que el judío que niega que el mundo pueda ser salvado por la virtud de un solo Cristo, debe ser refutado por el pecado del mismo primer hombre, por el cual, siendo uno desobediente, el mundo fue condenado. Dice que no parece tener mucha razón que uno sea condenado por otro, y sin embargo, esto ocurrió por Adán: de donde persuade más a creer que es más decente y razonable que uno sea salvado por otro; lo cual se cumple en Cristo. Pero, ¿quién no ve que si el pecado del primer hombre no pasó a todos los hombres por propagación, sino por imitación, nadie sería condenado por otro, sino cada uno por su propio pecado, que no otro le transmitió al generarlo, sino que él mismo cometió por su voluntad imitando? Dice que por la gracia no solo aquel único pecado del primer hombre, sino también los pecados que entraron después de él, fueron destruidos. Donde ciertamente distingue los pecados posteriores, que pueden decirse cometidos por imitación, de aquel único que pasó por propagación: y muestra que ambos fueron destruidos por la gracia, para que según la intención del Apóstol, aparezca más que la regeneración ha sido más provechosa que la generación ha sido dañina. Así expone lo que se dijo: "Y no como el delito, así es también el don: porque el juicio fue de uno para condenación; pero la gracia es de muchos delitos para justificación" (Rom. V, 16). Con esta sentencia, esa imitación suya, que es la nueva maquinaria del error pelagiano, es subvertida por el apóstol Pablo escribiendo, y el obispo Juan exponiendo. También dice sobre el mismo Bautismo, exponiendo lo que dice el Apóstol: "Todos los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido bautizados en su muerte" (Rom. VI, 3), que no es otra cosa ser bautizado en la muerte de Cristo que morir al pecado, como él murió en la carne. Por lo tanto, es necesario que los niños o no sean bautizados en Cristo, o si son bautizados, sean bautizados en su muerte; y así también ellos mueran al pecado, y como no tienen propio, sean limpiados de la contaminación de aquel ajeno, es decir, original, que se ha hecho común a todos.

34. Rodeado de estas tantas y tan grandes fuerzas de hombres santos y doctos, ¿aún pensarás que nuestra causa no pudo encontrar ningún defensor entre tanta multitud? ¿O dirás que tal consenso de sacerdotes católicos es una conspiración de perdidos? No pienses que el santo Jerónimo, porque fue presbítero, debe ser despreciado, quien, instruido en elocuencia griega y latina, además de hebrea, pasando de la Iglesia occidental a la oriental, vivió en los lugares santos y en las Escrituras sagradas hasta una edad avanzada: y leyó todos o casi todos los que

antes de él escribieron algo de doctrina eclesiástica en ambas partes del mundo, y no sostuvo ni expresó otra opinión sobre este asunto. Quien, al exponer al profeta Jonás, dijo clarísimamente que incluso los niños están sujetos al pecado del ofensor Adán (En cap. 3). ¿Amarás tanto tu error, en el que caíste con confianza juvenil y por un desliz humano más incautamente, que no solo disientas de estos sacerdotes de la unidad y verdad católica, que concuerdan entre sí con tanta concordia de fe desde diversas partes del mundo, en un asunto tan grande donde reside la suma de la religión cristiana, sino que te atrevas a llamarlos además maniqueos? Si no lo haces, tampoco me lo haces justamente a mí, a quien ves que en esta causa, en mis disputas, por las cuales te irritas ferozmente contra mí, he seguido sus huellas. Pero si solo a mí me arrojas tal reproche, no por otra razón, sino porque sobre el pecado del primer hombre siento lo que ellos sienten, sostengo lo que ellos sostienen, predico lo que ellos predicán; ¿quién no verá que lanzas un abierto insulto contra mí, pero tienes un juicio similar oculto sobre ellos? Y sin embargo, considerando, para no mencionar otras cosas, ya sea las palabras del obispo Juan sobre nuestro pagaré paterno que escribió Adán, palabras que creo encontraste en ese sermón del cual sacaste lo que quisiste; o del obispo Ambrosio, sobre la mezcla del hombre y la mujer, que nadie puede estar exento de pecado, que leíste en mi libro, pero temiste tocar en los tuyos; aunque tu frente sea dura ante los hombres, tu mente se sonroja ante Dios.

35. Yo, por el amor que tengo hacia ti, que con la ayuda de Dios no podrás arrancar de las entrañas de mi corazón con cualquier insulto, preferiría, hijo Juliano, que te superaras con una juventud mejor y más fuerte, y que superaras con una piedad más poderosa la animosidad (¿qué otra cosa sino humana?), con la que deseas que prevalezca tu opinión, sea cual sea, ya que se ha convertido en tuya; y como Polemo, quitándose poco a poco las coronas de la lujuria de su cabeza y arrojándolas, puso su mano bajo el manto, formó su rostro y semblante hacia la modestia, y finalmente se entregó por completo como discípulo a aquel a quien había venido a ridiculizar; así también tú, escuchando a tantos venerables hombres, especialmente al obispo Ambrosio, en la integridad de la fe católica, incluso alabado por la boca de tu mal maestro y engañador, y a los obispos Basilio y Juan, a quienes también tú colocaste en los santos eruditos con un testimonio veraz, como si arrojaras las alabanzas de los pelagianos, con las que eres exaltado como su gran defensor; y no como si escondieras el estilo contumelioso, para decirlo más suavemente, bajo el manto de la modestia, sino como si lo rompieras con una mano más enmendada; y entregaras tu pecho para ser llenado de verdad, no a Xenócrates platónico, sino a estos sacerdotes cristianos, o más bien en ellos al mismo Señor Cristo, no como si vinieras por primera vez, sino como si regresaras, lo devolvieras. Pero si mi consejo no te agrada, haz lo que te plazca. Porque yo, incluso si fueras corregido, lo cual es mi mayor deseo, me alegraré más abundantemente y con más plenitud: y si, lo cual aborrezco, permaneces en esta depravación, de tus reproches tendré un fructífero aumento de recompensa celestial para mí, y un aguijón de dolor misericordioso por ti.

CAPÍTULO VIII.

36. Pero ya que he mostrado cuántos y qué clase de hombres defensores y doctores de la fe católica haces falsamente maniqueos; escucha ahora un poco, con cuánta temeridad ignorante ayudas a los verdaderos maniqueos. Porque prometí demostrar esto en segundo lugar en mi disputa. Los maniqueos, como también has indicado que sabes bien, introducen dos naturalezas, una de bien y otra de mal, de principios diversos y entre sí adversos y coeternos, con la vanidad sacrilega de su nefando error. Contra los cuales la fe católica proclama la naturaleza de Dios solamente sin principio, es decir, de aquel sumo e inmutable bien, que es esa inefable Trinidad: de quien dice que toda la creación fue hecha, y todas las naturalezas buenas, aunque desiguales al Creador, porque fueron creadas de la nada, y por lo tanto

mutables: de modo que no hay absolutamente ninguna naturaleza que no sea él mismo, o hecha por él; de modo que cualquier naturaleza, por grande o pequeña que sea, en cuanto es naturaleza, es buena.

37. Preguntan entonces de dónde viene el mal. Respondemos, Del bien, pero no del sumo e inmutable bien. Por lo tanto, de los bienes inferiores y mutables surgieron los males. Aunque entendemos que los males no son naturalezas, sino vicios de las naturalezas: sin embargo, entendemos al mismo tiempo que no pueden existir sino en algunas y en algunas naturalezas; ni puede haber algo malo, sino por defecto de bondad. Pero, ¿defecto de qué, sino de alguna naturaleza sin duda? Porque incluso la voluntad mala no es sino la voluntad de alguna naturaleza. Porque tanto el ángel como el hombre son naturalezas. No puede haber voluntad de nada, cuando hay voluntad. Y tanto valen esas voluntades, que hacen las cualidades de las naturalezas de las cuales son. Porque si se pregunta, ¿cómo es el ángel o el hombre de mala voluntad? Se responde correctamente, Malo; tomando más el nombre de cualidad de la voluntad mala, que de la naturaleza buena. Porque la naturaleza es la misma sustancia y capaz de bondad y malicia: es capaz de bondad, por participación del bien del cual fue hecha: pero recibe malicia no por participación del mal, sino por privación del bien, es decir, no cuando se mezcla con una naturaleza que es algún mal, porque ninguna naturaleza en cuanto es naturaleza, es mala; sino cuando se aparta de la naturaleza que es el sumo e inmutable bien; porque no fue hecha de él, sino de la nada. De lo contrario, no podría tener voluntad mala, si no fuera mutable. Pero la naturaleza mutable no sería, si fuera de Dios, y no hecha por él de la nada. Por lo tanto, Dios es el autor de los bienes, siendo el autor de las naturalezas: cuyo defecto espontáneo del bien, no indica de quién fueron hechas, sino de qué fueron hechas. Y esto no es algo, porque absolutamente nada es; y por eso no puede tener autor lo que nada es.

38. Por lo tanto, así como el maniqueo se opone a la fe católica, es decir, a la fe de la verdad y la verdadera piedad, quien dice que el bien y el mal son tan contrarios entre sí, que no dice que la naturaleza se haga mala cuando se aparta del bien, y que ese defecto de ella sea su mal, sino que más bien dice que el mal es una naturaleza, y, lo que es más insano, eterna sin principio; y la llama cuerpo y espíritu; cuerpo, a saber, del cual el espíritu obra, espíritu, en verdad, que obra del cuerpo: así no puede decirse cuánto ayuda a este adversario de la fe quien niega que los males surjan de los bienes, y toma en el mismo sentido lo que dice el Señor, "El árbol bueno no da frutos malos": cuando el maestro Dios no constituye la naturaleza como el árbol del cual existe el fruto del que hablaba; sino la voluntad, ya sea buena o mala, y los frutos las obras, que no pueden ser buenas de una voluntad mala, ni malas de una voluntad buena. Esto es lo que dice, "El árbol malo no da frutos buenos, y el árbol bueno no da frutos malos" (Mat. VII, 18): como si dijera, Ni las obras buenas hace la voluntad mala, ni las malas hace la voluntad buena. Porque si se buscan los orígenes de esos árboles, es decir, de esas voluntades; ¿qué se encuentra, sino las naturalezas, que Dios creó buenas? Por lo tanto, de los bienes surgieron los males, no de las buenas voluntades las obras malas, sino de las buenas naturalezas las voluntades malas. ¿Qué desea escuchar tanto el maniqueo, como que de los bienes no pueden ser los males, para que, ya que no se puede negar que hay males, no quede nada sino que sean de los males, si no pueden ser de las buenas naturalezas; y así tengan su origen sin principio en una naturaleza del mal, que siempre ha sido sin principio, y sean dos naturalezas, una del bien, otra del mal? Porque es necesario que o no haya males, o sean de las buenas naturalezas, o de las malas. Si dijéramos que no hay males, en vano decimos a Dios, "Líbranos del mal" (Mat. VI, 13). Pero si dijéramos que no surgen males sino de los males, la pestilencia maniquea triunfará, y devastará todo, y violará la naturaleza misma de Dios como mutable por la mezcla de la

naturaleza mala. Por lo tanto, queda que confesemos que los males son de los bienes: porque si negamos esto, serán de los males, y ciertamente apoyaremos a los maniqueos.

39. Así que, cuando dices: «Según la sentencia del Evangelio, el árbol debe ser conocido por sus frutos, y debe ser escuchado quien dice que el matrimonio es bueno, del cual no puede salir nada más que maldad», quieres que el matrimonio sea considerado un buen árbol, del cual no quieres que nazca un hombre atado por el contagio del pecado original como fruto malo; y no ves que es necesario para ti establecer el adulterio como un árbol malo, si el matrimonio es un árbol bueno. Por lo tanto, si quien nace del matrimonio es fruto del matrimonio, y por eso debe estar sin defecto, para que no nazca un fruto malo de un árbol bueno; se sigue que quien nace del adulterio no debe nacer sin defecto, para que no nazca un fruto bueno de un árbol malo: porque el Señor, con autoridad divina, define que ni de un árbol bueno se hacen frutos malos, ni de uno malo, buenos. Así que, para salir de esto, ya que no dices que un hombre pueda nacer con defecto del adulterio, negarás que el adulterio sea un árbol malo, para que aquel que, según tú, nace sin defecto del adulterio, no parezca nacer como un buen fruto de un árbol malo, en contra de la definición del Señor. Niega, por tanto, también que el matrimonio sea un árbol bueno, y confiesa que te equivocaste al decir esto. Pero dirás que no nace un hombre del adulterio, quien es engendrado por el concubinato adulterino. ¿De dónde, entonces? «De la naturaleza», dices, «humana, que también en los adúlteros es obra de Dios, no de ellos». ¿Por qué, entonces, no entiendes de la misma manera que tampoco nace un hombre del matrimonio, quien es engendrado por el concubinato conyugal; sino de la naturaleza humana igualmente, que también en los cónyuges es obra de Dios, no de ellos: y así no se atribuye a la bondad de las nupcias lo que los nacidos arrastran del vicio de la naturaleza; así como no se atribuye a la iniquidad de los adulterios lo que los nacidos arrastran de la institución de la naturaleza? Pero tú entiendes el árbol bueno, no como Cristo quiso que se entendiera, es decir, la buena voluntad del hombre, sino la misma obra de Dios, es decir, las nupcias o la naturaleza de los hombres. Y porque estas obras de Dios son buenas, dices que no puede existir mal de ellas, porque un árbol bueno no puede hacer un fruto malo. Y así, Maniqueo concluye su razonamiento contra ti a favor de su dogma, al que ayudas con tus palabras, de modo que nada desea más escuchar que no puede haber mal de los buenos. Pues al aceptar esto, te infiere y te dice: Si no puede haber mal del bien, ¿de dónde será, sino del mal? Porque los males no pudieron existir por sí mismos de repente sin ningún autor. Pero tú dices que no puede haber mal del bien, para no ir en contra de la sentencia del Evangelio de que un árbol bueno no hace frutos malos. Queda, dice, que la naturaleza del mal fue sempiterna, que pudo generar males; porque confiesas que no pueden existir de los buenos.

40. ¿Te agrada ya cambiar de opinión, que no favoreciendo a los maniqueos, sino sin saber lo que dices, has proferido para ayudar a la pestilencia de los maniqueos? Pues, ¿cómo diría Cristo, «O haced el árbol bueno y su fruto bueno, o haced el árbol malo y su fruto malo» [Mat. XII, 33] (ya que esto lo decía a los hombres, a quienes él mismo había creado), si de su buena obra, que es el hombre, no pudiera existir el mal, como tú piensas, constituyendo el árbol bueno la buena obra de Dios, es decir, las nupcias de los hombres, o la naturaleza; y por eso dices que no puede nacer el mal de allí, porque si decimos que el mal nace del bien, resistiremos, según crees, a quien dijo, «El árbol bueno no hace frutos malos»: cuando sabes que de las buenas naturalezas del ángel y del hombre, que ningún mal padre había engendrado, sino que Dios sumamente bueno había hecho de ningún padre, no surgieron frutos malos, sino los mismos árboles malos, de los cuales nacieron frutos malos? Pero el Señor Jesús vence a los maniqueos, porque un solo hombre, es decir, una sola naturaleza puede hacer ambos árboles; y te vence a ti, porque de una buena naturaleza puede existir un

árbol malo. De lo cual se muestra falso lo que dices en apoyo de los maniqueos, «que no puede haber males de los buenos»; para que no se piense que los males pudieron existir sino de la naturaleza del mal, que el error nefasto de ellos introduce.

41. Pues no solo en un lugar, donde pensaste que debía mencionarse el árbol bueno del Evangelio, sino también en otros lugares de tu disputa, con esta perversidad has apoyado a los maniqueos: como es aquello donde dijiste de nuevo, «El pecado no puede ser arrastrado por la naturaleza, porque no se permite que la obra del diablo pase a través de la obra de Dios». A lo cual te respondo, ¿Cómo se permite que la obra del diablo permanezca en la obra de Dios, si no se permite que pase a través de la obra de Dios? Pues, ¿quién duda que es peor que permanezca allí, que que pase de allí? Quizás te preguntas cómo la obra del diablo permanece en la obra de Dios. No busques en otro lugar, recuerda al mismo diablo. Es obra de Dios, por supuesto, la naturaleza angélica: pero la envidia es obra del mismo diablo, obra que surgió de él y permanece en él. Por lo tanto, es vano lo que dijiste, «La obra del diablo no pasa a través de la obra de Dios», donde ves que también permanece. Pero, ¿no ves aún cuánto te agradece el maniqueo? ¿No te despiertas aún? Pues el maniqueo se esfuerza por mostrar que no puede surgir el mal de la buena obra de Dios, para que, como él quiere, se crea que no puede haber mal sino del mal. Aquí tú, su admirable ayudante, dices, «No se permite que el mal pase a través de la obra de Dios»: para que él concluya con toda facilidad que mucho menos puede surgir de allí, por lo que ni siquiera se permite que pase.

CAPÍTULO IX.

42. Escucha algo similar, o más grave, donde de nuevo apoyas a los maniqueos. «Desapareció», dices, «el pecado original, porque no puede colocarse la raíz del mal en aquello que llamas don de Dios». Lo cual yo veo que puedo refutar con una verdad manifiesta. ¿No es el sentido del hombre un don de Dios? Y sin embargo, allí el enemigo sembrador colocó la raíz del mal, cuando persuadió el pecado al hombre con el engaño de la serpiente (Gén. III, 1-6). Pues si el sentido humano no hubiera recibido entonces la raíz del mal, de ninguna manera se habría prestado el consentimiento al mal que persuadía. ¿Qué diré de la raíz de todos los males, la avaricia? ¿Y dónde está esta, sino en el alma del hombre? ¿Y qué es el alma del hombre, sino un don de Dios? ¿Cómo, entonces, dices, si no es sin considerar lo que dices, «que no puede colocarse la raíz del mal en el don de Dios»? Pero el maniqueo, a quien con estas sentencias inconsideradas tuyas mucho apoyas, atiende a lo que te dice. Si ser una criatura racional es un don de Dios, y dices que no puede colocarse la raíz del mal en el don de Dios; con cuánta más probabilidad se dice que no puede surgir la raíz del mal del don de Dios. Y así, con tu apoyo, el maniqueo introduce la raíz del mal de aquella naturaleza que no fue creada por Dios, sino que finge ser coeterna con Dios. Porque si dijeras que la raíz del mal surgió del libre albedrío de la naturaleza buena creada por Dios (lo que dice la verdad católica); con esas palabras tuyas te supera fácilmente, donde dices, «que no puede colocarse la raíz del mal en el don de Dios»: porque el libre albedrío es sin duda un don de Dios. Y por lo tanto, cuando dijiste «que no puede colocarse la raíz del mal en el don de Dios», diste al maniqueo lo que te dijera en contra. Porque si no puede colocarse el mal en el bien, como tú me dices; mucho menos puede surgir el mal del bien, como él te dice a ti. Y así concluirá que no hay mal sino del mal: donde se verá victorioso, y lo será de hecho, a menos que se le resista a él y a ti. Por lo tanto, la verdad de la fe católica en estas palabras vuestras vence al maniqueo, porque también te vence a ti mismo. Pues si no te venciera diciendo, «que no puede colocarse la raíz del mal en el don de Dios»; mucho menos podría vencer al maniqueo diciendo que no puede surgir la raíz del mal del don de Dios. Pero para vencer a ambos, dice que no puede surgir ni estar en ningún lugar la raíz del mal, sino de la naturaleza y en la naturaleza racional; a la cual ser naturaleza racional no es sino un don de

Dios: pero como fue hecha de la nada por el sumo e inmutable bien, para que existiera, aunque mutable, sin embargo, buena; el apartarse del bien del cual fue hecha, esto es de ella, o en ella, la raíz del mal: porque el mal no es otra cosa que la privación del bien.

43. Ahora bien, cuando dices, «La razón de las cosas no permite que del bien surja el mal y del justo, lo injusto»; ciertamente dices palabras de los maniqueos. Pues ellos afirman que no puede surgir el mal sino del mal; y toda su nefasta secta consiste en eso, porque primero sostienen que no puede surgir el mal del bien. Si les concedemos esto con tu autoridad, nada nos quedará en absoluto, con lo que podamos refutar sus nefastos dogmas. Esto es, lo injusto del justo; que es, el mal del bien. Por lo tanto, la fe católica, para resistir tanto a ti como a ellos, dice que no se ha proferido el mal sino del bien, y lo injusto sino del justo. Porque primero el ángel y el hombre, de quienes estas cosas fueron proferidas, eran buenos y justos. Por lo tanto, no resistimos a los maniqueos a menos que también obtengamos de ti que no han surgido males sino de los buenos: ni que esos males sean sustancias, sino vicios de las sustancias creadas, por los cuales se apartan del bien porque son mutables, ya que fueron hechas de la nada. Esta es la salud de la doctrina católica, por la cual se expulsa el veneno de la pestilencia maniquea.

44. Por lo tanto, aquel mi maestro, también tu mal maestro, Ambrosio, a quien alabas con tu boca, en ese libro que escribió sobre Isaac y el Alma: «¿Qué es, entonces», dice, «la malicia, sino la indigencia del bien?» Y de nuevo dice: «Por lo tanto, los males surgieron de los buenos. Pues no son males, sino aquellos que se privan de los buenos: sin embargo, por los males se hizo que los buenos resplandecieran. Por lo tanto, la indigencia del bien es la raíz de la malicia» (Cap. 7). ¿Ves con qué verdadera razón de la fe católica refuta el bienaventurado Ambrosio a los maniqueos? ¿Ves cómo, aunque en la misma disputa no los nombró, sin embargo, con esta verdad y brevedad de sentencias los ha convencido? He aquí a qué hombre de Dios, por el pecado original que católicamente afirmó, le imputas el oprobio del nombre de los maniqueos por el instinto de un furor maledicente, quien contra el apoyo que les prestas, proporciona un auxilio tan invicto a los disputadores católicos para derrotarlos. Pues él clama contra los maniqueos, «De los buenos surgieron los males»: y contra él, a favor de los maniqueos, tú reclamas, «Es necesario que haya mal, del cual y por el cual apareció el fruto malo»; y, «No se permite que la obra del diablo pase a través de la obra de Dios»; y, «No puede colocarse la raíz del mal en el don de Dios»; y, «La razón de las cosas no permite que del bien surja el mal, y del justo, lo injusto». Estas cosas clamas a favor de los maniqueos contra la voz de la verdad católica pronunciada por el sacerdote de Dios; para que si tú eres escuchado, los maniqueos venzan, diciendo, para no mencionar otras cosas, «Si la razón de las cosas no permite que del bien surja el mal»; entonces no surgieron de los buenos, como dice Ambrosio, sino, como decimos nosotros, de la naturaleza del mal surgieron los males. He aquí en qué abismo has caído al malentender al Señor diciendo, «El árbol bueno no hace frutos malos»: cuando esto no se dijo de la naturaleza, o de las nupcias, que Dios instituyó, sino de la voluntad buena del hombre, de la cual no se hacen obras malas.

45. Pero no sea que tú, o alguien diga, ¿Cómo del árbol que hace el hombre, es decir, la buena voluntad, no se hacen frutos malos; y de la naturaleza que hace Dios, la misma que hace frutos malos, nace un árbol malo: como si el hombre hiciera algo mejor, de lo cual no pueda existir un fruto malo; que es aquello que hace Dios, de lo cual pueda existir un árbol malo? Para que nadie, por tanto, yerre así, escuche diligentemente a Ambrosio diciendo, «¿Qué es la malicia, sino la indigencia del bien? Pues no son males sino aquellos que se privan de los buenos; porque la indigencia del bien es la raíz de la malicia». Y de aquí entienda que por eso es un árbol malo, la mala voluntad; porque es un defecto del sumo bien, donde el bien creado es privado del bien creador, para que en él sea la raíz del mal nada más

que la indigencia del bien. Pero el árbol bueno es la buena voluntad, porque por ella el hombre se convierte al sumo e inmutable bien, y se llena de bien, para que haga el fruto bueno. Y por lo tanto, Dios es autor de todos los bienes, es decir, tanto de la naturaleza buena, como de la buena voluntad, que a menos que Dios la opere en él, no la hace el hombre: porque la voluntad es preparada por el Señor (Prov. VIII, según los LXX).

46. Pero ya veo que el orden de mi disposición exige que haga, con la ayuda de Dios, lo que prometí hacer en tercer lugar, es decir, que con las sentencias de los obispos católicos que fueron antes que nosotros, que trataron las Sagradas Escrituras con gran gloria, rompa tus argumentos de vidrio y frágiles, con los que te parecen muy agudo y brillante. Lo cual abordaremos desde otro comienzo, aquí concluida la extensión de este libro.

LIBRO SEGUNDO.

El autor refuta cinco argumentos de los pelagianos contra el pecado original con la autoridad y las sentencias de los doctores católicos que antes brillaron en la Iglesia, es decir, de diez obispos ilustres, Ireneo, Cipriano, Reticio, Olimpio, Hilario, Gregorio Nacianceno, Ambrosio, Basilio, Juan de Constantinopla, e Inocencio; así como del presbítero Jerónimo, hombre santo y muy erudito.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ahora ya debo abordar lo que puse en tercer lugar en mi disposición, para que con las sentencias de los obispos, que trataron las Sagradas Escrituras con gran gloria, subvierta tus maquinaciones, Juliano, con la ayuda del Señor. No para mostrar que ellos sintieron según la fe católica sobre el pecado original; pues esto ya lo hice en las primeras partes de esta obra, para mostrar de cuántos y cuán grandes hombres, santos y claros doctores de la Iglesia, les imputas el crimen de los maniqueos; y cuando deseas descolorar mi juicio ante los inexpertos, acusas con el nombre de una nefaria herejía a aquellos que defendieron la fe católica contra los herejes. Pero ahora los mismos argumentos vuestros, con los que actuáis para que no se crea que la primera natividad de los hombres está sujeta al pecado original, deben ser refutados con los elocuentes de los santos. A quienes es necesario que el pueblo cristiano prefiera a vuestras profanas novedades, y elija adherirse a ellos más que a vosotros.

2. Estas son ciertamente las cabezas de los argumentos, como temibles, vuestros, con los que aterrorizáis a los débiles, y menos de lo que conviene contra vosotros, instruidos en las Sagradas Escrituras. Pues decís que, «al afirmar el pecado original, decimos que el diablo es el creador de los hombres nacientes, condenamos las nupcias, negamos que en el Bautismo se perdonen todos los pecados, acusamos a Dios de iniquidad, introducimos la desesperación de la perfección». Pues sostenéis que todas estas cosas son consecuentes, si creemos que los niños nacen obligados por el pecado del primer hombre, y por eso están bajo el diablo, a menos que renazcan en Cristo. «Pues el diablo crea», decís, «si son creados de esta herida que el diablo infligió a la naturaleza humana, que fue creada primero: y se condenan las nupcias, si se cree que tienen algo de lo que se generan los condenables: ni se perdonan todos los pecados en el Bautismo, si queda algún mal en los cónyuges bautizados, del cual se generan los malos. Pero, ¿cómo no es iniquo Dios, que cuando perdona los pecados propios a los bautizados, condena al niño, porque al ser creado por él, sin saberlo ni quererlo, incluso de aquellos padres a quienes se les había perdonado, arrastró pecados ajenos? Ni se cree que la virtud, a la que se entiende que es contraria la viciosidad, pueda ser perfeccionada; porque es increíble que los vicios innatos puedan ser consumidos: los cuales ya ni siquiera deben ser considerados vicios. Pues no peca quien no puede ser otra cosa que lo que fue creado».

3. Si buscarais estas cosas con fiel diligencia, y no atacaseis con audacia infiel lo que está fundado en la verdad y antigüedad de la fe católica; vendríais, nutridos por la gracia de Cristo, a aquellas cosas que están ocultas a los sabios y prudentes, y reveladas a los pequeños (Mat. XI, 25). Pues decimos lo que tiene esa fe, de la cual está escrito, «Si no creéis, no entenderéis» (Is. VII, 9, según los LXX): ni al diablo, sino al verdadero y verdaderamente bueno Dios, ser el creador de los hombres, obrando de manera inefable cosas puras incluso de las impuras; aunque ningún hombre nazca puro, y por eso, hasta que sea purificado por el Espíritu Santo, se ve obligado a estar bajo el espíritu inmundo. Ni cualquier inmundicia de las naturalezas es un crimen de las nupcias: pues el bien propio de las nupcias se distingue de cualquier vicio de las naturalezas. Ni queda la culpa de ningún pecado, que no se disuelva en la regeneración que se hace en Cristo; aunque la debilidad reste, contra la cual el regenerado, si progresa, debe luchar en sí mismo. Ni es iniquo Dios, cuando retribuye dignamente los pecados, ya sean originales o propios: y más bien se muestra iniquo o débil, si el yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día, como está escrito, de su nacimiento hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Eclo. XL, 1), bajo el cual se desgasta su imagen, lo impone él mismo sin ningún pecado, ya sea original o propio, o cualquier otro lo impone contra su voluntad. Ni se debe desesperar de la perfección de la virtud, por su gracia, que puede cambiar y sanar la naturaleza viciada desde el origen.

CAPÍTULO II.

4. Procederé, por tanto, a cumplir mi promesa. No me propongo refutar con testimonios de los santos cada uno de esos cinco argumentos vuestros, de los cuales deriváis todo, y que en esta cuestión disputáis de múltiples maneras contra la fe católica; sino que, en la medida en que puedan ser golpeados y derribados, incluso cuando yo presente de las escrituras de los obispos católicos cada uno de ellos, tanto será golpeado y derribado, ya sea uno de ellos, dos, varios o todos, según la fuerza de lo que se presente. Tal como está en el libro que el beato Ambrosio escribió sobre el Arca de Noé, «Por uno solo,» dice, «el Señor Jesús se declara la salvación venidera para las naciones, quien solo no pudo ser justo, cuando toda la generación erraba, a menos que nacido de una virgen no estuviera sujeto al privilegio de la generación culpable. He aquí, dice, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo 50, 7), dice aquel que se consideraba justo sobre los demás. ¿A quién, pues, llamaría ya justo, sino a aquel libre de estos vínculos, a quien no atan las cadenas de la naturaleza común? Todos bajo pecado, desde Adán la muerte reinaba sobre todos. Que venga solo el justo ante la presencia de Dios, de quien ya no se diga con excepción, No pecó con sus labios (Job 1, 22); sino, No cometió pecado» (1 Pedro 2, 22). Dile a este, si te atreves, que hizo al diablo creador de los hombres, que nacen de la mezcla de ambos sexos; ya que exceptuó solo a Cristo, porque nació de una virgen, de los vínculos de la generación culpable, naciendo todos los demás de Adán bajo la obligación del pecado; pecado que ciertamente sembró el diablo. Refuta a este condenador de los matrimonios, que dice que solo el hijo de la virgen nació sin pecado. Acusa a este negador de la virtud adquirida, que afirma que los vicios se engendran en el género humano en el mismo inicio de la concepción. Y dile lo que contra mí en tu primer volumen crees haber dicho con suficiente agudeza y aptitud, «Ni pecan en absoluto aquellos que se dice que pecan: ya que, creados por quien sea, según lo que son creados, deben vivir, y no pueden oponerse a su naturaleza.» Di todo esto a Ambrosio, o sobre Ambrosio, que me reprochas con tanta soberbia, con tanta insolencia, con tanta procacidad y petulancia. (Pues con estas palabras tuyas también infamar el sacramento del Bautismo, que en él no se hace plena remisión de los pecados; y hacer a Dios injusto, que condena los pecados ajenos en los hijos, que en los padres perdonó; tal vez no se pueda decir:

ya que cuando hablaba de estas cosas, no hablaba de la descendencia de los bautizados.) Pero si el santo Ambrosio no era de aquellos que hacen al diablo creador de los hombres, o condenan los matrimonios, o piensan que la naturaleza humana es incapaz de virtud; sino más bien de aquellos que reconocen y confiesan a Dios como el sumo y sumamente bueno creador de todo el hombre, es decir, de toda el alma y todo el cuerpo, y honran los matrimonios en la bondad de su grado, y no desesperan de que el hombre pueda ser perfectamente justificado: estos tres argumentos vuestros, por ahora, han sido subvertidos por la autoridad de tan gran varón, y no deben sernos más objetados a nosotros, que decimos sobre el pecado original lo que dijo él, que ni atribuyó la creación del hombre al diablo, ni condenó los matrimonios, ni desesperó de la perfección de la justicia en la naturaleza humana.

CAPÍTULO III.

5. Sobre los dos argumentos restantes vuestros, que se refieren al Bautismo, pronto veremos qué pensó aquel varón, y cómo os aplastó con el enorme peso de su autoridad. Pues dice en el libro contra los Novacianos: «Todos los hombres nacemos bajo pecado, cuyo mismo origen está en el vicio, como has leído, diciendo David, He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre. Por eso la carne de Pablo era cuerpo de muerte, como él mismo dice, ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. 7, 24). Pero la carne de Cristo condenó el pecado, que al nacer no sintió, que al morir crucificó; para que en nuestra carne hubiera justificación por gracia, donde antes había corrupción por culpa» (Lib. 1 de Poenit., cap. 3). Aquí ciertamente todos vuestros argumentos han sido subvertidos a la vez. Pues si todos los hombres nacemos bajo pecado, cuyo mismo origen está en el vicio: ¿por qué me objetas esto, que digo que el diablo es creador de los hombres, cuando ves que digo lo que dijo aquel que no dijo que el diablo es creador de los hombres? Si porque el origen del hombre está en el vicio, por eso dice David, He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre; y esta voz no acusa la unión matrimonial, sino el pecado original: ¿por qué dices que soy condenador de los matrimonios, lo que no te atreverás a decir de Ambrosio? Si porque todos los hombres nacemos bajo pecado, y nuestro mismo origen está en el vicio, por eso la carne de Pablo era cuerpo de muerte, como él mismo dice, ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¿ya ves que también quiso que se entendiera a sí mismo el Apóstol en estas palabras tuyas? Por tanto, su hombre interior, aunque se deleitaba en la ley de Dios, veía otra ley en sus miembros que se oponía a la ley de su mente, y por eso decía que su carne era cuerpo de muerte. En su carne, por tanto, no habitaba el bien, por lo cual no hacía el bien que quería; sino el mal que odiaba, eso hacía (Rom. 7, 15-24). He aquí que toda vuestra causa ha sido empujada, derribada, triturada, y como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo 1, 4), así ha sido arrojada de los corazones de aquellos a quienes comenzabais a engañar, si quisieran pensar en esto dejando de lado el afán de contienda. ¿Acaso el apóstol Pablo no estaba bautizado? ¿o no le había sido perdonado algo de sus pecados originales, propios, de ignorancia o de conocimiento? ¿De dónde, pues, hablaba así, sino porque lo que dije en mi libro, al que te glorías de haber respondido, es completamente cierto? Pues esta ley del pecado, que está en los miembros de este cuerpo de muerte, es remitida por la regeneración espiritual, y permanece en la carne mortal: remitida, ciertamente, porque su culpa es absuelta por el Sacramento, por el cual renacen los fieles; pero permanece, porque opera deseos, contra los cuales luchan también los fieles. Esto es completamente lo que destruye de raíz vuestra herejía. Lo veis y teméis tanto, que no intentáis salir de estas voces apostólicas de otra manera, sino con la mayor contención posible afirmáis que no debe entenderse allí la persona del mismo Apóstol, sino de algún judío aún bajo la ley, no bajo la gracia, contra quien su mala costumbre de vida lucharía: como si la fuerza misma de la costumbre se depusiera en el Bautismo, y no lucharan contra ella también los bautizados,

tanto más fuerte y vehementemente, cuanto más desean agradar a los ojos de aquel cuya gracia les ayuda, para que no sean vencidos en tal combate. Si quisieras considerar esto atentamente sin obstinación, ciertamente en la misma fuerza de la costumbre encontrarías cómo la concupiscencia es remitida en la culpa, y permanece en el acto. Pues no se hace nada en el hombre, cuando es inquietado por los estímulos de sus concupiscencias, incluso a las que no consiente. Pero sin embargo, no por la fuerza de la costumbre llamaba el Apóstol a su carne cuerpo de muerte; sino porque Ambrosio lo entendió muy correctamente, porque todos nacemos bajo pecado, y el mismo origen está en el vicio. No podía dudar que la culpa de este vicio ya le había sido perdonada en el Bautismo, pero luchando contra su inquietud, primero temía ser vencido y subyugado por él; luego, aunque invicto, prefería no luchar mucho tiempo, sino no tener enemigo, cuando decía, Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. 7, 24 y 25): sabiendo que por su gracia somos sanados de este movimiento concupiscente, que nos sanó de su culpa original por la regeneración espiritual. Esta guerra que hemos asumido librar en nosotros mismos contra nosotros mismos, la experimentan en sí mismos, y no pueden negarlo, los más acérrimos combatientes de la lujuria, no los más impúdicos alabadores.

6. Finalmente, también dice el victoriosísimo Cipriano en su carta sobre la Oración del Señor: «Pedimos que se haga la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra: lo cual concierne a la consumación de nuestra integridad y salvación. Pues teniendo el cuerpo de la tierra, y el espíritu del cielo, somos nosotros mismos tierra y cielo, y en ambos, es decir, en el cuerpo y en el espíritu, oramos para que se haga la voluntad de Dios. Pues hay una lucha entre la carne y el espíritu, y una contienda diaria entre ellos, para que no hagamos lo que queremos; mientras el espíritu busca las cosas celestiales y divinas, la carne desea las terrenales y seculares. Y por eso pedimos que entre estos dos, con la ayuda y auxilio de Dios, se haga la concordia, para que mientras se hace la voluntad de Dios en el espíritu y en la carne, se conserve el alma que ha renacido por él. Lo cual el apóstol Pablo declara abierta y manifiestamente con su voz: La carne, dice, desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: porque estas cosas se oponen entre sí; para que no hagáis lo que queréis» (Gálatas 5, 17). Mira cómo instruye al pueblo bautizado el insigne doctor: (pues ¿quién cristiano ignora que la oración del Señor se refiere al bautizado?) para que entiendan que la integridad y salvación de la naturaleza humana está constituida en esto, no para que la carne y el espíritu, como si fueran naturalmente enemigos entre sí, como delira el maniqueo, se separen; sino más bien para que, sanados del vicio de la discordia, concuerden. Esto es ser liberado de este cuerpo de muerte, para que sea de vida lo que ahora es cuerpo de muerte, muriendo en él la misma muerte; con el fin de la discordia, no de la naturaleza. De donde también se dirá aquello, ¿Dónde está, muerte, tu contienda? (1 Cor. 15, 55). Lo cual no se perfecciona en esta vida, también lo atestigua el Mártir en la carta sobre la Mortalidad, donde dice que el apóstol Pablo deseaba disolverse y estar con Cristo, para no estar ya sujeto a pecados y vicios de la carne. ¿Y cómo expone vigilante contra ese dogma vuestro, en el que confiáis en vuestra virtud, esto en la Oración del Señor? Pues enseña que debe pedirse eso más bien al Señor, que presumirse de las propias fuerzas, para que entre la carne y el espíritu no la virtud humana, sino la gracia divina haga la concordia: consonante completamente con el Apóstol que dice, ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

7. A esto también atestigua el santo Gregorio diciendo: «Pues el alma cuando está en trabajos y en angustias, cuando es hostilmente urgida por la carne, entonces huye a Dios, y reconoce de dónde debe pedir ayuda. Y para que nadie en estas palabras del obispo Gregorio sospeche que la carne que urge hostilmente, como si fuera de una naturaleza contraria del mal, según la

locura de los maniqueos; también él ve cómo concuerda con sus hermanos y co-doctores, enseñando que el espíritu no desea contra la carne por otra razón, sino para que ambos sean devueltos a su autor después del gravísimo conflicto de ambas cosas en esta vida, en el cual trabaja la vida de todos los santos. Pues en el libro Apologético dice: «De aquellos verdaderamente, no hago mención aún de los golpes, con los cuales dentro de nosotros mismos somos atacados por nuestros propios vicios y pasiones, y día y noche somos urgidos por los estímulos encendidos de este cuerpo de humillación y cuerpo de muerte, ahora secretamente, ahora también abiertamente provocando e irritando por todas partes con las seducciones de las cosas visibles, este lodo de heces al que estamos adheridos, exhalando su hedor con venas más capaces; pero también la ley del pecado, que está en nuestros miembros, oponiéndose a la ley del espíritu; mientras la imagen real, que está dentro de nosotros, intenta llevarla cautiva: para que ceda con sus despojos, lo que sea que en nosotros fluyó por el beneficio de la divina y primera condición: de donde tal vez alguien, con una larga y estricta filosofía gobernándose, y recordando poco a poco la nobleza de su alma, la naturaleza de la luz que está en él unida a este lodo humilde y tenebroso, la devuelva y refleje a Dios: o si ciertamente actúa con Dios propicio, devolverá ambos juntos; si, sin embargo, con larga y continua meditación se acostumbra a mirar siempre hacia arriba, y a levantar con frenos más estrictos la materia que malamente lo arrastra hacia abajo y lo deprime, adherida a sí mismo» (En el primer Apologético sobre su huida). Reconoce, hijo Juliano, las voces católicas consonantes, y deja de disonar de ellas. Cuando dice el beato Gregorio, «Dentro de nosotros mismos somos atacados por nuestros propios vicios y pasiones, y día y noche somos urgidos por los estímulos encendidos de este cuerpo de humillación y cuerpo de muerte;» habla un bautizado, habla de bautizados. Cuando dice, «la ley del pecado que está en nuestros miembros oponiéndose a la ley del espíritu;» habla un bautizado, habla de bautizados. Esta es la lucha de los cristianos fieles, no de los judíos infieles. Cree, si no luchas; reconoce, si luchas, y con esta lucha expugna también la rebelde soberbia del error pelagiano. ¿Ya distingues, ya ves claramente, ya recapacitas, y en el Bautismo se hace la remisión de todos los pecados, y con los bautizados permanece como una guerra civil de los vicios interiores? Pues no son tales vicios, que ya deban llamarse pecados, si la concupiscencia no arrastra al espíritu a obras ilícitas y concibe y da a luz pecado. Sin embargo, no están fuera de nosotros, contra los cuales, cuando laboramos en este combate con provecho, debemos insistir; son nuestros, son pasiones, son vicios, deben ser frenados, contenidos, sanados: pero mientras se curan son hostiles. Y si a medida que progresamos hacia lo mejor, disminuyen más y más; sin embargo, mientras aquí se vive, no dejan de existir. Al partir de aquí el alma piadosa perecerán, en el cuerpo resucitado no volverán.

CAPÍTULO IV.

8. Volvamos, pues, al beato Ambrosio. También la carne de Pablo, dice, era cuerpo de muerte, como él mismo dice, «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Así lo entendió Ambrosio, así Cipriano, así Gregorio, para no mencionar por ahora a otros doctores dotados de similar autoridad. A esta muerte se dirá al final, ¿Dónde está, muerte, tu contienda? Pero esta es la gracia de los regenerados, no de los generados. Pues la carne de Cristo, lo que añade Ambrosio, condena el pecado, que al nacer no sintió, que al morir crucificó: al nacer no lo sintió en sí, al morir lo crucificó en nosotros. La ley del pecado que se opone a la ley de la mente, que también estaba en los miembros de tan gran apóstol, es remitida en el Bautismo, no terminada. De esta ley de la carne que se opone a la ley de la mente, nada atrajo el cuerpo de Cristo; porque no de ella concibió la Virgen. De esta ley de la carne que se opone a la ley de la mente, la misma ley nadie no la atrajo en el primer nacimiento; porque ninguna mujer concibió sin ella. Y por eso el venerable Hilario no dudó en decir que toda

carne es del pecado: pero ¿acaso por eso negó que es de Dios? ¿Cómo decimos, y de la carne carne, y del hombre carne; acaso también así negamos de Dios? Por tanto, también de Dios, porque crea; y del hombre, porque genera; y del pecado, porque vicia. Pero Dios que engendró al Hijo coeterno consigo, que en el principio era el Verbo, por el cual creó todo lo que no era, también creó al hombre sin vicio, no nacido del semen del hombre por la virgen, en quien regenera al hombre generado, y sana al viciado, de la culpa inmediatamente, de la debilidad paulatinamente. Contra la cual el regenerado, si ya usa de razón, con él mirando y ayudando lucha como en un combate: porque la virtud se perfecciona en la debilidad (1 Cor. 12, 9), mientras contra esto nuestro que falta a la justicia, con aquello nuestro que progresa hacia la justicia se lucha; para que venciendo el progreso todo se levante a mejor, no venciendo el defecto todo decline a peor. Pero el pequeño, en quien aún no hay uso de razón, ni en el bien ni en el mal está por voluntad propia; porque no gira ningún pensamiento en uno u otro sentido, sino que en él ambos están dormidos, tanto el bien natural de la razón, como el mal del pecado original: pero con los años que se añaden, despertando la razón, viene el mandamiento, y revive el pecado: que cuando comience a luchar contra el que crece, entonces aparecerá lo que en el infante estaba oculto, y o vence, y será condenado; o es vencido, y será sanado. Sin embargo, este mal no por eso no habría causado daño, incluso si antes de que comenzara a aparecer en él, el pequeño hubiera salido de esta vida: porque la culpa de este mismo mal, no por lo que el mal es culpable, sino por lo que hace culpable en quien está, así como se contrae por generación, así no se disuelve sino por regeneración. Esto es por lo que los pequeños son bautizados, para que no solo disfruten del bien del reino de Cristo, sino también sean rescatados del mal del reino de la muerte. Y esto no puede hacerse, sino por aquel que condenó el pecado en su carne, que al nacer no sintió, que al morir crucificó; para que en nuestra carne hubiera justificación por gracia, donde antes había corrupción por culpa.

9. Con estas palabras del bienaventurado Ambrosio, ni el diablo creó al hombre con bondad, sino que lo corrompió con malicia: ni el mal de la concupiscencia quitó el bien del matrimonio: ni en el sacramento del Bautismo queda sin resolver la culpa de algún pecado: ni es injusto Dios, que condena por la ley de la justicia a quien se hace culpable por la ley del pecado, aunque haya nacido de aquella que ya no puede hacer culpable a su progenitor, porque ha renacido. La virtud, que se perfecciona en la debilidad, ¿por qué, si estas cosas son verdaderas, ha de ser desesperada; cuando por la carne de Cristo, que condena el pecado que no sintió al nacer, que crucificó al morir, se hace también en nuestra carne la justificación por la gracia, en la que antes había corrupción por la culpa? Y por tanto, estos cinco argumentos vuestros, con los que principalmente atemorizáis a los hombres, no podrán perturbar a otros, ni a vosotros, si creéis a Ambrosio, Cipriano, Gregorio y otros santos y claros doctores católicos, o incluso a vosotros mismos, que la ley del pecado, que está en los miembros del hombre oponiéndose a la ley de la mente, por la cual la carne desea contra el espíritu, también impone a los santos bautizados la necesidad de luchar, ¿contra qué sino contra el mal? no la sustancia, sino el vicio de la sustancia, que no debe imputarse por la gracia de Dios que nos regenera, que debe ser frenado por la gracia de Dios que ayuda, que debe ser sanado por la gracia de Dios que recompensa.

CAPÍTULO V.

10. Pero no vayas a decir que los bautizados luchan más bien contra lo que se hicieron a sí mismos por la mala costumbre de la vida anterior, no contra aquello con lo que nacieron: aunque si dices esto, ya sin duda alguna ves y concedes que hay en el hombre algo malo, que no es él mismo, sino la culpa que de ello se contrajo, lo que se quita en el Bautismo: sin

embargo, porque es poco para la solución de esta cuestión, a menos que se nos muestre que nos es innato por el pecado del primer hombre, escucha lo que en otro lugar dice más expresamente el santo Ambrosio en la exposición del Evangelio según Lucas, cuando trataba de aquel lugar, donde el Señor dice, en una casa se dividirán tres contra dos, y dos contra tres (Luc. XII, 52). «También pueden parecer,» dice, «la carne y el alma separadas del olor, tacto y gusto de la lujuria, dividiéndose en una casa contra los vicios que las asaltan, sometiéndose a la ley de Dios, apartándose de la ley del pecado: cuya disensión, aunque por la transgresión del primer hombre se convirtió en naturaleza, de modo que no se unieran con iguales esfuerzos hacia la virtud, sin embargo, por la cruz del Señor Salvador, vaciadas tanto de enemistades como de la ley de los mandamientos, se unieron en la concordia de la sociedad, después de que Cristo, nuestra paz, descendiendo del cielo, hizo de ambos uno» (Efes. II, 14). Nuevamente en la misma obra, cuando hablaba del alimento espiritual e incorruptible: «Porque la razón es el alimento de la mente,» dice, «y un excelente sustento de suavidad, que no carga los miembros, ni los convierte en vergüenza de la naturaleza, sino en ornamento, cuando el lodazal de las pasiones se transforma en templo de Dios, y el albergue de los vicios comienza a ser santuario de las virtudes. Esto ciertamente lo hace, cuando la carne, regresando a su naturaleza, reconoce a su nodriza, y dejando el atrevimiento de la contumacia, se une al arbitrio del alma moderadora: tal como fue cuando recibió los secretos del paraíso para habitar, antes de que, infectada por el veneno de la serpiente pestilente, conociera el hambre sacrílega, y la memoria de los preceptos divinos adherida a los sentidos del alma pasara por alto por el afán de la voracidad. De aquí se dice que manó el pecado, como de cuerpo y alma de los progenitores, mientras la naturaleza del cuerpo es tentada, el alma compadece malamente sana. Que si hubiera refrenado el apetito del cuerpo, en el mismo origen se habría extinguido la raíz del pecado; que como infundida por el movimiento del cuerpo, el alma mal fecunda, incluso con su vigor corrompido, parió pesada con cargas ajenas» (In Lucam, lib. 7, nn. 141, 142).

11. Aquí ciertamente de manera clarísima y suficientemente aquel doctor tan excelentemente alabado por tu boca, Ambrosio, declaró, y qué era, y de dónde era el pecado original, y de dónde ocurrió aquella primera confusión, que fue la desobediencia de la carne disintiendo del alma, la cual discordia sana la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. Ves de dónde la carne desea contra el espíritu, ves de dónde es la ley en los miembros que se opone a la ley de la mente. Ves que la discordia del alma y la carne se convirtió en naturaleza, y por estas enemistades nos abundan miserias, que no se acabarán sino por la misericordia de Dios. No me adverses ya: pues si aún lo haces, adviertes a quién o a quiénes a la vez adversas. «Dijiste que yo no me esfuerzo en nada más que en no ser entendido.» Y en algunos lugares interpretas mis sentidos más bien según tu arbitrio, abusando de los corazones lentos de los hombres, que no entienden que no quisiste callar, más bien que no pudiste responder a uno de mis volúmenes con tus cuatro. He aquí que Ambrosio vierte un río de elocuencia claro y perspicuo: no hay donde el lector se detenga, donde el oyente se oscurezca. Dice manifestamente que el Apóstol dijo, ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? porque todos nacemos bajo pecado, y el mismo origen está en el vicio. Dice manifestamente que el Señor Cristo fue sin pecado porque nacido de una virgen no estaba sujeto a los vínculos de la generación y naturaleza común, y condenó el pecado que no sintió al nacer. Dice abiertamente que la disensión de la carne y el alma por la transgresión del primer hombre se convirtió en naturaleza. Dice abiertamente que la carne, lodazal de pasiones y albergue de vicios, se transforma en templo de Dios y santuario de virtudes, cuando regresando a su naturaleza reconoce a su nodriza, y dejando el atrevimiento de la contumacia, se une al arbitrio del alma moderadora: tal como fue cuando recibió los secretos del paraíso para habitar, antes de ser infectada por el veneno de la serpiente pestilente. ¿Qué libros aún contra

mí maquinará, preguntas? Mira a él, atrévete contra él, quien antes de que nacieran los venenos de vuestra herejía, los previno, y preparó estos antídotos para que pudieran ser expulsados. Si estos no son suficientes, escucha aún más.

12. En el libro sobre Isaac y el Alma dice lo mismo: «El buen conductor restringe y retira los caballos malos, incita a los buenos. Los buenos caballos son cuatro, prudencia, templanza, fortaleza, justicia: los caballos malos, ira, concupiscencia, temor, iniquidad» (Cap. 8). ¿Acaso dice, El buen conductor tiene buenos caballos, no tiene malos? Sino que dice, «Incita a los buenos, restringe y retira a los malos.» ¿De dónde son estos caballos? Pues si los decimos o pensamos sustancias, favorecemos o nos adherimos a la locura de los maniqueos: lo cual para que esté lejos de nosotros, entendemos católicamente estos caballos como nuestros vicios, que resisten a la ley de la mente desde la ley del pecado. No separados de nosotros, estos vicios estarán en algún otro lugar, sino que sanados en nosotros no estarán en ninguna parte. Sin embargo, ¿por qué no perecieron en el Bautismo? ¿O aún no confesarás que su culpa pereció, la debilidad permaneció: no la culpa por la cual ellos eran culpables, sino por la cual nos hicieron culpables en malas obras, a las que nos arrastraron? Ni así permaneció su debilidad, como si fueran algunos animales que se debilitan: sino que nuestra debilidad son ellos mismos. Ni en estos caballos malos se debe pensar que nombró la iniquidad aquella que se borra en el Bautismo: pues aquella fue de los pecados que cometimos, que todos fueron perdonados, y ya no son en absoluto, cuya culpa permanecía cuando se hacían y pasaban. Pero esta ley del pecado, cuyo reato permaneciendo fue perdonado en la fuente sagrada, la llamó iniquidad porque es iniquo que la carne desee contra el espíritu: aunque en nuestra renovación esté presente la justicia; porque es justo que el espíritu desee contra la carne, para que andemos en el espíritu, y no cumplamos los deseos de la carne. Esta justicia nuestra la encontramos nombrada entre los buenos caballos.

13. Escucha aún lo que dice en el libro que escribió sobre el Paraíso (Capp. 11 y 12). «Quizás,» dice, «por eso dijo Pablo, Cosas que no es lícito al hombre hablar» (II Cor. XII, 4), «porque aún estaba constituido en el cuerpo, es decir, veía las pasiones de este cuerpo, veía la ley de su carne oponiéndose a la ley de su mente.» Y también en el mismo: «Cuando dice,» dice, «serpiente más sabia, entiendes de quién habla, es decir, de aquel adversario nuestro, que sin embargo tiene la sabiduría de este mundo. Pero también el placer y la delectación se dice bien sabia; porque también se llama sabiduría de la carne: como tienes, Porque la sabiduría de esta carne es enemiga de Dios» (Rom. VIII, 7). «Y para buscar los géneros de delectaciones son astutos, quienes son apetentes de placeres. Por tanto,» dice, «entiendas placer, es de alguna manera adversa al mandato divino, y enemiga de nuestros sentidos. De donde el santo Pablo dice, Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado» (Id. VII, 23). Qué clase de placer dice en este lugar este doctor, está a la vista, porque para que lo entendiéramos, añadió el testimonio del Apóstol diciendo, Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado. Este es el placer que has adoptado, aunque tú también reprendas su exceso. Donde cual sea, claramente confiesas: pero con tantos ornamentos de palabras la defiendes y alabas moderada, como si ella misma se hubiera establecido este modo, y no el espíritu que desea contra su ímpetu. Contra el cual se mantenía firmemente aquel que clamaba, Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente. Este ímpetu de oposición si se deja suelto, ¿en qué inmundicias declinará? ¿en qué no arrastrará y precipitará abruptamente? Pero ahora, lo que más bien urge, he aquí que no según vosotros cualquier judío, sino según el bienaventurado Ambrosio de sí mismo el apóstol Pablo dice, Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado. Nuevamente en la misma obra en otro lugar el mismo doctor: «Es atacado,»

dice, «Pablo, y ve la ley de su carne oponiéndose a la ley de su mente, y llevándolo cautivo en la ley del pecado; ni presume de su conciencia, sino que confía en la gracia de Cristo para ser liberado del cuerpo de muerte: ¿y tú piensas que alguien sabiendo no puede pecar? Pablo dice, No hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago» (Rom. VII, 19): «¿y tú piensas que la ciencia puede beneficiar al hombre, que aumenta la envidia del delito?» Y también en la misma obra el mismo obispo refiriéndose a todos nosotros, y diligentemente tratando la causa común: «Porque la ley de la carne,» dice, «se opone a la ley de la mente, y debemos trabajar y sudar, para castigar el cuerpo y reducirlo a servidumbre, y sembrar lo que es espiritual» (Capp. 12 y 15).

14. En otro libro suyo, sobre el Sacramento de la regeneración, o sobre la Filosofía que escribió, habla así: «Bienaventurada por tanto la muerte que nos arranca del pecado, para reformarnos a Dios. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado» (Rom. VI, 7). «¿Acaso por el fin de la naturaleza,» dice, «alguien es justificado del pecado? No en absoluto: porque quien muere pecador, permanece en el pecado; pero aquel es justificado del pecado, a quien por el Bautismo se le perdonan todos los pecados.» ¿Tienes algo que decir a esto? ¿Ves cómo el venerable varón expresó que en el Bautismo se hace la muerte bienaventurada del hombre, donde se perdonan todos los pecados? Pero atiende a otra cosa, atiende a lo que no quieres. «Advertimos,» dice, «qué clase de muerte es la mística: ahora consideremos qué clase de sepultura debe ser. No basta que mueran los vicios, si no se marchita el lujo del cuerpo, y se desata todo vínculo de los lazos carnales, se afloja todo nudo del uso corporal. Nadie se engañe a sí mismo, porque ha asumido otra figura, ha recibido preceptos místicos, ha aplicado su ánimo a la disciplina de la continencia. No lo que queremos, eso hacemos; sino lo que odiamos, eso hacemos. El pecado obra mucho en nosotros. A menudo, con nosotros resistiendo, resucitan los placeres revividos. Debemos luchar contra la carne. Luchó contra ella Pablo: finalmente dice, Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado. ¿Acaso tú,» dice, «eres más fuerte que Pablo? Ni confíes en tu carne diligente, ni te entregues a ella, cuando el Apóstol clama: Sé que no habita en mí, es decir, en mi carne, el bien: porque el querer está presente en mí, pero el hacer el bien no lo encuentro. No hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago. Si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que habita en mí» (Rom. VII, 23, 18-20). Por más que te lleves por la obstinación del ánimo, por más que te mantengas con terquedad contra nosotros por el error pelagiano; estás tan rodeado por la evidencia de las cosas a través del bienaventurado Ambrosio, tan golpeado por la manifestación de sus palabras, que ciertamente, si ninguna razón, pensamiento, consideración de religión, piedad, humanidad, y de advertir la verdad en ti mismo te ha de retirar de la intención pertinaz, muestras cuánto en los males humanos vale, haber progresado hasta donde no se desea permanecer, de donde ya da vergüenza regresar. Así creo que te sientes, cuando has leído esto. Pero oh si la paz de Cristo vence en tu corazón, y el buen arrepentimiento sobre la mala vergüenza lleva la palma.

CAPÍTULO VI.

15. Pero ahora atiende un poco, cómo de esta ley del pecado, cuyo movimiento la mortalidad incluso de los continentes se ve obligada a soportar, a la que la castidad de los matrimonios se esfuerza por imponer un límite, donde la concupiscencia de la carne, y el placer que alabas, actúa sus impulsos contra el propósito de la voluntad, cuando se excita, aunque no lleva a cabo el acto, cuando se frena: atiende pues un poco, cómo de esta ley del pecado se genera todo hombre, y por eso arrastra el pecado original, lo declara el santo Ambrosio en ese mismo libro sobre el Sacramento de la regeneración, o sobre la Filosofía. «Hay,» dice, «una casa que la sabiduría edifica, y una mesa llena de sacramentos celestiales, en la que el justo se alimenta

del alimento de la divina delectación, bebiendo la suave bebida de la gracia, si se alegra con la abundante posteridad de méritos perpetuos. Engendrando estos hijos, David aborrecía aquellos partos de la mezcla corporal, y por eso deseaba ser purificado con el riego de la fuente sagrada, para que la mancha carnal y terrenal fuera lavada por la gracia espiritual. He aquí, dice, en iniquidades fui concebido, y en pecados me dio a luz mi madre» (Sal. L, 7). «Eva parió mal, para que dejara a las mujeres la herencia del parto, y así cada uno, concretado por el placer de la concupiscencia, infundido en las entrañas generativas, y coagulado en sangre, envuelto en pañales, primero sufriera el contagio de los delitos, antes de recibir el don del espíritu vital.» Si no te ha abandonado algún sentido humano, ves lo que ha pronunciado sobre el placer de la concupiscencia, este mismo al que prestas un impudente patrocinio, con el testimonio de tu doctor, tan memorable doctor Ambrosio: que por ella cada uno es concretado, por ella infundido en las entrañas generativas, por ella coagulado en sangre; y envuelto en pañales, no de lana, o lino, o de tales cosas, con las que ya nacidos se envuelven los infantes, sino en pañales de origen viciado como hereditarios, primero sufre el contagio de los delitos, antes de percibir el don del aire vital respirando: en el que como en una inmensa fuente de alimento común y no cesante, después de los ocultos alientos de las entrañas maternas, el que nace es vertido; en el nacimiento llorará la culpa, que contrajo antes del nacimiento. ¿Acaso del movimiento de esta concupiscencia no se avergonzarían los primeros hombres, por el cual ellos mismos aparecían culpables, y sus hijos eran preñados como culpables por el pecado de los padres? Ojalá como ellos se avergonzaron de dejar desnudas esas partes del cuerpo, en las que sentían la desobediencia de la libido; así tú, obediente a la fe católica, te avergonzaras de alabar lo que debe ser avergonzado.

16. Pero también observa lo que sobre el mismo recubrimiento de hojas de higuera escribió el mismo doctor en el libro sobre el Paraíso. «Por tanto, lo que es más grave,» dice, «con esta interpretación se ciñó Adán en ese lugar, donde más bien debería haberse ceñido con el fruto de la castidad. Porque en los lomos con los que nos ceñimos, se dice que hay ciertas semillas de generación: y por eso Adán fue mal ceñido allí con hojas inútiles, donde no el fruto futuro de la generación futura, sino ciertos pecados señalaría» (Cap. 13). Aquí ciertamente frustró este santo varón tu tan elaborada y demasiado solícita disertación, para que después del pecado Adán y Eva no se crean con los ojos abiertos haber ceñido los lomos (Gen. III, 7). Pues para que trabajases con tanta verborrea allí, venías contra los sentidos de todos, y deseabas deslumbrarlos con el ruido del mucho hablar. ¿Qué hay más evidente que los ceñidores, o cinturones, que en griego se llaman περιζώματα, cubren o ciñen los lomos de los hombres, que el vulgo también llama munituras? Ni esto aquel hombre de Dios, cuyo discurso te urgimos, expuso como si fuera oscuro: sino que lo que todos entendían, mostró qué significaba. «Porque en los lomos con los que nos ceñimos,» dice, «se dice que hay ciertas semillas de generación; y por eso Adán fue mal ceñido allí con hojas inútiles.» ¿Por qué mal? Sigue y dice, «donde no el fruto futuro de la generación futura, sino ciertos pecados señalaría.» ¿Tienes algo que decir a esto? He aquí de dónde aquella confusión, he aquí de dónde la confección y ceñimiento de hojas, he aquí de dónde en los descendientes el pecado original.

17. El santo Juan, obispo de Constantinopla, cuanto la modestia lo permitió, expresó claramente todo aquel hecho de los primeros hombres avergonzados con dos palabras, diciendo: «Con hojas de higuera estaban cubiertos, cubriendo la apariencia del pecado.» ¿A quién no le aparece, qué o qué clase de apariencia de pecado debía ser cubierta por los confundidos en la región de los lomos, que no se avergonzaban de la desnudez de su cuerpo antes del pecado? Os ruego, entendid; más bien permitid a los hombres, que entienden con

vosotros, entender, y no nos obliguéis a disputar casi impudicamente más tiempo sobre lo vergonzoso.

18. Con razón el mismo beato Juan, al igual que el mártir Cipriano (Epístola 64, a Fidum), destaca que la circuncisión de la carne fue ordenada como un signo del Bautismo. «Y observa cómo el judío,» dice, «no pospone la circuncisión debido a la amenaza, porque toda alma que no haya sido circuncidada al octavo día será exterminada de su pueblo» (Gén. XVII, 14). «Tú, sin embargo,» dice, «no pospones la circuncisión no hecha por manos humanas, que se realiza en el despojo de la carne en el cuerpo, escuchando al mismo Señor decir, Amén, amén os digo, si uno no nace de agua y del Espíritu, no entrará en el reino de los cielos» [Juan III, 5]. «¿Ves cómo un hombre dotado de doctrina eclesiástica comparó la circuncisión con la circuncisión, la amenaza con la amenaza? Lo que es no circuncidarse al octavo día, es no ser bautizado en Cristo: y lo que es perecer de su pueblo, es no entrar en el reino de los cielos. Y sin embargo, vosotros negáis que en el Bautismo de los niños se celebre el despojo de la carne, es decir, la circuncisión no hecha por manos humanas, porque afirmáis que no tienen nada de lo que deban ser despojados. No admitís que están muertos en el prepucio de su carne, en el que se significa el pecado, especialmente el que se arrastra de manera original: por esto nuestro cuerpo es cuerpo de pecado, que el Apóstol dice que es evacuado por la cruz de Cristo (Rom. VI, 6).

CAPÍTULO VII.

19. Pero ahora he decidido urgirte con las sentencias de los obispos que fueron antes que nosotros, y que trataron fiel y memorablemente estas palabras divinas. Por lo tanto, volvamos al obispo Ambrosio: quien, aunque no duda que los hombres, es decir, las almas y los cuerpos de los hombres, son obra de Dios, y honra el matrimonio, y predica que en el Bautismo de Cristo se perdonan todos los pecados, y sabe que Dios es justo; y no niega que la naturaleza humana es capaz de virtud y perfección por la gracia de Dios; estos son vuestros cinco argumentos, afirmando que ninguno de estos cinco puede ser verdadero, a menos que sea falso que los nacidos arrastren el pecado original: sin embargo, esto mismo, que intentáis eliminar con estos cinco argumentos, él lo coloca en sus sermones donde es necesario, de modo que cualquiera puede ver claramente qué suele predicar la verdad católica, qué intenta subvertir la novedad profana. ¿O acaso dudarás de que el mismo Ambrosio supiera y enseñara que Dios es el creador de los hombres, tanto del alma como del cuerpo? Escucha, pues, lo que dice en el libro de Filosofía contra el filósofo Platón, quien afirma que las almas de los hombres se revuelven en bestias, y opina que Dios es solo el autor de las almas, pero decreta que los cuerpos deben ser hechos por dioses menores. Así, el santo Ambrosio dice: «Me maravillo,» dice, «de cómo un filósofo tan grande, que atribuye a la alma el poder de conferir inmortalidad, la encierra en búhos o ranitas, y la reviste también de la ferocidad de las bestias: cuando en el Timeo recordó que es obra de Dios, hecha entre los inmortales por Dios; pero afirma que el cuerpo no parece ser obra del Dios supremo, porque la naturaleza de la carne humana no difiere en nada de la naturaleza del cuerpo bestial. Si, por lo tanto, es digna de ser creída obra de Dios, ¿cómo es indigna de ser vestida por la obra de Dios?» He aquí que Ambrosio defiende que no solo el alma, lo que ellos también dicen, sino también el cuerpo, lo que ellos niegan, es obra de Dios contra los platónicos.

20. ¿O dirás que imputa crimen al matrimonio, porque dice que lo que nace de la concupiscencia está sujeto al contagio de los delitos? Escucha, pues, la sentencia de Ambrosio sobre el matrimonio en la Apología de San David. «El matrimonio es bueno,» dice, «la unión es santa. Pero sin embargo, los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran: ese

es el lecho sin mancha; y nadie debe defraudar al otro, a menos que sea por un tiempo, para que se dediquen a la oración (1 Cor. VII, 29, 5). Sin embargo, según el Apóstol, nadie se dedica a la oración en el tiempo en que ejerce el uso de esa convención corporal» (Cap. 11). Escucha también otra en el libro de Filosofía: «La continencia es buena,» dice, «una especie de baluarte de la piedad. Pues en los precipicios de esta vida de los que caen, establece los pasos; vigilante diligente, para que no se infiltre nada ilícito. Pero la madre de todos los vicios es la incontinencia, que incluso convierte lo lícito en vicio. Por eso el Apóstol no solo nos aparta de la fornicación, sino que también enseña un cierto modo en los mismos matrimonios, y prescribe tiempos para orar» (1 Cor. VII). «Porque el intemperante en el matrimonio, ¿qué otra cosa es sino un cierto adultero de su esposa?» ¿Ves cómo quiere que incluso los matrimonios verdaderamente honestos sean entre sí? ¿Ves cómo dice que la incontinencia convierte incluso lo lícito en vicio, donde también demuestra que el matrimonio es lícito, y en él no quiere que la incontinencia manche lo que es lícito? ¿Te das cuenta de cómo debes entender con nosotros, en qué enfermedad del deseo no quiso el Apóstol que cada uno poseyera su vaso, como las naciones que no conocen a Dios (1 Tes. IV, 4, 5)? Pero a ti la lujuria no te parece culpable sino fuera del matrimonio. ¿Qué juzgarás entonces de Ambrosio, quien llama a un marido intemperante en el matrimonio un cierto adultero de su esposa? ¿Honras tú mejor el matrimonio, en el que has dado el espacio más licencioso a la lujuria; no sea que, ofendida, busque otro defensor para sí? Pues ni siquiera quisiste tocar con una palabra lo que yo recordé que el Apóstol concede a los cónyuges según el perdón (donde sin duda se nota, aunque se perdona, la culpa), o que los cónyuges son advertidos de cesar de esa obra para dedicarse a la oración (1 Cor. VII, 6, 5), lo cual yo recordé por completo, te atreviste a mencionar en tu respuesta: creo, temiendo que tu defensa pareciera transgredida, si incluso con tu confesión apareciera que por la lujuria, de la que no te avergüenza ser defensor, también se impide la oración de los cónyuges. Así, cuando deseabas responderme por ella, pero no te atrevías a resistir al Apóstol, y no podías torcer el testimonio apostólico a otro sentido, como soléis hacer, preferiste callar por completo sobre ello. ¿Honras tú mejor el matrimonio, cuya dignidad decoloras como un lodazal completamente irreprochable de concupiscencia carnal: o él, que aunque dice que el matrimonio es no solo lícito, sino también bueno y la unión santa, sin embargo, con la cesación del placer de la lujuria, recuerda los tiempos de oración prescritos por el Apóstol; y así no quiere que los cónyuges estén entregados a esa enfermedad de deseo, de donde se arrastra el pecado original, para que los que tienen esposas, según el mismo apóstol, sean como si no las tuvieran; ni duda en llamar incluso adultero de su esposa al marido intemperante, sopesando todo el bien del matrimonio no con la codicia de la carne, sino más bien con la fidelidad de la castidad; no con la enfermedad de la pasión, sino con el pacto de la unión; no con el placer de la lujuria, sino con la voluntad de la procreación? Pues afirma que la mujer fue instituida para el hombre solo con el fin de procrear, sobre lo cual tan largo tiempo en vano, como si alguien de nosotros lo negara, pensaste que debías disputar. Estas son sus palabras sobre este asunto en el libro del Paraíso: «Si, por lo tanto, la mujer es autora de culpa para el hombre, ¿cómo parece añadida como un bien? Pero si consideras que a Dios le importa el universo, encontrarás que debió agradar más al Señor aquello en lo que estaba la causa del universo, que condenar aquello en lo que estaba la causa del pecado. Por eso, porque de un solo hombre no podía haber propagación del género humano, el Señor pronunció que no era bueno que el hombre estuviera solo (Gén. II, 18). Pues Dios prefirió que hubiera más a quienes pudiera salvar, a quienes pudiera perdonar el pecado, que un solo Adán que estuviera libre de culpa. Finalmente, porque el mismo,» dice, «es autor de ambas obras, vino a este mundo para salvar a los pecadores. Por último, ni siquiera permitió que Caín, culpable de parricidio, pereciera antes de engendrar hijos. Por lo tanto,» dice, «por la generación de la sucesión humana, la mujer debía ser añadida al hombre» (Cap. 10).

21. He aquí que tienes a Ambrosio, mi maestro, y memorablemente proclamado por el tuyo, y que toda persona y la carne del hombre son obra de Dios, y que el matrimonio es bueno en cuanto es matrimonio, no solo confesándolo, sino también defendiéndolo. Ahora bien, que el pecado original no le resta nada al sagrado Bautismo, lo demostré anteriormente, cuando puse sus palabras, donde dice, «que aquel es justificado del pecado, a quien por el Bautismo se le perdonan todos los pecados» (Supra, n. 14). «Por lo demás, ¿dónde no predica él que Dios es justo, o quién puede dudar de esto siendo católico cristiano, lo que casi todos los impíos confiesan?

CAPÍTULO VIII.

22. Queda por ver si a Ambrosio le parece que la naturaleza humana es capaz de justificación y perfección; y no se aparta de esta sentencia porque a menudo y de muchas maneras dice que todo hombre nace bajo el pecado, y que su mismo origen está en el vicio. Pero esto ya lo demostré anteriormente, donde recordé que poco después en el mismo lugar dijo, «que el pecado fue condenado en la carne de Cristo, que al nacer no lo sintió, que al morir lo crucificó, para que en nuestra carne hubiera justificación por la gracia, donde antes había corrupción por la culpa» (Ibid. n. 5). Allí demostró que la naturaleza humana, incluso esta que nace bajo el pecado, y cuyo origen está en el vicio, es capaz de justificación: pero ciertamente por la gracia, lo cual es enemigo para vosotros, enemigos crueles de la misma gracia. Pero si esto es poco, atiende de nuevo lo que dice en la Exposición del profeta Isaías. «Veamos,» dice, «si hay alguna regeneración nuestra después del curso de esta vida, de la cual se dijo, En la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria» (Mat. XIX, 28). Pues así como se dice regeneración del lavacro, por el cual, al ser limpiados de la suciedad de los pecados, somos renovados; así parece decirse regeneración, por la cual, purificados de toda mancha de concreción corporal, con el sentido del alma limpio, somos regenerados a la vida eterna.» Sin duda, el hombre santo y veraz distinguió la justificación de esta vida, que se realiza por el lavacro de la regeneración, y la perfección de aquella, cuando también nuestros cuerpos sean renovados con inmortalidad. Por lo tanto, para Ambrosio, aunque confesara el vicio del origen del nacido, no era desesperada la perfección de la justificación. Porque así como la naturaleza humana es moldeable por el creador Dios, así es sanable por el redentor.

23. Pero vosotros os apresuráis, y precipitáis vuestra presunción apresurándoos. Aquí queréis que el hombre sea perfecto, y ojalá fuera por el don de Dios, y no por el libre, o más bien esclavo, albedrío de la propia voluntad. De esta perfección, ciertamente, os sentís lejos: pero hay engaño en vuestra boca, ya sea que digáis que sois pecadores, y queráis ser considerados justos; o que profeséis la perfección de la justicia, que ciertamente sentís que no está en vosotros. La justificación, por lo demás, se nos confiere en esta vida según estos tres: primero, por el lavacro de la regeneración, por el cual se perdonan todos los pecados: luego, por la lucha con los vicios, de cuyo reato hemos sido absueltos: tercero, cuando se escucha nuestra oración, en la que decimos, Perdona nuestras deudas (Id. VI, 12); porque por más que luchemos valientemente contra los vicios, somos hombres; pero la gracia de Dios nos ayuda así en este cuerpo corruptible mientras luchamos; para que no falte por lo que escuche el perdón que pedimos. Esta misericordia de Dios sobre nosotros, no la consideráis necesaria para vosotros; porque sois de ese número, de quienes se dice en el Salmo, Que confían en su propia fuerza (Sal. XLVIII, 7). Pero cuánto mejor escuchamos a Ambrosio en el libro de la Fuga del mundo diciendo: «Frecuente es nuestro discurso sobre huir de este mundo: y ojalá que tan fácil como es el discurso, así de cauteloso y solícito fuera el afecto. Pero lo que es peor, frecuentemente se infiltra la atracción de las codicias terrenales, y la ofuscación de las

vanidades ocupa la mente, de modo que lo que te esfuerzas por evitar, eso piensas, y lo vuelves en tu mente. Lo cual es difícil de evitar para el hombre, pero imposible de despojarse. Finalmente, el profeta testifica que es más un deseo que un efecto, diciendo, Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia» (Sal. CXVIII, 36). «Porque no está en nuestro poder nuestro corazón, y nuestros pensamientos, que, asaltados de improviso, confunden la mente y el ánimo, y nos arrastran a otro lugar del que habías propuesto; nos devuelven a lo secular, nos insertan lo mundano, nos imponen lo voluptuoso, nos entretienen lo seductor, y en el mismo momento en que nos preparamos para elevar la mente, con pensamientos vanos insertados, a menudo somos arrojados a lo terrenal» (Cap. 1). Si vosotros no sufrís estas cosas; perdonadnos, no os creemos, sino que en estas palabras del santo Ambrosio reconocemos un cierto espejo, y esto si progresamos, de la común debilidad humana. Pero a vosotros, aunque os creamos, y digamos, Orad por nosotros, para que tampoco suframos estas cosas; os encontramos tan altivos y sabios en lo alto que nos respondéis, no solo que no sufrís estas cosas, sino también que está en el poder del hombre no sufrirlas, y que no hay razón para pedir la ayuda de Dios para esto.

24. Por lo tanto, cuánto mejor escuchamos repetidamente a Ambrosio confesando la gracia de Dios, y no confiando en su propia fuerza, quien después de haber dicho estas cosas añadió: «¿Quién es tan bienaventurado, que siempre ascienda en su corazón? Pero, ¿cómo puede esto hacerse sin la ayuda divina? De ningún modo. Finalmente,» dice, «la misma Escritura dice: Bienaventurado el hombre cuyo auxilio es de ti, Señor; los ascensos en su corazón» (Sal. LXXXIII, 6): «Asimismo, el mismo en el libro del Sacramento de la regeneración: «¿Quién, pues, es,» dice, «quien usa la carne para obrar, sino el alma? Por lo tanto, el príncipe y señor de la carne es naturalmente el alma, que debe domar y gobernar la carne. Por eso, apoyada en la ayuda del Espíritu Santo, dice en el Salmo, No temeré lo que me haga la carne» (Sal. LV, 5). «La misma dice en Pablo, Pero castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre» (1 Cor. IX, 27). «Por lo tanto, Pablo castiga lo que es suyo, no lo que él es. Pues una cosa es lo que es suyo, otra cosa lo que él es. Castiga lo que es suyo, para que el justo opere en sí mismo la muerte de la lascivia corporal.» ¿Acaso el santo Ambrosio cuando decía estas cosas, no luchaba con los vicios? ¿No vencía los vicios? ¿No combatía como un soldado egregio de Cristo un cierto ejército de varias codicias dentro de sí mismo? ¿No castigaba su propio cuerpo? ¿No buscaba la paz de la justicia con la obra de Dios, es decir, el alma con la carne, superadas y combatidas las obras del diablo? ¿No confiando en su propia fuerza, sino como dijo, «apoyada en la ayuda del Espíritu Santo, decía, No temeré lo que me haga la carne?» He aquí cómo se muestra que la naturaleza humana es capaz de justificación: he aquí cómo la virtud se perfecciona en la debilidad (2 Cor. XII, 9).

25. Pero escuchemos sobre este asunto también al mártir más victorioso Cipriano en la epístola sobre la Mortalidad: «Con la avaricia,» dice, «con la impudicia, con la ira, con la ambición tenemos contienda; con los vicios carnales, con las seducciones seculares tenemos una lucha continua y molesta. La mente del hombre está sitiada, y rodeada por la infestación del diablo por todas partes, apenas puede hacer frente a cada una, apenas resiste. Si la avaricia es derribada, surge la lujuria: si la lujuria es reprimida, sucede la ambición: si la ambición es despreciada, la ira exaspera, la soberbia infla, la embriaguez invita, la envidia rompe la concordia, el celo corta la amistad. Te ves obligado a maldecir, lo que la ley divina prohíbe; te ves compelido a jurar, lo que no es lícito. El ánimo sufre diariamente tantas persecuciones, el pecho es urgido por tantos peligros, y deleita aquí estar largo tiempo entre las espadas del diablo, cuando más bien debería desearse y anhelarse apresurarse más rápidamente a Cristo con la muerte que viene en su ayuda.» Pero lejos esté que consideremos al santo Cipriano avaro, porque con la avaricia; o impúdico, porque con la impudicia; o sujeto

a la ira, porque con la ira; o ambicioso, porque con la ambición; o carnal, porque con los vicios carnales; o amante de este siglo, porque con las seducciones seculares; o lujurioso, porque con la lujuria; o soberbio, porque con la soberbia; o embriagado, porque con la embriaguez; o envidioso, porque con la envidia luchaba. Más bien, por eso no era nada de eso, porque resistía valientemente a estos malos movimientos que venían en parte del origen, en parte de la costumbre, no consintiendo ser lo que lo obligaban a ser. Sin embargo, no por eso en tan peligroso y laborioso combate no era herido por ningún arma hostil; cuando dice en la epístola sobre las Limosnas: «Que nadie se adule a sí mismo de tener un pecho puro e inmaculado, de modo que, confiado en su propia inocencia, no crea que debe aplicarse medicina a las heridas, cuando está escrito, ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? ¿O quién se gloriará de estar limpio de pecados?» (Prov. XX, 9). «Y de nuevo, en su epístola,» dice, «Juan pone y dice, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Juan I, 8). Si, por lo tanto, nadie puede estar sin pecado, y cualquiera que diga que está sin culpa, o es soberbio, o es necio; ¡cuán necesaria, cuán benigna es la divina clemencia, que, sabiendo que no faltan algunas heridas después de ser sanados, ha dado remedios saludables para curar y sanar de nuevo las heridas!» Oh doctor clarísimo y testigo gloriosísimo, así enseñaste, así advertiste, así te ofreciste para ser escuchado e imitado. Con razón, habiendo terminado los otros combates de todas las codicias y sanadas las heridas, con la última y mayor de todas las codicias de esta vida, luchaste por la verdad de Cristo, y por la largueza de su gracia en ti venciste. Segura es tu corona, victoriosa es tu doctrina, en la cual también vences a estos que confían en su propia fuerza. Pues ellos claman, La perfección de la virtud es de nosotros: pero tú reclamas, «Nadie es fuerte por sus propias fuerzas, sino que está seguro por la indulgencia y misericordia de Dios.»

26. Escucha también al beatísimo Hilario, donde espera la perfección del hombre. Pues al hablar de la paz evangélica (En el Salmo CXVIII, sobre el versículo 18 y 155), donde el Señor dice: "Mi paz os doy" (Juan XIV, 27): «Porque la ley,» dice, «era sombra de los bienes futuros, por eso nos enseñó a través de esta significación prefigurada que en esta morada de cuerpo terrenal y mortal no podemos ser puros, a menos que, por la ablución de la misericordia celestial, alcancemos la purificación, después de la transformación de la resurrección de nuestro cuerpo terrenal, hecha de una naturaleza más gloriosa.» Nuevamente en el mismo sermón: «A los mismos,» dice, «Apóstoles, aunque ya purificados y santificados por la palabra de la fe, no les falta sin embargo la maldad, por la condición de nuestra común origen, enseñó diciendo: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos» (Mateo VII, 11). Ves cómo el venerable disputador católico no niega nuestra purificación en esta vida; y sin embargo espera una perfección humana, es decir, de una purificación más perfecta, en la naturaleza de la última resurrección.

27. En una cierta homilía sobre el libro de Job, observa lo que dice, cómo afirma que la guerra incesante del mismo diablo contra nosotros se hace cuando excita contra nosotros los males que hay en nosotros; lo cual quiere enseñar que se hace para nuestra utilidad, convirtiendo la divina misericordia la maldad del diablo en nuestra purificación. «Tan grande y tan admirable,» dice, «es en nosotros la bondad de la misericordia de Dios, que por aquel por quien en la ofensa de Adán perdimos la nobleza de aquella primera y bienaventurada creación, por él nuevamente merecemos obtener lo que perdimos. Entonces el diablo, envidioso, dañó; ahora, sin embargo, cuando intenta dañar, es vencido. Pues mueve por la debilidad de nuestra carne todas las armas de su poder, cuando incita a la lascivia, cuando induce a la embriaguez, cuando estimula al odio, cuando provoca a la avaricia, cuando instruye para el asesinato, cuando exagera para la maldición. Pero cuando por la firmeza del ánimo se reprimen los incentivos insidiosos de todas estas cosas, somos purificados del

pecado por la gloria de esta victoria. Pues así se ha dicho: ¿O cómo se purificará el nacido de mujer?» (Job XXV, 4). «Porque no existiendo enemigo, no habrá guerra; cesando luego la guerra, faltará la victoria. Pero si no se obtiene la victoria de los vicios que colisionan contra nosotros, no habrá purificación alguna de los vicios: porque vencido el pirata de las insidias de nuestro cuerpo, por la contienda de las pasiones que luchan contra nosotros, somos purificados. Recordemos, pues,» dice, «y seamos conscientes de que esos mismos cuerpos nuestros son la materia de todos los vicios, por la cual, contaminados y sucios, no obtenemos nada puro, nada inocente en nosotros, alegrémonos de tener un enemigo, en cuya contienda luchemos en una especie de guerra de nuestra contienda.»

28. En la Exposición del primer Salmo, el mismo doctor no duda en decir que nuestra naturaleza, ciertamente esta que arrastra enfermedad de enfermedad, se inclina a pecar, y así, para que no pequemos, de algún modo luchamos contra ella con la religión de la fe. Pues son muchos, dice, que aunque por la confesión de Dios están separados de la impiedad, no obstante no están libres del pecado por ello, no manteniendo la disciplina de la Iglesia, como los avaros, los borrachos, los tumultuosos, los procaces, los soberbios, los simuladores, los mentirosos, los rapaces. Y a estos vicios, dice, nos empuja el instinto de nuestra naturaleza: pero es útil apartarnos del camino al que somos llevados, y no detenernos allí, aplicando un regreso no moroso de ella. Y por eso, «Bienaventurado el hombre que no se detuvo en el camino de los pecadores»: la naturaleza ciertamente llevando a este camino, pero la religión de la fe apartando de este camino (En el versículo 1). ¿Acaso pensaremos que este fue un acusador de la naturaleza, que Dios creó? No, en absoluto: no dudaba el hombre católico que la naturaleza humana es obra de Dios; pero ciertamente acusó los vicios con los que nacemos, sosteniendo aquello apostólico, Fuimos por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efesios II, 3). Sin embargo, estas palabras, que he puesto del sermón de San Hilario, si fueran más, ¿cuánto dirías contra mí, y con cuánto estruendo de bocas ventilarias el nombre y el crimen de los maniqueos? Ahora, pues, para que el fuelle de tu estómago no se rompa por la indigestión de la crudeza de las maldiciones, vomita sobre él, si te atreves, tus vanidades calumniosas y tus locuras mentirosas. A estos vicios, dice, nos empuja el instinto de nuestra naturaleza. ¿Qué naturaleza es esta? ¿Acaso la fuente de las tinieblas, que la fábula de los maniqueos introduce? De ninguna manera. Habla un católico, habla un insigne doctor de las Iglesias, habla Hilario. Nuestra naturaleza, pues, es la viciada por la prevaricación del primer hombre, no separada de otra naturaleza por ninguna división, sino ella misma sanada: a la cual calumnias que constituimos al diablo como autor, mientras tú envidias a Cristo como salvador, y aquí sostienes que su vida puede ser llevada de manera perfecta, sin ningún pecado en absoluto.

29. Pero escucha lo que también de esto te advierte el beato Hilario. Pues al exponer el Salmo cincuenta y uno (Verso final): La esperanza, dice, en la misericordia de Dios es para siempre y para siempre de los siglos. Pues no son suficientes las mismas obras de justicia para el mérito de la bienaventuranza perfecta, a menos que la misericordia de Dios, incluso en esta voluntad de justicia, no impute los vicios de las mutaciones y movimientos humanos. De ahí que se haya dicho del profeta: «Mejor es tu misericordia que las vidas» (Salmo LXII, 4). ¿Ves que el hombre de Dios es de ese número de bienaventurados, de los cuales se ha predicho, Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputó pecado, ni hay engaño en su boca (Salmo XXXI, 2)? Pues confiesa también los pecados de los justos, afirmando más que ellos ponen su esperanza en la misericordia de Dios, que confiar en su justicia: y por eso no hay engaño en su boca, más bien en la boca de todos aquellos a quienes da testimonio de esta humildad veraz o de la verdad humilde. Ese engaño abunda en vuestra boca. Pues donde no hay virtud, y hay tanta jactancia, hay hipocresía: y donde hay hipocresía, ciertamente hay

engaño. En verdad, cuanto los santos presumen de la misericordia de Dios, que es grande, tanto vosotros presumís de vuestra virtud, que es nula: y cuanto ellos libran guerra contra los vicios innatos, ayudados por la gracia de Dios, tanto vosotros libráis guerra contra la misma gracia de Dios. Pero ojalá así como Él os vence en los suyos; así, haciendo suyos, también os venza a vosotros mismos en vosotros.

30. ¿Acaso os atrevéis a decir en vuestro corazón, que cuando os oyen, los hombres se encienden hacia la virtud, pero cuando oyen a estos hombres tan grandes y tales, Cipriano, Hilario, Gregorio, Ambrosio, y otros sacerdotes del Señor, se rompen por la desesperación y renuncian a los estudios de la perfección? ¿Suben estos monstruos de pensamientos a vuestro corazón, y no aplastan vuestra frente? ¿Acaso honráis a los santos de Dios, Patriarcas, Profetas, Apóstoles con la alabanza de la naturaleza, y estos luminares de la Iglesia los decoloran con la vituperación de la naturaleza; porque dicen que en el cuerpo de esta muerte, para mantener el bien de la castidad, lucharon contra el mal innato de la concupiscencia, primero por la gracia de Dios venciendo en la lucha, luego sanando en la última regeneración? Tú entiendes que es un judío quien dice, «No hago el bien que quiero:» y con este claro entendimiento, no devuelves las manchas de la conversación a la envidia de la naturaleza; ni consuelas las obscenidades de los Apóstoles y de todos los santos con injurias: y estos males que tú no haces, los hacía Ambrosio con sus colegas que sentían lo mismo, quien entiende que el bienaventurado Apóstol dijo de sí mismo, No hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago; y, Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente (Rom. VII, 19, 23); y otras cosas semejantes? ¿Estos santos, pues, enseñando tales cosas, socavan, como me reprochas, el muro del pudor, y vosotros sufrís envidia por la predicación de la perfección? Pero tú, como escribes, te consuelas mucho, porque es un tipo de alabanza haber desagradado a quien no perdonó a los Apóstoles. Si yo no perdoné a los Apóstoles diciendo tales cosas; entonces tampoco Ambrosio perdonó a los Apóstoles, ni sus coepiscopos que sentían lo mismo. Pero si ellos aprendieron estas cosas de los Apóstoles, y según los Apóstoles enseñaron estas cosas, ¿por qué me atacas a mí solo? Mira a ellos, míralos también y también, dejando por un momento el orgullo del cuello. ¿Acaso, joven confiado, debes consolarte porque desagradas a tales, o lamentarte?

CAPÍTULO IX.

31. Pero ya resumamos brevemente, como podamos, lo que hemos hecho en todo este libro. Hemos propuesto aquí, con la gran autoridad de los santos, que fueron obispos antes que nosotros, no solo con palabras, cuando vivían aquí, sino también con escritos, que dejaran a la posteridad, defender valientemente la fe católica; romper vuestros argumentos, con los que decís: Si Dios crea a los hombres, no pueden nacer con algún mal. Si el matrimonio es un bien, nada malo surge de él. Si en el Bautismo se perdonan todos los pecados, no pueden los nacidos de los renacidos traer el pecado original. Si Dios es justo, no puede condenar en los hijos los pecados de los padres, cuando a los mismos padres les perdona incluso los propios. Si la naturaleza humana es capaz de justicia perfecta, no puede tener vicios naturales. A esto decimos que Dios es creador de los hombres, es decir, tanto del alma como del cuerpo; y que el matrimonio es un bien; y que por el Bautismo de Cristo se perdonan todos los pecados; y que Dios es justo; y que la naturaleza humana es capaz de justicia perfecta: y sin embargo, aunque todas estas cosas sean verdaderas, los hombres nacen sujetos a un origen viciado, que se arrastra desde el primer hombre; y por eso van a la condenación, a menos que renazcan en Cristo. Esto lo hemos probado con la autoridad de los santos católicos, que afirman tanto esto que decimos del pecado original, como confiesan que aquellas cinco cosas son todas verdaderas. Y por lo tanto no es consecuente que esto sea falso, porque aquellas son verdaderas. Pues tales y tan grandes hombres, según la fe católica, que se difunde desde

antiguo por todo el mundo, confirman que esto y aquello son verdaderos; para que vuestra frágil y casi ingeniosa novedad sea sola aplastada por la autoridad de ellos: además de que dicen estas cosas, para que la misma verdad testifique que habla a través de ellos. Pero ahora, con la autoridad de ellos en primer lugar, vuestra contumacia debe ser reprimida, para que, golpeados por el ímpetu de la presunción, y de algún modo heridos, mientras no creéis que tales hombres de Dios pudieron errar así en la fe católica, que dijeran algo de lo que fuera consecuente que Dios no es creador de los hombres, que el matrimonio debe ser condenado, que en el Bautismo no se hace la remisión de todos los pecados, que Dios es injusto, que no queda esperanza para nosotros de perfección de virtud, lo cual es un sacrilegio pensar: refrenéis vuestros audaces impulsos, y como volviendo en sí de un frenesí, comencéis a recordar, advertir y retomar la verdad en la que fuisteis nutridos.

32. Dice el beato Ambrosio, que solo un hombre es mediador entre Dios y los hombres, porque nació de una virgen, y no sintió el pecado al nacer, no está sujeto a las cadenas de la generación. Pero todos los hombres nacen bajo el pecado, cuyo mismo origen está en el vicio: porque, concebidos por el placer de la concupiscencia, primero sufren las contaminaciones de los delitos, antes de que tomen el aliento vital de este aire. Y esa misma concupiscencia, como ley del pecado en el cuerpo de esta muerte, se opone tanto a la ley de la mente, que no solo cualquier buen fiel, sino también la magnitud de la virtud apostólica luchó contra ella, para que por la gracia de Cristo, la carne sometida al alma, sea llevada a la concordia: de los cuales dos, que primero fueron creados sin pecado, por la transgresión del primer hombre se hizo discordia. ¿Y quién dice estas cosas? Un hombre de Dios, católico, y defensor acérrimo de la verdad católica contra los herejes hasta el peligro de sangre, tan alabado por el testimonio de tu maestro, que se decía que su fe y su sentido purísimo en las Escrituras ni siquiera el enemigo se atrevió a reprochar. Quien afirmó a Dios como creador no solo de las almas, sino también de los cuerpos, contra el error de los filósofos platónicos. Quien predicó el bien del matrimonio y su santa unión instituida divinamente por la causa de propagar el género humano, y la castidad conyugal. Quien dijo que nadie es justificado del pecado, a menos que le sean perdonados todos los pecados por el Bautismo. Quien adoró justamente al justo Dios. Quien no impide la perfección del hombre en virtud y justicia al desesperar: pero espera esa perfección a la que nada debe añadirse, en otra vida, que se cumplirá con la resurrección de los muertos; pero en esta vida coloca la justicia humana en una cierta milicia y guerra, no solo contra las potestades aéreas enemigas, sino contra nuestras mismas concupiscencias, por las cuales también esos enemigos exteriores intentan derribarnos o penetrarnos. En esta guerra dice que la misma carne es adversaria pesada, cuya naturaleza, como fue creada primero, permanecería con nosotros en perfecta concordia, si no hubiera sido viciada por la prevaricación del primer hombre, luchando con nosotros en su debilidad. En esta guerra, ese hombre santo nos advierte que huyamos del mundo, y en esa huida muestra cuánta es la dificultad, más bien la imposibilidad, a menos que la gracia de Dios ayude. Dice que los vicios están muertos por la remisión en el Bautismo de todos los pecados, pero que debemos cuidar de ellos de algún modo como de un entierro. Y en esta misma obra describe que tenemos tal conflicto con los vicios muertos, que no hacemos lo que queremos; sino lo que odiamos, eso hacemos: que el pecado opera muchas cosas en nosotros, resistiéndonos a nosotros mismos, que a menudo resurgen las voluptuosidades revividas: que debemos luchar contra la carne, contra la cual luchó Pablo cuando decía, Veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente. Advierte que no confiemos en nuestra carne, que no le creamos, cuando el Apóstol clama, Sé que no habita en mí, es decir, en mi carne, el bien: porque el querer está presente en mí, pero no encuentro cómo realizar el bien (Rom. VII, 23, 18). He aquí cuánta lucha tenemos con los pecados muertos, muestra ese esforzado soldado de Cristo, y fiel doctor de la Iglesia. ¿Cómo es que el pecado está muerto,

cuando opera muchas cosas en nosotros resistiéndonos a nosotros mismos? ¿Qué muchas cosas, sino deseos necios y nocivos, que sumergen a los que consienten en la ruina y perdición (I Tim. VI, 9)? que ciertamente sufrir, y no consentirles, es lucha, es conflicto, es combate. ¿De quién es el combate, sino del bien y del mal, no de la naturaleza contra la naturaleza, sino de la naturaleza contra el vicio, ya muerto, pero aún por enterrar, es decir, por sanar completamente? ¿Cómo decimos, pues, que este pecado está muerto en el Bautismo, como también dice este hombre, y cómo confesamos que habita en los miembros, y opera muchas cosas, deseos resistiéndonos a nosotros mismos, a los que resistiendo no consentimos, como también confiesa este hombre; sino porque está muerto en esa culpa que nos tenía, y hasta que se sane con la perfección del entierro, se rebela y está muerto? Aunque ya no se llame pecado de ese modo, que hace reo; sino que es hecho por la culpa del primer hombre, y que rebelándose intenta arrastrarnos a la culpa, a menos que nos ayude la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, para que así también el pecado muerto se rebele, que venciendo reviva y reine.

CAPÍTULO X.

33. En esta guerra, mientras la tentación es la vida humana sobre la tierra (Job VII, 1), no por eso estamos sin pecado, porque esto que se llama pecado de ese modo, opera en los miembros resistiendo a la ley de la mente, incluso no consintiendo nosotros a lo ilícito (pues en cuanto a nosotros respecta, estaríamos siempre sin pecado, hasta que se sanara este mal, si nunca consintiéramos al mal); pero en los que por él rebelándose, aunque no letalmente, sino venialmente, sin embargo somos vencidos, en estos contraemos de donde decimos cada día, Perdona nuestras deudas (Mateo VI, 12). Como los cónyuges cuando exceden el modo necesario para la generación por causa del placer solo: como los continentes, cuando en tales pensamientos se detienen con alguna delectación, no decidiendo ciertamente el delito, sino no apartando la intención de la mente como conviene, para que no caiga en ello, o si cae, arrancándola de allí. De esta ley del pecado, que de otro modo también se llama pecado, que resiste a la ley de la mente, de la cual el beato Ambrosio dijo muchas cosas, también atestiguan los santos, Cipriano, Hilario, Gregorio, y muchos otros. Por tanto, quien es generado en Adán, debe ser regenerado en Cristo, muerto en Adán, vivificado en Cristo, por eso está sujeto al pecado de origen, porque nace del mal, por el cual la carne concupisce contra el espíritu; no del bien, por el cual el espíritu concupisce contra la carne (Gálatas V, 17). ¿Qué, pues, es de extrañar, si debe renacer el hombre nacido de ese mal, contra el cual lucha el hombre renacido, por el cual él mismo sería reo, si no fuera liberado renaciendo? Este mal no es la materia de Dios creador, sino la herida del diablo viciando esa misma materia. Este mal no es de las nupcias, sino el pecado de los primeros hombres, transmitido a los descendientes por propagación. También la culpa de este mal es remitida por la santificación del Bautismo. Pero Dios justo, si infligiera tantos males a los pequeños, como ahora no puedo decir, sin que arrastren ningún pecado, más bien parecería injusto. La capacidad perfecta de justicia del hombre no se niega, porque tampoco se desespera de la sanidad plenísima de todos los vicios bajo el médico omnipotente. Por esta verdad católica, los santos y bienaventurados y clarísimos sacerdotes en el trato de los divinos elocuentes, Ireneo, Cipriano, Reticio, Olimpio, Hilario, Ambrosio, Gregorio, Inocencio, Juan, Basilio, a los que añadido al presbítero, quieras o no, Jerónimo, para no mencionar a los que aún no han dormido, pronuncian contra vosotros la sentencia de la sucesión sujeta al pecado original de todos los hombres: de donde nadie es liberado, sino aquel a quien sin la ley del pecado que resiste a la ley de la mente, concibió la virgen.

34. ¿Por qué te regocijas y te burlas de mí como si fueras un vencedor, como si no pudiera encontrar qué hacer o a dónde huir si me presionara el poder de los jueces, si estuviera en medio de los eruditos contigo, si la trompeta de la verdadera razón, que dices, inflada por ti, gran trompetista, resonara, si las armas de los oyentes que te rodean y te favorecen sonaran? Así te imaginas nuestro combate en la disputa, y te figuras, como te place, que no tengo qué responderte mientras argumentas. Así, la vana e insana imaginación de tu corazón conversa contigo, como si me pusieras ante jueces pelagianos contigo, ante quienes, aplaudiéndote, pudieras alzar tu voz como una trompeta y predicar contra la fe católica y contra la gracia de Cristo, por la cual los pequeños y los grandes son liberados del mal, el error común de esta nueva impiedad que compartes con ellos. Pelagio, vuestro maestro, no pudo encontrar tales jueces en la Iglesia de Dios, ni sin un adversario de la otra parte presente. De ese juicio, él salió, en cuanto a la vista de los hombres se refiere, como absuelto, pero con vuestra doctrina claramente condenada. Pero yo, dondequiera que estés, dondequiera que puedas leer esto, te coloco ante estos jueces en tu corazón; no los amigos míos y enemigos tuyos, inclinados hacia mí por alguna gracia, ni alejados de ti por algún mérito de tu ofensa, y por esto adversos a ti, en esta nuestra disputa. Ni aquellos que nunca fueron o no son, o cuyas sentencias sobre lo que discutimos son inciertas, los he inventado en vano: sino santos y en la santa Iglesia ilustres obispos de Dios, no platónicos, aristotélicos, zenónicos u otros de este tipo, ya sean griegos o latinos, aunque algunos de ellos también, pero todos instruidos en las Sagradas Escrituras, los he expresado nominalmente como era necesario; y sus sentencias, en la medida en que parecía suficiente, las he expuesto sin ambigüedad, para que en ellos temas, no a ellos, sino a aquel que los formó como vasos útiles para sí mismo, y construyó templos santos; quienes entonces juzgaron sobre este asunto, cuando nadie puede decir que pudieron haber favorecido o adversado a alguien erróneamente. Pues aún no habíais surgido, contra quienes hubiéramos emprendido un conflicto sobre esta cuestión: aún no existíais, quienes decís lo que pones en tus libros, que hemos mentido a la multitud sobre vosotros, y que con el nombre de celestianos o pelagianos asustamos a los hombres, y que con terror arrancamos su consentimiento. Ciertamente tú mismo dijiste que todos los jueces deben estar vacíos de odio, amistad, enemistad, ira. Pocos tales pudieron encontrarse: pero se debe creer que Ambrosio y otros colegas suyos, a quienes mencioné con él, fueron tales. Y si no fueron tales en las causas que, llevadas a ellos y conocidas entre las partes, resolvieron con su juicio mientras vivían aquí; sin embargo, para esta causa eran tales, cuando emitieron sus sentencias sobre ella: no atendieron a amistades ni ejercieron enemistades con nosotros ni con vosotros; ni estaban enojados con nosotros ni con vosotros, ni nos compadecieron a nosotros ni a vosotros. Lo que encontraron en la Iglesia, lo mantuvieron; lo que aprendieron, lo enseñaron; lo que recibieron de los padres, esto lo transmitieron a los hijos. Aún no discutíamos con vosotros ante estos jueces, y ante ellos se llevó a cabo nuestra causa. Ni nosotros ni vosotros les éramos conocidos, y recitamos sus sentencias emitidas a nuestro favor contra vosotros. Aún no luchábamos con vosotros, y al pronunciar ellos, vencimos.

35. Dices que "si me presionara el poder de los jueces," como los que tú mismo compones, "no tendría qué hacer, a dónde huir; ya que no podría encontrar cómo enfrentar tus argumentaciones." Yo ciertamente tendría qué hacer, tendría a dónde huir: de las tinieblas pelagianas a estas tan claras luces católicas apelaría; lo cual ya hago ahora. Tú, entonces, responde qué haces, di a dónde huyes. Yo de los pelagianos a estos: ¿tú de estos a quiénes? ¿O porque consideras que "no deben contarse, sino ponderarse las sentencias," y añades (lo cual también yo consiento que es verdad), "que la multitud de ciegos no sirve de nada para encontrar algo," ¿te atreverás a decir que también estos son ciegos? ¿Y hasta tal punto ha mezclado el largo día las cosas bajas con las altas, hasta tal punto se dice que las tinieblas son luz, y la luz tinieblas, que Pelagio, Celestio, Juliano ven, y Hilario, Gregorio, Ambrosio son

ciegos? Pero, sea cual sea el hombre que seas, sin embargo, porque eres hombre, me parece ver tu vergüenza (si es que no ha muerto en ti toda esperanza de salud), y de algún modo escucho tu voz. Respondes: Lejos de mí atreverme a pensar o decir que estos hombres son ciegos. Por tanto, sopesa sus sentencias. No quiero que sean muchas, para que te fastidie contarlas: pero no son ligeras, para que te desprecies pesarlas; más bien son tan graves, que te veo trabajar bajo su peso. ¿Acaso también de estos dirás que "opongo a ti la opinión de un compañero inexperto, y como consternado por el miedo, nombro cómplices"?

36. Dices que "en la causa de juzgar, apartado el ruido de las multitudes, de todo orden de la vida de los hombres, ya sean sacerdotes, administradores o prefectos, para la discusión de tales asuntos no solo deben elegirse los nombres, sino la prudencia, y debe honrarse la escasez que la razón, la erudición y la libertad elevan." Así es, como dices: pero tampoco yo te perturbo con la multitud de números; aunque, con la ayuda de Dios, sobre esta fe, a la que os oponéis, la multitud católica también tiene un sano juicio; en la cual, en todas partes, muchos, donde pueden, como pueden, como son ayudados divinamente, refutan vuestros vanos argumentos. Por lo cual, lejos de mí está esa arrogancia que me imputas, "que me prometiera llevar esta causa contra vosotros, uno por todos." Lo cual tú haces entre los pelagianos, sin avergonzarte de decir y escribir que "es de mayor gloria para ti ante Dios defender la verdad abandonada;" mucho están abatidos y verdaderamente abandonados, y mucho dependen de ti, si no juzgan que esta es una arrogancia intolerable, por la cual te antepones incluso a los mismos Pelagio y Celestio, los maestros de todos vosotros; como si ellos ya hubieran cedido, y tú permanecieras, quien defiendes la que creéis que es la verdad abandonada. Pero porque te deleita no contar la multitud, sino pesar la escasez; excepto los jueces palestinos, que condenaron vuestra herejía en el absuelto Pelagio, a quien, comprimido por el miedo, obligaron a condenar los mismos dogmas pelagianos, te he opuesto diez obispos ya fallecidos y un presbítero como jueces de esta causa, quienes juzgaron sobre ella mientras vivían aquí. Si se considera vuestra escasez, son muchos: si la multitud de obispos católicos, son muy pocos. De los cuales, tal vez intentes retirar al papa Inocencio y al presbítero Jerónimo: a este, porque condenó a Pelagio y Celestio; a aquel, porque en Oriente defendió la fe católica contra Pelagio con piadosa intención. Pero lee lo que dice Pelagio en alabanza del beatísimo papa Inocencio, y ve si puedes encontrar jueces tales fácilmente. Sobre aquel santo presbítero, quien según la gracia que le fue dada, trabajó en la Iglesia de tal manera que ayudó mucho a la erudición católica en lengua latina con muchas y necesarias letras, Pelagio no suele jactarse, sino "que le envidió como rival." Pero no quiero que por esto te parezca que debe ser retirado del número de estos jueces. No he puesto su sentencia, que en tiempo de enemistad sostuvo y defendió contra vuestro error; sino la que puso en sus escritos, libre de todo partidismo, antes de que vuestros condenables dogmas brotaran.

37. De los demás ciertamente no tienes absolutamente nada que decir. ¿Acaso Ireneo, Cipriano, Reticio, Olimpio, Hilario, Gregorio, Basilio, Ambrosio, Juan, "de la plebeya escoria de los taberneros," como bromeas tullianamente, "fueron incitados contra vosotros por envidia?" ¿Acaso "soldados?" ¿Acaso "escolásticos auditores?" ¿Acaso "marineros, taberneros, pescaderos, cocineros, carniceros?" ¿Acaso "jóvenes disolutos de los monjes?" ¿Acaso finalmente "de la turba de cualquier tipo de clérigos" son estos, a quienes con urbanidad desprecias con dicacidad, o más bien con vanidad, "porque no pueden juzgar sobre los dogmas según las categorías de Aristóteles?" Como si tú, que te quejas principalmente de que "se os niega el examen y juicio episcopal," pudieras encontrar un concilio de peripatéticos, donde sobre el pecado original se emita una sentencia dialéctica sobre el sujeto y lo que está en el sujeto. Estos son obispos, doctos, graves, santos, defensores acérrimos de la verdad contra las vanas charlatanerías, en cuya razón, erudición, libertad, que son los tres

bienes que atribuiste al juez, no puedes encontrar qué despreciar. Si se congregara un sínodo episcopal de todo el orbe, sería sorprendente si tales pudieran fácilmente sentarse allí. Porque ni siquiera estos estuvieron en un solo tiempo: pero Dios, fiel y mucho más excelente, dispensa a sus pocos dispensadores a través de diversas edades de tiempos y distancias de lugares, como le place y juzga conveniente. Así que ves a estos congregados de otros y otros tiempos y regiones, de Oriente y Occidente, no en un lugar al que los hombres deban navegar, sino en un libro que pueda navegar hacia los hombres. Cuánto más deseables te serían estos jueces, si mantuvieras la fe católica; tanto más terribles te son, porque atacas la fe católica: la cual mamaron en la leche, la cual tomaron en el alimento, cuyo leche y alimento ministraron a pequeños y grandes, la cual contra enemigos incluso vosotros, aún no nacidos, de donde ahora os reveláis, defendieron clarísima y fortísimamente. Con tales plantadores, regadores, edificadores, pastores, nutridores, después de los Apóstoles, creció la santa Iglesia. Por eso temió las voces profanas de vuestra novedad; y cauta y sobria por la advertencia apostólica, no sea que como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, así también su mente se corrompiera de la castidad que está en Cristo (II Cor. XI, 3), la virginidad de la fe católica temió las insidias de vuestro dogma que se infiltraba; y como la cabeza de la serpiente, la pisoteó, la aplastó, la rechazó. Con estos discursos y tan gran autoridad de los santos, ciertamente o serás sanado por la misericordia de Dios que lo concede, lo cual cuanto te deseo, lo ve quien lo hace: o si, lo cual abomino, permanecieras en la misma sabiduría que te parece, y es gran necedad; no buscarás jueces donde purgues tu causa, sino donde acuses a tantos santos doctores ilustres y memorables de la verdad católica, Ireneo, Cipriano, Reticio, Olimpio, Hilario, Gregorio, Basilio, Ambrosio, Juan, Inocencio, Jerónimo, y a los demás compañeros y partícipes de ellos, además de toda la Iglesia de Cristo, a la cual, ministrando fielmente los alimentos del Señor a la familia divina, brillaron con gran gloria en el Señor. Contra esta miserable locura, que Dios te aparte de ella, veo que debe responderse a tus libros, de modo que también se defienda la fe de estos contra ti; así como contra los impíos y enemigos confesos de Cristo se defiende incluso el mismo Evangelio.

LIBRO TERCERO.

Juliano debe ser refutado de aquí en adelante con tal razón y diligencia, que a cada uno de sus cuatro libros se responda por separado con otros tantos libros. Así, en este tercer libro, Agustín refuta el primer libro de Juliano, procurando que aparezca claramente que, siendo Dios el verdadero y buen creador de los hombres, y siendo buenas las nupcias e instituidas por Él, sin embargo, la concupiscencia es mala, por la cual la carne concupisce contra el espíritu. Este mal se usa bien en la castidad conyugal y mejor no usarlo en la continencia más santa. Pero este mal no está mezclado con nosotros de otra sustancia que Dios no haya creado, como delira el maniqueo, sino que surgió y se transmitió por la desobediencia de Adán, y debe ser expiado y sanado por la obediencia de Cristo: por cuya obligación de mal, la pena debida implica al que nace, y la gracia indebida libera al que renace. También de las mismas palabras de Juliano se muestra la mala lujuria: ya que reconoce remedios contra ella, y quiere que sea frenada por la razón, y finalmente dice que se ejercen gloriosas luchas contra ella por los continentes.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ahora bien, ya que sin duda a la autoridad de tantos y tan grandes santos, y eruditos en las Sagradas Escrituras, y en el gobierno de la Iglesia con tan clara memoria y alabanza, si no cedés, ni consientes, ya sea que los trates con la mayor contumelia como a mí, o a ellos más respetuosa y suavemente con alguna aceptación de personas, sin embargo, también dirás que ellos erraron: así debo responderte, querido hijo Juliano, con la ayuda del Señor, y así refutar

tus libros y argumentos, para que, si puedes, entiendas que te ha sido persuadido mal lo que intentas persuadir a otros; y te arrepientas saludablemente de tu incauta y temeraria progresión y caída juvenil, no solo para tu corrección, sino también para el provecho de muchos, al reconocer vosotros y confesar cuán no en vano y cuán verdaderamente tantos y tan grandes rectores y doctores de los pueblos cristianos aprendieron y enseñaron esto en la Iglesia de Dios, que engañados por una novedad verosímil deseabais destruir. Pero si, lo cual el Señor aparte de ti, o tuvieras el corazón tan oscurecido que no pudieras entender estas cosas; o fueras del número de aquellos a quienes en los santos Salmos la verdad señala diciendo, No quiso entender para obrar bien (Sal. XXXV, 4); o de aquellos, de quienes también está escrito, Con palabras no se corregirá el siervo duro; si entiende, no obedecerá (Prov. XXIX, 19): ni así será infructuoso este trabajo, ni mío, ni de otros hermanos, que por la gracia de Cristo defienden la fe católica contra este error. Pues mucho más serán aquellos a quienes la antigua verdad instruya o corrija defendida, si no faltaron quienes el error insólito que se infiltraba o subvertía o movía. Y para no alargarme, no pondré todas tus palabras; pero si el Señor ayuda, no dejaré nada de tus argumentaciones agudas sin resolver y destruir.

2. Sobre los jueces, "ante quienes por eso," dices, "no pudisteis llevar vuestra causa, porque nadie consulta bien sobre cosas dudosas, sino quien ha traído un corazón vacío de odio, ira y amistad; tales no fueron," dices, "quienes juzgaron sobre vuestra causa, porque comenzaron a odiarla antes de conocerla," ya respondí en el libro anterior (Lib. 2, n. 34): Porque si tales jueces, como los definió, de donde dijiste esto, Salustio, buscarais; al santo Ambrosio y sus coobispos, quienes sobre este asunto, libres de odio hacia vosotros o amistad, o ira, o lo que tú no pusiste, pero Salustio puso (De Conjurazione Catilinae, en el discurso de César), misericordia por vosotros, o contra vosotros, tuvieron un corazón vacío, cuando sobre este asunto emitieron verdaderas y tranquilas sentencias, ciertamente cederíais. A quienes ahora no solo no queréis como jueces, sino que además os atrevéis a hacerlos reos. Pero, te ruego, ¿cómo quienes condenaron vuestra causa comenzaron a odiarla antes de conocerla? Pues ciertamente porque la conocían, la odiaban. Pues sabían que decís que los niños no tienen nada malo al nacer, que deba ser purgado al renacer. Sabían que decís que la gracia de Dios se da según nuestros méritos: para que ya no sea gracia, porque no se da por gracia, sino que se devuelve según deuda. Sabían que decís que el hombre en esta vida puede no tener ningún pecado; para que no le sea necesario lo que en la oración dominical dice toda la Iglesia, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12). Estas cosas sabían de vosotros, y rectamente las odiaban. Finalmente, si os conocieran corregidos, os amarían. Porque no como dices, "Si alguien dice que hay libre albedrío en los hombres, o que Dios es el creador de los nacidos, se le llama pelagiano y celestiano:" sino quien no atribuye a la gracia de Dios la libertad en la que hemos sido llamados, y quien niega a Cristo como liberador de los niños, y quien dice que a cualquier justo en esta vida no le es necesaria alguna petición en la oración dominical, no por sí mismo, recibe el nombre de este error, porque por el error comparte el crimen.

3. Ahora bien, el crimen de los maniqueos, que te atreves a infamar a las luces católicas, ya sea que no lo sepas, o finjas no saberlo, no es necesario decirlo aquí. Ciertamente, como dices, si "se respondió por vosotros más bien por el Emperador," ¿por qué no saltáis al medio, y alegáis esto voluntariamente ante las potestades públicas, mostrando que sois vosotros a quienes el príncipe cristiano aprobó la fe? Pero si la ley de Dios no la entendéis como es, sino como os place; ¿qué maravilla si también hacéis esto con la ley del Emperador? Pero prometes tratar esto más plenamente en otra ocasión. Si lo haces, será refutado como insidioso; o será despreciado como vano, lo que hagas.

4. ¡Qué elegante y encantadora es tu felicitación, al decir que «una» salida deseas que se entienda como la suma de la batalla;» como si tú fueras David para los pelagianos, y yo Goliat. Parecerías así, si hubieras establecido este pacto y acuerdo con los pelagianos, de modo que si fueras vencido, ellos no se atrevieran a nada más. Pero lejos de mí está el provocarlos a un duelo, a ustedes que dondequiera que aparezcan, el ejército de Cristo, que está en todas partes, los derrota; quien derrotó a Celestio en Cartago, cuando yo no estaba allí; y nuevamente en Constantinopla, tan lejos de las regiones africanas: quien derrotó a Pelagio en Palestina, donde condenó su causa por temor a su propia condenación: allí cayó completamente vuestra herejía. Y porque aquel, cuya figura era David, lucha contra sus adversarios en todos sus soldados, también cortó el error de ustedes con la lengua de Pelagio, como si fuera una espada de un caído y postrado. Pues lo que tú desprecias, «que por eso se les llame nuevos herejes, porque afirman que todo mal definido como pecado no reside en la naturaleza, sino solo en la voluntad,» ya Pelagio, o más bien el Señor a través de la lengua de Pelagio, lo ha cortado. Temiendo ser condenado, condenó a aquellos que dicen que los niños, incluso si no son bautizados, tienen vida eterna. Entonces, ustedes que niegan que haya mal en el niño que se lave con el Bautismo; digan con qué mérito el niño no bautizado es castigado con muerte eterna. Pero, ¿qué van a decir, a menos que tal vez maldigan a Pelagio? Sin embargo, si él les dijera, mientras ustedes lo maldicen, ¿qué querían que hiciera? ¿Acaso, cuando Cristo dice, Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros (Juan VI, 54); iba a decir que el niño tendría vida, quien terminó esta vida sin este Sacramento? Creo que se arrepentirán de haber maldecido al hombre. Ya entonces arrepíentanse de todo este error.

5. No usen el argumento miserable que todos los herejes usan, a quienes las leyes de los emperadores católicos reprimen por su perniciosa licencia. Todos estos dicen lo que tú dijiste, «Que esa parte de la razón que en la discusión sustituye el terror, no obtiene nada de los prudentes, sino que extorsiona un ciego asentimiento de los temerosos.» Ustedes son ciertamente nuevos herejes, pero han reconocido y mantenido esa antigua voz de casi todos los herejes. No se engañen a ustedes mismos ni a otros, como si tuvieran tal voz contra nosotros, como la que nosotros teníamos contra los donatistas, a quienes obligamos a venir a la Colación con nosotros por órdenes imperiales (pues su furia había ocupado toda África, y no permitían que los católicos predicaran la verdad contra su error, devastando mucho con agresiones violentas, latrocinios, emboscadas en los caminos, saqueos, incendios, asesinatos, aterrorizando a todos): con quienes no podíamos hacer nada ante obispos que no teníamos en común; lo que nuestros mayores habían hecho con ellos hace casi cien años, ya no lo recordaban los pueblos. Esta necesidad nos obligó a que al menos, con las actas de nuestra Colación, aplastáramos su desvergüenza y reprimiéramos su audacia. Pero su causa ya ha sido resuelta ante el juicio competente de los obispos comunes: no hay más que tratar con ustedes, en cuanto al derecho de examen se refiere, sino seguir con paz la sentencia pronunciada sobre este asunto: si no quieren, sean contenidos de la inquietud turbulenta o insidiosa. Son más bien como los maximianistas, que deseando consolar su pequeñez al menos con el nombre de una contienda, y por eso parecer algo ante aquellos a quienes eran despreciables, porque se les permitía entrar en juicio con nosotros; los despreciamos cuando nos interpelaron y dieron un libelo provocador. Pues más deseaban ser nombrados por la contienda, que temían ser superados en la contienda: no esperaban la gloria de la victoria, sino que buscaban la fama de la Colación, porque no tenían multitud. Si entonces piensan que son vencedores porque no se les dio el juicio que deseaban; los maximianistas los precedieron en estas vanidades: aunque la Iglesia católica les dio el juicio que debía, donde su causa fue resuelta: pero no se dignó darles ninguno; porque no fueron segregados de nosotros como ustedes, sino de los donatistas. Pero si ven en los maximianistas que no es consecuente que

quienes no se les permite conferenciar en algún juicio, deban ser considerados como confiados en la verdad: no sigan jactándose de estas vanidades; y les basta que la Iglesia católica los haya soportado con maternal indulgencia, y los haya condenado con severidad judicial, o más bien con necesidad medicinal.

6. Pero para no detenernos en cosas superfluas, omito los tumultos de tus maldiciones e injurias, ya sean las que acumulaste al principio de tu obra, o las que casi nunca dejaste de esparcir a lo largo de esos mismos cuatro libros; para que no parezca a los hombres graves que ninguno de nosotros es un disputador serio, sino que ambos somos litigantes ligeros. Veamos ahora más bien qué traes, para mostrarme, como prometes, que los hombres y los matrimonios atribuyen al diablo como autor.

CAPÍTULO II.

7. Ciertamente propones mis palabras para refutarlas; y al proponerlas, como si respondieras, intentas persuadir que «he hablado contra mí mismo: que al decir, para mi defensa, que los nuevos herejes nos llaman condenadores de los matrimonios y de la obra divina, después lo quité, diciendo que en semis unciis el hombre naciente es poseído por Dios y por el diablo, o más bien totalmente por el diablo, excluyendo por completo a Dios como de toda su posesión, que es el hombre.» ¿Dónde está tu agudeza, con la que te parece haber alcanzado las categorías de Aristóteles y otra astucia del arte dialéctico? ¿Acaso no adviertes que lo que me has objetado sobre los pequeños, puede ser objetado a ambos por cualquier adversario de la verdad sobre cualquier hombre mayor malvado? Pues te pregunto, ¿qué respondes sobre un hombre aún no regenerado, el peor de todos? Al menos confiesas que está bajo el diablo, a menos que renazca en Cristo: ¿o también niegas esto? Si lo niegas, ¿quiénes son entonces aquellos a quienes Dios libra del poder de las tinieblas y transfiere al reino del Hijo de su amor? Pero si lo confiesas, pregunto si Dios tiene algún poder en tal hombre aún puesto bajo el poder de las tinieblas. Si dices, No tiene: se te responderá, Entonces Dios ha sido excluido de su posesión por el diablo. Si dices, Tiene: se te responderá, Entonces Dios y el diablo poseen al hombre en semis unciis; y se te incitará una envidia de los ignorantes, como la que tú, que quieres ser considerado experto, quisiste incitarme sobre los pequeños recién nacidos. He aquí cuán fácilmente se destruye tu primer argumento, mientras descuidas advertir que los hombres están bajo el poder del diablo antes de ser redimidos por Cristo, de tal manera que ni siquiera el diablo mismo se sustrae al poder de Dios.

CAPÍTULO III.

8. Sobre la cuestión del Bautismo, de la que te quejaste que se había hecho odiosa para ustedes entre los ignorantes por nuestras mentiras, apenas se puede decir cuán elegantemente has eliminado esta odiosidad, ya que admiten que los pequeños deben ser bautizados, porque dicen que «la gracia del Bautismo» no debe cambiarse por causas, ya que distribuye sus dones según la capacidad de los accidentes. Por lo tanto, Cristo, que es el redentor de su obra, aumenta,» dices, «los beneficios hacia su imagen con continua generosidad; y a quienes hizo buenos al crearlos, los hace mejores al renovarlos y adoptarlos.» ¿Es esto todo por lo que creen que no se les debe hacer odiosa la cuestión del Bautismo de los pequeños? como si alguno de nosotros les hubiera dicho que niegan que los pequeños deban ser bautizados. No dicen que no deben ser bautizados; pero por la magnitud de su sabiduría, dicen cosas maravillosas: En el Sacramento del Salvador son bautizados, pero no son salvados; son redimidos, pero no liberados; son lavados, pero no purificados; son exorcizados y exsuflados, pero no son librados del poder del diablo. Estos son los portentos de sus sentencias, estos son los misterios inesperados de los nuevos dogmas, estas son las paradojas de los herejes

pelagianos, más maravillosas que las de los filósofos estoicos. Pues para decir esto, temen oír, Si son salvados, ¿qué estaba enfermo en ellos? si son liberados, ¿qué los mantenía en el vínculo de la servidumbre? si son purificados, ¿qué inmundicia se ocultaba en ellos? si son librados, ¿con qué mérito estaban bajo el poder del diablo, quienes no eran culpables por su propia iniquidad, sino porque arrastran, lo que niegan, el pecado original? Y para esto lo niegan, no para afirmar que son salvos, libres, puros, no sujetos a ningún enemigo; pues su falso testimonio no les ayuda en nada ante el verdadero juez: sino para que, permaneciendo ellos en la mala vejez, ustedes sigan una nueva vanidad. Pues no es suya, sino de aquel que dijo, A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III, 5).

9. Pero ustedes, excelentísimos amantes de aquella vida que será eterna con Cristo, no creen que sea ningún castigo para la imagen de Dios, ser exiliado eternamente del reino de Dios: pues si dijeran que es un pequeño castigo, no sería esta la voz de un amante bienaventurado de aquel reino, sino de un miserable despreciador. Sin embargo, si lo que basta para esta causa, al menos confiesen que es un pequeño castigo, que es grande, que la imagen de Dios no se le permita entrar en el reino de Dios; les ruego, abran los ojos como puedan, y vean con qué justicia se inflige este castigo al pequeño, a quien con los ojos cerrados niegan estar sujeto al pecado original. Omito mencionar los males que casi todos los niños sufren en esta misma vida transitoria, y cómo se explica lo que se ha dicho, Un yugo pesado sobre los hijos de Adán desde el día de su salida del vientre de su madre, hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Eclo. XL, 1). Estos males ciertamente no se infligirían bajo un Dios justo y omnipotente a su imagen, males en los que no se puede decir que la infancia se ejercita en virtud, si no se arrastraran los malos méritos de los padres. Estos males de los pequeños, no los que ustedes niegan que tengan, sino los que todos nosotros vemos que sufren, tú los omites por completo, ni los consideras: sino que te paseas a ti mismo, hombre elocuentísimo, y ejercitas tu ingenio y lengua en la alabanza de la naturaleza. Esta naturaleza, caída en tantas y tan manifiestas miserias, necesita a Cristo como salvador, libertador, purificador, redentor; no a Juliano, no a Celestio, no a Pelagio como alabador. Que ciertamente no confesarías que es redimida en los pequeños, si no fuera porque Celestio en Cartago, no soportando las bocas cristianas, lo confesó en las actas eclesiásticas. Pero, te ruego, ¿cómo puede entenderse esta redención, sino del mal, por aquel que redime a Israel de todas sus iniquidades (Sal. CXXIX, 8)? Pues donde suena redención, se entiende también precio: y ¿qué es esto, sino la preciosa sangre del cordero inmaculado Jesucristo (1 Pedro I, 18, 19)? Pero sobre este precio, ¿por qué fue derramado, qué preguntamos a otro? Que el mismo Redentor responda, que el mismo comprador diga. Este es, dice, mi sangre que será derramada por muchos para la remisión de los pecados (Mat. XXVI, 28). Sigán aún, sigan, y como dicen, En el Sacramento del Salvador son bautizados, pero no son salvados; son redimidos, pero no liberados; son lavados, pero no purificados; son exorcizados y exsuflados, pero no son librados del poder del diablo: así también digan, Se derrama sangre por ellos para la remisión de los pecados, pero no son purificados por la remisión de ningún pecado. Son maravillosas las cosas que dicen, nuevas las cosas que dicen, falsas las cosas que dicen: maravillosas las admiramos, nuevas las evitamos, falsas las convencemos.

CAPÍTULO IV.

10. ¿No dijiste tú mismo, «Que la administración del cuerpo está tan encomendada al alma, que el fruto de la obra se hace común a ambos, y que las alegrías de la virtud ejercitada, o las penas de la insolencia, se sienten con la aflicción de la carne que aquí no gobernó bien?» Responde entonces, ¿por qué en esta misma vida el alma del niño es afligida con la aflicción de la carne, a quien aún no se le puede imputar el mérito de no haber gobernado bien la

carne? Dices que «la naturaleza humana en los comienzos de los nacidos está enriquecida con el don de la inocencia.» Lo admitimos, en cuanto a los pecados propios: pero cuando también niegan que están sujetos al original, respondan, ¿con qué mérito nace tanta inocencia a veces ciega, a veces sorda? Este vicio también impide la misma fe, testificando el Apóstol que dice, Así que la fe es por el oír (Rom. X, 17). Ahora bien, ¿quién soportará que lo que concierne al mismo ánimo, imagen de Dios «enriquecida con el don de la inocencia,» como afirmas, nazca fatuo, si no pasan a los pequeños los males de los padres? ¿O es que alguno de ustedes es tan fatuo, que no considera la fatuidad como un mal; cuando la Escritura dice, Un muerto se llora siete días, pero un fatuo todos los días (Eclo. XXII, 13)? ¿Quién no sabe que aquellos a quienes vulgarmente llaman moriones, son naturalmente tan fatuos, que a algunos de ellos se les compara casi con el sentido de los animales? Y no quieren admitir que el género humano, desde el principio en que abandonó a Dios, arrastra la culpa de una origen condenada digna de todos estos castigos, a menos que la disposición de la razón oculta de la sabiduría inescrutable del Creador se lo impida. Quien ni siquiera de toda la masa de perdición se abstiene del bien de su obra: para que de los males de los vicios, aunque con males, forme en cuanto es buena, la naturaleza racional y mortal, de la cual nadie puede ser creador, excepto él mismo, y en la generación condenada, ofrezca a los vasos de misericordia la ayuda de la regeneración.

CAPÍTULO V.

11. En vano, por tanto, piensas que «no hay delito en los pequeños, porque no puede haberlo sin voluntad, que en ellos no existe.» Esto se dice correctamente en cuanto al pecado propio de cada uno, no en cuanto al contagio original del primer pecado: que si no existiera, ciertamente no estarían los pequeños sujetos a ningún mal, ni sufrirían ningún mal en el cuerpo o en el alma, bajo el poder de un Dios tan justo. Sin embargo, esto mismo también tomó su origen de la mala voluntad de los primeros hombres. Así que, a menos que haya una mala voluntad, no hay origen de pecado alguno. Si entiendes esto, confesarás simple y verdaderamente la gracia de Cristo hacia los pequeños, y no te verás obligado a decir cosas impiísimas y absurdísimas, o que los pequeños no deben ser bautizados, lo cual tal vez después dirán, o que un Sacramento tan grande es un juego en ellos, que en el Salvador son bautizados, pero no son salvados; en el libertador son redimidos, pero no liberados; en el lavacro de la regeneración son lavados, pero no purificados; son exorcizados y exsuflados, pero no son librados del poder de las tinieblas; su precio es la sangre que fue derramada para la remisión de los pecados, pero no son purificados por la remisión de ningún pecado. Todo esto porque temen decir, No sean bautizados; no sea que no solo sus rostros sean cubiertos de escupitajos de hombres, sino que también sus cabezas sean golpeadas con sandalias de mujeres.

12. Ciertamente decimos que la causa por la que quien nace está bajo el diablo, hasta que renace en Cristo, es el contagio del pecado desde el origen. Pero ustedes que niegan esto, al menos consideren lo que es evidente; ¿por qué algunos niños incluso sufren al demonio: a menos que tal vez también nieguen que son, o que están bajo el diablo; ni el Evangelio los advertirá, donde tal vez por ustedes el Señor preguntó lo que sabía, para que el padre del niño respondiera que su hijo era gravemente atormentado por un demonio desde su infancia, de modo que no podía ser expulsado por los discípulos de Cristo (Marcos IX, 16-26). He aquí, yo no digo que la causa por la que los pequeños están bajo el diablo sea el matrimonio, lo cual me calumnias diciendo. Pues el matrimonio tiene su orden y su bendición, y su bien no pudo perderse ni siquiera con la entrada del pecado. Pero tú, ¿por qué está bajo el diablo al menos ese niño que es manifiestamente atormentado por el diablo, de modo que a veces muere por el mismo tormento, responde si puedes. Pues no quieres que nadie sufra ningún

castigo por pecados ajenos, no sea que de aquí se haga creíble que también los contagios de los pecados pueden pasar a los nacidos de los que engendran.

CAPÍTULO VI.

13. Pero, como un excelente dialéctico, «no me dejarás escapar, sino que me interrogarás de manera precisa y breve, si pienso que en los pequeños la acción es culpable, o la naturaleza.» Y respondiendo a ambos, «Si la acción,» dices, «muestra qué han hecho: si la naturaleza, muestra quién la hizo.» Como si la mala acción no hiciera culpable a la naturaleza. Pues quien es culpable por acción, es hombre; y el hombre es naturaleza. Los hombres, por tanto, son culpables, como los mayores por la acción del pecado, así los menores por el contagio de los mayores: estos por lo que hacen, aquellos por quienes tienen su origen. Por lo tanto, en los pequeños es bueno que sean hombres; lo cual no serían en absoluto, si no los hubiera creado aquel que es sumamente bueno. Pero si no arrastraran ningún mal desde el origen, nunca nacerían con vicios ni corporales. Pues Dios, que es el creador de las almas, es también el creador de los cuerpos, quien ciertamente no inflige vicios a la naturaleza humana en su misma creación sin merecerlo. Pues de innumerables pequeños, que nacen con tanta variedad de vicios tanto en el alma como en el cuerpo, no se puede decir esto que el Señor dijo de aquel que nació ciego; que no fue hecho por el pecado de él, ni de sus padres, sino para que se manifestaran las obras de Dios en él (Juan IX, 3). Pues muchos no son sanados en absoluto, sino que mueren con los mismos vicios, ya sea en cualquier edad, o en la misma infancia. También a algunos pequeños ya renacidos, o permanecen con los que nacieron, o suceden tales males, lejos de nosotros decir indignamente: pero más bien entendamos que les beneficia para el otro siglo que renazcan; pero la disposición de este siglo, por el vicio de la soberbia del hombre, por el cual apostató de Dios (Eclo. X, 14, 15), se lleva a cabo con diversos males de los hombres bajo el yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre, hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Id. XL, 1).

CAPÍTULO VII.

14. Sin embargo, en esta obra tuya, al intentar enseñar cómo los dialécticos construyen silogismos, sin que nadie te haya planteado tal cuestión, te complaces a ti mismo, pero desagradas a los lectores serios. Y, lo que es peor, finges que digo lo que no digo, concluyes como no concluyo, concedes lo que no concedo, y concluyes por ti mismo lo que yo rechazo. ¿Cuándo he negado yo que «la naturaleza de los hombres sea loable» en cuanto son hombres? ¿Cuándo he dicho que «por eso mismo son culpables, porque existen», cuando de hecho existirían y no serían culpables si nadie hubiera pecado? ¿Cuándo he dicho que «la fecundidad es reprobable», cuando pertenece a la bendición del matrimonio? ¿Cómo podría pedirte que concedieras algo que yo mismo no he dicho?

15. Ahora bien, cuando dices que asumo que «toda mezcla de cuerpos es mala», es tan absurdo como si dijeras que también he acusado la mezcla de vino y agua cuando se nos prepara una bebida, ya que allí también hay sin duda una mezcla de cuerpos; y si he dicho que toda mezcla de cuerpos es mala, ciertamente no he omitido esta. Pero tampoco he reprobado la mezcla de sexos si es legítima y matrimonial. Sin esta, no se produciría la generación de los hombres, incluso si no hubiera precedido ningún pecado de nadie. Por lo tanto, eso que añades, «los hijos nacen de la mezcla de cuerpos», lo digo ciertamente: pero la conclusión que quisiste presentar como mía, no es mía. No digo, «por lo tanto, los hijos son malos, ya que proceden de una mala operación», puesto que no digo que la operación de los

cónyuges, que se realiza con el fin de engendrar hijos, sea mala, sino más bien buena: porque se utiliza bien el mal de la libido, por el cual se generan los hombres, obra buena de Dios; no sin mal, por lo cual deben ser regenerados para ser liberados del mal.

16. Luego tejes otro silogismo tuyo; ya que también el anterior es tuyo, no mío. Dices, por tanto, «la causa de los sexos es la mezcla de cuerpos», y quieres que te lo conceda. He aquí que lo concedo. Prosigues desde allí y añades: «Si la mezcla es siempre mala, también es deforme la condición de los cuerpos en la diversidad de sexos». Si esto fuera consecuente, no me afectaría, ya que no digo que la mezcla matrimonial, es decir, con el fin de procrear hijos, sea mala, sino que digo que es buena. A esto se añade que tampoco es consecuente que si siempre es mala la mezcla de ambos sexos, por eso sea deforme la condición de los cuerpos en la diversidad de sexos. De hecho, si los hombres estuvieran tan sometidos al mal de la libido que, apartada la honestidad del matrimonio, todos sin distinción y al azar se unieran como perros, no por eso sería deforme la condición de los cuerpos, de la cual Dios es autor, ya que sería mala la mezcla de todos los hombres, varón y mujer: así como también ahora, de la mezcla adúltera ciertamente mala, es buena en la condición de los cuerpos la obra de Dios. Ves, sin duda, cuán dialécticamente no has dicho nada, y no por culpa de la disciplina dialéctica, sino por cuánto te has desviado de su camino. Ves que usas las palabras de ese arte para inflar a los ignorantes y hacerlos atónitos, queriendo parecer ser lo que no eres. Y aunque lo fueras, de la manera en que estas cosas deben ser discutidas, no serías nada. Pero claramente ahora eres inepto e ignorante, y entonces serías un inepto artesano. Y sin embargo, cargado como si fuera con los dardos agudos de los dialécticos, entras en la contienda y lanzas puñales de plomo, diciendo: «Si la mezcla es siempre mala, también es deforme la condición de los cuerpos en la diversidad de sexos». Y sin ver cuán no consecuente es lo que has puesto como argumento necesario, añades y dices: «Lo cual no puedes negar». ¿Qué es lo que no puedo negar, hombre inconsiderado? ¿Qué es lo que no puedo negar? Esto, sin duda, que tú ya, si al menos tardíamente eres sabio, no puedes sino negar: porque no es que si la mezcla de adúlteros es mala, por eso la condición de los nacidos de ellos es deforme. Esa es de los hombres que obran mal con buenos miembros: esta, en cambio, es de Dios que obra bien con hombres malos. Y si dijeras, incluso cuando se comete adulterio, la mezcla en sí misma es buena, porque es natural, pero los adúlteros la usan mal; ¿por qué no quieres aceptar que la libido puede ser mala, pero los casados la usan bien con el fin de engendrar? ¿Acaso puede haber un mal uso de las cosas buenas, y no puede haber un buen uso de las cosas malas? Cuando encontramos que incluso el mismo Satanás fue bien usado por el Apóstol, entregando a él a un hombre para la destrucción de la carne, para que el espíritu fuera salvo en el día del Señor (1 Cor. V, 5), y a otros para que aprendieran a no blasfemar (1 Tim. I, 20).

CAPÍTULO VIII.

17. Pero lo que añades y dices, «Dios no puede ser autor de una cosa mala»; ¿cómo dices eso? Él mismo sabe hablar mejor que tú, quien dice por el profeta que crea males (Isaías XLV, 7). Luego, sea como sea que se tenga esta adición tuya, ¿qué me importa a mí, cuando no he concedido aquello a lo que se conecta; ya que he demostrado que no es consecuente que la condición de los cuerpos sea deforme, incluso si concediera que toda mezcla de cuerpos o de ambos sexos es mala? Pues aunque concedamos que Dios no es autor de ningún mal: ¿acaso por eso no es autor de la condición de los cuerpos, que de ninguna manera he concedido que sea mala; porque nada de lo concedido anteriormente me obligaba a ello? Por lo tanto, tu conclusión ha quedado vacía y risible, cuando concluyes y dices: «Por lo tanto, todos los cuerpos se atribuyen a un autor malo». Pues mucho más verdaderamente se concluye así, que digamos: Si ni siquiera la mala mezcla de los adúlteros hace mala la

condición de los cuerpos; o si la mezcla de ambos sexos es buena incluso en los adúlteros, pero ellos la usan mal, ya que mucho más por esto no puede ser mala la condición de los cuerpos; por lo tanto, correctamente los cuerpos se atribuyen a Dios como autor. No hay, por tanto, fosa alguna, de la cual temiendo, como si regresara al camino, pareces quererme hacer volver. Dime, sin embargo, cuál es ese camino, y explica tu razonamiento.

CAPÍTULO IX.

18. «Dios,» dices, «bueno, por quien fueron hechas todas las cosas, él mismo formó los miembros de nuestro cuerpo.» Concedo que esto es muy cierto. Sigues y añades: «Quien hizo los cuerpos, también dividió el sexo: dividió en especie, lo que en operación uniría; y la causa de las uniones fue la disimilitud de los miembros.» Y esto lo acepto. Luego infieres: «Por lo tanto, la mezcla de cuerpos es de aquel de quien es el origen de los cuerpos.» ¿Quién negaría esto? «Lo cual, aunque de mala gana,» dices, «concederás, sigue que de tantas cosas buenas, cuerpos, sexos, uniones, no pueden ser malos frutos.» Y dices la verdad: porque el fruto de estos bienes es el hombre, que en cuanto hombre es bueno: pero lo que en él es malo, de lo cual debe ser sanado por el Salvador, y liberado por el Redentor, y lavado por el bautismo, y rescatado por el exorcismo, y absuelto por la sangre que fue derramada para la remisión de los pecados; no es fruto de los cuerpos, sexos, uniones, sino del pecado original y antiguo. Así como de la prole de los adúlteros, si yo dijera, De tantos males, es decir, lujuria, deshonra, crimen, no pudo haber buen fruto; correctamente me responderías, que el hombre nacido de adúlteros no es fruto de la lujuria, deshonra, crimen, de cuyos males el diablo es autor; sino de los cuerpos, sexos, uniones, de cuyos bienes Dios es autor: así te digo yo muy correctamente, que el mal con el que nace el hombre no es fruto de los cuerpos, sexos, uniones, de cuyos bienes Dios es autor; sino de la primera transgresión, de la cual el diablo es autor.

19. Pero lejos esté que, como calumnias, digamos «que los hombres son hechos por Dios para que el diablo los tenga con derecho legítimo.» Aunque esto es más de la potestad divina que de la diabólica, que la generación impura se someta al príncipe inmundo, a menos que sea purificada por la regeneración: sin embargo, Dios no hace a los hombres para que el diablo tenga de algún modo una familia; sino por esa bondad, por la cual otorga a todas las naturalezas que sean, por la cual también hace subsistir al mismo diablo. Si retirara su bondad de las cosas, inmediatamente no serían nada. Así como no crea ganado en los rebaños y manadas de los impíos para que sean sacrificados a los demonios, aunque sabe que eso harán: así también donde ve la generación sujeta al pecado; según el orden bellísimo que ha dispuesto de los siglos, no retira su bondad de su condición.

CAPÍTULO X.

20. Pero después de este razonamiento, con el que te engañas y crees haber logrado algo, introduces el acostumbrado insulto, y luego añades, «Que tal vez diga, que debe ser comprobado por el testimonio de las Escrituras, no por silogismos, que los hijos nacidos de la mezcla de cuerpos se atribuyen a la obra divina»: como si quien niegue esto pudiera ser cristiano. Por lo tanto, la cosa que confesamos prontamente y proclamamos con gusto, como si hubiera controversia entre nosotros, intentas mostrarla por testimonios de las Escrituras; y trabajas inútilmente, no para responder a nosotros, sino para poder llenar libros. Sin embargo, lo que dijiste, «Para expresar la fe de las obras, el Profeta casi se acercó al peligro del pudor, porque dijo, Serán dos en una sola carne» (Gén. II, 24); debió haberte advertido suficientemente que nada habría sido vergonzoso en las obras de Dios, si no hubiera

precedido la razón por la cual la naturaleza humana debería avergonzarse de la deformidad de su mérito.

CAPÍTULO XI.

21. También dices en alabanza de la libido, «que esta fue devuelta por el don de Dios a Abraham y Sara, cuyos cuerpos estaban ya agotados y muertos» (Rom. IV, 19): y proclamas con voz envidiosa, «para que afirme si puedo, que pertenece a la obra del diablo, lo que veo que Dios a veces confiere como un don.» Como si, en verdad, si Dios resucitara a un hombre cojo, y lo devolviera a los vivos, quien ya muerto no podía cojear, también debiera parecer que le ha conferido la cojera como un don. Así, pues, si se restauró el vigor de los cuerpos que había en su juventud, ciertamente se restauró como es la condición del cuerpo de esta muerte. No era necesario que fueran devueltos a aquel estado en el que estaba Adán antes del pecado, para que pudieran procrear hijos sin la ley en los miembros que se opone a la ley de la mente.

22. Aunque también debe entenderse que el cuerpo de Abraham estaba muerto para que no pudiera engendrar hijos de cualquier mujer que pudiera dar a luz. Se dice que el avance de la edad hace esto, que un anciano puede engendrar de una mujer joven, cuando ya no puede de una mayor, aunque ella pueda de un joven. Porque aquellos que vivían tanto tiempo entonces, sin duda se volvían más tarde tan decrepitos que no podían ser movidos a la cópula en absoluto: si, sin embargo, a algún hombre sano le puede suceder eso por la edad. Pues mientras tenía esta obra en mis manos, se nos informó de un anciano de ochenta y cuatro años, que había vivido religiosamente con su esposa religiosa ya veinticinco años en continencia, que había comprado una lira para la libido; quien ciertamente, según la medida en que viven los hombres en este tiempo, es de una vejez más grave que Abraham en cien años, aún viviendo otros setenta. Por lo cual se cree más prudentemente que Dios otorgó a sus siervos la fecundidad que faltaba. Se dicen dos causas por las cuales Sara no podía concebir, y su matriz estaba muerta: una de esterilidad, que estaba en ella desde su juventud; otra de edad, no porque tuviera noventa años, sino porque ya habían cesado de ocurrirle las cosas de las mujeres. Pues está claro que si los secretos menstruales de las mujeres cesan por la edad, ya no pueden concebir, aunque hayan sido fecundas antes de que cesaran. Y por eso la Escritura no quiso callar esto, para aumentar la gloria del milagro que Dios iba a hacer en su descendencia. Pero cuando dio a su siervo a su marido, de quien quiso, porque de ella no podía, recibir hijos; no fue movida por la edad, sino por su esterilidad. Pues así habla la Escritura: Pero Sara, esposa de Abraham, no le daba hijos. Y sus palabras a su marido son estas: He aquí que Dios me ha cerrado para que no dé a luz. Pero si consideramos la edad de ambos, habrían sido decrepitos si fueran hombres de nuestro tiempo. Pues Abraham tenía alrededor de ochenta y cinco años, y Sara setenta y cinco. Pues está escrito: Abraham tenía ochenta y seis años cuando Agar dio a luz a Ismael para Abraham (Gén. XVI, 1, 2, 16). Por lo tanto, se encuentra que se unió a la sierva casi un año antes, cuando Ismael fue concebido. ¿Qué esposos en esta edad engendran en nuestros tiempos, a menos que tal milagro sea hecho divinamente? Y sin embargo, ellos podrían, si Sara no hubiera sido estéril; porque él pudo de Agar, y ella aún no estaba tan avanzada en edad que le cesaran las cosas de las mujeres. Por lo tanto, el cuerpo de Abraham estaba muerto para que ya no pudiera engendrar de Sara, aunque ella fuera tan fecunda, pero ya se acercaba a la edad en que ese flujo menstrual cesaría. Pues se ha definido por los autores de la medicina que aquellas a quienes ya no fluye en absoluto, no pueden concebir. Si esto fuera falso, de ninguna manera la Escritura se preocuparía por decir, Pero cesaron de ocurrirle a Sara las cosas de las mujeres: cuando ya había dicho antes, Pero Abraham y Sara eran ancianos avanzados en sus días (Gén. XVIII, 11). Según la medida del tiempo, cuyo espacio entonces era mucho más prolongado, ya no

podían engendrar en esa edad, cuando Abraham tenía cien años, y Sara noventa; aunque no hubiera sido estéril, y un año antes se unieran, cuando tal vez aún le fluían las cosas de las mujeres; y por eso aún podría concebir si el marido fuera joven; pero entonces no podría, debido al cuerpo de Abraham así muerto por la vejez, que no podía engendrar de una mujer de esa edad; quien sin embargo podría de una joven, como después pudo de Cetura (Gén. XXV, 1, 2): aunque también allí se puede decir que el don de fecundidad permaneció en él, que había recibido para que naciera Isaac. Según la medida del tiempo actual, en el cual los hombres viven mucho menos tiempo, se dice que pueden engendrar dentro de los cien años de ambos cónyuges. Pero si los años de ambos sumados exceden el número de cien, se afirma que no pueden procrear hijos, aunque la mujer sea fecunda, y aún fluyendo las cosas de las mujeres pueda de un joven; para que justamente se haya establecido que nadie tenga derecho a hijos, a menos que se demuestre que los años de ambos sumados y computados han pasado de cien.

23. Por lo tanto, fue un milagro de Dios que Isaac fuera concebido, no por la libido devuelta a sus padres, sino por la fecundidad otorgada: pues eso podría haber sido incluso en esos años; esto, sin embargo, no podría haber sido, con tantas causas impidiendo. Aunque también, como discutimos anteriormente, si los miembros seniles muertos revivieran de algún modo por el don de Dios, incluso la libido reviviera; ciertamente seguiría la condición de la carne corruptible, para que estuviera en el cuerpo de esta muerte, que no puede estar en el paraíso antes del pecado en el cuerpo de aquella vida. Según la condición de este cuerpo penal, Dios ahora otorga el don de fecundidad a cada uno, no según aquella felicidad, donde no había nada en la carne que deseara contra el espíritu, y el espíritu frenara deseando contra sí mismo: porque en la naturaleza del hombre antes del pecado convenía que hubiera paz, no guerra. En esa parte de tu razonamiento trabajaste en vano, como si pudiéramos decir, «Isaac fue procreado sin la concupiscencia de la carne o la semilla del hombre.» Esto no lo decimos: y por eso todo lo que discutiste de allí, lo pasamos por alto con desprecio.

CAPÍTULO XII.

24. Pero lo que te pareció haber descubierto con aguda perspicacia, al decir, «Incluso si el diablo creara hombres, no serían malos por su propia culpa; y por eso ya no serían malos, porque nadie puede ser sino lo que ha nacido, ni es justo exigirle más de lo que puede»: solemos decir esto también contra los maniqueos, que no dicen que la naturaleza buena ha sido viciada, sino que es mala sin principio e inmutablemente, según sus fabulosas opiniones. La naturaleza humana, según la fe católica, fue instituida buena, pero viciada por el pecado y merecidamente condenada. Y no es de extrañar ni injusto que la raíz condenada produzca condenados, a menos que la mano de quien no faltó al crear, tampoco falte la misericordia al liberar; la cual vosotros envidiáis a los miserables, cuando decís que los pequeños no tienen mal del cual sean liberados.

25. Pero ciertamente vosotros, que oprimís a la pobre infancia con una falsa defensa y la atacáis con un elogio pernicioso, ¿por qué no admitís al reino de Dios a tantas imágenes de Dios en los pequeños, que no han merecido ningún mal, si no son bautizados? ¿Acaso ellos mismos se han fallado, para ser privados del reino y castigados con un exilio tan doloroso, cuando no han hecho lo que de ninguna manera podían hacer? ¿Dónde colocas también que carecerán de vida, porque no han comido la carne ni bebido la sangre del Hijo del hombre (Juan 6, 54)? Por eso Pelagio, como mencioné antes, habría sido condenado en el juicio eclesiástico si no hubiera condenado a quienes dicen que "los niños, aunque no sean bautizados, tienen vida eterna". ¿Con qué justicia, pregunto, se aleja del reino de Dios, de la

vida de Dios, la imagen de Dios, que no ha transgredido en nada la ley de Dios? ¿No escuchas cómo el Apóstol detesta a algunos, a quienes dice alienados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, debido a la ceguera de su corazón (Efesios 4, 18)? ¿Será retenido por esta sentencia el niño no bautizado, o no lo será? Si decís: No será retenido, seréis vencidos y castigados por la verdad evangélica, con la lengua de Pelagio como testigo. ¿Dónde está la vida de Dios, sino en el reino de Dios, al cual no pueden entrar si no renacen del agua y del espíritu (Juan 3, 5)? Pero si decís: Será retenido, admitid el castigo, decid la culpa; admitid el suplicio, decid el mérito. No encontráis nada en vuestro dogma que podáis presentar. Por tanto, si hay algún sentido cristiano en vosotros, reconoced también en los pequeños la propagación de la muerte y la condenación, que debe ser castigada con justicia, y liberada gratuitamente por la gracia de Dios. En cuya redención puede alabarse la misericordia de Dios, y en cuya perdición no puede acusarse la verdad de Dios: porque todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Salmo 24, 10).

CAPÍTULO XIII.

26. Divides, defines, discurre casi medicinalmente sobre el género, la especie, el modo y el exceso de la concupiscencia; afirmando que "el género de esta está en el fuego vital, la especie en el movimiento genital, el modo en la obra conyugal, el exceso en la intemperancia de fornicar": y sin embargo, después de toda esta tu disertación casi sutil y prolija, cuando te pregunte brevemente y abiertamente por qué este fuego vital ha arraigado en el hombre, de modo que la carne concupisca contra el espíritu, y el espíritu necesite concupiscer contra la carne (Gálatas 5, 17); por qué quien quiera consentir al fuego vital es herido con una herida mortal, creo que la misma tinta de tu libro se convertirá en rojo por la vergüenza. He aquí el fuego vital, que no solo no obedece al arbitrio de nuestra alma, que es la verdadera vida de la carne, sino que a menudo se excita contra su arbitrio con movimientos desordenados y vergonzosos, y a menos que el espíritu concupisca contra él, este fuego vital mata nuestra buena vida.

27. Después de una larga disertación, como concluyendo, dices: "Con razón, por tanto, se define el origen de la concupiscencia en el fuego vital, por el cual es necesario que se le atribuya la concupiscencia carnal, por la cual se establece la vida carnal." Lo dices así, como si pudieras probar, o con cualquier frente te atrevas a sospechar, que en la primera constitución de los hombres, antes de que la culpa fuera seguida por la condenación debida, esta concupiscencia carnal existiera en el paraíso, o que con movimientos desordenados, como ahora la vemos, produjera las más vergonzosas luchas contra el espíritu. Luego añades, y dices: "Por tanto, de este apetito no hay culpa en su género, ni en su especie, ni en su modo, sino en su exceso; porque su género y especie pertenecen a la obra del creador, su modo al arbitrio de la honestidad, su exceso al vicio de la voluntad." ¡Qué bien te han sonado las palabras vacías; ciertamente a un hombre que no piensa lo que dice! Si el modo de este apetito pertenece al arbitrio de la honestidad, ¿de quién, entonces, el arbitrio honesto del casado querría que este apetito se moviera, sino cuando es necesario? y sin embargo, lo que quiere no puede. ¿De qué arbitrio honesto del continente querría alguna vez que este apetito se moviera? y sin embargo, lo que quiere no puede. De donde clama el hombre: Querer está en mí, pero no encuentro cómo realizar el bien (Romanos 7, 18). Por tanto, cuando en el mismo movimiento no tiene ningún modo según el arbitrio de nuestra voluntad, y en el efecto no es moderado, sino que el espíritu honesto le impone un modo con una vigilancia combativa; ¿qué es lo que alabáis, hombres malos, y no clamáis a Dios, Líbranos del mal (Mateo 6, 13)?

CAPÍTULO XIV.

28. ¿De qué te sirve decir que "la libido es interceptada por la debilidad," como si no se extinguiera por completo con la muerte, cuando ya al hombre, que ha sido superado y subyugado por ella, no se le impone una lucha, sino que al vencido se le devuelve lo que se debe? Esto es más amargo, esto es donde no entiendes la propagación de la muerte contendiente, que cuando estamos sanos, entonces este movimiento es insano. "O en los cónyuges," dices, "se ejerce con honestidad, o en los castos se frena con virtud." ¿Es así realmente, así lo has experimentado tú? ¿Acaso los cónyuges no frenan este mal, o este tu bien? Por supuesto, cuando les place, se acuestan y se entregan, siempre que les apetezca; ni se pospone el apetito hasta la hora de acostarse, sino que entonces parece legítima la mezcla de los cuerpos, cuando este tu bien natural se ha movido espontáneamente. Si llevaste una vida conyugal así, deja de comprometerte en la disputa con tus experiencias, y más bien indaga cómo debe llevarse o enseñarse a otros. Sin embargo, me sorprende si al menos no frenaste los deseos adúlteros, ni sentiste que debían frenarse. Si incluso la castidad conyugal, y debido a los excesos desmedidos en el mismo lecho conyugal, y debido a las concupiscencias condenables, para que no se cometa nada más allá del uso natural del cónyuge, frena esta plaga: ¿qué es lo que dices, "En los cónyuges se ejerce con honestidad;" como si este apetito fuera siempre honesto en el cónyuge, y no se le concediera al menos según el permiso, como dice el Apóstol (1 Corintios 7, 6)? ¿Cuánto mejor dirías, En la moderación de los cónyuges se ejerce con honestidad? ¿O temiste que allí también se entendiera un mal, al que incluso los cónyuges imponen el freno con el cuidado de la moderación? Finalmente, ahora al menos viviendo continentemente, reconoce en aquellos carros ambrosianos el caballo malo (Loco citado arriba, n. 12); y no alabes con el corazón o la boca a quien te ves obligado a frenar con virtud. "El cuarto," dices, "es perpetrado por los lascivos, es decir, el exceso de esa voluptuosidad, y porque ocurre por insolencia, no por naturaleza," dices, "se condena justamente." ¿De quién, pregunto, ocurre la insolencia? ¿de la lascivia, o de la concupiscencia? Para no ofender a la que has acogido, responderás, De la lascivia. Pero todos los hombres juzgan que la lascivia no es pecado, sino porque se consiente a la concupiscencia. ¿No es, pues, ningún mal al que consintiendo se peca? Pero este mal está en la carne concupiscente contra el espíritu, aunque no esté en el espíritu no consintiente, y contra él también concupiscente. Clama, pues, Líbranos del mal: y no añadas el mal de un falso elogio a este mal.

CAPÍTULO XV.

29. Claramente colocas entre los lascivos y los continentes, como en medio, la castidad conyugal, "que se indigna de que aquellos hayan cometido ilícitos, y se maravilla de que estos hayan despreciado incluso los lícitos; habiendo obtenido la región del último límite, execrando la barbarie de los que se precipitan más allá de sí misma, venerando el fulgor de los que brillan por encima de sí misma, que con manos pudorosas tanto conforta a los que arden, como alaba a los que no necesitan tal remedio." Me deleito mucho con la verdad elocuentísima: pero te ruego, ciertamente como dices, y lo dices muy elocuentemente y verdaderamente, que por eso la castidad conyugal alaba a los continentes, porque no necesitan tal remedio, del cual se percibe que ella misma ha necesitado, es decir, que según el Apóstol, quien no se contiene, que se case (1 Corintios 7, 9): ¿por qué entonces cuando yo digo que esta concupiscencia es una enfermedad, tú lo niegas, quien sin embargo confiesas que necesita remedio? Si reconoces el remedio, reconoce la enfermedad: si niegas la enfermedad, niega el remedio. Te ruego, cede alguna vez también a la verdad que te habla a través de tu boca: nadie provee remedio a la salud.

CAPÍTULO XVI.

30. También dices correctamente que "el matrimonio no puede ser aprobado si se alaba por comparación con el mal." Esto es verdad. En su género, el matrimonio es ciertamente un bien; pero es un bien porque guarda la fidelidad del lecho, porque mezcla ambos sexos por la causa de procrear hijos, porque aborrece la impiedad de la separación. Estos son los bienes nupciales, por los cuales el matrimonio es un bien: que hemos dicho muchas veces que podrían haber existido, incluso si nadie hubiera pecado. Pero después del pecado, se les añadió, no por felicidad, sino por necesidad, la lucha, para que con su bien luchen también ellas contra el mal de la concupiscencia, no permitiéndole llegar a nada ilícito; aunque ella misma no cesa de instigar en estos, ahora con movimientos más suaves, ahora más agitados, y usando bien su mal en la propagación de los hijos. Pero, ¿quién negará que eso es un mal, sino quien no escucha al Apóstol advirtiéndolo, Esto lo digo según concesión, no según mandato (1 Corintios 7, 6)? cuando los cónyuges, no por la causa de procrear, sino vencidos por el deseo de satisfacer la voluptuosidad carnal, se unen; esto no se alaba, sino que se perdona en comparación con algo peor, interviniendo y suplicando el matrimonio.

CAPÍTULO XVII.

31. Después de esto, vuelves al ejemplo de Abraham y Sara, no sé por qué razón, sobre lo cual ya creo haber respondido suficientemente. Pero no sé qué se te había escapado, que quisiste añadir, cuando después te vino a la mente. Es humano, suele suceder: ¿qué es entonces eso, escuchemos. Dices que "fue un hecho profético, que ahora se ha mostrado en la región de África; que no es seguro ni para el esposo ni para el pudor de una mujer hermosa y santa, que tenía la forma de la Iglesia, y que allí fue divinamente preservada intacta." Para no detenerme en vano en todas tus palabras, te diriges a quien escribes y dices: "Debe orarse a Dios aquí, hermano muy bienaventurado Turbanti, consagrado sacerdote muy querido, para que también en este tiempo no tarde en rescatar a la Iglesia católica, esposa de su Hijo, madura, fecunda, casta, hermosa, de la violación de los maniqueos, que saquean en África o desde África." Esta es más bien nuestra oración contra los maniqueos, y donatistas, y otros herejes, o cualquier enemigo del nombre cristiano y católico establecido en África. Pero contra vosotros, porque sois para nosotros una plaga transmarina, que debe ser vencida por Cristo salvador, ¿acaso saqueamos desde África porque oponemos un mártir de aquí, Cipriano, para probar que defendemos la antigua fe católica, contra la vana y profana novedad de vuestro error? ¡Oh infamia! ¿Faltaron a la Iglesia de Dios establecida en África tus oraciones, cuando lo que atacas, el beatísimo Cipriano lo predicaba? Cuando él decía: "Con mucho más motivo no debe prohibirse el Bautismo al niño, que recién nacido no ha pecado en nada, sino que, nacido carnalmente según Adán, contrajo el contagio de la muerte antigua en su primer nacimiento, para que se le perdonen no sus propios pecados, sino los ajenos" (Epístola 64 a Fido): cuando Cipriano había aprendido y enseñaba estas cosas, ¿faltó la ayuda de tus oraciones, para que Sara en la región de África fuera preservada intacta, y la belleza de la Iglesia fuera liberada de la violación de los maniqueos, que según tu entendimiento, antes de que el nombre de los maniqueos resonara en las tierras romanas, incluso habían engañado a Cipriano? Observa qué monstruosidades y furias dices contra la fe católica antiquísima, no teniendo qué decir.

32. Pero por mucho que te desvíes, oh herejía pelagiana, que contra los muros de la verdad antiquísima construyes nuevas máquinas, nuevas insidias: "El disputador púnico," como tu defensor me llama despectivamente; el púnico, digo, el disputador, no yo, sino Cipriano el púnico, te inmola con esta herida púnica, y toma la pena de tu dogma criminal. ¿Qué, si hubiera nombrado tantos obispos de África como de otras partes del mundo? ¿O qué, si entre ellos mismos hubiera más africanos? Uno es de aquí, los demás de otros lugares, cuya

concordancia desde Oriente y Occidente te hiere: y sin embargo, te ciegas con tal obstinación que no ves que más bien quieres corromper la antigua belleza de la Iglesia, es decir, la antigua fe, como si fuera la castidad de la anciana Sara. Porque si a través de los santos obispos de Dios, y memorables doctores, Ireneo, Cipriano, Reticio, Olimpio, Hilario, Ambrosio, Gregorio, Basilio, Juan, Inocencio, y Jerónimo, los maniqueos han violado a la Iglesia; dime, Juliano, ¿quién te engendró? ¿Te engendró casta, o más bien una ramera, en la luz que abandonaste, a través del útero de la gracia espiritual? ¿O para defender los dogmas pelagianos, infamas las entrañas de la esposa de Cristo y de tu madre, instigado no por error, sino por furia nefasta? Porque tan lejos estás de encontrar qué mentir contra la antigua belleza de Sara, que el consenso de tantos gloriosos obispos católicos en tan manifiesta declaración de sus sentencias, entre los cuales hay quienes ni siquiera han oído el nombre de los maniqueos, lo acusas de blasfemia maniquea.

33. "Pero de este desvío, al que te llevó el ímpetu, no como dices, "del dolor," sino de la vergüenza perdida, vuelves a lo que habías comenzado" delirar. Y habiendo citado el testimonio del Apóstol (Romanos 4, 19), intentas confirmar lo que habías dicho sobre los miembros muertos de Abraham y Sara. De lo cual ya he discutido suficientemente, según me ha parecido. Pero, ¿qué cristiano ignora que "aquel que hizo al primer hombre del polvo, forma a todos del semen?" Pero del semen ya viciado y condenado, que en parte permanece en el castigo por la verdad, en parte se libera del mal por la misericordia. Por tanto, no como piensas y concluyes, "se sofoca la afirmación del pecado natural con tus lazos." Porque la naturaleza depravada por la voluntad del primer transgresor, no la purga tu defensa con palabras vanas a través de vuestro nuevo dogma, sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

CAPÍTULO XVIII.

34. Por lo cual tampoco creo, como calumnias, que "los cónyuges hayan engendrado sin el calor de los cuerpos:" ni creo que "Dios no haya hecho al hombre, o que lo haya hecho para el diablo, o que el diablo lo haya hecho;" porque ni siquiera los padres pueden hacer al hombre, sino que de los padres Dios: a cuya potestad ni siquiera el diablo se sustrae; cuánto menos la naturaleza humana, que por el mérito del pecado, con él condenando, se ha sometido. Y siendo así, tú más bien, aunque no adorador, como dices que soy, sin embargo, por mucho que parezcas acusarlo, te convences de ser ayudante del diablo: que todos los pequeños de ese mal, por el cual son retenidos por el diablo, no deben ser sanados por Cristo, cuando defiendes con doctrina no sana que son sanos. Pero yo, según la sana fe, digo que "también Isaac fue concebido de la misma concupiscencia de placer," de la cual también los demás hombres, excepto uno solo de este mal, por quien somos liberados del mal. "Que la mano de la providencia divina interviene también en los genitales de los pecadores" no lo niego. Porque alcanza desde un extremo hasta el otro con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente (Sabiduría 8, 1); y nada impuro se le acerca (Id. 7, 25): y por eso también de los inmundos y contaminados, obra lo que quiere, permaneciendo ella misma pura e incontaminada. No es necesario que con largos rodeos intentes probarme lo que concedo: pero responde a esto, si puedes, por qué Isaac, si no hubiera sido circuncidado el octavo día, su alma habría perecido de su pueblo (Génesis 17, 14). Explica, si puedes, con qué mérito sería castigado con tan gran pena, si no fuera liberado por este Sacramento. No te desvíes por muchas cosas oscuras, complejas, superfluas: responde a esto uno claro, simple y necesario.

35. Interpones el testimonio del Apóstol, no para lo que él lo puso, sino para lo que tú crees. De lo cual ahora, puesto que no estamos tratando de eso, es largo y superfluo discutir: sin embargo, interpones donde dice, ¿Y cómo juzgará Dios al mundo? Porque si la verdad de

Dios ha abundado en mi mentira para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador? (Romanos 3, 6, 7). Y luego añades, "Por estas palabras tuyas, el Apóstol muestra que Dios ha perdido la autoridad de juzgar, si no mantuvo el modo de mandar." Si, por tanto, como piensas, "el Apóstol dijo esto para que se contuvieran aquellos que afirmaban que los pecados de los mortales contribuían a la alabanza de Dios, y que por eso había mandado cosas imposibles, para prepararse materia de misericordia: y por esta sentencia apostólica," como crees, "se demuestra que los hombres son juzgados correctamente porque no hicieron los preceptos posibles; pero serían juzgados injustamente si no hicieran lo que se les mandó imposible." ¿qué dirás de Isaac, a quien no se le mandó nada ni posible ni imposible; y sin embargo, sería golpeado con la pena de la perdición de su alma, si no fuera circuncidado el octavo día? ¿O acaso ni siquiera así te das cuenta de que aquel precepto dado en el paraíso fue al principio posible y fácil, que despreciado y violado, todos de un solo hombre, como en la masa de origen tienen en común ese pecado; y de ahí es el yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre, hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Eclesiástico 40, 1)? Y puesto que de esta generación en Adán condenada nadie se libera, si no es regenerado en Cristo; por eso, si Isaac no hubiera recibido el signo de esa regeneración, habría perecido: ni habría perecido sin razón, porque de esta vida, a la que había entrado por generación condenada, habría salido sin el signo de la regeneración. O si esta no es la causa, di otra. Dios es bueno, Dios es justo: puede liberar a algunos sin méritos buenos, porque es bueno; no puede condenar a nadie sin méritos malos, porque es justo. Ningún mérito malo tenía el infante de ocho días de sus propios pecados; ¿por qué sería condenado, si no fuera circuncidado, si no traía de origen?

CAPÍTULO XIX.

36. Prosigue con lo demás y entrelaza cosas más vanas que las vanas: no me refiero a las palabras de las Sagradas Escrituras que mencionas, sino a lo que intentas concluir de ellas. Ya que dices: «De esto se debe entender que la ignorancia perfecta debe llamarse justicia, porque Dios dijo a Abimelec, quien iba a acostarse con Sara, ignorando que era esposa ajena, 'Y yo sabía que lo hiciste con un corazón puro' (Gén. XX, 6). Y por eso el estado de los nacidos no se ve afectado por la voluntad de los que engendran: porque aunque fuera malo,» dices, «sin embargo, de ninguna manera llegaría a su conocimiento.» ¿Por qué entonces no los llamas justos, si la ignorancia perfecta debe ser llamada justicia? Nada es más perfecto que la ignorancia de los niños: por lo tanto, nada debe llamarse más justo. ¿Dónde queda lo que antes pensaste que debía afirmarse, «Ni nacen justos los niños, ni injustos, por lo que serán por sus actos; sino que solo la infancia está enriquecida con el don de la inocencia?» ¿No son tus palabras cuando dices: «El hombre, por tanto, nace lleno de inocencia, pero capaz de virtud, mereciendo alabanza o reproche según su propósito?» ¿Acaso dirás que la virtud no es justicia? ¿Cómo entonces el niño aún no está lleno de virtud, sino que es capaz de ella, cuando está lleno de ignorancia, que dices que es justicia; a menos que niegues que la virtud sea justicia? ¿No despertarás golpeado por esta absurda idea, y te arrepentirás de haber dicho esto? Porque las palabras del Señor están despiertas, pero tú duermes. Pues no dijo al rey, Sabía que tienes un corazón justo; o, que tienes un corazón puro: cuando está escrito, Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Pero tú propones a este Abimelec como ejemplo de pecador. Pero, dijo Dios, sabía que lo hiciste con un corazón puro. No todo, ni cualquier otra cosa; sino esto, en lo que no tenía conciencia de adulterio.

37. Sin embargo, me sorprende que con este ejemplo que mencionaste, intentes lograr lo que no puedes; y no ves allí lo que no quieres escuchar. Pues intentas que se crea que, al orar

Abraham, se devolvió la libido a las mujeres, porque está escrito, Dios había cerrado toda matriz en la casa de Abimelec, por causa de Sara, esposa de Abraham (Gén. XX, 18). Quieres que esta clausura se entienda como si la libido hubiera sido retirada de esas mujeres por la indignación de Dios: cuando más bien se indica con estas palabras, que alguna enfermedad cerró la matriz, de modo que la mujer no pudiera concebir al tener relaciones, o dar a luz estando embarazada: y no has considerado, hombre que no quieres que nadie sea castigado por el juicio divino, sino por sus propios pecados, no por los ajenos, cómo pudo suceder que Abimelec pecara, aunque él mismo no pecó con un corazón adúltero, y Dios vengara su pequeño pecado en las mujeres que le pertenecían. Ves que el contagio del pecado pasa del hombre a las mujeres con las que se mezclaba, o sobre las que dominaba; y no quieres que pase a la descendencia de los padres, de cuyos simientes se propaga. Considera, por tanto, cuán inescrutable es la profundidad de los juicios de la sabiduría y ciencia de Dios (Rom. XI, 33); y deja de hablar contra los secretos del pecado original.

CAPÍTULO XX.

38. Luego comienzas a discutir sobre el exceso de concupiscencia, que dices que es reprochable: como si en su moderación, cuando el casado la usa bien, el mismo caballo que es malo, y no más bien su auriga, fuera digno de alabanza. ¿Qué te ayudan entonces los testimonios de las Escrituras, que muestran cómo Dios prohíbe o condena el exceso de libido? Más bien observa, cualquier cosa en la torpeza de cualquier tipo de delitos, que se cometen con los miembros genitales, que aborrecemos, la concupiscencia de la carne, si no se contiene, logra con sus movimientos mismos, que incluso en los cuerpos de los castos lleva a un efecto hasta el gemido en sueños.

39. Así dices, «¿Por qué razón buscaría Dios justos en Sodoma (Gén. XVIII, 26), si tales los hacía la naturaleza?» como si dijéramos que, por la naturaleza superior de la mente, la concupiscencia de la carne no puede ser frenada. Pero decimos que es tan malo, que resistiendo se vence, hasta que como una herida en el cuerpo, se cure con una curación perfecta.

40. Pero si piensas que «el Apóstol alabó la libido por esto, porque llamó al uso de la mujer natural, donde dice que algunos, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su deseo unos con otros» (Rom. I, 27): te verás obligado a alabar todo uso de la mujer; y por lo tanto también alabarás los actos deshonestos que se cometen con mujeres, porque allí también el uso es ciertamente natural: aunque condenable, porque no es legítimo; de donde los hijos no son legítimos, sino naturales, los que nacen de allí. Por lo tanto, el Apóstol no alabó la concupiscencia de la carne con esa palabra: sino que llamó natural al uso, del cual la naturaleza humana puede subsistir al nacer.

41. Dices que «incluso los sodomitas pecaron en la criatura del pan y del vino:» y así quieres que entendamos que la libido es buena, pero los hombres que la usan mal son culpables; así como la criatura del pan y del vino es buena, aunque se peca al usarla mal. Así no entiendes lo que dices, que no ves que la criatura del pan y del vino no concupiscen contra el espíritu, sino que más bien son concupiscidas deshonestamente por los que las usan mal, y entran desde fuera en nuestro cuerpo. Por lo cual debe usarse con moderación y restricción, para que también la concupiscencia, que es un mal interno y nuestro, no agrave la mente con el cuerpo corruptible al proporcionar más materia abundante, y se excite contra nosotros más vehementemente e invenciblemente. Por lo tanto, este mal, que indica ser un mal, ya sea quien lucha contra él, o a quien subyuga; y el padre lo usa bien, cuando engendra al hijo con pudor; y Dios, cuando sabiamente crea al hombre.

CAPÍTULO XXI.

42. Ahora, por tanto, considera, te lo ruego; ahora, digo, para que la verdad te venza saludablemente, considera, dejando de lado el deseo de vencer, si debes aquiescer a nuestra sentencia o a la tuya. Bien, que dices «brevemente advertirte, para que quede en el corazón del lector, lo que has hecho en todo el libro.» Y cuál es esa breve advertencia, añadiendo: «Quien mantiene la medida de la concupiscencia natural,» dices, «usa bien de un bien; quien no mantiene la medida, usa mal de un bien: pero quien incluso desprecia esa medida, por amor a la santa virginidad, usa mejor de un bien; pues con la confianza de su salvación,» dices, «y fortaleza, desprecia los remedios, para poder ejercer gloriosas batallas.» Yo, en verdad, respondo así a tus palabras: Quien mantiene la medida de la concupiscencia carnal, usa bien de un mal; quien no mantiene la medida, usa mal de un mal: pero quien incluso desprecia esa medida, por amor a la santa virginidad, usa mejor de un mal; pues con la confianza de la ayuda divina y el don desprecia los remedios inferiores, para poder ejercer gloriosas batallas. En esta controversia sobre el buen uso de esto, si es un bien o un mal, se centra toda nuestra causa. En la cual desearía que no repudiaras a los ilustres jueces, que en mis libros anteriores te mostré que, instruidos por sana doctrina, sin ningún partidismo, emitieron sentencias sobre esta causa. Pero ya que, si no te corriges, sin duda prepararás también la acusación, o, para decirlo más suavemente, la reprensión de ellos; usaré más bien de ti como juez, a favor de mi sentencia contra la tuya: no en otro lugar, sino en el mismo libro tuyo; ni en otro lugar de él, sino en el mismo pasaje. Pues dijiste que «la santa virginidad, con la confianza de su salvación y fortaleza, desprecia los remedios, para poder ejercer gloriosas batallas.» Pregunto qué remedios desprecia. Responderás, El matrimonio. Pregunto, ¿Estos remedios son necesarios contra qué enfermedad? Pues el remedio toma su nombre de meder, es decir, de curar. Así que ambos vemos el remedio del matrimonio: ¿por qué alabas la enfermedad de la libido, que ves que lleva a la muerte, si no se le resiste con el freno de la continencia o el remedio conyugal? Ya traté esto contigo anteriormente, donde colocaste claramente la castidad conyugal entre los lascivos y los continentes, «que con manos pudorosas tanto conforta a los que arden, como alaba a los que no necesitan tal remedio.» Repito lo mismo: escucha de nuevo lo que allí te respondí brevemente y con claridad. «Cuando digo que esta concupiscencia es una enfermedad, ¿por qué lo niegas, si confiesas que necesita un remedio? Si reconoces el remedio, reconoce la enfermedad: si niegas la enfermedad, niega el remedio. Te ruego, cede alguna vez a la verdad que te habla a través de tu boca: nadie provee un remedio a la salud» (Supra, n. 29).

43. ¿Cuáles son, como llamas, las «gloriosas batallas» de las santas vírgenes; sino que no son vencidas por el mal, sino que vencen el mal con el bien? Que no gloriosas, sino más gloriosas preferí decir. Pues también la castidad conyugal tiene su palma por la sujeción de este mal, aunque menor. Pues también ella lucha contra la concupiscencia carnal, para que no exceda los límites del lecho nupcial: lucha para que no irrumpa el tiempo de oración acordado por consenso de los cónyuges. Y si esta castidad conyugal tiene tantas fuerzas, y es un don de Dios tan grande, que hace lo que prescriben las tablas matrimoniales, también en el mismo lecho conyugal lucha con un conflicto más fuerte, para que no toque el cuerpo del cónyuge más allá de lo que es suficiente para engendrar hijos. Tal castidad no usa de mujeres menstruantes, ni embarazadas, ni de aquellas cuya edad ya no puede concebir: ni el afecto de concubinar la vence, sino que se relaja cuando se espera el efecto de la generación. Si algo se hace en el cónyuge, no contra la naturaleza, pero que excede el límite de las tablas matrimoniales, se encuentra venial ante el Apóstol (I Cor. VII, 6); porque de ninguna manera se excede el límite de la carne conyugal: pero para que incluso este no se exceda, se lucha

contra el mal de la concupiscencia. Lo cual es un mal hasta tal punto, que se le resiste con la batalla de la castidad para que no dañe.

44. Y tú, si no me equivoco, estás en esta batalla: y porque crees que luchas fielmente, temes ser vencido. ¿Por quién, te pregunto, temes ser vencido? ¿Por un bien o un mal? ¿O acaso temes ser vencido por mí, de modo que aún niegues el mal, y lo alabes como un bien por el que temes ser vencido? Entre dos adversarios, te ves acorralado en grandes estrecheces, y deseas vencerme a mí por la elocuencia, y a la libido por la continencia: pero al luchar contra ella confiesas el mal, al alabarla abandonas el bien de la verdad. Pero yo te venzo, tanto al que expugna como al que alaba el mal, poniéndote ante el juez, no otro, sino tú mismo. Pues deseas vencer la concupiscencia por su expugnación, y a mí por su alabanza: pero yo respondo, Que sea vencido quien alaba, juzgue quien lucha. Pues si es un mal, ¿por qué lo alaba? si es un bien, ¿por qué lo expugna? Pero si no es ni bueno ni malo, ¿por qué lo alaba? ¿por qué lo expugna? Mientras seas expugnador de la libido, serás juez a mi favor contra ti mismo. ¿O acaso no lucharás contra la libido, para que en esta contienda que tienes conmigo no seas vencido, diciéndote a ti mismo, Mejor no lucho, que mostrar luchando que es un mal lo que alabo? No lo hagas, te lo ruego. Pues ¿quién soy yo, a quien deseas vencer por grande? Que te venza más bien la verdad, para que tú venzas la libido. Pues si dejas de luchar contra ella, serás vencido, serás vencido y arrastrado a todas las inmundicias. Lo cual, siendo un mal horrible, tampoco te servirá para lo que deseas; pues incluso así serás vencido por mí, más bien por la verdad que predico. Pero el alabador de la concupiscencia y el debelador de la concupiscencia, incluso por tu propio juicio, serás vencido, cuando alabas el mal de cuya debelación te glorías. Pero si para que no sea vencida la lengua del que alaba por la lucha del que combate, ya dejas de luchar; venceré al cautivo de la concupiscencia, al desertor de la continencia, no ya por su juicio, sino por el juicio de la sabiduría.

45. Por tanto, nuestra causa está concluida. Pues aunque alabes la concupiscencia de la carne, mientras luches contra ella; ves cuán verdadero es lo que dijo el Apóstol Juan, que no es del Padre (I Juan II, 16). Pues si, como dices, «quien no mantiene su medida, usa mal de un bien;» incluso en los que la usan mal es un bien. ¿Cuál es, entonces, aquella que no es del Padre? ¿O también dispones alabarla, como sea que la entiendas? Pero si es un mal, ¿dónde estará? ¿cuándo será? Pues esta, aunque alguien la use mal, será un bien: ni ella, como dices, sino él será malo, quien usa mal de un bien. Por tanto, en vano dijo Juan que la concupiscencia de la carne no es del Padre: pues tú sostienes que es buena, y por eso es del Padre, incluso cuando alguien la usa mal; porque usa mal de un bien. Ni podrás decir, Cuando está moderada, es del Padre; cuando está immoderada, no es del Padre: porque incluso entonces, como dices, es un bien, del cual el malo usa mal. Pero de estas angustias te liberarás, si crees, no a tu lengua, sino a tu lucha. Pues la continencia es del Padre, por la cual no sería expugnada la concupiscencia, si no fuera del Padre. Por tanto, esta misma, contra la cual, si vives continentemente, luchas con acritud, no es del Padre. Pues no lucharías contra ella, si no te resistiera: ni te resistiría a ti haciendo lo que es dado y amado por el Padre, si fuera del Padre.

46. De esta y con esta nace el hombre, buena obra de Dios, no sin el mal que arrastra el origen de la generación, y sana la gracia de la regeneración. Por tanto, correctamente dije que «así como el bien del matrimonio no puede ser acusado por el mal original que de él se arrastra, así el mal de los adulterios y fornicaciones no puede ser excusado por el bien natural que de ellos nace» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. I, c. 1). Pues llamé bien natural, lo que tú mismo alabas conmigo; pero llamé mal original, cuyos movimientos resistes conmigo, y cuyas alabanzas luchas contra mí. No es malo que naciste, sino con lo que naciste, y contra lo que luchas espiritualmente porque renaciste. Lo que naciste, pertenece a la creación de Dios,

y a la fecundidad de los padres: pero contra lo que luchas porque renacistes, pertenece a la transgresión, que la astucia del diablo sembró, de la cual te liberó la gracia de Cristo; para que primero usaras bien de este mal en el cónyuge, ahora le adverses en ti; ya no culpable por él, como naciste, sino no liberado de esa culpa, sino porque renacistes, para que puedas, redimido, reinar con Cristo: si no te hace perecer esta herejía con el diablo, sino que, lo que más bien deseamos, confieses el mal, contra el cual libras guerra, para que no separado de él como si fuera otra naturaleza, sino sanado en ti por completo, te regocijes en paz perpetua.

47. No soy, por tanto, «como un farmacéutico,» como dices, «que prometía una bestia que se comería a sí misma.» Pero observa, no sea que este movimiento bestial, contra el cual pareces luchar en tu carne, como te pervierte alabado, así te consume después relajado. Pues no dije, como calumnias, «matrimonio y gran bien y gran mal,» como si de ese modo esta sentencia se comiera a sí misma; sino que dije en un hombre naturaleza buena, vicio malo: lo cual ciertamente confiesas en los adúlteros, ni desaprobando la naturaleza por su vicio, ni aprobando el vicio por su naturaleza. Dije que el matrimonio es un bien, del cual naciste; pero el mal no de los matrimonios, sino arrastrado de un origen viciado, contra el cual libras guerra renacido.

48. Es ridículo, sin embargo, que me acuses de "seguir los caminos de Epicuro, cortando todas las riendas que frenan los deseos." ¿Qué, si yo elogiara el placer del cuerpo? Pues tú lo haces con bastante elocuencia, algo que Epicuro hacía de manera inculta y poco refinada: como si fueras su adversario porque él no sabía expresar con claridad lo que tú dices. Nuevamente, como lo veo, te esforzarás en mostrarte como un defensor del placer y al mismo tiempo no ser epicúreo. Pero no te preocupes, yo te liberaré de esa carga. No eres epicúreo, porque él situó todo el bien del hombre en el placer del cuerpo, mientras que tú intentas situar gran parte del bien humano en la virtud, que ignoras que es la verdadera piedad. Pues Dios dijo al hombre: "He aquí que la piedad es sabiduría" (Job 28, 28). ¿Y de dónde le viene esto al hombre, si no es de aquel de quien está escrito: "El Señor hace ciegos a los sabios" (Salmo 145, 8); y de quien también se lee: "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios" (Santiago 1, 5)? Pero si tú no eres epicúreo, que has tomado de él alguna parte en el elogio del placer, cuánto menos yo, que siento sobre el placer de la carne lo que siente Ambrosio (Libro de Paraíso, cap. 12, y libro de Filosofía, citado arriba, lib. 2, nn. 13, 15); es decir, que es enemiga de la justicia, y que el hombre, al estar formado por el placer de la concupiscencia, antes de nacer ya está sujeto a la contaminación de los pecados. En cuanto a nuestras costumbres, cómo vivimos, está a la vista de aquellos con quienes convivimos. Ahora se trata del dogma y la fe católica: que no haya en ti la perfidia del desertor. Pues no me asusta tu lengua, como si fueras un censor. Confieso que enseñé a los hombres lo que aprendí en las Cartas Apostólicas, porque "si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1, 8). Confieso que en el pueblo y con el pueblo de Dios golpeo mi pecho, y digo verdaderamente: "Perdona nuestras deudas" (Mateo 6, 12). No os burléis de nosotros por esto: de ahí sois herejes, porque estas cosas os desagradan. Nosotros confiamos en la verdadera misericordia de Dios, vosotros en vuestra falsa virtud. Decís que la gracia de Dios se da según nuestros méritos; lo cual, si no lo hubiera condenado Pelagio, sería condenado por los obispos católicos: nosotros, en cambio, confesamos que se da gratuitamente, y por eso se llama gracia, y que de ella provienen todos los méritos de los santos, como dice el Apóstol: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Cor. 15, 10). Por eso os burláis de nosotros, y con altivez nos despreciáis. Porque hemos sido hechos oprobio para los que abundan, y desprecio para los soberbios (Salmo 122, 4). Habéis confundido el consejo del pobre, porque el Señor es su esperanza (Salmo 13, 6).

49. Sin embargo, en este asunto del que ahora hablamos, no veo por qué dices que "corto todas las riendas que frenan los deseos"; pues yo decido que todas las pasiones deben ser frenadas con toda virtud según la gracia de Dios, que se da a los hombres. Pero te pregunto, ¿son buenas o malas esas pasiones que predicas que deben ser frenadas, y que acusas como si yo las relajara? Pues creo que no son de caballos ni de otros animales aparte de nosotros, sino nuestras. Por lo tanto, en nosotros hay malas pasiones, que frenamos viviendo bien. Por tanto, me acusas de cortar las riendas con las que no se frenan las buenas, sino las malas pasiones. Una de ellas es la concupiscencia de la carne, de la cual y con la cual nacen, y por la cual renacen los infantes. Digo que los cónyuges castos usan bien este mal, los adúlteros mal; tú, en cambio, dices que los adúlteros usan mal este bien, los cónyuges castos bien: ambos decimos que es mejor no usarlo, pero yo digo que es un mal, tú que es un bien. Y por tanto, aunque nuestra conciencia es conocida por Dios, y nuestra conducta también por los hombres entre los que vivimos; sin embargo, ambos profesamos la continencia: y si hacemos lo que profesamos, ciertamente ambos frenamos esta concupiscencia, ambos luchamos contra sus movimientos rebeldes; ambos, si progresamos, la derrotamos. Pero hay una diferencia, que yo digo que freno un mal, tú que frenas un bien: yo digo que un mal se me opone, tú que un bien se te opone: yo lucho contra un mal, tú contra un bien: yo deseo derrotar un mal, tú un bien. De donde se puede pensar que te esfuerzas más en incitar esta concupiscencia alabándola, que en refrenarla conteniéndola.

50. Te glorías de ejercer gloriosas batallas por la continencia: ¿contra qué, te pregunto? ¿Qué dirás, sino contra la concupiscencia de la carne? Pero, ¿es amiga o enemiga? ¿No responderás que es enemiga? Porque la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: pues estos se oponen entre sí, como lo atestigua el Apóstol (Gálatas 5, 17). Quizás, entonces, finges alabarla, si no finges luchar. Pues no veo cómo puedes hacer fielmente ambas cosas, alabarla como amiga y combatirla como enemiga. Creemos una de estas cosas: pero elige cuál creemos. Si luchas de corazón, no la alabas de corazón. Pero si actúas sinceramente en el elogio, colaboras en la batalla. Yo, ciertamente, porque no soy enemigo tuyo, como lo es para ti aquello que habita en tu carne como mal, aunque principalmente deseo que condenes este mal con la salud de la doctrina y lo derrotes con la santidad de vida: sin embargo, de estos dos, de los cuales se puede pensar que haces uno de corazón y finges el otro; prefiero que alabes la concupiscencia falsamente, a que la combatas falsamente. Pues es más tolerable que mienta tu lengua que tu vida: es más tolerable que se simule la sentencia que la continencia. Finges el elogio, para ser adversario de mi sentencia; si no finges la castidad, con la que eres adversario de tu concupiscencia. Así sucederá que no pronuncies más palabras falsas contra mí, si verdaderamente libras la guerra contra la lujuria. Pero ya sea que finjas una de estas cosas, o ambas (lo cual no sé cómo puedes hacer de corazón, es decir, sin ninguna simulación, y luchar contra lo que alabas, y alabar contra lo que luchas): sin embargo, creyendo lo que es más benigno de ti, actúo como con un vencedor de la lujuria; y no digo que las nupcias sean malas, sino que se usa bien un mal, las cuales tú dices que se usa bien un bien, diciendo que la concupiscencia de la carne es un bien, la cual, sin embargo, al derrotarla en ti, demuestras que es un mal. Pero cómo los casados, incluso los que la usan bien, luchan contra ella, ya lo discutí anteriormente.

CAPÍTULO XXII.

51. Siendo así las cosas, el matrimonio es bueno en cuanto es matrimonio, y el hombre, ya sea que nazca de un matrimonio o de un adulterio, es bueno en cuanto es hombre; porque en cuanto es hombre, es obra de Dios: y sin embargo, porque se genera con ese mal y de ese mal, del cual la castidad conyugal hace buen uso, le es necesario ser liberado de la atadura de ese mal mediante la regeneración. ¿Por qué, entonces, me preguntas "dónde está el mal

original"; cuando en ti mismo la libido, contra la que luchas, te habla más verazmente que tú mismo cuando la alabas? ¿Por qué preguntas "de dónde está el hombre bajo el diablo, a quien Dios hizo?" Pues, ¿de dónde está en la muerte, que Dios no hizo? "¿Qué reconoce allí," preguntas, "el diablo como suyo, si ni lo que fue hecho, ni de dónde fue hecho, lo creó él?" Claramente, lo que fue hecho es el hombre; de donde fue hecho, es la semilla del hombre; ambos son buenos: nada de esto lo creó el diablo, pero él sembró el vicio en la semilla. No reconoce allí su bien, porque no es suyo, lo que ambos alabamos; pero reconoce su mal, contra el cual ambos luchamos: y no se alaba correctamente, por uno de nosotros, aquello contra lo que ambos luchamos. Observa bien cómo me preguntas "entre tantos bienes, de dónde está el mal en los niños"; y callas lo que puse en el mismo libro al que respondes, y entre las mismas palabras a las que ahora respondes, lo que dice el Apóstol: "Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron" (Romanos 5, 12). Pues no quieres que los hombres escuchen o lean esto en este lugar, donde más se necesitaba, para que no reconozcan su fe y desprecien tu argumentación.

CAPÍTULO XXIII.

52. Dices que he definido que "el hombre, si nace de fornicación, no es culpable; si de matrimonio, no es inocente." Esto es una calumnia excesiva y evidente. Más bien he definido que el hombre, nazca de donde nazca, según la fe católica que los padres defendieron contra vosotros, antes de que nacierais, es inocente por ningún pecado propio, y culpable por el pecado original: pero la sustancia de la naturaleza, cuyo autor es Dios, es buena incluso en los grandes pecadores; quienes ciertamente son malos por sus propios pecados, que añadieron a aquel mal con el que nacieron. ¿Por qué habría de temer que se me objetara, como dices, "que imputo los pecados de todos los padres a todos los hijos"; cuando incluso si esto fuera cierto (no en cuanto a los que ya usan el libre albedrío de su voluntad, sino en cuanto a los que nacen), de ninguna manera la sustancia de la naturaleza sería mala, cuyo autor es Dios, sino los vicios que están en ella, contra los cuales tú también, para usar tus palabras, "ejercitas gloriosas batallas?"

53. Así como, según dices, "cuando los adúlteros engendran, nace el hombre de la virtud de las semillas, no de la vileza de los crímenes": así cuando los cónyuges engendran, nace el hombre de la virtud de las semillas, no de la honestidad de las nupcias. O si aquí de ambos, y allí de ambos: pero el fruto de las nupcias es, en cuanto a las mismas nupcias, no la generación de hombres, que también pueden nacer de adúlteros; sino la ordenada recepción de hijos. ¿Por qué, entonces, "es falsísima parte de mi sentencia, cuando dije, El bien de las nupcias no puede ser acusado por el mal original que de allí se deriva"; cuando de ese mal, contra el cual luchas, y del cual los cónyuges hicieron buen uso para que nacieras, y si no renacieras, te mantendría culpable? Por tanto, no deben ser acusados los cónyuges que hacen buen uso del mal, y los hijos deben ser regenerados para ser liberados del mal. Pues si el bien de las nupcias no fuera sino el buen uso de un bien, entonces sería de extrañar cómo de allí se derivara un mal: pero como el bien de las nupcias es el buen uso de un mal, no es de extrañar si de ese mal, del cual hace buen uso la bondad de las nupcias, se deriva el mal que es el pecado original. Es admirable, sin embargo, que siendo los Apóstoles buen olor de Cristo, de allí se derivara el bien, y también el mal. Pues para unos eran olor de vida para vida, para otros olor de muerte para muerte (2 Cor. 2, 15-16); cuando ese olor no era el uso de un mal, sino de un bien. Por tanto, es falso lo que dijiste, "Si de allí se deriva un mal, puede ser acusado, no puede ser excusado": porque de allí se deriva el mal original, cuando de allí también se deriva el bien, es decir, la ordenada propagación de los hijos. Y ese mal no se deriva de allí porque las nupcias sean buenas; sino porque en sus bienes está también el uso

de un mal. Pues la unión nupcial no fue instituida, como piensas, por la concupiscencia de la carne, sino por el bien que se hace de este mal. Ese bien ciertamente se haría sin este mal, si nadie hubiera pecado. Ahora, por tanto, no puede ser sin este mal, pero no por eso es malo. Así como, por el contrario, ningún mal puede ser sin algún bien, ni por eso es bueno. Pues la obra de Dios es buena en la naturaleza, sin la cual no puede haber voluntad mala. Por tanto, así como el adulterio no puede ser sin el bien de la naturaleza, ni por eso es bueno: así el matrimonio no puede ser sin el mal de la concupiscencia, ni por eso es malo. Por tanto, aunque te concedamos que "toda causa del mal está exenta de bien"; nada de esto se refiere a las nupcias, que no son causa del mal. Pues las nupcias no hicieron el mal de la concupiscencia; sino que lo encontraron preparado para hacer buen uso de él.

CAPÍTULO XXIV.

54. "No escapa," dices, "esa cosa al castigo, cuya participación también hace que otras cosas traigan culpa." Si sientes esto sobre la concupiscencia de la carne, no sientes absurdamente. Pues este mal lo usan bien los cónyuges fieles, y de este los que nacen traen culpa, por lo cual también ellos deben ser regenerados. Pero ese mal no escapa al castigo: este es su castigo, que con los generados, si no son regenerados, sea castigado; pero en los regenerados, cuando sean sanados por completo, sea consumido. "Si se deriva," dices, "y del matrimonio el mal original, la causa del mal es la convención del matrimonio." ¿Qué si otro dijera, Si de la naturaleza se deriva la voluntad mala, la causa del mal es la constitución de las naturalezas? ¿No es falsísimo? Así, pues, lo que tú mismo dijiste; aunque el mal original no se deriva del matrimonio, sino de la concupiscencia carnal; contra la cual mal también tú luchas: de la cual mal los cónyuges hacen buen uso, si solo se mezclan por la gracia de la procreación; y si no hubiera precedido el pecado que pasó a todos los hombres, tampoco habría sido ciertamente el mal del cual harían buen uso, y sin embargo se mezclarían para procrear hijos.

55. Sobre los árboles buenos y malos, creo haber demostrado suficientemente en el primer libro de esta obra (Cap. 8, n. 38-41) cuánto te has equivocado: y como repites los mismos nudos que ya han sido desatados, no es necesario detenerse en lo superfluo. Preguntas "por qué se encuentra el pecado en los niños"; y enumeras muchos bienes, callando sobre el mal, contra el cual luchas; pero cuando callas, gritas. "Los padres," dices, "que con su unión causaron el pecado, justamente son condenables; por cuyo trabajo se logró que el diablo llegara a ejercer dominio sobre los hombres." Puedes decir esto también a Dios mismo, no digo porque crea hombres que traen el pecado original, porque tú lo niegas; sino porque nutre y viste a innumerables impíos, incluso a los que sabe que permanecerán en esa impiedad: lo cual ciertamente si no lo hiciera, el diablo no tendría siervos humanos. Pero quizás digas, Dios en alimentarlos no atiende sino al bien, del cual él mismo es autor, que son hombres. Así, pues, los padres en engendrar hijos no atienden sino al bien, que son hombres, especialmente sin saber qué clase de personas serán. Ciertamente, lo que también tú confiesas, no habría pecado alguno, si no hubiera precedido ninguna voluntad mala: porque también el pecado original (que nosotros decimos, vosotros negáis) no existiría ciertamente, si la naturaleza no hubiera sido viciada por la mala voluntad del primer hombre. Pero tampoco habría voluntad mala, si no hubiera precedido ninguna naturaleza, ya sea angélica o humana. ¿Acaso por esto vas a acusar a Dios de ser la causa de los pecados, porque su voluntad es causa de las naturalezas mutables? Así, pues, como al Dios creador no se le imputa que las naturalezas racionales se aparten del bien, sino que son buenas: así a los padres que engendran y hacen buen uso del mal de la concupiscencia no se les debe imputar que los hijos nazcan con ese mal, sino que son buenos. Sin embargo, no por eso, como piensas, "el origen de los nacidos es del diablo," en cuanto son hombres, "porque se dice que

el origen del pecado es del diablo, sin el cual no nace ningún hombre." Pues no porque el origen de la muerte sea del diablo, por eso el origen de los mortales es de él.

56. "Buscas una grieta entre tantos defensores de la inocencia, por la cual pudo entrar el pecado:" cuando el apóstol Pablo te muestra, no una grieta, sino una puerta muy abierta, diciendo, "Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres." Pero callando estas palabras, dices las tuyas, "Porque por la obra de Dios no se permite que pase la obra del diablo:" cuando los hombres son obra de Dios, pero el pecado es obra del diablo, que el Apóstol dice que pasó a todos. Clamas, "Si la naturaleza es por Dios, no puede haber en ella mal original:" como si otro más religiosamente pudiera clamar, Si la naturaleza es por Dios, no puede nacer de ella ningún mal, o no puede haber en ella ningún mal. Y sin embargo, es falso: porque no puede surgir el mal, sino de la naturaleza; ni tiene dónde estar, si no estuviera en la naturaleza. Confieso, por tanto, que es obra de Dios quien nace, incluso trayendo el mal original; porque lo que en él es obra de Dios, es bueno: porque es buena la obra de Dios incluso con el mal, no solo en los pequeños, sino también en cualquier edad, es decir, la sustancia, la forma, la vida, el sentido, la razón, y todas las demás cosas buenas, incluso en cualquier hombre malo. ¿Quién, pues, obra para que viva el hombre, sino en quien vivimos, nos movemos y somos (Hechos 17, 28)? Y eso lo obra con una cierta obra oculta de su beneficencia, además de los alimentos visibles con los que somos sostenidos externamente. Quien, pues, obra para que viva el hombre, aunque con una vida viciosa; él mismo obra para que nazca el hombre, aunque con un origen viciado.

CAPÍTULO XXV.

57. ¿Qué es, sin embargo, lo que, al proponer otras palabras de mi libro, finges que dije: "Que hubo otra institución del matrimonio antes del pecado de Adán, que podría haber existido sin concupiscencia, sin movimiento de los cuerpos, sin necesidad de los sexos"? Quitas del matrimonio la concupiscencia con la que la carne desea contra el espíritu, quitas el mal contra el que luchas gloriosamente ejerciendo la virtud de la continencia; y no es necesario que quites lo demás, si buscas matrimonios como pudieron haber sido antes del pecado de los primeros hombres. Pues, ¿quién ha pensado alguna vez en matrimonios sin movimiento de los cuerpos y sin necesidad de los sexos? Pero decimos que la guerra que los castos sienten en sí mismos, ya sean continentes o incluso casados, no pudo haber existido de ninguna manera en el paraíso antes del pecado. Por lo tanto, incluso ahora son matrimonios, pero al engendrar hijos entonces no habrían usado ningún mal, ahora usan bien el mal de la concupiscencia. Con este mal no han perdido sus bienes, en la fidelidad de la castidad, en el pacto de la unión, en el germen de la procreación. Por lo tanto, entonces también el hombre se uniría a su mujer para engendrar hijos; sin embargo, no tendrían en la carne el movimiento de una libido turbulenta, sino solo de una voluntad tranquila, con la que mandamos a los demás miembros.

58. Me acusas de que "defino a esos pequeños que llenaron el mundo, por quienes Cristo murió, como obra del diablo, nacidos de una enfermedad, y culpables desde el principio." Los pequeños no son obra del diablo sustancialmente: pero por la obra del diablo son culpables originalmente. Y por eso Cristo, lo cual también confiesas, murió incluso por los pequeños; porque también a ellos pertenece la sangre que fue derramada para la remisión de los pecados (Mat. XXVI, 28); de la cual los haces ajenos, cuando niegas que traen el pecado original. Y no te enojas porque llamé a la concupiscencia una enfermedad, para la cual tú también confesaste que se había provisto un remedio. El origen de los pequeños, de donde nacerían,

estaba en Adán; quien, al ser viciado y condenado por el pecado, Cristo instituyó otro para ellos, de donde renacerían.

CAPÍTULO XXVI.

59. "Si antes del pecado," dices, "fue creado por Dios de donde los hombres nacerían, pero por el diablo de donde los padres se moverían; sin duda se atribuye santidad a los nacidos, y culpa a los que engendran." ¿Qué dices, "los padres se moverían"? Si por la piedad de la voluntad, con la que uno desea recibir hijos; y esto fue instituido por Dios: pero si por la perturbación de la libido, a la cual ni el arbitrio de la voluntad es suficiente para excitar ni para quitar; es una herida de la naturaleza infligida por la transgresión que el diablo persuadió. Por lo tanto, correctamente se ha dicho por mí, "La siembra de hijos se haría sin esta enfermedad en el cuerpo de aquella vida, sin la cual ahora no puede hacerse en el cuerpo de esta muerte" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, cap. 1).

60. Pero lo que argumentas, "que los pequeños pertenecen al bien de la fecundidad, que fue instituida por la bendición de Dios antes de la enfermedad de la libido; no a la misma enfermedad de la libido, si después ocurrió a los que pecaron; y por eso se debe atribuir santidad a los nacidos, y culpa a los que engendran:" no consideras que por aquel gran pecado toda la naturaleza fue cambiada para peor, de donde se iba a derivar la descendencia. Pues así podrías decir que solo Eva, no las demás mujeres, debería sentir los dolores del parto; ya que la bendición en la que se dijo: Creced y multiplicaos (Gen. I, 28), de la cual se procrean los hijos, fue hecha antes de que el sexo femenino fuera castigado con aquella maldición. Pero si decimos esto, sin duda se responderá que, así como por aquel pecado, también por la maldición toda la naturaleza fue cambiada para peor, de donde se deriva el pecado original y el yugo pesado sobre los hijos de Adán.

61. Pues no, como tú argumentas, "el Apóstol describía a un judío puesto bajo la ley diciendo, Sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita el bien; y, No soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí; y, El mal está presente en mí; y, Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente:" sino que describía la naturaleza humana en esta carne corruptible, no instituida por la obra de Dios con defecto desde el principio, sino herida por el defecto que vino del arbitrio de la voluntad de los primeros hombres. ¿De quién es la voz, ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 18, 20, 23-25)? ¿Acaso de un judío? De ninguna manera: sino sin duda de un cristiano. Por lo tanto, también aquellas voces anteriores son tuyas, de las cuales esta se expresó consecuentemente. Pues él mismo dijo, La gracia de Dios me librará de este cuerpo de muerte por Jesucristo nuestro Señor; quien decía, Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente.

62. Pero no sea que pienses que esta es la voz de un catecúmeno que aún espera el lavacro de la regeneración, después del cual no tendría ninguna ley del pecado resistiendo a la ley de la mente en sus miembros (aunque tú mismo, como quieres que creamos de ti, ejerces gloriosas luchas contra este mal de la concupiscencia, por el bien de la continencia, después del lavacro de la regeneración); recuerda, sin embargo, lo que escribe a los Gálatas, ciertamente hombres bautizados. Digo, pues, dice, caminad en el espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne. No dice, No hagáis; porque no podían no tenerlos: sino, no cumpliréis; es decir, no realicéis sus obras con el consentimiento de la voluntad. Porque la carne, dice, desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: y estos se oponen entre sí; para que no hagáis lo que queréis. Mira si no es esto lo que dice a los Romanos: Porque no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago. Luego añade a los Gálatas y dice: Pero si sois guiados por el

espíritu; ya no estáis bajo la ley (Galat. V, 16-18). Mira si no es esto lo que dice a los Romanos: Ya no soy yo quien lo hace; y, Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; y, No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos (Rom. VII, 15, 20, 22, y VI, 12). Pues si no se obedece a las concupiscencias, que es necesario que existan en la carne del pecado y en este cuerpo de muerte, no se cumplirá lo que el Apóstol prohíbe diciendo, No cumpláis los deseos de la carne. Porque estas son las obras, de las cuales sigue maravillosamente, y dice: Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicaciones, inmundicias, lujurias, idolatría (Galat. V, 19, 20), y otras. Por lo tanto, si no se consiente a las concupiscencias de la carne, aunque se realicen en movimientos, no se cumplirán en obras. Por consiguiente, cuando la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne, para que no hagamos lo que queremos; ni se cumplen las concupiscencias de la carne, aunque se realicen; ni se cumplen nuestras buenas obras, aunque se realicen. Pues así como entonces se cumple la concupiscencia de la carne, cuando el espíritu consiente en ella para obras malas, para que no desee contra ella, sino con ella: así también nuestras buenas obras se cumplirán cuando la carne consienta al espíritu de tal manera que incluso ella no desee contra él. Esto es lo que queremos, cuando deseamos la perfección de la justicia; esto debemos querer con intención no interrumpida: pero porque no podemos cumplirlo en esta carne corruptible, por eso dijo a los Romanos, Querer está presente en mí, pero no encuentro cómo cumplir el bien (Rom. VII, 18). O, como tienen los códigos griegos, Querer está presente en mí, pero no: es decir, no está presente en mí cumplir el bien. No dice; Hacer; sino, cumplir el bien. Porque hacer el bien, es no seguir las concupiscencias (Eccli. XVIII, 30): pero cumplir el bien, es no desear. Por lo tanto, lo que dice a los Gálatas, No cumpláis los deseos de la carne: esto es lo contrario a lo que dice a los Romanos, Pero no encuentro cómo cumplir el bien. Porque ni aquellas se cumplen en el mal, cuando no se les añade el consentimiento de nuestra voluntad: ni nuestra voluntad se cumple en el bien, mientras permanece el movimiento de aquellas a las que no consentimos. Pero el mismo conflicto, en el que incluso los bautizados luchan como en una contienda, cuando la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne; donde el espíritu hace una buena obra, no consintiendo a la mala concupiscencia, pero no la cumple, porque no consume esos malos deseos; y la carne hace un mal deseo, pero tampoco lo cumple, porque sin el consentimiento del espíritu, no llega a obras condenables: este conflicto, por lo tanto, no es de los judíos, ni de cualquier otro, sino claramente de los fieles cristianos y de los que luchan bien viviendo en esta contienda, se muestra brevemente a los Romanos, donde dice, Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado (Rom. VII, 25).

63. Si, por lo tanto, esta es la condición en el cuerpo de esta muerte (que ciertamente no existía en el paraíso, en el cuerpo de aquella vida); sin duda aparece suficientemente evidente, de dónde los pequeños traen la obligación del pecado cuando nacen carnalmente, que no se disuelve sino cuando renacen espiritualmente. Pues no la traen de la obra por la cual Dios hizo la naturaleza humana; sino de la herida que el enemigo infligió a la naturaleza humana. No un enemigo según los maniqueos que surge de la naturaleza del mal, que Dios no creó; sino un enemigo ángel que una vez fue bueno por la obra de Dios, hecho malo por su propia obra. Quien primero se hirió a sí mismo para derribar, y al ser derribado derribó, e infligió una herida por la mala persuasión de la transgresión; de donde el género humano, incluso en aquellos que caminan por el camino de Dios, cojea.

64. Y sin embargo, te enojas conmigo porque dije, "Esta concupiscencia que es impudicamente alabada por los impúdicos, es una concupiscencia vergonzosa" (De Nupt. et Concup., lib. 1, n. 1): y en tu ira dices muchas cosas más impudicamente, exaltándote a ti mismo, "como si estuvieras de acuerdo con las santas Escrituras y la razón más cierta, con el

propósito de no haber mal en la naturaleza, para incitar a los hombres al estudio de las virtudes; inculcando que no hay cumbre de virtud tan alta que una mente fiel no pueda alcanzar con la ayuda de Dios; y por esto dices que no hay necesidad de mal en la carne, para que cada uno, creado laudablemente, se avergüence de vivir de manera deforme, y así el pudor se oponga a la ignominia vergonzosa por la recomendación de la nobleza innata:" y otras cosas de este tipo, que proclamaste con suficiente elocuencia en tu predicación, rebajándonos a nosotros, y diciendo, "que no hay duda de que la ruina de la santidad, la contaminación de la castidad, la mancha de las costumbres convienen a nuestros dogmas, o más bien están en ellos: y que no lo negaré, quien por eso," como dices, "en la envidia de la naturaleza vierto las inmundicias de la mala conducta, para quitar el miedo a los pecadores; cuyas obscenidades consuelo con las injurias de los Apóstoles y de todos los santos, porque recuerdo que el vaso de oro, el apóstol Pablo, dijo a menudo, Porque no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago" (Rom. VII, 15): y otras cosas de este tipo.

65. Sin embargo, alabándote a ti mismo, acusándonos a nosotros, luchas contra el mal de la concupiscencia, y al luchar confiesas lo que niegas al hablar. Y así quieres parecer que has alcanzado la cumbre de la virtud, para que en la misma cumbre, a la que crees haber llegado, luches con la concupiscencia que te persigue, y aunque desde un lugar superior, no dejes de luchar con el enemigo interno. Y no te avergüenzas de alabar la concupiscencia, que sin duda te perderá más si te vence, contra aquel que te busca incluso cuando estás perdido, incluso cuando te vence: especialmente porque al final de ese mismo libro tuyo dices, "que no hay otra intención en mi sentido que jurar en los sacramentos de los vicios para llevar la guerra a las virtudes, y esforzarme con todo astucia, con todo furor, por la destrucción de la ciudad de Dios, aterrorizando a los que se oponen a la turpitud con la desesperación de alcanzar la castidad, mintiendo sobre las grandes fuerzas de la libido obscena, para que la razón no pueda gobernarla y frenarla, a la cual ni siquiera la legión de los Apóstoles se opuso." Esto es lo que absolutamente mientes sobre mí. Pues yo no llevo la guerra a las virtudes; sino que, en cuanto soy ayudado, llevo la guerra a los vicios, y proclamo que debe llevarse. Si tú también lo haces, ¿por qué alabas aquello contra lo que luchas? ¿Cómo puedo creer que derrotes a los enemigos con virtud, a los que no te atreves a lacerar con palabras? Si ambos derrotamos a la concupiscencia, ¿por qué no ambos la vituperamos? La cual te jactas de vencer con continencia, ¿por qué no quieres condenarla con sentencia? Dices que miento sobre las grandes fuerzas de la libido, para que la razón no pueda gobernarla y frenarla. Mira, yo no digo que las fuerzas de la libido sean tan grandes que la razón humana, encendida y ayudada divinamente, no pueda gobernarla y frenarla: pero tú, ¿por qué niegas que sea un mal, lo que si no se frena mata? Mira, yo clamo con la voz que puedo, lo que afirmas que niego, que la legión de los Apóstoles se opuso a la libido, ciertamente oponiéndose: tú que nos acusas de haber calumniado a los Apóstoles y pareces indignarte por la injuria, ¿por qué adornas con alabanzas a la enemiga de ellos y tuya? ¿Quién la defenderá, a la que la legión de los Apóstoles se opuso, sino el enemigo de los Apóstoles?

66. ¿Es que la libido merece tener contigo tanto amistad como guerra, para que sea expugnada por ti en ti, y defendida contra mí? Tu guerra está oculta, tu amistad es evidente: por esto que es evidente, haces sospechoso lo que está oculto. Pues, ¿qué quieres que creamos sobre la guerra que libras en secreto, cuando vemos tu amistad a la vista? ¿Cómo quieres que pensemos que luchas contra el aguijón de la libido, cuando llenas libros con alabanzas a la libido? Sin embargo, mira, venzo mi sospecha: creo que expugnas lo que alabas; pero me duele que alabes lo que expugnas. Por lo tanto, de este mal y con este mal, que también creemos que expugnas, se genera el hombre, al que niegas que se salve por la regeneración. Pues de esto los casados hacen buen uso, de lo que los continentes hacen mejor no uso. Ahora

bien, si es un mal, por el cual la carne desea contra el espíritu, al cual mal, como confiesas, la legión de los Apóstoles se opuso; los casados que lo usan, sin duda no usan bien un bien, sino un mal. Por lo tanto, de esto y con esto los hijos generados deben ser regenerados, para que sean liberados del mal. Pues de este mal original también sus padres nacieron culpables, aunque han sido liberados de esta culpa al renacer. Pero, ¿qué queríamos que engendrasen, no de lo que han renacido, sino de lo que han nacido, sino lo que ellos mismos han nacido? Por lo tanto, culpables: porque ellos mismos nacieron culpables, y generando de lo que han nacido, no pudieron generar otra cosa que lo que han nacido. Pero de lo que han renacido, de eso han sido liberados de la culpa con la que han nacido. Por lo tanto, también aquellos que los culpables liberados han generado, deben ser liberados por la misma regeneración. Pues de este mal nacieron culpables, de lo que los renacidos hacen buen uso, para que nazcan regenerados. Contra este mal, si no luchas, cree a los que luchan: si luchas, confiesa al adversario; y no alabes la enfermedad, teniendo como amigo a quien experimentas como enemigo al luchar.

LIBRO CUARTO.

En el segundo libro de Juliano, Agustín responde, examinando cada una de sus afirmaciones, como hizo en la refutación del primer libro, omitiendo solo aquellas que no contienen ningún nudo de cuestión relevante que requiera nuestra atención, ni disuadir al lector del laborioso asunto con la misma prolijidad de la obra. Y aquí prueba principalmente dos cosas: una, que las virtudes de los infieles no son verdaderas; la otra, que la concupiscencia es un mal, lo cual demuestra incluso con las sentencias de los gentiles, aprovechando la ocasión que le brinda el adversario. Hacia la mitad del libro, enseña brevemente cómo la gracia no se da según los méritos, ni debe referirse al destino; y cómo debe entenderse lo que dice el Apóstol, que Dios quiere que todos los hombres se salven.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ahora, desde el comienzo del otro volumen, veamos las demás cosas con las que intentas refutar mi libro; omitiendo, como hemos decidido, aquellas que no forman nudos de cuestiones que debemos resolver, ni disuadir al lector del laborioso asunto con la misma prolijidad de la obra. En el libro anterior hemos tratado suficientemente, para que aparezca a los que juzgan correctamente, que aunque Dios es el verdadero y buen creador de los hombres, y el matrimonio es bueno, que instituyó con la condición y unión de ambos sexos, y bendijo con el don de la fecundidad; sin embargo, la concupiscencia de la carne, por la cual desea contra el espíritu, es un mal, y este mal es bien usado por la castidad conyugal, y mejor no usado por la continencia más santa: que este mal no es de otra sustancia que Dios no creó, como delira el maniqueo, mezclado con nosotros; sino que surgió y se transmitió por la desobediencia de un hombre, y debe ser expiado y sanado por la obediencia de un hombre; cuya obligación implica la pena debida al nacer, y la gracia no debida al renacer la disuelve. Este mal, al alabarlo contra mí, pareces mi adversario: pero al combatirlo en ti, eres mi testigo: si no lo combates, eres tu propio enemigo. Por lo tanto, porque creo que he respondido suficientemente a tu primer libro, aunque allí toda la causa está concluida; sin embargo, para que no parezca que no hemos podido responder a los otros tres, también en ellos observa cuán vanas son las cosas que has dicho.

2. Al proponer de mi libro (De Nupt. et Concup., lib. 1, n. 3) mis palabras, te regocijas de que haya dicho, "con el testimonio del Apóstol," "que el don de Dios es la castidad conyugal" (I Cor. VII, 7): como si por eso el Apóstol hubiera alabado el mal que tú alabas, por el cual la carne desea contra el espíritu (Galat. V, 17), el cual mal es bien usado por la castidad

conyugal, como ya he mostrado en el libro anterior. Por lo tanto, no es un pequeño don de Dios que este mal sea frenado de tal manera que no se relaje para nada ilícito, sino que sirva solo para la generación de hijos que deben ser regenerados. Pues su ímpetu no está moderado por sí mismo: de ninguna manera se abstiene de lo ilícito, si los miembros sirven a su deseo. Por lo tanto, su movimiento no se alaba en sí mismo, cuyo movimiento es inquieto; sino en quien lo refrena y lo usa bien.

3. Así pues, cuando los cónyuges fieles utilizan bien este mal, del cual han sido liberados por el don del Salvador, ciertamente aquellos que nacen de él, por el mismo don del Creador, no son, como nos acusas, "preparados para el reino del diablo", sino más bien para ser rescatados de él y trasladados al reino del Unigénito. Esta es, y debe ser, la intención de los piadosos cónyuges, que la generación se prepare para la regeneración. Pero si este mal que los padres sienten en sí mismos, al cual, para usar tus palabras, "la legión de los Apóstoles se opuso" (Supra, lib. 3, n. 65), no afectara a los hijos, ciertamente nacerían sin él: ahora bien, dado que nacen con él, ¿por qué te sorprende que renazcan para ser liberados de su obligación, y que sean arrebatados de esta vida liberados de él, o que en esta vida luchen libres contra él, y que al final sean recompensados como vencedores?

4. ¿Quién de nosotros ha sospechado que "el uso de los cónyuges fue inventado por el diablo? ¿Quién ha creído que la unión de los cuerpos ocurrió por el mal de la transgresión", cuando sin estas cosas el matrimonio no podría existir en absoluto? Pero el mal que se usa bien no existiría si nadie hubiera pecado. Lo que he dicho, objéctamelo para que me defienda: pues si me objetas también lo que no he dicho, ¿cuándo terminamos?

5. Crees que "es consecuente que el don de Dios cause daño, si el hombre nace con el mal: pues nadie nace sino por el don de Dios." Escucha entonces y entiende: el don de Dios no causa daño a nadie, por el cual cada uno es y vive; pero el mal de la concupiscencia no puede existir sino en aquel que es y vive. Por lo tanto, puede haber mal en el don de Dios, que debe ser sanado por otro don de Dios. Puede, por tanto, en el hombre que es y vive por el don de Dios, haber un mal contraído por generación, que debe ser sanado por regeneración. Pues ciertamente ningún niño nacería con un demonio, si no naciera; ni por eso es causa de este mal el hecho de que nazca. Nace, pues, por el don de Dios, pero con un demonio, por un juicio de Dios ciertamente oculto, pero ¿acaso injusto?

CAPÍTULO II.

6. En cuanto a lo que dije, "incluso el bien conyugal, si no se tiene, debe ser pedido al Señor" (De Nupt. et Concup., lib. 1, n. 3); (¿a quiénes, sino a quienes es necesario?) te pareció que dije que "se debe suplicar por las fuerzas para el acto conyugal." Pero yo dije que se debe rogar a Dios por la misma castidad conyugal, en la cual no hay un uso libre del acto conyugal, sino un modo lícito. Pues si un hombre no puede tener relaciones, mejor que no busque esposa: ya que la sentencia apostólica donde dice, Si no se contiene, cácese (1 Cor. VII, 9); quiso que el matrimonio fuera un remedio, lo cual tú mismo has confesado, contra la enfermedad de la concupiscencia, que no quieres confesar, aunque confieras el remedio (Supra, lib. 3, nn. 29, 42). Este es el remedio, no para que exista la concupiscencia, si no existe; sino para que no arrastre a lo ilícito, cuyo movimiento es desenfrenado. Pertenece también a este tipo de petición, lo que decimos en la oración dominical, No nos dejes caer en la tentación: porque cada uno es tentado por su propia concupiscencia, como dice el apóstol Santiago (Santiago I, 14). Conviene a esto también lo que decimos, Líbranos del mal (Mateo VI, 13). Pues los cónyuges dicen esto respecto a este asunto, para que mientras tanto, libres

de mal en mente, usen bien el mal que tienen en la carne (pues saben que en su carne no habita el bien [Rom. VII, 18]); para que después de toda corrupción sanada, no quede en ellos mal alguno que usar. ¿Por qué triunfas como si de un enemigo vencido? Vence más bien al interno que alabas. Pues mi victoria sobre ti, con ese mal luchando contigo, es segura. Porque no te atreverás a decir que es vencido quien dice la verdad, por quien dice lo falso. Yo, sin embargo, digo que la concupiscencia contra la que luchas es un mal, tú un bien: pero tu lucha confiesa que es un mal, lo que la lengua miente diciendo que es un bien; aumentando la mentira con otra mentira, al afirmar que yo la he llamado buena. Pues no diría que la concupiscencia de la carne, que el apóstol Juan dijo que no es del Padre (1 Juan II, 16), es un bien: sino que dije que la castidad conyugal es un bien, que resiste al mal de la concupiscencia, para que no arrastre a lo ilícito cuando se mueve.

7. Pero sabiendo cuán vanamente has argumentado, "golpeas," como dices, "el otro lado de mi definición," y preguntas: "Si el calor genital, ministro de la honestidad conyugal, es contenido de los excesos immoderados tanto por el esfuerzo de los fieles como por la virtud del don, y no es extinguido por la gracia, sino frenado; es probable en su género y en su modo, y solo se acusa de excesos." Al decir esto, no consideras que la convención de los cónyuges por causa de la generación es un bien loable, porque en ella se establece un límite lícito al mal de la concupiscencia. ¿Por qué no se llama más bien mal, lo que confiesas que debe ser frenado? ¿Por qué, te pregunto, debe ser frenado, sino para que no cause daño? ¿sino para que no se relaje hacia lo ilícito que desea? Y ciertamente el deseo del mal es malo, incluso si no se consiente, hasta que lleguemos allí donde no se tenga. No se debe pensar, pues, en qué bien se hace de la concupiscencia de la carne, sino en qué mal hace ella misma. Pues la castidad conyugal frena la concupiscencia que ansía obtener placer ya sea de lo ilícito o de lo lícito, la frena de lo ilícito, la permite hacia lo lícito: esto es un bien, pero no de ella, sino del que bien la usa. Pero lo que la concupiscencia misma hace, ya sea arder indiferentemente hacia lo lícito o lo ilícito, ciertamente es un mal. Por tanto, la castidad conyugal usa bien este mal, mejor no lo usa la continencia virginal.

8. "Si pudiera," dices, "el calor genital ser naturalmente malo, debería ser extirpado, no compuesto." Mira cómo no quisiste decir, lo que dijiste antes, "frenado;" sino que preferiste, "compuesto." Pues sentiste que nadie lo frenaría, sino quien se le opusiera: y por eso, cambiando la palabra, confesaste por el mismo temor el mal que se opone al bien. También lo llamas calor genital, porque te avergüenza llamarlo libido, o, como el divino discurso suele llamarlo, concupiscencia de la carne. Así que habla y di: Si pudiera la concupiscencia de la carne ser naturalmente mala, debería ser extirpada, no compuesta. Así pueden, quienes saben latín, entender más fácilmente lo que dices. Pero lo dices así, como si no prefirieran extirparla, si pudieran, todos los que por eso se casan, porque no soportan el trabajo de la continencia con el que se resiste a este mal, y por eso prefieren usarlo bien, que mejor no usarlo en absoluto. Pero si en el cuerpo de esta muerte este mal es necesario para los casados, porque sin él no puede hacerse el bien de la generación; los continentes extirpen la concupiscencia de la carne. Tú mismo, tú que hablas, y no atiendes a lo que dices, extirpa la libido de tus miembros. Pues tampoco para ti es necesaria; ni son buenos sus deseos, a los que si consientes o cedes, perecerás.

9. Además, si es un mal en ti al que te opones, que atacas, que cuando vences expulsas; este mal lo usas mejor no usándolo, que lo que otros usan bien, en quienes sostienes que es un bien; donde ciertamente mientes, o te engañas. Pues no dirás que en los cónyuges es un bien la libido, y en los santos, ya sean vírgenes o continentes, un mal. Ya tenemos tu sentencia, donde dijiste: "Quien mantiene el modo de la concupiscencia natural, usa bien el bien; quien no mantiene el modo, usa mal el bien: pero quien incluso desprecia el mismo modo, por amor

a la santa virginidad, mejor no usa el bien; pues con la confianza de su salvación," dices, "y de su fortaleza, desprecia los remedios, para poder ejercer gloriosas luchas." Con estas palabras tuyas declaras sin ambigüedad, que la concupiscencia de la carne es la misma en ambos, es decir, en los casados y en los continentes. Pues lo que los casados usan bien, los continentes mejor no lo usan, tú dices que es un bien, yo un mal: pero en las santas vírgenes y continentes la concupiscencia de la carne se manifiesta como un mal, contra el cual confiesas que "ejercen gloriosas luchas:" sin duda, pues, no usan mejor un bien, sino un mal. Por tanto, los cónyuges que usan esto, ciertamente no usan un bien, sino un mal bien. Por lo tanto, no queda toda la controversia (si es que queda alguna), sino si en aquellos que han hecho voto de continencia a Dios, esta concupiscencia de la carne de la que discutimos es un bien o un mal. Pues lo que se encuentre de estos dos en ellos, eso también aparecerá en los cónyuges: porque esto usan bien ellos, lo que estos mejor no usan. Reúne, pues, todas las fuerzas de tu agudo corazón, y de tu frente libre, y atrevete a responder si puedes, que esto es un bien, al cual, como confesaste en el libro anterior, "la legión de los Apóstoles se opuso:" reprochándome a mí que "dije que las fuerzas de la libido son tan grandes, que ni siquiera la legión de los Apóstoles se le opuso;" cuando más bien favorece mi causa, porque a ese mal que tú llamas bien, no una legión de cualesquiera santos, sino incluso de los mismos Apóstoles se opuso. ¿Quién creería que a ese mal se le podría permitir tanto, que incluso se proveería de un defensor entre sus propios combatientes? Lejos esté, ciertamente, que alguno de los antiguos, ya sean Apóstoles, o cualesquiera santos: sin embargo, es maravilloso que incluso alguno de los nuevos herejes, que profese ser ambos de manera inexplicable, combatiente y defensor de la libido; y trate de mostrar, permaneciendo en la herejía pelagiana, que de corazón alaba lo que si no se combate mata su alma, y de corazón combate lo que si no se alaba consume su dogma.

10. Te ruego, si hay en vosotros algún sentido humano, ¿puede ser el pecado un mal, y el desear el pecado un bien? Pues ¿qué hace en la carne de los santos continentes esta concupiscencia, sino deseos de pecar; a los cuales no consintiendo "ejercen," como confiesas, "gloriosas luchas?" Pues ni siquiera el deseo de matrimonio en esa profesión de continencia puede no ser malo. ¿Qué, pues, hace allí, donde es malo todo lo que hace; y si se consiente, lo lleva a cabo? ¿Qué hace allí esta concupiscencia, donde nada bueno se concibe de ella? ¿Qué hace allí la libido, donde nada bueno se desea de ella? No se diga que está indebidamente en los casados: pues si alcanzan la cumbre de la castidad conyugal, hacen algo bueno por ella, aunque no hagan nada por ella. Pero en las santas vírgenes y continentes, ¿qué hace, te lo ruego; qué hace tu acogida, cuando desvarías; adversaria, si eres sabio; qué hace, donde nada bueno hace ella misma, nada bueno se hace de ella? ¿Qué hace en ellos, en quienes todo lo que se concibe según ella, es malo? ¿Qué hace en ellos, a quienes obliga a vigilar y luchar contra ella; y si alguna vez les roba algún consentimiento incluso en sueños, cuando despiertan, gimen y entre gemidos dicen, ¿Cómo se ha llenado mi alma de ilusiones? (Salmo XXXVII, 8). Porque cuando los sentidos dormidos son engañados por sueños, de alguna manera incluso las almas castas caen en consentimientos impuros; que si el Altísimo los imputara, ¿quién viviría casto?

11. Por tanto, este mal, que no dirás que es un bien, a menos que te hayas ensordecido contra toda trompeta de la verdad, para que grites que es un bien desear el mal, lo que ni siquiera entre sordos te atreverás a decir: este, digo, mal, ¿por qué no se extirpa de la carne de los santos continentes? ¿Por qué no "se quita todo con la obra de la mente?" Pues dices que "debería hacerse, si fuera un mal." Y porque no se hace en los casados, donde su modo es necesario, por eso piensas que es un bien: cuando ves que tampoco se hace donde su modo no es necesario, y en cuanto está presente, daña, aunque no para perder de la suerte de los santos,

si no se consiente, sin embargo para disminuir la delectación espiritual de las mentes santas; aquella, ciertamente, de la que dice el Apóstol, Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior (Rom. VII, 22). Esta delectación ciertamente se disminuye, cuando aunque no para cumplir, ciertamente para oponerse a la concupiscencia carnal de la voluptuosidad, el alma luchadora se ocupa, y así ejerce gloriosas luchas, que por las mismas luchas se distrae de la delectación de la belleza inteligible. Pero porque en esta miseria humana el peor enemigo es la soberbia que debe ser evitada, por eso sin duda no se extingue completamente en la carne de los santos continentes esta concupiscencia, para que mientras se lucha contra ella, el alma sea advertida de sus peligros, para que no se infle segura; hasta que la fragilidad humana llegue a tal perfección de salud, donde no se tema ninguna putrefacción de lascivia, ningún tumor de soberbia. Así la virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9): porque también luchar es de la debilidad. Pues cuanto más fácilmente vence uno, tanto menos lucha. Pero ¿quién lucharía en sí mismo, si nada de sí mismo se le opusiera? ¿Y qué nos opone de nosotros, sino lo que aún se cura para ser sanado en nosotros? Por tanto, en nosotros mismos la única causa de luchar es la debilidad; y nuevamente la debilidad es una advertencia para no ser soberbios. Por tanto, la virtud por la cual aquí, donde se puede ser soberbio, no se es soberbio, se perfecciona en la debilidad.

12. Por tanto, los cónyuges usan bien esto, que los continentes mejor no usan. Por tanto, el mal que los cónyuges usan bien, y está en los cónyuges para que lo usen bien, está también en los continentes para que mejor no lo usen: por eso está presente, para que no se enorgullezcan. "Solo" pues "se acusa de los excesos de la libido," pero aquel a quien no se refrena: pues ella misma por sí misma se acusa rectísimamente con sus propios movimientos, a los cuales se resiste para que no exceda. No, pues, como dices, "nada promueve a la inocencia la modestia de la cosa por el mismo género del que daña." Pues promueve a la inocencia no consentir al mal: ni por eso aquello a lo que no se consiente, no es un mal; más bien, sin duda es un mal, porque no consentirle es un bien. Pues ¿qué mal haría quien consintiera a una buena concupiscencia; cuando no hace ningún mal, incluso quien en la obra conyugal, no sin su mal siembra al hombre, que es una obra buena de Dios? Ni digas que la "libido es la confectora de las semillas." Pues aquel crea la semilla del hombre, que crea al hombre de la semilla: pero de dónde, importa. Porque los contagios de este mal son ocultos y terribles: ni de estos hombres que carecen del mal, Dios crea semilla o hombres; incluso si algunos han sido liberados de la culpa de este mismo mal por la regeneración, como deben ser liberados los que nacen de él.

13. Dije ciertamente, y no me arrepiento, sobre la castidad conyugal, que pusiste mis palabras, "porque cuando se muestran que estos son dones de Dios, se aprende de quién deben ser pedidos, si no se tienen; y a quién se deben dar gracias, si se tienen." Pues se dan gracias "no por el origen," como dices, "de la concupiscencia," cuya origen es el primer mal del hombre; "sino por el gobierno," lo cual dices correctamente. Dices ambos, "por el gobierno o por el origen." Por tanto, se dan gracias por el gobierno de la concupiscencia, porque se vence resistiendo. Pues lo que resiste a la buena voluntad, no es un bien; más bien, ¿quién negará que es un mal, sino quien no tiene el bien de la voluntad, al cual lo que resiste, confiesa que es un mal?

CAPÍTULO III.

14. Interpones otras cosas de mi libro, donde después de haber dicho que la castidad conyugal es un don de Dios, y haberlo demostrado con el testimonio del Apóstol; luego no quise pasar en silencio la cuestión que se presenta, qué se debe decir, cuando parece que incluso algunos impíos viven castamente con sus cónyuges (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 4).

"Suelen," pues, "negando que las virtudes por las cuales se vive rectamente son dones de Dios, y atribuyéndolas a la naturaleza y voluntad humana, no a la gracia de Dios, usar este argumento, que a veces los infieles las tienen:" así tratando de invalidar lo que decimos, que nadie vive rectamente, sino por la fe en Jesucristo nuestro Señor, el único mediador de Dios y los hombres; donde vosotros os profesáis abiertamente sus adversarios. Por lo tanto, no vayamos lejos: si acaso me equivoco, responde a esto. Yo dije, "no se puede decir verazmente casto, quien no guarda la fidelidad conyugal a su esposa por el verdadero Dios." De dónde mostrar esto, poco después añadí, lo que me pareció un gran argumento (Ibid., cap. 4). "Pues siendo la castidad una virtud, a la cual es contrario el vicio de la impudicia, y todas las virtudes incluso las que operan a través del cuerpo, habitan en el alma; ¿cómo se afirma con verdadera razón que el cuerpo es casto, cuando el alma misma fornicar del verdadero Dios?" Luego, para que ninguno de vosotros negara que el alma de los infieles fornicar, añadí un testimonio de la Sagrada Escritura, donde se lee, Porque he aquí, los que se alejan de ti, perecerán; has destruido a todo el que fornicar de ti (Salmo LXXII, 27). Pero tú que "persigues," como dices, "lo que me parece agudo," pasaste todo esto como si me hubiera parecido obtuso. Mira, pues, qué de esto crees que debe negarse. Confiesas prontamente que la castidad conyugal es una virtud: no niegas que todas las virtudes incluso las que operan a través del cuerpo, habitan en el alma. Por otra parte, el alma del infiel fornicar de Dios lo puede negar aquel que se profesa abiertamente adversario de las Sagradas Escrituras. De todo esto se concluye esta suma, que o bien en un alma fornicante puede haber verdadera castidad; lo cual ves cuán absurdo es: o bien en el alma del infiel no puede haber verdadera castidad; aunque al afirmar esto, fingiste ser sordo. No, pues, como calumnias, "con el afán de vituperar la sustancia, alabo los dones." Pues la sustancia humana no sería capaz de los dones divinos, si no fuera buena, a la cual incluso los mismos vicios dan testimonio de su bondad natural. Pues ¿qué otra cosa en el vicio desagrada correctamente, sino porque detrae o disminuye lo que en la naturaleza agrada?

15. Cuando, por lo tanto, el hombre es ayudado divinamente, no solo es «ayudado para alcanzar la perfección», como tú has dicho, queriendo dar a entender que él comienza por sí mismo sin la gracia, que es perfeccionada por la gracia: sino más bien lo que el Apóstol dice, que quien comenzó en vosotros la obra buena, la perfeccione hasta el fin (Filipenses 1, 6). Pues en lo que tú quieres que el «hombre», como dices, «sea incitado a algo loable por los estímulos de un corazón generoso», en eso no quieres que se gloríe en el Señor, sino en el libre albedrío: y así dar primero, para que se le retribuya; y de ese modo la gracia ya no sería gracia (Romanos 11, 35, 6), porque no es gratuita. Dices que la «naturaleza humana es buena, que merece tal ayuda de la gracia». Lo escucharía con agrado, si dijeras esto porque es una naturaleza racional: pues la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor no se otorga a piedras, ni a maderas, ni a animales; sino porque es imagen de Dios, merece esta gracia; no obstante, para que su buena voluntad no pueda preceder a la gracia, no sea que incluso dé primero, para que se le retribuya, y así la gracia ya no sea gracia, al no ser dada gratuitamente, sino devuelta como deuda. ¿Qué es, entonces, lo que según vuestro modo, creíste que yo había llamado «efecto de la voluntad humana los dones celestiales»; como si la voluntad del hombre se moviera hacia el bien sin la gracia de Dios, para que el efecto le fuera retribuido por Dios como debido? ¿Acaso habías olvidado que decimos con la Escritura contra vosotros, que la voluntad es preparada por el Señor (Proverbios 8, según los LXX); o que Dios obra en nosotros tanto el querer como el hacer? ¡Oh ingratos a la gracia de Dios! ¡Oh enemigos de la gracia de Cristo, y cristianos solo de nombre! ¿No ora la Iglesia por sus enemigos? ¿Qué ora, os ruego? Si es para que se les retribuya el precio de su voluntad, ¿qué ora por ellos, sino un gran castigo? Lo cual ya es contra ellos, no por ellos; pero ora por ellos:

no, por tanto, porque tienen una buena voluntad, sino para que la mala voluntad se convierta en buena: porque la voluntad es preparada por el Señor; y, como dice el Apóstol, Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer (Filipenses 2, 13).

16. Pero vosotros, enemigos acérrimos de esta gracia, nos oponéis ejemplos de impíos, a quienes decís «ajenos a la fe, abundar en virtudes, en las cuales sin la ayuda de la gracia, solo es el bien de la naturaleza, aunque entregados a supersticiones, que con las solas fuerzas innatas de la libertad, se encuentran frecuentemente misericordiosos, modestos, castos y sobrios». Al decir esto, he aquí que ya has quitado incluso aquello que habías atribuido a la gracia de Dios, a saber, el mismo efecto de la voluntad. Pues no dijiste que desean ser misericordiosos, modestos, castos y sobrios, y por eso no lo son, porque aún no han alcanzado por la gracia el efecto de esta buena voluntad: sino que si han querido serlo y lo son, ya encontramos en ellos la voluntad y el efecto de la voluntad; ¿qué queda que reservemos a la gracia en tan evidentes virtudes, en las que dijiste que abundan? Cuánto más sensato sería, si te deleita tanto alabar a los impíos, que no escuchando a la Escritura que dice, «Quien dice al impío que es justo, será maldito entre el pueblo, y odioso entre las naciones» (Proverbios 24, 24); incluso proclamas que abundan en verdaderas virtudes: cuánto más, digo, sería sensato confesar que estos mismos son dones de Dios en ellos, bajo cuyo juicio oculto, aunque no injusto, unos nacen tontos, otros de ingenio lentísimo y de entendimiento casi plúmbeo, otros olvidadizos, otros agudos y memoriosos, otros dotados de ambos dones, tanto de agudo entendimiento como de tesoro de memoria tenacísima; unos naturalmente apacibles, otros que arden en ira por causas levísimas, otros medianos en el deseo de venganza; unos eunucos, otros tan fríos en el acto sexual que apenas se mueven, otros tan lujuriosos que apenas se contienen, otros entre ambos, fáciles de mover y de contener; unos muy tímidos, otros muy audaces, otros ninguno de los dos; unos alegres, otros tristes, otros no inclinados a nada de esto: y de lo que he mencionado, nada es por decisión o propósito, sino por naturaleza; de donde los médicos se atreven a atribuir estas cosas a las temperancias de los cuerpos. Y aunque esto pudiera probarse, ya sea sin ninguna cuestión existente, o con toda cuestión resuelta; ¿acaso alguien se ha creado a sí mismo el cuerpo, y esto debe atribuirse a su voluntad, que sufre más o menos estos males naturales? Pues ciertamente nadie puede vivir aquí sin sufrirlos de alguna manera, de ninguna manera, de ninguna forma. Y sin embargo, ya sea que se vea acosado por los mayores o menores, no es lícito que diga al que lo formó, aunque sea omnipotente, justo y bueno, «¿Por qué me hiciste así?» (Isaías 45, 9; Romanos 9, 20). Y del yugo pesado que está sobre los hijos del primer Adán (Eclesiástico 40, 1), nadie libera sino el segundo Adán. Cuánto más tolerable sería, por tanto, que atribuyeras esas virtudes que dices que están en los impíos, al don divino más bien que solo a su voluntad: aunque ellos mismos no lo sepan, hasta que si son del número de los predestinados reciban el espíritu que es de Dios, para que sepan lo que les ha sido dado por Dios (1 Corintios 2, 12).

17. Pero lejos esté que haya en alguien verdadera virtud, a menos que sea justo. Y lejos esté que sea verdaderamente justo, a menos que viva por la fe: porque el justo vive por la fe (Romanos 1, 17). ¿Quién, pues, de aquellos que quieren ser considerados cristianos, sino solo los pelagianos, o quizás incluso tú solo entre ellos, diría que un infiel es justo, que un impío es justo, que uno entregado al diablo es justo? Sea él Fabricio, sea Fabio, sea Escipión, sea Régulo, cuyos nombres pensaste que me asustarían, como si estuviéramos hablando en la antigua curia romana. Pero tú, en esta causa, aunque apeles a la escuela de Pitágoras o de Platón, donde hombres eruditísimos y doctísimos, ennoblecidos por una filosofía mucho más excelente que las demás, decían que no hay verdaderas virtudes, sino aquellas que de alguna manera se imprimen en la mente por la forma de aquella sustancia eterna e inmutable, que es

Dios; incluso allí, contra ti, en la medida en que lo permite quien nos llamó, clamaré con la libertad de la piedad: Ni en estos hay verdadera justicia. El justo vive por la fe. La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Cristo: el fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente (Romanos 10, 17, 4). ¿Cómo son verdaderamente justos aquellos para quienes la humildad del verdadero justo es vil? Pues cuanto más se acercaron con la inteligencia, tanto más se alejaron con la soberbia: porque conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su necio corazón fue oscurecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios (Romanos 1, 21 y 22). ¿Cómo hay verdadera justicia en ellos, en quienes no hay verdadera sabiduría? Si les atribuimos esta sabiduría, no habrá razón para no decir que pueden llegar a aquel reino del que está escrito, «El deseo de la sabiduría conduce al reino» (Sabiduría 6, 21). Y por tanto, Cristo murió en vano, si los hombres sin la fe de Cristo llegan a la verdadera fe, a la verdadera virtud, a la verdadera justicia, a la verdadera sabiduría, por cualquier otra cosa, por cualquier razón. Pues como el Apóstol dijo muy verdaderamente sobre la ley, «Si por la ley es la justicia, entonces Cristo murió en vano» (Gálatas 2, 21): así se dice muy verdaderamente, Si por la naturaleza y la voluntad es la justicia, entonces Cristo murió en vano. Si por las doctrinas de los hombres hay justicia de cualquier tipo, entonces Cristo murió en vano. Pues por lo que hay verdadera justicia, por eso también está el reino de Dios. Porque Dios mismo, lo cual es imposible, sería injusto, si al reino de Él no se admite al verdadero justo: ya que el mismo reino de Él es justicia, como está escrito, «El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo» (Romanos 14, 17). Pero si los impíos no tienen verdadera justicia; ciertamente tampoco tienen las otras virtudes que son sus compañeras y socias, si las tienen, verdaderas [porque cuando los dones de Dios no se refieren a su autor, por eso mismo los que los usan mal se vuelven injustos]: y por tanto, ni la continencia ni la castidad son verdaderas virtudes de los impíos.

18. Pero tú interpretas tan mal lo que dice el Apóstol, «Porque todo aquel que lucha, de todo se abstiene» (1 Corintios 9, 25); que sostienes que la continencia, una virtud tan grande, de la cual está escrito que nadie puede ser continente a menos que Dios lo conceda (Sabiduría 8, 21); también la tienen los bailarines y personas de este tipo, infames y deshonestas. Pues cuando estos luchan en la competición, se abstienen de todo, para recibir una corona corruptible: de cuyo vano deseo, sin embargo, no se abstienen. Este deseo es vano y por tanto malo, vence en ellos y frena otros deseos malos: por lo cual se les llama continentes. Pero para que hicieras una injuria tan grave a los Escipiones, la continencia que en ellos has alabado con tanto elocuencia, la has dado también a los actores: ignorando que el Apóstol, cuando exhortaba a los hombres a la virtud, tomó así un ejemplo de la afectación viciosa de los hombres, como en otro lugar la Escritura, cuando exhortaba a los hombres al amor de la sabiduría, dijo que debía buscarse como el dinero (Proverbios 2, 4). ¿Acaso por eso debe decirse que la santa Escritura alabó la avaricia? Pero porque es conocido que los amantes del dinero se someten a tantos trabajos y dolores pacientemente, de cuántas voluptuosidades se abstienen, ya sea por el deseo de aumentar el dinero, ya sea por el temor de disminuirlo, con cuánta sagacidad buscan la ganancia, y prudentemente evitan las pérdidas, cuán a menudo temen robar lo ajeno, y a veces desprecian lo que les ha sido arrebatado, para no perder más al reclamarlo y litigar: hemos sido correctamente advertidos de amar así la sabiduría, para que deseemos ávidamente atesorarla para nosotros, y para que, a fin de que se nos adquiera más y más, y no se disminuya en ninguna parte, soportemos molestias, refrenemos las pasiones, y preveamos el futuro, y conservemos la inocencia y la beneficencia. Cuando hacemos esto, por eso tenemos verdaderas virtudes, porque es verdadero el motivo por el que lo hacemos, es decir, esto es conforme a nuestra naturaleza para la salvación y la verdadera felicidad.

19. Pues no absurdamente se ha definido la virtud por aquellos que dijeron, «La virtud es un hábito del alma, conforme al modo y a la razón de la naturaleza» (Cicerón, libro 2 de Invención). Dijeron la verdad, pero no supieron qué es conforme a la naturaleza liberadora y beatificante de los mortales. Pues no todos los hombres queríamos ser inmortales y felices por instinto natural, si no pudiéramos serlo. Pero este sumo bien no puede ser otorgado a los hombres, sino por Cristo y este crucificado, cuya muerte vence a la muerte, cuyas heridas sanan nuestra naturaleza. Por eso el justo vive por la fe de Cristo. Pues de esta fe vive prudentemente, valientemente, templadamente y justamente, y por tanto con todas estas verdaderas virtudes vive recta y sabiamente, porque vive fielmente. Si, por tanto, para alcanzar la verdadera felicidad, que la verdadera fe en Cristo nos promete inmortal, las virtudes no aprovechan nada al hombre; de ninguna manera pueden ser verdaderas virtudes. ¿O te parece bien que digamos que las verdaderas virtudes son las de los avaros, cuando prudentemente idean caminos de lucro; y la justicia de los avaros, cuando por temor a grandes pérdidas a veces más fácilmente desprecian lo suyo que usurpan algo ajeno; y la templanza de los avaros, cuando refrenan el apetito de la lujuria, porque es costosa, y se contentan solo con el alimento y el vestido necesarios; y la fortaleza de los avaros, cuando, como dice Horacio, «Huyen de la pobreza por el mar, por las rocas, por el fuego» (Horacio, libro 1, epístola I, verso 46); cuando finalmente conocimos a algunos que, por la irrupción bárbara, no pudieron ser compelidos por ningún tormento de los enemigos a revelar lo que tenían. Por tanto, estas virtudes con tal fin son viles y deformes, y por tanto de ninguna manera verdaderas y genuinas virtudes, sin embargo, te parecen tan verdaderas y hermosas, «que no pueden sufrir la pérdida de su nombre, ni de su género, sino solo de la exilid del premio que apetecieron», es decir, del fruto de los bienes terrenales, no de las recompensas celestiales. Y no será otra cosa que la verdadera justicia de Catilina, al atraer a muchos con amistad, proteger con servicio, compartir con todos lo que tenía: y será su verdadera fortaleza, que podía soportar el frío, el hambre, la sed: y su verdadera paciencia, que era paciente de la inanición, del frío, de la vigilia, más allá de lo que cualquiera pueda creer (Salustio, de la Conjuración de Catilina, cap. 3). ¿Quién puede entender esto, sino el que está fuera de sí?

20. Pero evidentemente, hombre erudito, te engañas por la apariencia de esos vicios que parecen vecinos y cercanos a las virtudes, cuando están tan lejos de ellas como los vicios están lejos de las virtudes. Pues así como la constancia es una virtud, a la que se opone la inconstancia: sin embargo, hay un vicio que es casi vecino a ella, la pertinacia, que parece imitar la constancia. Ojalá carezcas de este vicio, cuando reconozcas que lo que digo es verdad; no sea que pienses que debes permanecer en el error, como amando la constancia, pertinazmente. Así, a todas las virtudes no solo se oponen vicios manifiestamente diferentes, como la temeridad a la prudencia: sino también vicios que de alguna manera son vecinos, no por la verdad, sino por una apariencia engañosa, similares; como a la misma prudencia no la temeridad o la imprudencia, sino la astucia: que sin embargo es un vicio, aunque en las Escrituras santas se tome en buen sentido lo que se dice, «Astutos como serpientes» (Mateo 10, 16); y en mal sentido, que en el paraíso «era la serpiente más astuta de todas las bestias» (Génesis 3, 1). Ni de estos vicios, que hemos dicho que son vecinos de las virtudes, se pueden encontrar fácilmente los nombres de todos: pero aunque no se encuentre cómo nombrarlos, deben evitarse.

21. Sepas, por tanto, que las virtudes deben distinguirse de los vicios no por los actos, sino por los fines. El acto es lo que debe hacerse: el fin es por lo que debe hacerse. Cuando, por tanto, el hombre hace algo donde no parece pecar, si no lo hace por lo que debe hacerlo, se le convence de pecar. Lo cual no atendiendo tú, separaste los fines de los actos, y dijiste que las

verdaderas virtudes deben llamarse actos sin fines. De lo cual te sigue una absurda consecuencia, que te obliga a llamar verdadera justicia incluso a la que encuentras dominada por la avaricia. Pues abstenerse de lo ajeno, si consideras el acto, puede parecer ser de justicia: pero cuando se pregunta, ¿por qué se hace?, y se responde, Para que no se pierda más dinero en pleitos; ¿cómo podrá ya este acto ser de verdadera justicia, cuando sirve a la avaricia? Tales virtudes introdujo Epicuro como siervas del placer, que en absoluto hicieran lo que hicieran, lo hacían para obtener o mantener aquel. Pero lejos esté que las verdaderas virtudes sirvan a alguien, sino a aquel o por aquel a quien decimos, «Dios de las virtudes, conviértenos» (Salmo 79, 8). Por tanto, las virtudes que sirven a las delectaciones carnales, o a cualesquiera comodidades y ventajas temporales, de ninguna manera pueden ser verdaderas. Las que no quieren servir a ninguna cosa, tampoco son verdaderas. Pues las verdaderas virtudes sirven a Dios en los hombres, de quien son dadas a los hombres: sirven a Dios en los ángeles, de quien son dadas también a los ángeles. Pero cualquier bien que se haga por el hombre, y no se haga por lo que la verdadera sabiduría manda que se haga, aunque el acto parezca bueno, por el mismo fin no recto es pecado.

22. Por tanto, pueden hacerse algunas cosas buenas, no bien hechas por quienes las hacen. Pues es bueno socorrer al hombre en peligro, especialmente al inocente: pero aquel que lo hace, si lo hace amando la gloria de los hombres más que la de Dios, no hace bien el bien; porque no lo hace un buen hombre, que no lo hace con buena voluntad. Pues lejos esté que sea o se diga buena voluntad, la que no se gloria en el Señor, sino en otros o en sí misma. Y por tanto, tampoco debe decirse que este es su fruto; pues el árbol malo no da buenos frutos: sino más bien es buena obra de aquel que también por los malos hace el bien. Por lo cual no se puede decir cuánto te engaña esta opinión, por la cual dijiste, «todas las virtudes son afectos, por los cuales somos buenos fructuosamente o estérilmente». Pues no puede ser que seamos buenos estérilmente: sino que no somos buenos en absoluto lo que sea que seamos estérilmente. Pues el árbol bueno da buenos frutos (Mateo 7, 17, 18). Pero lejos esté que el buen Dios, que prepara el hacha para los árboles que no dan buen fruto, corte y eche al fuego árboles buenos (Mateo 3, 10). De ninguna manera, por tanto, los hombres son buenos estérilmente: sino que los que no son buenos, pueden ser unos menos, otros más malos.

23. Por lo tanto, aquellos a quienes quisiste recordar, de quienes dice el Apóstol: "Los gentiles que no tienen ley, son ley para sí mismos, quienes tienen la obra de la ley escrita en sus corazones"; no veo en absoluto cómo pueden ayudarte. Porque a través de ellos intentaste probar que incluso aquellos ajenos a la fe de Cristo pueden tener verdadera justicia, ya que estos, según el testimonio del Apóstol, "naturalmente hacen lo que es de la ley". Aquí expresaste más claramente tu doctrina, por la cual eres enemigo de la gracia de Dios, que se da por Jesucristo nuestro Señor, quien quita el pecado del mundo (Juan 1, 17, 29), introduciendo una raza humana que puede agradar a Dios sin la fe en Cristo, por la ley de la naturaleza. Esto es lo que la Iglesia cristiana más detesta de ustedes. Pero, ¿qué quieres que sean estos? ¿Tienen verdaderas virtudes y son estérilmente buenos porque no lo hacen por Dios? ¿O incluso agradan a Dios con estas acciones y son recompensados por Él con vida eterna? Si dices que son estériles, ¿de qué les sirve entonces que, según el Apóstol, sus pensamientos los defiendan "en el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres" (Rom. II, 14-16)? Pero si aquellos que son defendidos por sus pensamientos, porque naturalmente hicieron las obras de la ley, no son estérilmente buenos y por eso encuentran recompensa eterna ante Dios, sin duda son justos porque viven por la fe.

24. Pues aquel testimonio que cité del Apóstol, "Todo lo que no proviene de la fe es pecado", lo interpretaste y expusiste no como se entiende, sino como tú lo entiendes. El Apóstol

hablaba de alimentos. Sin embargo, cuando dijo: "Pero el que duda, si come, es condenado, porque no lo hace con fe", quiso probar esta especie de pecado de la que hablaba con una sentencia general, añadiendo inmediatamente: "Todo lo que no proviene de la fe es pecado" (Rom. XIV, 23). Pero aunque te conceda que esto debe entenderse solo en relación con los alimentos, ¿qué dirás del otro testimonio que también cité y sobre el cual no discutiste nada, porque no encontraste cómo torcerlo a tu favor, que está escrito a los Hebreos: "Sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebr. XI, 6)? Sin duda, cuando se dijo esto, se trataba de toda la vida del hombre, en la cual el justo vive por la fe: y sin embargo, aunque sin fe es imposible agradar a Dios, para ti las virtudes sin fe agradan de tal manera que las proclamas verdaderas y a los hombres buenos por ellas; y nuevamente, como si te arrepintieras de alabarlas, no dudas en declararlas estériles.

25. Por lo tanto, aquellos que son justos por la ley natural, o agradan a Dios y lo hacen por fe, porque sin fe es imposible agradar: ¿y de qué fe agradan, sino de la fe en Cristo? Porque como se lee en los Hechos de los Apóstoles, "En Él Dios ha fijado la fe para todos, resucitándolo de los muertos" (Hechos XVII, 31). Por eso se dice que hacen naturalmente lo que es de la ley, porque vinieron al Evangelio de entre los gentiles, no de la circuncisión, a la cual se dio la ley; y por eso naturalmente, porque para que creyeran, su naturaleza fue corregida por la gracia de Dios. Y no puedes probar por ellos lo que desees, que incluso los infieles pueden tener verdaderas virtudes: porque estos son fieles. O si no tienen la fe de Cristo, ciertamente no son justos, ni agradan a Dios, a quien sin fe es imposible agradar. Pero sus pensamientos los defenderán en el día del juicio, para que sean castigados más tolerablemente, porque de alguna manera hicieron naturalmente lo que es de la ley, teniendo escrito en sus corazones la obra de la ley hasta el punto de no hacer a otros lo que no querían sufrir: sin embargo, pecando en esto, que como hombres sin fe, no dirigieron estas obras al fin al que debieron dirigirlas. Pues Fabricio será castigado menos que Catilina, no porque este sea bueno, sino porque aquel es más malo: y Fabricio es menos impío que Catilina, no por tener verdaderas virtudes, sino por no desviarse mucho de las verdaderas virtudes.

26. ¿O acaso también para aquellos que mostraron amor babilónico a la patria terrenal, y sirvieron con virtud civil, no verdadera, sino verosímil, a los demonios o a la gloria humana, a saber, los Fabricios, los Régulos, los Fabios, los Escipiones, los Camilos, y otros semejantes, como a los niños que mueren sin bautismo, les proveerás algún lugar entre la condenación y el reino de los cielos; donde no estén en miseria, sino en eterna bienaventuranza, quienes no agradaron a Dios, a quien sin fe es imposible agradar, y que no tuvieron en sus obras ni en sus corazones? No creo que vuestra perdición pueda llegar a tal impudencia. "¿Serán entonces," dices, "en condenación eterna, en quienes había verdadera justicia?" ¡Oh voz precipitada con mayor impudencia! No había, digo, en ellos verdadera justicia; porque los deberes se pesan no por los actos, sino por los fines.

27. Pero con gracia y humor, hombre elegantísimo y urbanísimo, "Si se dice," dices, "que la castidad de los infieles no es castidad; con la misma cara se dirá que el cuerpo de los paganos no es cuerpo, y que los ojos de los paganos no tienen sentido para ver, y que los granos que nacen en los campos de los paganos no son granos: y muchas," dices, "otras cosas que son de tal absurdo que pueden mover a risa a los entendidos." No claramente risa, sino más bien llanto mueve vuestro risa a los entendidos, como el llanto de los amigos cuerdos mueve la risa de los frenéticos. ¿Acaso niegas que el alma del infiel fornicar contra las Escrituras santas, o dices que hay verdadera castidad en un alma fornicante; y te ríes, y estás cuerdo? ¿De dónde, cómo, por qué razón puede suceder esto? En absoluto, ni aquella es verdadera castidad, ni verdadera salud. En absoluto, digo, ni es verdadera la castidad del alma fornicante, y es verdadera locura del hombre decir esta deshonra y reírse. Pero lejos de

nosotros esté decir que el cuerpo de los paganos no es cuerpo, y otras cosas semejantes. Pues no se sigue que si no es verdadera virtud la que el impío se gloria, no sea verdadero el cuerpo que obra Dios. Pero claramente podemos decir que la frente de los herejes no es frente, si no se entiende que se significa con el nombre de frente el miembro que hizo Dios, sino la vergüenza. ¿Qué, si no en ese mismo libro mío, al que te jactas de haber respondido, antes preparé para que en esta sentencia, en la que decimos, "Todo lo que no es de fe, es pecado"; tampoco se entiendan aquellas cosas de los infieles, que son dones de Dios, ya sea en los bienes del alma, ya sea en los del cuerpo? Pues allí están también estas cosas que inútilmente charlas, el cuerpo, y los ojos, y los demás miembros. En ese género están también los granos que nacen en los campos de los paganos, de los cuales Dios es el creador, no los paganos. ¿Acaso no tú mismo entre otras cosas también pusiste estas palabras mías, donde dije: "Porque el alma y el cuerpo y cualquier bien del alma y del cuerpo naturalmente inherente, incluso en los pecadores, son dones de Dios; porque Dios, no ellos, hicieron estas cosas: pero de aquellas cosas que hacen se ha dicho, 'Todo lo que no es de fe, es pecado'" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 4)? Si hubieras retenido esta breve, pero ciertamente clara sentencia mía en tu mente, creo que no habrías sido tan desvergonzado como para afirmar que nosotros podríamos decir que "el cuerpo de los paganos no es cuerpo, y que los ojos de los paganos no tienen sentido para ver, y que los granos que nacen en los campos de los paganos no son granos." Pues para que te repita como si despertaras de un sueño las mismas palabras mías, que tal vez se te escaparon de la memoria para decir esto, "Estas también en los pecadores son dones de Dios; porque Dios, no ellos, hicieron estas cosas: pero de aquellas cosas que hacen se ha dicho, 'Todo lo que no es de fe, es pecado.'" Pero cuando dices cosas insensatas y te ríes, eres semejante a un frenético: pero cuando no prestas atención a las verdades que digo, que tú mismo mencionaste poco antes, y que están insertas en esta misma obra tuya en la que parece responderme, ya no te comparas a los frenéticos, sino a los letárgicos.

28. Dices que "te maravillas de que tan excelente," refiriéndote a mi ingenio, como hablas irónicamente, "no haya visto cuánto también en esto los he ayudado, porque dije, 'Unos pecados se vencen con otros pecados.'" Inmediatamente añadís y concluís diciendo: "Por lo tanto, es muy fácil con el esfuerzo de la santidad, que Dios ayuda, que el hombre pueda carecer de pecados. Pues si se vencen," dices, "los pecados con pecados, ¿cuánto más pueden superarse los pecados con virtudes?" Como si negáramos que la ayuda de Dios es tan poderosa, si Él quiere, que hoy no podríamos tener malas concupiscencias contra las cuales luchemos invenciblemente: y sin embargo, no sucede, ni tú lo niegas. ¿Por qué no sucede, quién conoció el pensamiento del Señor (Rom. XI, 34)? Sin embargo, sé bastante bien, cuando sé, cualquiera que sea esa causa, que no es injusticia del justo Dios, ni debilidad del omnipotente. Por lo tanto, hay algo en su consejo oculto y alto, por lo cual mientras vivamos en esta carne mortal, hay en nosotros algo contra lo cual nuestra mente lucha: también hay por lo cual decimos, "Perdona nuestras deudas" (Mat. VI, 12). Pero para hablarte como hombre a hombre, y tal hombre cuya morada terrenal deprime el sentido con muchas preocupaciones (Sab. IX, 15), no hay nada en las criaturas, en lo que respecta a los méritos de las naturalezas instituidas divinamente, más excelente que la mente racional. De donde se sigue que la mente buena se agrada más a sí misma, y se deleita más en sí misma, que cualquier otra criatura. Pero cuán peligrosamente, más bien perniciosamente, se agrada a sí misma, cuando por esto se hincha de orgullo y se eleva con la enfermedad de la inflación, mientras no ve como verá al final aquel bien supremo e inmutable, en comparación con el cual se desprecia a sí misma, y se hace vil por amor a él, y se llena tanto de su espíritu, que no solo con razón, sino también con amor eterno lo prefiere a sí misma; es mucho querer demostrarlo discutiendo. Lo entiende quien, fatigado de hambre, vuelve en sí mismo, y dice, "Me levantaré e iré a mi padre" (Luc. XV, 18). Por lo tanto, ¿cómo sabemos, no sea que

porque este mal de la soberbia no podrá entonces tentar al alma, y no habrá absolutamente nada contra lo cual luchar, cuando se sacie con tan gran visión, y se inflame con tan gran amor del bien superior, que al agradarse a sí misma, no pueda apartarse de su amor; por eso se hizo en el lugar de esta debilidad, para que no vivamos con soberbia, que vivamos bajo el perdón diario de los pecados? Por lo cual este mal de la soberbia no fue confiado al arbitrio del apóstol Pablo: sino que, como aún no había llegado a tal participación de aquel bien superior, que allí ya no pudiera ser exaltado, aquí se le puso un ángel de Satanás que lo abofeteara, para que aquí donde podía ser exaltado, no lo fuera (II Cor. XII, 7).

29. Pero ya sea esta la causa, o alguna otra que mucho más me oculta: sin embargo, lo que no puedo dudar, por mucho que progreseemos bajo esta carga del cuerpo corruptible, si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8). Por lo cual la santa Iglesia, incluso en tales miembros suyos, donde no tiene mancha de crimen ni arruga de falsedad (Efes. V, 27), aunque vuestra soberbia lo contradiga, no cesa de decir a Dios, "Perdona nuestras deudas." Pero con cuánta arrogancia y presunción de vuestra virtud dijiste, "Por lo tanto, es muy fácil con el esfuerzo de la santidad, que Dios ayuda, que el hombre pueda carecer de pecados"; no lo reconoce quien no conoce vuestras doctrinas. Pues también queréis que el esfuerzo de la santidad preceda en la voluntad del hombre sin la ayuda de Dios, que Dios debe ayudar por mérito, no gratuitamente: y así creéis que el hombre en esta vida llena de sufrimientos puede carecer de pecados, de modo que no tenga en sí por qué decir, "Perdona nuestras deudas." Aunque parece que lo has puesto con algo más de timidez; porque no dijiste, Puede carecer de todos los pecados. Pero tampoco quisiste decir de algunos; sino que como si te avergonzaras de tu propia presunción, moderaste la sentencia de tal manera que pudiera ser defendida tanto por vuestra voz como por la nuestra. Pues si se discute entre los pelagianos, se responderá que no se dijo de algunos, porque dijiste que el hombre puede carecer de todos los pecados: pero si entre nosotros, también aquí se responderá que no se dijo de todos, porque quisiste que se entendiera que cualquier hombre, por algunos pecados, necesita pedir perdón. Pero quienes sabemos lo que sentís, no podemos ignorar cómo decís estas cosas.

30. "Si un gentil," dices, "cubre al desnudo, ¿acaso porque no es de fe, es pecado?" En absoluto, en cuanto no es de fe, es pecado; no porque el hecho en sí mismo, que es cubrir al desnudo, sea pecado: pero negar que gloriarse de tal obra no en el Señor es pecado, solo lo hace el impío. Para que lo entiendas, aunque ya se ha discutido bastante sobre esto, sin embargo, porque es un gran asunto, escucha un poco más. He aquí que menciono las mismas cosas que tú pusiste. "Si un gentil" que no vive de la fe, "cubre al desnudo, libera al que está en peligro, cuida las heridas del enfermo, gasta riquezas en una amistad honesta, no puede ser inducido a dar falso testimonio ni con torturas"; te pregunto, si hace estas obras buenas bien, o mal. Pues si aunque buenas, las hace mal; no puedes negar que peca quien hace mal cualquier cosa. Pero porque no quieres que peque cuando hace estas cosas; ciertamente dirás, Y hace buenas cosas, y bien. Por lo tanto, el árbol malo produce buenos frutos: lo cual la Verdad dice que no puede ser. No precipites la sentencia, considera atentamente qué te conviene responder. ¿O dices que el hombre infiel es un árbol bueno? Entonces agrada a Dios: pues no puede no agradar lo que es bueno. ¿Y dónde quedará lo que está escrito, "Sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebr. XI, 6)? ¿O responderás, No en cuanto es infiel, sino en cuanto es hombre, es un árbol bueno? ¿De qué entonces dijo el Señor, "No puede el árbol malo dar frutos buenos" (Mat. VII, 18)? puesto que quienquiera que sea, será o hombre, o ángel. Pero si el hombre en cuanto es hombre, que es obra de Dios; entonces también el ángel en cuanto es ángel, es un árbol bueno. Estas son obras de Dios, quien es el creador de naturalezas buenas. Por lo tanto, no habrá árbol malo, del cual se dijo que no puede dar frutos

buenos. ¿Quién infiel piensa así infielmente? No, por lo tanto, en cuanto es hombre, que es obra de Dios; sino en cuanto es de mala voluntad, cualquiera es un árbol malo, y no puede hacer sino frutos malos, es decir, solo pecados. Por lo tanto, considera si te atreves a decir que la voluntad infiel es una buena voluntad.

31. Pero tal vez dirás, La voluntad misericordiosa es buena. Correctamente se diría esto, si así como la fe de Cristo, es decir, la fe que obra por el amor (Gál. V, 6), siempre es buena, así también la misericordia siempre fuera buena. Pero si se encuentra también misericordia mala, por la cual se toma la persona del pobre en juicio (Éxodo XXIII, 3); por la cual finalmente el rey Saúl mereció ser condenado misericordiosamente por el Señor, porque contra su mandato perdonó al rey cautivo por afecto humano (I Sam. XV): considera más atentamente, no sea que tal vez la misericordia no sea buena, sino la que es de esta buena fe. Más bien responde, para que entiendas esto sin duda, si consideras buena la misericordia infiel. Pero si es un vicio tener misericordia mal, sin duda es un vicio tener misericordia infielmente. Pero si también ella misma es una obra buena de la compasión natural; también este bien lo usa mal quien lo usa infielmente, y hace mal este bien, quien lo hace infielmente: pero quien hace mal algo, ciertamente peca.

32. De lo cual se deduce que incluso las mismas buenas obras que hacen los infieles, no son de ellos, sino de aquel que usa bien de los malos. Pero de ellos son los pecados, por los cuales incluso las buenas cosas las hacen mal; porque las hacen no con una voluntad fiel, sino infiel, es decir, estúpida y dañina: tal voluntad, sin que ningún cristiano dude, es un árbol malo, que no puede hacer sino frutos malos, es decir, solo pecados. Porque todo, quieras o no, que no es de fe, es pecado (Rom. XIV, 23). Y por eso Dios no puede amar estos árboles, y si permanecen así, dispone cortarlos: porque sin fe es imposible agradar. Pero aquí me detengo, como si ya no hubieras tú mismo declarado estériles estos árboles. ¿Cómo, pues, te ruego, no juegas en estas disputas, o deliras, que alabas los frutos de árboles estériles? Que ciertamente o no son, o si son malos, no deben ser alabados: o si son frutos buenos, ciertamente no son árboles estériles, más bien son buenos, cuyos frutos son buenos, y deben agradar a Dios, a quien los árboles buenos no pueden sino agradar, y será falso lo que está escrito, "Sin fe es imposible agradar."

33. Pero responderás, ¿qué, sino vanidades? «Yo,» dices, «inútilmente llamé buenos a los hombres, que al no hacer el bien por Dios, no obtienen de Él la vida eterna.» ¿Acaso un Dios justo y bueno enviará a la muerte eterna a los buenos? Ya me cansa mencionar cuántas locuras te siguen al pensar, decir y escribir tales cosas, y al criticarme como si no compartiera tu insensatez. Pero brevemente entiende, no sea que al errar tanto en las cosas mismas como se puede errar, parezca que discuto contigo sobre palabras. O bien entiende lo que dice el Señor: Si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas; pero si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz (Mateo VI, 23, 22): y reconoce en este ojo la intención con la que cada uno hace lo que hace; y aprende que quien no hace buenas obras con la intención de una fe buena, es decir, aquella que obra por amor, todo su cuerpo, que consiste en esas obras como miembros, está en tinieblas, es decir, lleno de la negrura de los pecados. O al menos, ya que concedes que las obras de los infieles, que te parecen buenas, no los conducen a la salvación eterna y al reino; entiende que llamamos buen bien de los hombres, buena voluntad, buena obra, a aquello que sin la gracia de Dios, que se da por el único Mediador entre Dios y los hombres, no puede conferirse a nadie; por lo cual solo el hombre puede ser conducido al don eterno de Dios y al reino. Por tanto, todas las demás cosas que parecen tener alguna alabanza entre los hombres, considéralas verdaderas virtudes, obras buenas, y hechas sin pecado alguno. En cuanto a mí, sé que no las hace una buena voluntad: pues la voluntad infiel

e impía no es buena. Llámense según tú tales voluntades árboles buenos, basta con que ante Dios sean estériles, y por tanto no buenas: sean fructíferas entre los hombres, entre quienes son buenas, con tu aprobación, tu alabanza, si quieres incluso tu plantación; mientras que, quieras o no, obtengo que el amor al mundo, por el cual uno es amigo de este mundo, no es de Dios; y el amor de disfrutar de cualquier criatura sin amor al Creador, no es de Dios: pero el amor de Dios por el cual se llega a Dios, no es sino de Dios Padre por Jesucristo con el Espíritu Santo. Por este amor al Creador, uno usa bien incluso las criaturas. Sin este amor al Creador, nadie usa bien las criaturas. Por tanto, se necesita este amor para que el bien sea beatífico y la castidad conyugal, para que su intención al usar la carne del cónyuge no sea en el placer de la lujuria, sino en la voluntad de la procreación; pero si prevalece, y logra que algo se haga por sí mismo y no por los hijos a procrear, y el placer, sea pecado venial por las bodas cristianas.

CAPÍTULO IV.

34. No dije, como afirmas que dije con otras palabras de mi libro interpuestas, que los hijos están bajo el poder del diablo porque nacen de la mezcla de cuerpos. Pues es diferente decir, que nacen de la mezcla de cuerpos: a decir, porque nacen de la mezcla de cuerpos. No es la causa del mal que nazcan de la mezcla de cuerpos: pues incluso si la naturaleza humana no hubiera sido corrompida por el pecado de los primeros hombres, los hijos no podrían generarse sino de la mezcla de cuerpos. Pero están bajo el diablo, quienes nacen de la mezcla de cuerpos, antes de que renazcan por el espíritu; porque nacen por aquella concupiscencia, por la cual la carne codicia contra el espíritu, y obliga al espíritu a codiciar contra sí mismo (Gálatas V, 17). Esta lucha entre el bien y el mal no existiría si nadie hubiera pecado. Así como antes de la iniquidad del hombre no existía, así después de la debilidad no existirá.

CAPÍTULO V.

35. Pero nuevamente propones mis palabras, y disputas copiosamente: Porque estamos compuestos de bienes desiguales, el alma debe dominar al cuerpo: de los cuales recuerdas que uno nos es común con los dioses, y el otro con las bestias. Y por eso dices que lo que es mejor, es decir, el alma dotada de virtud, debe gobernar bien los miembros del cuerpo y las pasiones. No consideras que no se gobierna a las pasiones como a los miembros. Las pasiones son malas, que frenamos con la razón, contra las cuales luchamos con la mente: los miembros son buenos, que movemos al arbitrio de la voluntad, excepto los genitales, aunque también estos son buenos por obra de Dios. Se llaman vergonzosos porque en su movimiento tiene más poder la lujuria que la razón: sin embargo, no permitimos que perpetren lo que provoca la misma conmoción, mientras que los demás miembros los controlamos fácilmente con el imperio. ¿Cuándo usa mal el hombre los buenos miembros, sino cuando consiente a las pasiones malas que habitan en nosotros? Entre las cuales la lujuria es especialmente vergonzosa, que si no se resiste, comete cosas horrendas e impuras. Este mal no se usa bien sino solo con la castidad conyugal. Esta lujuria no es mala en las bestias, porque no se opone a la razón, de la cual carecen. ¿Por qué no creéis que a los hombres establecidos en el paraíso antes del pecado se les pudo conceder divinamente, que con un movimiento tranquilo y una unión o mezcla de miembros sin lujuria procrearan hijos; o al menos que en ellos la lujuria fuera tal, cuyo movimiento ni precediera ni excediera la voluntad? ¿O es que para vosotros la lujuria no es suficiente porque os agrada, a menos que también os agrade tal que incluso a los que no quieren y resisten los incite? De la cual los pelagianos incluso se glorían en sus disputas, como de algún bien: pero los santos la confiesan con gemidos, para ser liberados del mal.

CAPÍTULO VI.

30. Me acusas de haber dicho con una contradicción risible, que unos son culpables por una obra buena, otros santos por una obra mala: porque dije, que los infieles convierten el bien del matrimonio en pecado al usarlo infielmente; y de ese modo convierten el mal de la concupiscencia en el uso de la justicia de los matrimonios fieles (De Nuptiis et concupiscentia, lib. 1, n. 5). Por tanto, no dije que unos sean culpables por una obra buena, sino por una obra mala, al usar mal los bienes; ni que otros sean santos por una obra mala, sino por una obra buena, al usar bien los males. Si no quieres entender, o si finges no entender; no impidas a los que quieren y pueden entender.

CAPÍTULO VII.

37. Si alguien pudiera ser creado malo, dices, nunca pasaría al bien por la ablución. De ese modo dirías que un cuerpo creado mortal no puede hacerse inmortal: y sin embargo, al igual que aquello, también esto dirías falsamente. Pues Dios no creó el mal cuando creó al hombre: sino que el bien que Él creó, el mal lo arrastra del pecado, que Él no creó; y sana este mal, que Él no creó, en el bien que creó.

38. Pero nosotros no decimos que los demonios instituyeron el matrimonio, ni la mezcla seminal de ambos sexos, ni que la obra diabólica sea la causa del concubito de los cónyuges; porque todas estas cosas las instituyó Dios, y todas podrían existir sin el mal de la concupiscencia, si la herida de la transgresión, de la cual seguiría la discordia de la carne y el espíritu, no hubiera sido infligida por el diablo: ¿no te das cuenta, y te avergüenzas de tu locuacidad vacía, al haber dicho que los demonios descubren a los cónyuges en el concubito, y como si los encontraran en su operación, no les permiten engendrar hijos que serán liberados por la regeneración? Como si el diablo, si hiciera lo que quisiera, no sofocaría inmediatamente a los mayores impíos aún bajo el poder del mismo diablo, cuando supiera que se disponen a hacerse cristianos. No es, por tanto, consecuente que los demonios se opongan amenazadoramente y terriblemente a los padres que engendran hijos para ser regenerados, y por eso conciben, como tú mismo te imaginas; porque por la herida infligida por el diablo, en la que cojea el género humano, se engendra algo por la creación de Dios, que se transfiere de Adán a Cristo, cuando la legión de demonios ni siquiera pudo tener poder sobre los cerdos, a menos que Cristo lo permitiera a los que lo pedían (Mateo VIII, 31, 32); y sabe también suscitar coronas para los mártires de las persecuciones del diablo, que permite hacer, usando bien todo tipo de males para la utilidad de los buenos. Pero incluso en aquellos cónyuges, que no piensan en la regeneración de los hijos, o incluso la detestan, la obra del matrimonio es buena, la mezcla legítima de los sexos con el fin de engendrar, cuyo fruto es la recepción ordenada de los hijos: aunque usen mal ese bien, y pequen en ello, al gloriarse de una descendencia impía ya sea por propagarla o por haberla propagado. Pues los hombres, contaminados por cualquier contagio o perpetración de pecado, en cuanto son hombres, son un bien: y por eso es bueno que nazcan, porque son un bien.

39. Sin embargo, no por eso deben cometerse adulterios o cualquier tipo de fornicación para que se engendren: a la cual absurda conclusión crees que podemos ser llevados, porque decimos que el bien de la prole es operado por el mal de la lujuria en el matrimonio. Pero de ninguna manera de esta nuestra verdadera y recta sentencia se concluye esa perversa y falsa. Pues no porque el Señor dijo, Haced amigos con las riquezas de iniquidad (Lucas XVI, 9); por eso debemos añadir iniquidad, y cometer robos y saqueos, para alimentar a más pobres santos con mayor misericordia. Así como, pues, con las riquezas de iniquidad deben hacerse amigos, que reciban en las moradas eternas: así los cónyuges deben engendrar hijos de la

plaga del pecado original, que sean regenerados para la vida eterna. Y así como no deben añadirse robos, fraudes, depredaciones, para que con las iniquidades aumentadas se adquieran más amigos justos indigentes: así no deben añadirse adulterios, fornicaciones, al mal con el que nacimos, para que nazcan hijos de una descendencia más numerosa. Pues es diferente usar bien un mal que ya existía; y es diferente perpetrar un mal que no existía: pues aquello es hacer un bien voluntario del mal heredado de los padres; esto es aumentar con males ya propios y voluntarios el mal heredado de los padres. Ciertamente hay una diferencia, porque las riquezas de iniquidad se distribuyen con alabanza a los necesitados; pero la concupiscencia carnal se frena más laudablemente con la virtud de la continencia, que se gasta en los frutos del matrimonio. Pues tan grande es su mal, que no usarlo es mejor que usarlo bien.

CAPÍTULO VIII.

40. Luego propones otras de mis palabras, y dices mucho contra ellas sin decir nada, repitiendo algunas cosas que en la discusión anterior se consumieron: que si yo también quisiera repetir, ¿cuál sería el fin? Entre las cuales dices también aquello vuestro contra la gracia de Cristo, dicho por vosotros muchas veces en vano; que con el nombre de gracia, decimos que los hombres se hacen buenos por necesidad fatal: cuando os cierran la boca y os atan la lengua, quienes aún no pueden hablar. Pues cuando trabajáis con mucha locuacidad para afirmar y persuadir, lo que Pelagio condenó en el juicio de los obispos palestinos, que la gracia de Dios se da según nuestros méritos; sin embargo, no podéis afirmar méritos de los párvulos, por los cuales se distingan los que de ellos son adoptados como hijos de Dios, de aquellos que mueren sin alcanzar esta gracia.

41. Me acusas de decir, «Que no debe esperarse ningún esfuerzo de la voluntad humana, contra aquello evangélico donde dice el Señor: Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá: porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mateo VII, 7-8). Pues allí, como veo, ya habéis comenzado a poner méritos que preceden a la gracia, que es pedir, buscar, llamar; para que a estos méritos se les retribuya lo debido, y así la gracia se llame en vano: como si ninguna gracia hubiera precedido, y tocado el corazón, para que se pidiera el bien beatífico a Dios, para que se buscara a Dios, para que se llamara a Dios; y en vano esté escrito, Su misericordia me precederá (Salmo LVIII, 11); y en vano nos mande orar por nuestros enemigos (Mateo V, 44), si no es de Él convertir los corazones adversos y contrarios.

42. Pero pones el testimonio apostólico, y dices que a los que llaman se les abre, quien quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim. II, 4): para que entendamos, enseñándonos vosotros, que por eso no todos se salvan, y llegan al conocimiento de la verdad, porque ellos no quieren pedir, cuando Dios quiere dar; no quieren buscar, cuando Dios quiere mostrar; no quieren llamar, cuando Dios quiere abrir. Pero ese sentido vuestro lo refutan aquellos infantes con su mismo silencio, que ni piden, ni buscan, ni llaman; más bien, cuando son bautizados, reclaman, rechazan, resisten: y sin embargo reciben, y hallan, y se les abre, y entran en el reino de Dios, donde tienen la salvación de la eternidad y el conocimiento de la verdad; siendo muchos más los infantes no adoptados en esta gracia por aquel que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. A quienes no puede decir, Quise, y no quisisteis (Mateo XXIII, 37): porque si hubiera querido, ¿quién de ellos que aún no tienen el libre albedrío de su voluntad, habría resistido a su voluntad omnipotente? ¿Por qué, entonces, no tomamos lo que se dijo, Quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad; como también tomamos lo que dijo el mismo apóstol, Por la justificación de uno a todos los hombres para

justificación de vida (Rom. V, 18)? (pues todos estos Dios quiere que se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad, en quienes por la justificación de uno la gracia llega a la justificación de vida): no sea que se nos diga, Si Dios quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad, pero por eso no vienen, porque ellos no quieren; ¿por qué tantos miles de párvulos, que mueren sin recibir el Bautismo, no vienen al reino de Dios, donde es cierto el conocimiento de la verdad? ¿Acaso no son hombres, para que no pertenezcan a lo que se dijo, todos los hombres? ¿O alguien podrá decir, Dios ciertamente quiere, pero ellos no quieren; que aún no saben querer ni no querer estas cosas, cuando ni aquellos que son bautizados y mueren, y por esa gracia llegan al conocimiento de la verdad que en el reino de Dios es certísima, vienen por haber querido renovarse con el Bautismo de Cristo? Pues entonces ni aquellos no son bautizados porque no quieren, ni estos son bautizados porque quieren; ¿por qué Dios, que quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad, permite que tantos no vengán a su reino, donde está el conocimiento cierto de la verdad, que no le resisten con el albedrío de su voluntad?

43. A menos que digas que por eso los párvulos no deben contarse entre aquellos a quienes Dios quiere que todos se salven, porque con esa salvación, que aquí se entiende, ellos están salvos, sin arrastrar nada de pecado. Y así te seguirá una absurda conclusión aún más intolerable. Pues de este modo haces a Dios más benevolente con todos los hombres más impíos y criminales, que con los más inocentes y purísimos de toda mancha de pecado: ya que a aquellos, porque quiere que todos se salven, también quiere que entren en su reino: pues esto es lo que les sigue, si se salvan: pero el inmenso número de párvulos, que mueren sin Bautismo, no quiere añadirlos a su reino, a quienes ni pecados, como pensáis, los impiden; y, lo que nadie duda, no pueden resistir a su voluntad con una voluntad contraria. Así se hace que quiera que todos sean cristianos, de los cuales muchos no quieren; no quiere a todos, de los cuales no hay ninguno que no quiera: lo cual es contrario a la verdad. El Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19): y en la salvación de ellos y en su introducción a su reino es cierta su voluntad. Así, pues, debe entenderse lo que se dijo, Quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad; como se entiende lo que se dijo, Por la justificación de uno a todos los hombres para justificación de vida.

44. Que si crees que el testimonio apostólico debe entenderse de tal manera, que digas que todos se refiere a muchos, que son justificados en Cristo (pues muchos otros no son vivificados en Cristo): se te responderá, así también allí donde se dijo, Quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad; que todos se refiere a muchos, a quienes quiere que lleguen a esta gracia. Lo cual se entiende mucho más convenientemente dicho, porque nadie viene, sino a quien Él quiere que venga. Nadie puede venir a mí, dice el Hijo, si el Padre que me envió no lo atrae; y, Nadie puede venir a mí, si no le es dado por mi Padre (Juan VI, 44 y 66). Todos, pues, los que se salvan, y llegan al conocimiento de la verdad, se salvan por su voluntad, llegan por su voluntad. Porque incluso los que aún no usan el albedrío de su voluntad, como los párvulos, son regenerados por su voluntad, por quien son creados: y los que ya usan el albedrío de su voluntad, a menos que por su voluntad y ayuda, por quien se prepara la voluntad (Prov. VIII, según LXX), no pueden querer.

45. Donde si me dices, ¿Por qué, entonces, no convierte las voluntades de todos los que no quieren? responderé, ¿Por qué no adopta a todos los infantes que van a morir con el lavacro de la regeneración, de los cuales aún no encuentra voluntades, y por tanto tampoco contrarias? Si ves que esto es más profundo de lo que puedes encontrar; que sea profundo para ambos, por qué en los mayores y en los menores Dios quiere ayudar a unos y no a otros: mientras que mantengamos cierto e inmutable, que no hay injusticia en Dios (Rom. IX, 14), por la cual condene a alguien sin malos méritos; y que hay bondad en Dios, por la cual libere

a muchos sin buenos méritos: demostrando en aquellos que condena lo que a todos se debe; para que de aquí aprendan los que libera, qué castigo se les perdona, y qué gracia indebida se les concede.

46. Esto es lo que conviene que los corazones cristianos piensen, y no sabéis, y vosotros más bien decís que estas cosas suceden por el destino según vuestra opinión. Pues vuestra opinión, no la nuestra, es que "lo que no se hace por mérito, se hace por destino". Y para que no sucedan a los hombres según esta definición por destino, si no se hacen por méritos, lo que sea que suceda; por eso afirmáis los méritos, ya sean buenos o malos, tanto como podéis, para que no sea el destino lo que sigue, si negáis los méritos. Y por esto se os dice: Si lo que se concede a los hombres sin méritos, ya necesariamente sucede por destino, y por eso deben afirmarse los méritos, para que no sea el destino lo que sigue, si no hay méritos: por destino son bautizados, por destino entran en el reino de Dios los niños, de quienes no hay méritos buenos; y de nuevo, por destino no son bautizados, por destino no entran en el reino de Dios los niños, de quienes no hay méritos malos. He aquí los pequeños que no pueden hablar, os convencen más bien de ser defensores del destino. Pero nosotros, cuando decimos que los méritos malos son de origen viciado, decimos que el niño entra en el reino de Dios por gracia, porque Dios es bueno; y que otro no entra por mérito, porque Dios es justo; y que en ninguno de los dos casos hay destino, porque Dios hace lo que quiere. Pero cuando sabemos de Él, a quien cantamos con voz fiel misericordia y juicio (Salmo 100, 1), que uno es condenado según el juicio, y otro es liberado según la misericordia; ¿por qué condena o libera a este más que a aquel, quiénes somos nosotros para responder a Dios? ¿Acaso dice la obra al que la hizo, por qué me hiciste así? ¿No tiene potestad el alfarero sobre el barro de la misma masa de origen viciado y condenado para hacer un vaso para honra según la misericordia, y otro para deshonra según el juicio (Rom. IX, 20, 21)? Por eso no ambos para honra, para que no se crea que lo mereció como si fuera una naturaleza sin culpa: por eso no ambos para deshonra, para que la misericordia triunfe sobre el juicio (Santiago II, 13). Y por esto ni el condenado se queja justamente del castigo debido, ni el liberado se gloria con soberbia del mérito gratuito; sino que más bien da humildemente gracias, cuando reconoce en aquel de quien se exige la deuda, lo que se le concede en la misma causa.

47. Afirmas que en otro libro mío dije: "Se niega el libre albedrío si se recomienda la gracia; y de nuevo se niega la gracia si se recomienda el libre albedrío." Calumnias: no dije esto, sino que por la dificultad de la cuestión misma se puede ver que esto se ha dicho y se puede pensar. No es mucho que ponga mis propias palabras, de donde vean quienes lean esto, cómo acechas mis escritos, y con qué conciencia abusas de corazones lentos o ignorantes, para que por eso piensen que respondes, porque no quieres callar. Pues en las últimas partes de mi primer libro al santo Piniano, cuyo título es, De la gracia contra Pelagio: "Esta," digo, "cuestión donde se discute sobre el libre albedrío y la gracia de Dios, es tan difícil de discernir, que cuando se defiende el libre albedrío, parece que se niega la gracia de Dios; cuando se afirma la gracia de Dios, se piensa que se quita el libre albedrío, y otras cosas" (De Gratia Christi, n. 52). Pero tú, hombre honesto y veraz, quitaste las palabras que dije, y dijiste lo que tú mismo inventaste. Pues yo dije que esta cuestión es difícil de discernir: pero no dije que no se pueda discernir. Mucho menos diría, lo que mientes que dije, "se niega el libre albedrío, si se recomienda la gracia; y se niega la gracia, si se recomienda el libre albedrío." Devuelve mis palabras, y tu calumnia se desvanecerá. Reponlas en sus lugares, donde dije, "parece;" donde dije, "se piensa:" para que aparezca con qué fraudes discutes sobre un asunto tan grande. No dije, "se niega la gracia;" sino, "para que parezca que se niega la gracia." No dije, "se niega el libre albedrío, o se quita;" sino que dije, "para que se piense que se quita." Y prometes, "cuando los mismos libros comiencen a ser discutidos, que por ti esa impiedad de

mis sentencias será desnudada y perforada." ¿Quién no esperará la sabiduría del que discute, quien haya conocido la fe del que miente?

48. ¿Qué es lo que dices, "Nada pertenece a la alabanza de la gracia, si da a los suyos lo que los pecados otorgan a los impíos?" Por la castidad conyugal, que parece que tienen también los impíos. Hombre contencioso, la verdadera virtud se da por gracia, no la que se llama y no es. Pero, ¿por qué unes la castidad y la virginidad como si fueran del mismo género? La castidad es cosa del alma; la virginidad, del cuerpo. De hecho, aquella puede permanecer íntegra en el alma, mientras que esta puede ser violentamente arrebatada del cuerpo; y cuando esta permanece íntegra en el cuerpo, aquella puede ser corrompida en el alma por una voluntad lasciva. Por eso no dije, Verdadero matrimonio, o viudez, o virginidad; sino, "Verdadera castidad, ya sea conyugal, viudal o virginal, no debe llamarse sino la que se consagra a la verdadera fe" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 5). Pues los casados, viudos y vírgenes pueden ser, y no ser castos, si con voluntad contaminada cometen adulterio, si con espíritu impuro deciden cometer fornicación: en los cuales dices que hay verdadera castidad, aunque fornican en el alma; lo que todos los impíos hacen, como atestiguan las palabras divinas.

49. Pero, ¿quién de nosotros dice que "el mal de los miembros conyugales es un crimen," en el que las bodas bien usan para propagar hijos con el mal de la concupiscencia? Esa concupiscencia no sería un mal, si solo se moviera al concúbito lícito por la causa de engendrar. Ahora bien, cuando la castidad conyugal le resiste, es el límite del mal; y por eso es un bien. Por lo cual no "su crimen," como dices calumniando, "queda impune por la religión;" porque no es crimen alguno, cuando por el bien de la fe se usa bien del mal de la libido. Ni aquí se puede decir, como piensas, Hagamos males para que vengan bienes (Rom. III, 8); porque las bodas no son en ninguna parte un mal. Pues no es su mal, lo que en los hombres que los padres engendran, no hicieron, sino encontraron. Pero en los primeros cónyuges, que no nacieron de padres, por el pecado sucedió el mal discordante de la concupiscencia carnal, para que las bodas lo usaran bien; no por las mismas bodas, para que por eso fueran justamente condenadas. ¿Qué buscas entonces, "si en los cónyuges cristianos debo llamar a la voluptuosidad de los encuentros, castidad o impudicia?" He aquí que respondo, No se llama castidad en sí misma, sino el buen uso de ese mal; por cuyo buen uso se hace que ese mal no pueda llamarse impudicia. Pues la impudicia es el uso deshonesto de ese mismo mal; como la castidad virginal, ninguna. Por lo tanto, con la castidad conyugal a salvo, el mal se extrae del mal al nacer, para que al renacer sea purificado.

50. "Pero si por esto," dices, "el mal de la libido, incluso de los cónyuges cristianos, se produce una prole criminal, sigue que la castidad virginal es portadora de felicidad: y porque se encuentra en los impíos," dices, "los infieles sobresalen en virtud de la castidad, sublimes, sobre los cristianos manchados por la corrupción de la libido." No es así como dices; te equivocas mucho. Pues no se manchan con la corrupción de la libido, quienes usan bien de la libido; aunque engendren a los manchados por la corrupción de la libido, y por eso deben ser regenerados: ni se encuentra en los impíos la castidad virginal, aunque se encuentre la virginidad de la carne; porque la verdadera castidad no puede habitar en un alma fornicante. Y por esto no se antepone el bien virginal de los impíos al bien conyugal de los fieles: sino que los cónyuges que usan bien del mal se anteponen a las vírgenes que usan mal del bien. Y por eso, cuando los fieles casados usan bien del mal de la libido, no "en ellos," como calumnias, "se ejerce la impunidad del crimen por la fe," sino que en ellos por la fe hay verdadera virtud de castidad, no falsa.

51. Pero, ¿qué nos importa, porque afirmas que los maniqueos dicen, "Si alguien comete homicidio con conciencia temerosa, es culpable, porque temió: pero si comete algún crimen con audacia exultante, como creyendo que lo hace por fe, escapa de la culpa?" Lo cual nunca he oído decir a los maniqueos. Pero, ¿qué nos importa, ya sea que lo digan, o incluso que les calumnies; cuando esto no lo dice la fe católica que sostenemos, y cuyo peso te urgimos? Pues decimos que las obras que parecen buenas, no son verdaderamente buenas sin fe: porque las obras verdaderamente buenas deben agradar a Dios, a quien sin fe es imposible agradar (Hebr. XI, 6), ciertamente lo que es verdaderamente una obra buena, sin fe no puede ser. Sin embargo, aquellas obras que son abiertamente malas, no las hace la fe que obra por el amor (Gál. V, 6): porque el amor al prójimo no obra mal (Rom. XIII, 10).

52. "Por lo tanto, la buena concupiscencia natural," dices (te avergüenzas de decir carnal), "que cuando se mantiene dentro de su medida," dices, "no se mancha con ninguna aspersion de mal." ¿Cómo se mantiene dentro de su medida, te pregunto; cómo se mantiene, sino cuando se le resiste? Pero, ¿por qué se le resiste, sino para que no cumpla deseos malos? ¿Cómo es entonces buena?

CAPÍTULO IX.

53. También llegas a aquellas palabras de mi libro, donde dije, "¿Acaso no eran aquellos primeros cónyuges, cuyas bodas bendijo Dios, diciendo, Creced y multiplicaos (Gen. I, 28), desnudos, y no se avergonzaban (Id. II, 25)? ¿Por qué entonces la confusión de esos miembros después del pecado, sino porque surgió allí un movimiento indecente, que, si los hombres no hubieran pecado, sin duda las bodas no tendrían" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 6)? Estas palabras mías, cuando las viste puestas según las Escrituras, de modo que cualquiera que lea o haya leído el mismo lugar del libro del Génesis, apruebe sin duda lo que dije; contradiciendo con una prolija disputa sudaste mucho, pero no aclaraste. Pues persististe en tu sentencia errónea; aunque probaste con mi propio experimento que no pudiste refutarla. En tu contradicción paso por alto tus gestos y jactancias, como de un hombre jadeante, que no puede llegar a donde se esfuerza, y sin embargo, en las nieblas que perturbado derrama, finge haber llegado. Pero comprendo y rompo los artículos necesarios de tu discurso, tanto como el Señor me ayuda, para que quien haya leído tanto los tuyos como los nuestros, vea el cuerpo entero vencido yaciendo: especialmente porque aquellas cosas que repites de muchas maneras, también han sido destruidas por nosotros muchas veces.

54. Dices aquí entre otras cosas, "En esto que después del pecado los primeros hombres, avergonzándose, cubrieron esos miembros en los que está la libido, encontré de dónde persuadir que Dios estableció matrimonios aéreos." Si entonces los matrimonios fueran aéreos sin libido, los cuerpos serán aéreos por tu autoridad, cuando no haya libido. ¿O amáis tanto esta libido, que como antes la colocasteis en el paraíso antes del pecado, así también la introducís en los cuerpos resucitados? Pero yo no digo, como afirmas que digo, "que no es natural sin lo cual no hay naturaleza:" sino que digo, que se llama natural al vicio, sin el cual ahora no nace la naturaleza humana, que sin embargo no fue instituida así desde el principio. Por lo tanto, este mal no proviene de la primera institución de la naturaleza, sino de la mala voluntad del primer hombre: ni permanecerá, sino que será condenado o sanado.

55. Llamas a mi sentencia "chinche," "que como molesta viva, así da mal olor aplastada:" como si "te avergonzaras," como dices, "de aplastarme venciendo;" o "como vencido huyera a lugares," como dices, "fangosos, temieras seguirme y matarme: porque ciertamente las partes de tu discurso, con las que debo ser aplastado o matado, ya que te ves obligado a hablar de cosas vergonzosas, como cierto pudor de sacristán, apartó de la libertad de las

palabras." ¿Por qué no hablas más bien libremente de los bienes que alabas? ¿Por qué no hay libertad de palabras sobre la obra de Dios, si su dignidad permanece intacta, y nada hizo el pecado allí, de donde más bien infundiría vergüenza, y comprimiría la libertad de las palabras?

CAPÍTULO X.

56. "Si no hay," dices, "matrimonios sin libido, y vosotros condenáis la libido en general, condenáis también los matrimonios." Podrías decir, porque la muerte será condenada, todos los mortales deben ser condenados. Pero si la libido fuera del matrimonio, ciertamente antes del matrimonio o fuera del matrimonio no habría ninguna. "No se puede," dices, "llamar enfermedad, sin la cual no hay matrimonio: porque puede haber matrimonio sin pecado; pero la enfermedad," dices, "es llamada pecado por el Apóstol." Pero se te responde: No toda enfermedad se llama pecado. Esta enfermedad es la pena del pecado, sin la cual no puede existir la naturaleza humana, aún no sanada en toda su parte. Pero si por eso la libido no es un mal, porque sin ella no se hace el bien de los matrimonios: por el contrario, tampoco el cuerpo es un bien, porque sin él no se hace el mal del adulterio. Pero esto es falso: así también aquello. ¿Quién no sabe que el Apóstol mandó a los casados que cada uno supiera poseer su propio vaso, es decir, su esposa, no en la enfermedad del deseo, como los gentiles que no conocen a Dios (I Tes. IV, 4, 5). Quien lee al Apóstol sobre este asunto, te descuida. ¿Y no te avergüenzas de introducir esta enfermedad, o lo que tú llamas, aunque con pudor, esta libido en el paraíso, y atribuirle a los cónyuges antes del pecado? ¿Por eso no te escondes en el lodo, porque te coronas con la libido de la carne y la sangre como con la flor rosa del paraíso, y como si gustosamente impregnado de tal color, te avergüenzas y alabas?

CAPÍTULO XI.

57. ¿Qué, que te deleita tanto hablar, que lo que confesamos y enseñamos, como si lo negáramos, intentas probar con una superflua prolijidad de discurso? ¿Quién niega que habría habido concubito, aunque no hubiera precedido el pecado? Pero habría sido, como con otros miembros, así también con los genitales movidos por la voluntad, no excitados por la libido; o ciertamente también con esa libido (para no entristeceros demasiado por ella), no como es ahora, sino sirviendo al mandato voluntario. Pero vosotros trabajáis tan fielmente por vuestra causa asumida, que sufrís violencia, a menos que la coloquéis tal como es ahora, también en el paraíso; no diciendo que por el pecado se hizo tal, sino que tal habría permanecido sin que nadie pecara, con la cual en aquella paz se lucharía, o para que no se luchara, cada vez que surgiera se cumpliría. ¡Oh santas delicias del paraíso! ¡Oh frente de cualesquiera obispos! ¡Oh fe de cualesquiera castos!

CAPÍTULO XII.

58. Pero queriendo mostrar que no todo lo que se cubre, debe considerarse vergonzoso por el pecado, mencionas muchas cosas inútilmente, que naturalmente están cubiertas en nuestro cuerpo; como si después del pecado estuvieran cubiertas, como aquellos hombres, de quienes entre nosotros es la cuestión, que antes del pecado no eran vergonzosas ni cubiertas, después del pecado las cubrieron avergonzados. "Balbo," dices, "con Cotta en Cicerón discutió verdaderamente y diligentemente" (De Natura deorum, lib. 2). "Por lo cual pones pocas cosas," dices, "para cargar mi pudor, no habiéndolas entendido bajo la enseñanza de la ley sagrada, a cuya noción los gentiles pudieron llegar solo por la razón:" y pones las palabras de Balbo del libro de Cicerón, para enseñarnos lo que pensaban los estoicos sobre las diversidades masculinas y femeninas de los animales mudos, sobre las partes genitales del

cuerpo, y las maravillosas libidos de los cuerpos que se mezclan. Sin embargo, esas palabras, ya sean de Cicerón, o de cualquier otro, antes de interponerlas, cautelosamente dijiste, "que por eso bajo la ocasión de las bestias toca el efecto de los sexos, porque por honestidad esto lo pasó por alto en la descripción del hombre." ¿Qué es, "por honestidad?" ¿Acaso en el sexo del hombre se confunde la honestidad, donde Dios como en una naturaleza más excelente obra más dignamente? Pero los estoicos te enseñaron a discutir sobre lo oculto, y no te enseñaron a avergonzarte de lo vergonzoso. Luego añades, "cómo describe al hombre mismo con discurso," dices, "y cómo discute que la naturaleza del vientre está sujeta al estómago, que es el receptáculo de la comida y la bebida: pero los pulmones y el corazón traen el espíritu desde fuera: muchas cosas en el vientre hechas maravillosamente, que consisten en nervios; y que es múltiple y tortuosa, y que retiene y contiene, ya sea que lo que ha recibido sea seco o húmedo:" y otras cosas de este tipo hasta aquello, "cómo se expulsan los restos de la comida, tanto contrayéndose los intestinos, como relajándose." Entonces, cuando también podría describir estas cosas en las bestias, ¿por qué hizo la transición al hombre, si no porque estas cosas no son vergonzosas; como tampoco en las bestias aquellas sobre los genitales y naturalezas de los sexos, que sin embargo en el hombre son vergonzosas? por la causa por la cual primeramente después del pecado fueron cubiertas con hojas de higuera. Pues cuando en la descripción del cuerpo humano llegó hasta esos extremos, donde se expulsan los restos de la comida: "Cómo," dice, "se hace, no es ciertamente difícil de decir: pero sin embargo debe pasarse por alto, para que el discurso no tenga algo de desagradable." No dijo, De confusión; o, Para que el discurso no tenga algo vergonzoso: sino, "para que no tenga algo de desagradable." Pues unas cosas son las que infunden horror a los sentidos, porque son deformes; otras las que infunden vergüenza a las mentes, aunque sean hermosas: porque aquellas ofenden la delectación, pero estas conmueven la libido, o se conmueven por la libido.

59. ¿Qué te beneficia entonces esto? «Porque él mismo,» dices, «nuestro creador no reconoció ningún defecto en su arte, al ocultar tan cuidadosamente nuestras partes vitales.» Lejos esté que un artífice tan grande reconozca defecto alguno en su arte. Pero, ¿por qué las cubrió? Ya lo dijiste un poco antes, «para que no perecieran o se horrorizaran al ser expuestas.» Sin embargo, lo que los primeros cónyuges cubrieron con hojas de higuera (Gén. III, 7), no parecía ni se horrorizaba cuando estaban desnudos y no se avergonzaban (Gén. II, 25). Y ahora, la precaución de la modestia evita la vista de esos mismos miembros, más para que no se desee que para que se horrorice esa apariencia. En vano, entonces, pensaste que tu causa debía ser apoyada con el testimonio de los estoicos, quienes no son amigos de aquellos que no colocan ninguna parte del bien humano en el placer corporal. De hecho, prefirieron alabar las pasiones en los animales antes que en los humanos, como tú haces. En consonancia con su opinión, Cicerón dice en un lugar que no cree que el bien de un carnero sea el mismo que el de Publio Africano. Esta sentencia debería haberte advertido sobre lo que deberías pensar de la pasión humana.

60. Pero si te agrada que tratemos con tales escritos, porque en ellos se encuentran algunas huellas de verdad, creo que ya deberías confesar que los que tú mismo citaste no valen nada contra nosotros. Ahora ve si lo que voy a decir no derrumba tu afirmación. En el libro tercero de la República, el mismo Cicerón dice que el hombre es «no como si hubiera sido engendrado por una madre, sino por una madrastra naturaleza, desnudo, frágil e indefenso en cuerpo; pero con un alma ansiosa por las molestias, humilde ante los temores, blanda ante los trabajos, inclinada a las pasiones: en la cual, sin embargo, hay como enterrado un cierto fuego divino de ingenio y mente.» ¿Qué dices a esto? Este autor no dijo que esto fuera el resultado de las costumbres de los que viven mal, sino que más bien acusó a la naturaleza. Vio el

hecho, pero no conoció la causa. Porque le estaba oculto por qué era un yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Eclo. XL, 1); porque, no instruido en las Sagradas Escrituras, ignoraba el pecado original. Si hubiera tenido una buena opinión de la pasión que defiendes, no le habría desagradado un alma inclinada a las pasiones.

61. Pero si defiendes estas cosas como bienes menores, en los que el alma no debe inclinarse desde lo superior, no porque la pasión sea un vicio, sino porque es un bien inferior; escucha cosas más claras que dice en el mismo libro tercero de la República, cuando trata sobre la causa de gobernar. «¿No vemos,» dice, «que el dominio ha sido dado por la misma naturaleza con el máximo beneficio para los inferiores? ¿Por qué entonces Dios ha hecho que el alma del hombre gobierne el cuerpo, y la razón gobierne la pasión y la ira y las otras partes viciosas del mismo alma?» ¿Confiesas ahora, al menos con este maestro, que estas partes del alma que defiendes como buenas son viciosas? Escucha más. Poco después dice: «Pero también deben conocerse las diferencias entre gobernar y servir. Porque así como se dice que el alma gobierna el cuerpo, también se dice que gobierna la pasión: pero al cuerpo, como un rey a sus ciudadanos, o un padre a sus hijos; a la pasión, sin embargo, como un amo a sus esclavos, porque la coarta y la rompe. Así los reyes, así los emperadores, así los magistrados, así los padres, así los pueblos gobiernan a sus ciudadanos y aliados, como el alma al cuerpo: pero los amos fatigan a sus esclavos, como la mejor parte del alma, es decir, la sabiduría, fatiga las partes viciosas y débiles del mismo alma, como las pasiones, las iras, y las demás perturbaciones.» ¿Tienes aún algo que murmurar contra nosotros de los autores de las letras seculares? Pero si vas a buscar qué decir contra los obispos, los más ilustres tratadistas de los discursos divinos, por este error (que Dios te aparte de él), o cómo resistir a su santidad; ¿qué será para ti Cicerón, para que no digas que en esta sentencia desvarió y deliró? Calla, pues, sobre libros de ese tipo, y no intentes enseñarnos algo de ellos con desdén, no sea que te veas refutado por los testimonios de aquellos de quienes crees que te elevan en vano.

CAPÍTULO XIII.

62. ¿Y qué decir del movimiento de la mujer, del cual incluso ella se avergonzó, que pensaste argumentar en vano? No fue la mujer quien cubrió el movimiento visible: sino que cuando en esos mismos miembros sintió algo oculto, como lo sintió el hombre; ambos cubrieron lo que al ver uno en el otro ambos sintieron, y cada uno se avergonzó de sí mismo o del otro. Pero hablando vanamente, «pides que las orejas pudorosas perdonen, y que más bien se compadezcan que se indignen por tu necesidad.» ¿Por qué te avergüenzas de discutir sobre las obras de Dios? ¿Por qué pides que se te perdone? ¿No es acaso tu petición de perdón también una acusación de la pasión? «Pero si el miembro viril podía moverse antes, entonces el pecado no introdujo ninguna novedad.» Podía ciertamente moverse antes, pero no era indecente, para que avergonzara; porque lo movía el imperio de la voluntad, no la carne deseando contra el espíritu. En esto consistió la novedad vergonzosa, que tu novedad defiende impudicamente. Nunca he censurado el movimiento de los genitales en general, como tú dices, «dedicativamente»: sino que he censurado ese movimiento que produce la concupiscencia, por la cual la carne desea contra el espíritu: y mientras tu error defiende esto como un bien, no sé cómo tu espíritu desea contra ella como contra un mal.

63. «Si en el fruto de aquel árbol,» dices, «estaba esta pasión; se muestra que fue hecha por Dios, y por esto también se defiende como buena.» Pero se te responde: No estaba la pasión en el fruto del árbol, y por eso el árbol era bueno; pero es mala la desobediencia de la pasión, que surgió contra la desobediencia del hombre que cometió en el árbol, al retirarse Dios. Lejos esté que Dios confiriera de un árbol bueno a cualquier edad de esos hombres en

cualquier tiempo un beneficio tal, que tuvieran en sus miembros un adversario contra el cual la castidad luchara.

64. Sabemos que «el apóstol Juan no reprendió este mundo, es decir, el cielo y la tierra, y todo lo que en él está sustancialmente, que fue hecho por el Padre a través del Hijo, cuando dijo: Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y ambición del siglo; que no es del Padre, sino del mundo» (1 Juan II, 16). Sabemos esto, no quiero que nos enseñes. Pero cuando quisiste explicar qué «concupiscencia de la carne» dijo que no era del Padre, dijiste que debía entenderse como «lujuria». Pero cuando te pregunto a quién se debe consentir para que sea lujuria, o a quién se debe resistir para que no lo sea, tu propia posición te enfrenta; si aún debes alabarla, tú lo verás, a quien consentir es lujuria, a quien resistir es continencia. Me sorprende si dudas si debes más bien vituperarla con la lujuria, que se hace por su consentimiento; o alabarla con la continencia, que le impone guerra; en la cual guerra la castidad es la victoria de la continencia, la lujuria la victoria de la concupiscencia. Pero lejos esté que cualquier hombre de Dios te escuche como vituperador de la lujuria, para que apruebe como alabador de la concupiscencia; y de tu discurso juzgue como bueno lo que en sí mismo experimenta como malo. En definitiva, quien haya vencido la concupiscencia que alabas erróneamente, no tendrá la lujuria que vituperas correctamente. ¿Cómo obedecemos al apóstol Juan, si amamos la concupiscencia de la carne? Responderás, No es esa la que alabo. ¿Y cuál es esa que Juan dice que no es del Padre? Lujuria, dirás. Pero no seremos lujuriosos, a menos que amemos esa concupiscencia que alabas. Por lo tanto, cuando decía No améis la concupiscencia de la carne, no quería que fuéramos lujuriosos. Por lo tanto, se nos prohíbe amar esa concupiscencia de la carne que has alabado, cuando se nos prohíbe la lujuria: pero esta que se nos prohíbe amar, no es del Padre: por lo tanto, esta concupiscencia que alabas, no es del Padre. Porque dos bienes que son del Padre no pueden luchar entre sí: pero luchan entre sí la continencia y la concupiscencia: responde cuál de estos prefieres que sea del Padre. Veo las angustias que sufres: favoreces ciertamente a la concupiscencia, pero te avergüenzas de la continencia. Que venza tu pudor, y con ello sea vencido tu error. Por lo tanto, ya que la continencia es del Padre, por la cual se combate la concupiscencia de la carne; toma del Padre la continencia, de la cual te avergonzaste con rostro recto: y vence la concupiscencia, que alabaste con boca perversa.

CAPÍTULO XIV.

65. Incluso pensaste que debía convocarse el placer de todos los sentidos en ayuda, como si el placer de los genitales no fuera suficiente para sí mismo con tan gran defensor, a menos que acudiera en su auxilio un ejército de aliados. «Porque consideras que es consecuente,» dices, «que el sentido de la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, no nos fue dado por Dios, sino por el diablo; si concedemos que esa concupiscencia de la carne, contra la cual luchamos con la continencia, no existía en el paraíso antes del pecado, y que surgió de ese pecado que el diablo persuadió al primer hombre.» Así ignoras o finges ignorar que, a través de cualquier sentido del cuerpo, es una cosa la vivacidad, utilidad o necesidad de sentir, y otra la lujuria de sentir. La vivacidad de sentir es aquella por la cual uno percibe más o menos lo que es verdadero en las mismas cosas corporales según su modo y naturaleza, y lo distingue más o menos de lo falso. La utilidad de sentir es aquella por la cual aconsejamos al cuerpo y a la vida que llevamos para aprobar o desaprobar algo, tomar o rechazar, buscar o evitar. La necesidad de sentir es cuando se nos imponen cosas que no queremos a nuestros sentidos. Pero la lujuria de sentir, de la que ahora tratamos, es aquella que nos impulsa a sentir, ya sea consintiendo con la mente o resistiendo, por el apetito de placer carnal. Esta es contraria al amor de la sabiduría, esta es enemiga de las virtudes. Este mal, en cuanto a la parte de él que concierne a la unión de ambos sexos, es bien utilizado por el matrimonio cuando los

cónyuges procrean hijos a través de él, y no hacen nada por él. Si hubieras querido o podido distinguir esto de la vivacidad, utilidad, necesidad de sentir, verías cuán superfluamente has dicho tantas cosas. Porque el Señor no dijo, Quien vea a una mujer, sino, quien vea para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mat. V, 28). He aquí que brevemente y claramente distinguió el sentido de la vista de la lujuria de sentir. Aquello lo creó Dios, instruyendo el cuerpo humano: esto lo sembró el diablo, persuadiendo al pecado.

66. Alaben, pues, el cielo y la tierra y todo lo que en ellos hay los hombres piadosos, y de todas estas cosas consideren a Dios por la belleza, no por la lujuria. Así como el avaro alaba de manera diferente la belleza del oro que el religioso, este con piedad venerando al Creador, aquel con lujuria poseyendo la criatura. Ciertamente el alma se mueve al afecto de la piedad al escuchar un canto divino: sin embargo, incluso allí, si el deseo de escuchar busca el sonido y no el sentido, se desaprueba; cuánto más si se deleita con cancioncillas vanas o incluso obscenas. Los otros tres sentidos son más corpulentos y de alguna manera más toscos, y no se proyectan hacia afuera, sino que actúan internamente en lo que les concierne. El olor se discierne por el olfato, el sabor por el gusto, el tacto por el contacto de muchas cosas. Porque no es lo mismo lo caliente y lo frío que lo suave y lo áspero, ni estos son lo mismo que lo blando y lo duro; y de todos estos se distingue lo que se llama ligero o pesado. En todos estos, cuando se evitan las molestias, como los malos olores, amarguras, calores, fríos, y cosas ásperas, duras y pesadas, es una provisión de comodidad, no una lujuria de placer. Pero cuando tomamos cómodamente lo contrario de estas cosas, si nada de eso importa para la salud o para evitar el dolor o la molestia del trabajo, aunque se tomen con algún deleite cuando están presentes, sin embargo, cuando están ausentes no deben ser deseadas con lujuria. Si se desean, no es bueno. En cualquier cosa, tal apetito debe ser domado y sanado. Porque, ¿quién, por más castigador que sea de la concupiscencia carnal, si entra en un lugar perfumado con incienso, puede hacer que no le huela agradablemente, a menos que cierre las narices o se distraiga intensamente de los sentidos del cuerpo? Pero, ¿acaso cuando sale de allí, lo deseará en su casa o dondequiera que vaya? O si lo desea, ¿debe saciar esa lujuria, no frenarla y desear contra la carne concupiscente con el espíritu, hasta que vuelva a esa salud en la que no desee nada de eso? Esto es mínimo, pero quien desprecia lo mínimo, como está escrito, poco a poco cae (Eclo. XIX, 1).

67. Necesitamos los sustentos de los alimentos: si no son agradables los que se toman por la boca, no se pueden tomar, y a menudo se rechazan con náuseas; y son perjudiciales los fastidios que deben evitarse: por lo tanto, no solo el alimento, sino también el sabor del alimento es necesario para la debilidad de nuestro cuerpo; no para saciar la lujuria, sino para preservar la salud. Cuando, por lo tanto, la naturaleza de alguna manera exige los suplementos que faltan, no se llama lujuria, sino hambre o sed: pero cuando, satisfecha la necesidad, el amor de comer inquieta el alma, ya es lujuria, ya es un mal, al que no se debe ceder, sino resistir. Estos dos, es decir, el hambre y el amor de comer, incluso un poeta los distinguió, quien, después de la agitación del mar, juzgando suficiente para los compañeros de Eneas, náufragos y extranjeros, tomar solo la cantidad de alimentos que la necesidad de restauración requería, dijo: Después que el hambre fue quitada con las comidas, y las mesas retiradas. (Virgilio, Eneida, libro 1, verso 216.) Pero cuando el mismo Eneas fue recibido como huésped por el rey Evandro, juzgando más apropiado que se ofrecieran más abundantes banquetes reales de lo que la necesidad requería, no fue suficiente decir: Después que el hambre fue quitada; sino que añadió, y el amor de comer fue reprimido. (Eneida, libro 8, verso 184.) Cuánto más debemos nosotros discernir y conocer lo que la necesidad de restauración, lo que el amor de la glotonería exige, cuyo negocio es desear contra la carne concupiscente con el espíritu, y deleitarse en la ley de Dios según el hombre interior, y no

nublar la serenidad de esa delectación con deleites lujuriosos. Porque este amor de comer no se comprime comiendo, sino conteniendo.

68. Pero, ¿quién en su sano juicio no preferiría, si fuera posible, tomar alimentos secos o húmedos sin ningún placer mordaz carnal, como tomamos estos aéreos, que sorbemos y exhalamos respirando y espirando de los aires circundantes? Este alimento, que tomamos sin cesar con la boca y las narices, no tiene sabor ni olor: sin embargo, sin él, ni por un breve espacio de tiempo, como tan prolijamente sin comida y bebida, podemos vivir: ni se siente su falta, a menos que sea molesto, si se cierran la boca y las narices, o por un acto de voluntad, tanto como lo permite la misma molestia, inhibimos por un momento la función de los pulmones, con los cuales, como con fuelles, alternando el movimiento, inhalamos y exhalamos los vitales soplos. Cuánto más feliz sería si, en intervalos ciertamente amplios, como incluso ahora, o en intervalos aún más amplios, sin ninguna suavidad seductora de sabor, tomáramos comida y bebida para repeler tanta molestia o peligro. Porque si en la vida presente, tomando los alimentos con templanza, se nos llama continentes y sobrios, y se nos tiene justamente en alabanza, y no faltan de este tipo, quienes, cuanto la naturaleza pide, o menos de lo que la necesidad de restauración requiere, prefieren, si se engañan en lo que es necesario, haber tomado menos que más: cuánto más en aquella dignidad se debe creer que había un modo honesto de tomar alimentos, en el cual se proveía lo necesario para el cuerpo animal de manera congruente, sin exceder de ningún modo el modo natural; como se debe creer que vivieron los primeros hombres en el paraíso.

69. Aunque algunos, y no despreciables, tratadistas de la palabra divina, opinan más bien que no necesitaban tal alimento, de modo que se considere que en el paraíso existía solo aquella delectación o alimento con el que se deleitan y alimentan los corazones de los sabios. Pero yo coincido con aquellos que, así como entienden que lo que se dijo, Varón y hembra los creó, y los bendijo Dios, diciendo, Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, se dijo según el sexo corporal y visible: así también lo que sigue poco después, Y dijo Dios, He aquí que os he dado toda hierba que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol que tiene en sí fruto de semilla sembrada; os será para alimento, y a todas las bestias de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todo reptil que se arrastra sobre la tierra, que tiene en sí alma de vida; y toda hierba verde para alimento (Gén. I, 27-30); no lo entienden de otro modo, sino que ambos sexos usaban corporalmente de estos alimentos, como los demás animales, y tenían de este sustento un apoyo congruente, aunque de un modo inmortal, sin embargo necesario para el cuerpo animal, para que no fuera dañado por la indigencia; pero del árbol de la vida, para que no fueran llevados a la muerte por la vejez. Pero de ninguna manera creería que en aquel lugar de tanta felicidad, la carne deseaba contra el espíritu y el espíritu contra la carne, y que vivían en tal conflicto sin paz interna; o que el espíritu no resistía los deseos carnales, sino que lo que la lujuria sugería desde cualquier parte, lo realizaba en servidumbre vergonzosa. Por lo tanto, queda que o no había allí concupiscencia carnal, sino que había un modo de vida en el que todas las necesidades se cumplían con los oficios congruentes de los miembros sin ningún movimiento de lujuria (pues no porque la tierra no se siembra con lujuria, sino con la voluntad movida de las manos de los agricultores, por eso no concibe sus frutos para ser paridos): o, para no ofender demasiado a los hombres que defienden de alguna manera el placer del cuerpo, se crea que allí existía la lujuria de los sentidos carnales, de modo que estaba completamente sometida a la voluntad racional, no estaba presente de otro modo que cuando por ella se debía proveer a la salud del cuerpo o a la propagación de la descendencia; y estaba presente en tal medida que de ninguna manera apartaba la mente de la delectación de las cogitaciones superiores, no había ningún movimiento superfluo o importuno de ella, nada se hacía por ella que no fuera útil, nada se hacía en absoluto por ella.

70. Ahora bien, quienes luchan contra ella sienten de manera especial cuán diferente es la situación. Se introduce algo en la vista o el oído de los que ven o escuchan, aunque miren y oigan por otra razón, de modo que, incluso si no perciben placer al tocar, al menos una idea placentera se infiltra furtivamente entre las necesidades que no le conciernen, con un movimiento repentino. En las mismas reflexiones, incluso cuando no hay nada seductor a la vista o al oído, ¿no intenta también revivir con deleite impuro recuerdos obsoletos y adormecidos, y perturbar con un tumulto de sucia interrupción las intenciones castas y santas? Y cuando se llega al uso de un placer necesario, por el cual reponemos nuestros cuerpos, ¿quién puede explicar con palabras cómo no nos permite sentir el límite de la necesidad, y cómo oculta y sobrepasa el límite de la salud que se debe procurar, llevándonos a pensar que no es suficiente lo que es suficiente, mientras nos dejamos llevar por sus provocaciones, creyendo que aún estamos atendiendo a la salud cuando en realidad estamos fomentando la indigestión? Pues el mal que hemos hecho lo atestigua la resaca que debemos lamentar; temiéndola, a menudo comemos menos de lo que es suficiente para saciar el hambre: así, el deseo no sabe dónde termina la necesidad.

71. Y este placer de comer y beber es tolerable, con la mayor vigilancia posible, para que no nos llene más allá de lo que a veces es suficiente para el sustento: contra cuyo deseo luchamos ayunando y tomando menos alimentos; y usamos bien este mal cuando, a través de él, solo hacemos lo que es conducente a la salud. Por eso dije que este placer es tolerable, porque su fuerza no es tal que nos arranque y derribe de pensamientos relacionados con la sabiduría, si estamos absortos en ellos con el deleite de la mente. Pues a menudo, durante las comidas, no solo pensamos en grandes cosas, sino que también discutimos, y en medio de los bocados de comida y los sorbos de bebida, conversamos escuchando y hablando sin menos atención, y recibimos con la máxima atención lo que queremos conocer o recordar, si se nos lee. Pero aquel por el cual tanto contiendes conmigo, incluso cuando se le aborda con buena intención, es decir, por la causa de la procreación; sin embargo, en su propio acto, ¿a quién permite pensar en algo, no digo de sabiduría, sino de cualquier otra cosa? ¿No se dedica a él todo el ánimo y el cuerpo, y con una especie de inmersión de la mente se cumple su extremo? Y cuando incluso vence a los casados, para que se unan no por la procreación, sino por el deseo de placer carnal, lo que el Apóstol testifica haber dicho según concesión, no según mandato (I Cor. VII, 6); así se emerge de allí, y se respira como en el aire del pensamiento después de aquel abismo, para que se haga consecuente lo que alguien dijo, y la cercanía del arrepentimiento con el placer. ¿Quién, pues, amante del bien espiritual, incluso solo por la causa de la descendencia, no preferiría, si pudiera, procrear hijos sin esto o sin tan gran fuerza de ello? Por lo tanto, lo que los santos cónyuges preferirían en esta vida, creo que debemos creerlo de aquella vida del paraíso, que era mucho mejor, si no podemos pensar en nada mejor de allí.

72. Te ruego, que no sea más honesta la filosofía de los Gentiles que nuestra Cristiana, que es la única verdadera filosofía, ya que con este nombre se significa el estudio o amor a la sabiduría. Mira lo que dice Cicerón en el diálogo de Hortensio; palabras que deberían haberte deleitado más que las de Balbo, quien representaba las partes de los estoicos: que aunque verdaderas, sin embargo, eran sobre la parte inferior del hombre, es decir, sobre el cuerpo, y no pudieron ayudarte en nada. Mira lo que dice este sobre la vivacidad de la mente contra el placer del cuerpo. «¿Acaso,» dice, «deben buscarse los placeres del cuerpo, que Platón dijo con verdad y gravedad que son cebos y carnadas de males? ¿Qué preparación de salud,» dice, «qué deformación de color y cuerpo, qué vergonzosa pérdida, qué deshonor, que no sea evocada y extraída por el placer? Cuanto mayor es su movimiento, tanto más es enemigo de la filosofía. Pues el gran placer del cuerpo no puede concordar con el pensamiento. ¿Quién,

mientras disfruta del placer, que no puede ser mayor, puede atender con la mente, razonar, pensar en absoluto? ¿Quién tiene un abismo tan grande, que quiera mover sus sentidos día y noche sin ninguna interrupción del más mínimo tiempo, como se mueven en los mayores placeres? ¿Quién, dotado de buena mente, no preferiría que no se nos hubieran dado en absoluto placeres por la naturaleza?» Esto lo dijo él, quien no había creído nada sobre la vida de los primeros hombres, nada sobre la felicidad del paraíso, nada sobre la resurrección de los cuerpos. Avergoncémonos, mientras tanto, de las verdaderas disputas de los impíos, quienes hemos aprendido en la verdadera filosofía de la verdadera piedad santa, que la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17). Pero Cicerón no sabía de dónde provenía esto: y sin embargo, no favorecía la concupiscencia de la carne, lo que tú haces; más bien, la reprendía vehementemente, lo que tú no solo no haces, sino que te enojas vehementemente con quienes lo hacen: quien intenta alabar las concupiscencias del espíritu y de la carne, que luchan entre sí como en una guerra, temiendo tener como enemiga a la que podría vencer a la otra. Más bien, no temas, y alaba la concupiscencia del espíritu contra la concupiscencia de la carne, luchando tanto más ferozmente cuanto más castamente: y condena sin temor la que se opone a la ley de la mente, con la misma ley de la mente a la que se opone.

73. Una cosa es la consideración de la belleza incluso corporal, ya sea visible, como en los colores y figuras, o audible, como en los cantos y modulaciones; consideración que solo un animal racional puede tener: y otra cosa es la conmoción de la lujuria, que debe ser frenada por la razón. Pues el apóstol Juan dijo que esa concupiscencia no es del Padre (I Juan II, 16), que concupisce contra el espíritu. Nadie puede decir que es buena, a menos que su espíritu no ame concupiscer contra ella. Si no es tal en el movimiento y ardor de los genitales, que el espíritu no concupisca contra ella, para no ser hallado ingrato concupiscendo contra el don de Dios: sino que se dé lo que desee, como si fuera de aquel que es del Padre; si no hay lo que se dé, más bien se pida esto al Padre, no para que lo quite o comprima, sino para que satisfaga la concupiscencia que ha dado. Si pensar esto es insensatez; ¿por qué la comparamos con el vino y la comida, y creemos que decimos algo porque decimos, «Ni el vino condena la embriaguez, ni la comida la glotonería, ni la concupiscencia la obscenidad;» cuando ni la embriaguez, ni la glotonería, ni ninguna obscenidad se cometen, si la concupiscencia de la carne es vencida por el espíritu que concupisce contra ella? «El exceso,» dices, «es su culpa.» Y no percibes (lo que fácilmente podrías haber hecho, si hubieras querido vencerla más que a mí), que para que no se produzca el mal del exceso, se debe resistir al mal de la concupiscencia. Por lo tanto, son dos males, uno de los cuales tenemos, y el otro hacemos, si no resistimos al que tenemos.

74. Ya hemos dicho antes (Supra, n. 35), que esto no es un mal en los animales, porque en ellos no concupisce contra el espíritu. Pues no tienen razón para someter sus deseos superándolos, o fatigarlos luchando. Pero, ¿quién te dice, «siempre se peca imitando a los animales?» Esta sentencia no te fue objetada, y te esforzaste en refutarla con tanta locuacidad, que reuniste muchas cosas superfluas, que observadas en los animales, incluso la disciplina médica sigue. Pero para que no se pensara que la concupiscencia de la carne no es un mal, porque es un bien en el animal, para que esa naturaleza se deleite en ello, en la que no puede haber concupiscencia de sabiduría: por eso se dijo que es un bien del animal, cuyo espíritu se deleita sin ninguna resistencia; pero un mal del hombre, en el que concupisce contra el espíritu.

CAPÍTULO XV.

75. También convocaste en tu ayuda a una multitud de filósofos, como si los errores de los hombres doctos pudieran al menos ayudar a tu causa, si no pueden las habilidades naturales de los animales. Pero, ¿quién no ve que buscaste la jactancia de la doctrina al mencionar los nombres de hombres doctos y sus diversas sectas, cuando cualquiera que lea tus escritos percibe que esto no tiene nada que ver con la cuestión que se discute entre nosotros? ¿Quién escuchará que mencionas, «Tales de Mileto, uno de los siete sabios, luego Anaximandro, Anaxímenes, Anaxágoras, Jenófanes, Parménides, Leucipo, Demócrito, Empédocles, Heráclito, Meliso, Platón, los pitagóricos,» cada uno con su propio dogma sobre las cosas naturales: quién, digo, escuchará esto, y no se asustará con el ruido mismo de los nombres y sectas aglomeradas, si es ignorante, como es la multitud de los hombres; y pensará que eres alguien grande, que pudo saber estas cosas? He aquí lo que buscas: ya que en todos estos que mencionaste, no dijiste nada que tenga que ver con el asunto que se discute entre nosotros. Pues preanunciaste que dirías estas cosas, y dijiste: «Todos los filósofos en las escuelas, aunque discutiendo otras cosas, sin embargo, venerando ídolos con el pueblo, quienes intentaron concebir algo sobre las causas naturales, entre muchas vanidades de su opinión, sin embargo, lamieron algunas partes de la verdad, quienes a través de la oscuridad de la vanidad, pueden justamente ser preferidos a este dogma contra el que estamos.» Y para probar esto, añadiste los nombres de los filósofos físicos con sus opiniones, que también mencioné de alguna manera, sobre las causas naturales: sin embargo, no quisiste o no pudiste mencionar a todos. En esto engañaste a los hombres ignorantes sin que ningún docto dude. Pues asumiste demostrar que «todos los filósofos, que intentaron concebir algo sobre las causas naturales, pueden justamente ser preferidos a este dogma contra el que estabas.» ¿Por qué, entonces, cuando mencionaste a Anaxímenes y a su discípulo Anaxágoras, omitiste a su otro discípulo Diógenes, quien discrepó de su maestro y de su condiscípulo en la opinión sobre la naturaleza de las cosas, y estableció su propio dogma? ¿Qué si él sintió algo tal que no debiera ser preferido a nosotros, a quienes dijiste que todos los que filosofaron sobre la naturaleza de las cosas deben ser preferidos; y para mostrar esto, te inflaste insensatamente al mencionar nombres y dogmas de filósofos? He aquí que omitiste a uno, a quien debiste haber atendido junto a su maestro o condiscípulo, a quienes mencionaste. ¿O temiste que se pensara que Diógenes el Cínico, o incluso él, se presentara a los lectores debido al mismo nombre, y viniera a la mente que fue un mejor defensor de la lujuria que tú, de la cual no se avergonzaba de practicar en público? de donde esa secta recibió el nombre de canina. Pero tú, aunque te profesas defensor de la lujuria, te avergüenzas de tu causa asumida, lo que no habría sido adecuado para la fe y libertad de un patrón.

76. Pero, te ruego, si deseabas preferirnos a los filósofos, ¿por qué no mencionaste más bien a aquellos que disputaron con la mayor habilidad sobre las costumbres, que es la parte de la filosofía que ellos llaman ética, y que nosotros llamamos moral? Esto te habría convenido especialmente, quien crees que el bien del hombre es inferior en la honestidad de la mente, pero consiste en el placer del cuerpo. Pero, ¿quién no ve lo que has previsto? Para que los filósofos más honestos no te abrumaran en la misma cuestión del placer sobre la que discutimos contigo, a quienes Cicerón, debido a esa misma honestidad, llamó filósofos consulares; y especialmente los estoicos, los más enemigos del placer, cuyo testimonio interpusiste, aunque verdadero, pero que no te serviría de nada, de la persona de Balbo disputando en Cicerón (Supra, n. 58). Pero como no consideran ningún bien del hombre el placer del cuerpo, deseando ocultarlo, no quisiste mencionar nombres y dogmas de filósofos sobre la cuestión moral, que era lo que más importaba si algo debía probarse de los filósofos. Pues no te defendería contra ellos, no digo Epicuro, quien puso todo el bien del hombre en el placer del cuerpo, porque no es lo que tú sientes; sino Dinómaco: pues su dogma te agradó. Pues él pensó que el placer debía unirse a la honestidad, para que, al igual que la honestidad,

el placer pareciera ser deseable por sí mismo (Ver Cicerón, de Finibus lib. 5, y Tuscul. Qu. lib. 5). Por lo tanto, cuando viste que esta parte donde se discute sobre las costumbres te era hostil, temiste tocarla. Pues donde principalmente se centra esta controversia, ves cuántos y qué clase de filósofos, y de qué gloria entre los Gentiles, se te prefieren: especialmente el mismo Platón, a quien Cicerón no duda en llamar casi un dios de los filósofos (De Natura deorum, lib. 2, y lib. 4 ad Atticum, epist. 16); cuyo nombre no pudiste omitir, cuando nos presentabas o preferías dogmas de filósofos sobre las cosas naturales, no sobre las morales, quien se dice que dijo con verdad y gravedad que los placeres del cuerpo son cebos y carnadas de males (Supra, n. 72).

77. Pero, ¿acaso mencionaste qué pensaron los filósofos que nombraste sobre la condición del hombre, porque esto también pertenece a la cuestión natural, que como lo requería la causa de alguna manera, consideraste que debía mencionarse? No lo hiciste, y con razón. Pues, ¿qué habían aprendido o dicho sobre el primer hombre Adán y su esposa, sobre su primera transgresión, sobre la astucia de la serpiente, sobre la desnudez del cuerpo antes del pecado sin vergüenza, y con vergüenza inmediatamente después del pecado? ¿Qué, finalmente, habían oído que fuera tal como aquello que dice el Apóstol, Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12)? Aquellos que carecían de estas Escrituras y de esta verdad, ¿qué podían saber sobre este asunto? Pero si no juzgaste que debían mencionarse dogmas de hombres sobre la condición del hombre que difieren de nuestras Sagradas Escrituras, y juzgaste muy correctamente: ¿cuánto menos pudieron ayudarte las cosas que mencionaste, sobre lo que pensaron sobre los principios de este mundo visible, sobre lo que no hay disputa entre nosotros? Pero tu mente, más bien, se subvirtió por la vanidad de la jactancia, como si hubieras aprendido algo grande de los libros de los filósofos.

78. Sin embargo, no parecen haber estado lejos de la fe cristiana quienes no pensaron que esta vida, llena de engaño y miseria, ocurrió sino por juicio divino, atribuyendo justicia al Creador, por quien este mundo fue hecho y es administrado. ¿Cuánto mejor, entonces, y más cerca de la verdad pensaron sobre la generación de los hombres aquellos a quienes Cicerón, en las últimas partes del diálogo de Hortensio, como si fuera llevado y obligado por la misma evidencia de las cosas, menciona? Pues después de haber dicho muchas cosas que vemos y lamentamos sobre la vanidad e infelicidad de los hombres: «De cuyos errores y miserias de la vida humana,» dice, «a veces aquellos antiguos, ya sean vates, ya sean intérpretes de la mente divina en la transmisión de los ritos y misterios, quienes dijeron que nacimos para pagar por algunos crímenes cometidos en una vida anterior, parecen haber visto algo: y es verdad lo que está en Aristóteles, que estamos afectados por un castigo similar al de aquellos que una vez, cuando cayeron en manos de los piratas etruscos, eran asesinados con una crueldad inventada, cuyos cuerpos vivos eran atados a los muertos, colocados frente a frente, tan perfectamente como fuera posible; así nuestros espíritus están unidos a los cuerpos, como vivos a los muertos.» ¿No pensaron mucho mejor que tú, y más cerca de la verdad, sobre el yugo pesado sobre los hijos de Adán y el poder y justicia de Dios, aunque no vieron la gracia que se concede a los hombres para ser liberados a través del Mediador? He aquí que encontré algo que puede justamente ser preferido a ti de esos escritos de los filósofos gentiles, instigado por ti, quien no pudo encontrar nada tal para oponerse a mí, y no quisiste callar para que me recordaras lo que encontraría contra ti.

CAPÍTULO XVI.

79. ¿Qué, que crees que el testimonio del Apóstol está a tu favor, cuando está en tu contra; y afirmas que nuestros miembros, que ciertamente antes del pecado estaban desnudos, y no

avergonzaban a aquellos en quienes estaban, eran vergonzosos, sin saber lo que dices? Pues yo debí haber aplicado el testimonio que tú mismo aplicaste, donde dice el Apóstol, Mucho más los que parecen ser los miembros más débiles del cuerpo, estos son necesarios: y las demás cosas que tú mismo pusiste a nuestro favor. Pero vale la pena considerar cómo llegaste a decir estas cosas. «Ya es tiempo,» dices, «de que mostremos fuera del testimonio de la naturaleza, también con alguna autoridad de la ley, que nuestros miembros fueron formados de tal manera que unos gozan de vergüenza, otros de libertad. Para confirmar esto,» dices, «se cita al Maestro de los Gentiles, quien escribiendo a los Corintios dice, Nuestro cuerpo no es un solo miembro, sino muchos.» Luego, cuando añadiste las palabras apostólicas, con las cuales él explicó maravillosamente la unidad y el consenso de los miembros: «Y porque había nombrado pocos miembros de todo el cuerpo, y no quería nombrar directamente los lugares genitales por su honestidad.» ¿No te contradices a ti mismo con estas palabras tuyas? Por lo tanto, era honestidad no nombrar directamente lo que Dios se dignó hacer rectamente; y lo que no avergonzó crear al mismo juez, avergonzaba anunciar al heraldo. ¿Cómo sería esto así, a menos que lo que él hizo honesto al crear, nosotros lo hicimos deshonesto al pecar?

80. Luego añades un testimonio apostólico sobre este asunto, que recuerdas está escrito así: "Mucho más los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son necesarios; y los que pensamos que son menos honorables, a estos les damos mayor honor; y los que son menos decorosos, tienen mayor honestidad; pero los que son honestos, no necesitan nada; pero Dios ha dispuesto el cuerpo, dando mayor honor a lo que le faltaba, para que no haya división en el cuerpo, sino que los mismos miembros se preocupen los unos por los otros" (1 Cor. XII, 12, 22-25). Con estas palabras, como un vencedor, exclamas: «He aquí el verdadero intérprete de la obra de Dios, he aquí el fiel predicador de su sabiduría. Los menos decorosos, dice, se cubren con mayor honestidad.» Ciertamente pensaste que esta sola palabra ataba toda tu causa, porque leíste que el Apóstol dijo "los menos decorosos". Pero si hubieras leído "los deshonestos", de ninguna manera te atreverías a poner este testimonio. De ninguna manera Dios, y lo que es peor, antes del pecado, haría algo deshonesto en los miembros del cuerpo humano. Aprende, pues, lo que no sabes, porque no quisiste buscar diligentemente. El Apóstol dijo "deshonestos", pero algunos intérpretes, entre los cuales está, según creo, el que leíste, por pudor dijeron "menos decorosos", lo que él dijo "deshonestos": lo cual se prueba por las palabras escritas en el mismo código del que tradujiste estas palabras apostólicas. Porque lo que pusiste como "menos decorosos", en griego se lee ἀσχήμονα. Y lo que sigue, "tienen mayor honestidad", en griego es εὐσχημοσύνην, que se ha interpretado íntegramente como "honestidad". De donde se ve que lo que se dijo ἀσχήμονα se llama "deshonestos" en latín. Finalmente, lo que se añadió, "pero los que son honestos", el griego tiene εὐσχημονα. De donde es evidente que lo que se dijo ἀσχήμονα son "deshonestos". Aunque sin ninguna consideración de las palabras griegas, debiste ser advertido por el mismo hecho de que son deshonestos aquellos que tienen mayor honestidad de cobertura; cuando aquellos que no tienen esta necesidad, son llamados honestos. ¿Qué significa "Pero los que son honestos, no necesitan"? Sino que aquellos son deshonestos, que necesitan. Por lo tanto, se aplica honestidad a los deshonestos, cuando la naturaleza racional, por el mismo sentido de pudor, los cubre. La honestidad y el honor de ellos es el velo, tanto más abundante cuanto más deshonestos son. Lo cual ciertamente no diría el Apóstol, si describiera un cuerpo como el que tenían los hombres cuando estaban desnudos y no se avergonzaban.

81. Mira, pues, cuán descaradamente dices "por eso los hombres fueron al principio desnudos, porque correspondía al trabajo de la habilidad humana cubrirse, que aún no estaba en ellos." De donde se sigue que antes del pecado eran inertes, pero hechos hábiles por el pecado. Y después de decir muchas cosas inútilmente, concluyes como si fuera

elegantemente agudo diciendo: "No, pues, porque pecaron, hicieron los genitales o diabólicos o deshonestos; sino porque temían, cubrieron los miembros que permanecían en la honestidad en la que primero estaban." A lo que respondo, que ciertamente no son miembros diabólicos, en cuanto a su sustancia, forma y calidad, que Dios creó: pero si esos mismos miembros permanecieron en la honestidad en la que primero estaban, ¿por qué los llamó el Apóstol deshonestos? Bien que tú mismo confesaste que esos miembros eran antes honestos: pues no podrías sentir otra cosa sino con una opinión blasfema. Lo que Dios hizo honesto, el Apóstol llamó deshonesto. Pregunto la causa: si esto no se hizo por el pecado, ¿de dónde se hizo? ¿Quién deshonoró las obras honestas de Dios, para que el santo Apóstol las llamara deshonestas? ¿Fue la disposición, en la que está la habilidad del creador; o la lujuria, en la que está el castigo del pecador? Pues incluso ahora lo que Dios hace allí, es honesto: lo que la naturaleza contrae, es deshonesto. Y sin embargo, para que no haya divisiones en el cuerpo, se ha concedido divinamente al sentido natural, que los miembros se preocupen unos por otros: y lo que deshonoró la concupiscencia, lo cubre la vergüenza.

82. Pero dices, "¿Por qué, al oír la voz de Dios caminando en el paraíso, se escondieron Adán y su mujer, si esos cinturones hubieran sido suficientes?" (Gén. III, 8, 7), si se hubieran avergonzado de la desnudez de los genitales?" ¿Qué es lo que dices, no encontrando qué decir; ni atiendes, que con el ánimo tembloroso ante la presencia del Señor, buscaron escondites más ocultos? Aquellos cinturones puestos alrededor de los lomos, cubrieron con vergüenza el movimiento que se sentía allí. Si cuando estaban desnudos, no se avergonzaban; queda que se cubrieron por vergüenza. No hay duda de que la vergüenza es deshonestidad. Por eso se dijo allí, "Estaban desnudos, y no se avergonzaban" (Gén. II, 25): para que aparezca que por vergüenza cubrieron lo que después llamaron vergonzoso. Pero aquí donde se escondieron en medio del árbol del paraíso, respondió Adán: "Oí tu voz caminando en el paraíso, y tuve miedo, porque estoy desnudo." Aquello fue una vergüenza manifiesta, esto una conciencia oculta, por la cual, al delinquir internamente, ocurrió una vergüenza manifiesta: aquello lo hizo el pudor, esto el temor; aquello la concupiscencia vergonzosa, esto la conciencia que debe ser castigada; semejante a un demente, cuando huía de quien veía el interior del corazón, con la ocultación del cuerpo. ¿Qué es lo que dice el Señor, "¿Quién te ha dicho que estás desnudo, sino del árbol del que te mandé que no comieras, comiste?" (Gén. III, 10, 11)? ¿Qué significa que al probar el alimento prohibido se indicó la desnudez, sino que el pecado desnudó lo que la gracia cubría? Pues la gracia de Dios era grande allí, donde el cuerpo terrenal y animal no tenía lujuria bestial. Quien, pues, vestido de gracia no tenía en el cuerpo desnudo lo que avergonzara, despojado de gracia sintió lo que debía cubrir.

83. "Debe evitarse," dices, "la opinión que piensa que el diablo creó algo en los miembros de los hombres, o en los sentidos de los miembros." ¿Por qué nos reprochas tus vanas desviaciones? El diablo no creó nada que pertenezca a la naturaleza del hombre: sino que lo que Dios había creado bien, lo violó con la persuasión del pecado; de modo que con aquella herida que se hizo por el libre albedrío de dos hombres, toda la raza humana cojea. He aquí que la miseria de la raza humana rodea tus sentidos. Eres hombre, no consideres ajeno a ti nada humano (Terent. Heaut. act. 1, scen. 1, vers. 25); y en lo que no puedes recordar, mira a los pequeños, cuántos y cuán grandes males sufren, en qué vanidades, tormentos, errores, terrores crecen. Luego ya grandes, incluso sirviendo a Dios, el error los tienta para engañarlos; el trabajo o el dolor, para quebrantarlos; la lujuria, para encenderlos; la tristeza, para derribarlos; la soberbia, para ensalzarlos. ¿Y quién puede explicar rápidamente todas las cosas por las que se agrava el yugo sobre los hijos de Adán? La evidencia de esta miseria llevó a los filósofos de las naciones, sin saber o creer nada del pecado del primer hombre, a decir que nacemos para pagar penas por algunos crímenes cometidos en una vida anterior, y

que nuestras almas están unidas a cuerpos corruptibles, como el castigo con el que los ladrones etruscos solían afligir a los capturados, como si estuvieran vivos con los muertos. Pero el Apóstol corta la opinión de que se cree que cada alma, por los méritos de una vida anterior, se inserta en diferentes cuerpos. ¿Qué queda, pues, sino que la causa de estos males sea la iniquidad o impotencia de Dios, o el castigo del primer y antiguo pecado? Pero como Dios no es injusto ni impotente; queda lo que no quieres, pero te ves obligado a confesar, que el grave yugo sobre los hijos de Adán desde el día de su salida del vientre de su madre hasta el día de su sepultura en la madre de todos (Ecli. XL, 1) no habría existido, si no hubiera precedido el mérito del pecado original.

LIBRO QUINTO.

Aborda el tercer libro de Juliano, y enseña primero por qué la multitud cristiana detesta la nueva herejía que rechaza el pecado original; porque ciertamente ve la imagen de Dios sufrir aquí tantos tormentos en los pequeños, y si mueren sin el Sacramento de la regeneración, sabe que son excluidos del reino de Dios. Prueba que los cinturones fueron asumidos por los primeros padres por la vergüenza proveniente del pecado. El pecado puede ser el castigo de un pecado precedente: como cuando Dios entrega a los impíos a un sentido reprobado, para que hagan lo que no conviene. Pues de la misma masa de condenación, algunos pecadores son elegidos y predestinados gratuitamente, a quienes por su bondad misericordiosa lleva al arrepentimiento, otros son hechos vasos de ira, a quienes según su justo juicio no lleva. La concupiscencia no es digna de alabanza porque por ella se castiga la desobediencia del hombre: sino que es un vicio, y siempre un mal incluso en aquellos que no consienten en sus movimientos perversos. Cómo entender la declaración del Apóstol, "Que cada uno sepa poseer su vaso", etc. Un verdadero matrimonio sin concubinato, como fue el de María con José. En vano Juliano argumenta desde las categorías aristotélicas contra el pecado transmitido por los padres. Muestra cómo la carne de Cristo difiere de la carne de pecado de los demás hombres. Los católicos no favorecen a los maniqueos, al reconocer el mal de la lujuria y el pecado original, sino más bien a los pelagianos, cuando dicen "que de esa cosa que está libre de pecado no nacen pecados." En todo momento muestra que el adversario se esfuerza en vano por extraer algo a su favor de las sentencias del mismo, como si fueran contradictorias entre sí.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El orden mismo exige, ya que hemos respondido al primero y al segundo, que veamos qué contiene tu tercer libro: y respondamos a tus trabajos pestilentes, en la medida en que el Señor nos ayude, con nuestros trabajos saludables; manteniendo el método establecido, para que pasemos por alto lo que no tiene controversia relacionada con el asunto que se trata entre nosotros; para que quienes deseen conocer esto nuestro, no consuman más trabajo y tiempo en la lectura de la obra que en la utilidad del aprendizaje. ¿Qué necesidad hay, pues, de que diga algo contra lo que pusiste al principio de este libro, lo habitual y vano, "sobre la envidia que dices sufrir por la verdad, y sobre la escasez de prudentes a quienes te complace agradar?" Pues esta es la voz de todos los herejes, tanto antiguos como nuevos, ya desgastada y trillada por la costumbre. Y sin embargo, la necesidad obliga a que incluso vuestra gran soberbia se vista con tales harapos, que se estira e infla de tal manera que, al querer exhibirlos, los rompe más deformemente. Tampoco es necesario refutar con frecuencia tus calumnias contumeliosas, con las que pareces atacar a uno solo, nombrándome; y en tantas y tan grandes luces católicas, sin nombrarlas, o insensato saltas, o ciego tropiezas. Por lo cual creo que te he respondido en los dos primeros libros de tal manera que nadie más lo requiera.

2. Exageras cuán "difícil y adecuada para pocos eruditos es el conocimiento de las Sagradas Escrituras:" como si, "para que Dios de los hombres, como creador del universo, y justo y veraz y piadoso, se pruebe el mismo acumulador de sus dones en los hombres; porque hay una sola causa óptima de los buenos estudios, para que Dios sea honrado." A quien, sin embargo, honras de tal manera que niegas que los pequeños sean liberados por Cristo Jesús, es decir, el Salvador, cuyo Bautismo dices que los lava, pero no alcanzan la salvación, como si no necesitaran al médico Cristo; inspeccionando sagazmente la vena del origen humano, y declarando que están sanos Juliano. Cuánto mejor no hubieras aprendido nada en absoluto, que por este conocimiento de la ley, en la que te jactas hinchado, no guiado por la ley de Dios, sino más bien por vuestra vanidad, hubieras llegado a esta presunción impía enemiga de la fe cristiana y de tu alma.

3. "Vuestra sentencia," dices, "es tan deforme y vana, que intenta atribuir a Dios iniquidad, al diablo la condición de los hombres, al pecado la sustancia, y a los pequeños la conciencia sin conocimiento." Respondo brevemente: Nuestra sentencia no es deforme; porque predica al Salvador hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3), y por lo tanto también de los pequeños: ni es vana; que no en vano, sino precediendo el pecado, dice que el hombre se hizo semejante a la vanidad, cuyos días pasan como sombra (Sal. CXLIII, 4): ni atribuye a Dios iniquidad, sino más bien equidad; porque no injustamente tantos y tan grandes males, que vemos muy a menudo, incluso el pequeño sufre: ni al diablo la condición de los hombres, sino la depravación del origen humano; ni al pecado la sustancia, sino en los primeros hombres el acto, en su posteridad el contagio: ni a los pequeños la conciencia sin conocimiento, en los que no hay ni conocimiento, ni conciencia; pero él sabía lo que hizo en quien todos pecaron, y cada uno tomó de allí el mal.

4. Pero tú que preparas la multitud de ignorantes, a quienes llamas "simples, que, ocupados en otros asuntos, no han tomado nada de erudición, pero con solo la fe se han preocupado por llegar a la Iglesia de Cristo, para que no se asusten fácilmente con cuestiones oscuras, sino que creyendo que Dios es el verdadero creador de los hombres, también mantengan indudablemente que es piadoso, que es veraz, que es justo; y conservando esta estimación de aquella Trinidad, abracen y alaben cualquier cosa que oigan que se ajusta a esta sentencia: y que ninguna fuerza de argumentación se las quite, sino que detesten toda autoridad y toda sociedad que intente persuadir lo contrario;" si consideras estas mismas palabras tuyas, los haces muy firmes contra ti. Pues no hay otra razón por la que incluso la multitud cristiana deteste vuestra novedad, de la cual, como si fuera un juicio ignorante, apelas a tus pocos, a quienes deseas que se vean como los más prudentes y doctos; sino porque piensan en Dios como el creador de los hombres, y justísimo, y ven tantos tormentos de sus pequeños, que bajo un Dios creador óptimo y justísimo de ninguna manera su imagen en esa edad sufriría tantos males, si no hubiera pecado original. Si alguno de ellos, llevando a su pequeño hijo, te hablara sin clamor envidioso, y en una parte donde nadie escuchara, te interpelara y dijera: Yo, en la mente, inteligencia, razón en la que fui hecho a imagen de Dios; amo tanto el reino de Dios, que juzgo un gran castigo para el hombre si nunca puede entrar en él. ¿Acaso tú, no hombre de la multitud de ignorantes, sino entre los pocos prudentísimos amante de aquel reino, ciertamente tanto más ardiente cuanto más te enciende en él la sociedad ardentísima de los pocos, y no te hace enfriar la multitud más fría, le responderás al hombre y le dirás: No solo no es un gran castigo, sino que no es ningún castigo en absoluto para la imagen de Dios, no poder entrar nunca en el reino de Dios? Creo que no te atreverás a decir esto a ningún hombre, cuyo poder ni testimonio temerás. Así que, ya sea que respondas lo que sea, o (lo que más te exigiría si no la vergüenza cristiana, al menos la humana) guardes silencio, le mostraría a su pequeño, diciendo: Dios es justo; ¿qué mal es lo que impide que esta imagen

suya inocente entre en su reino, si no es este el pecado que entró en el mundo por un hombre (Rom. V, 12)? Creo que ninguna sabiduría te asistirá, por la cual te parezcas más sabio que aquel hombre indocto; pero si te abandona la impudencia, quedarás más infantil que aquel infante.

6. Te burlas de que haya aprendido de los pintores que Adán y su mujer cubrieron sus partes pudendas; y me ordenas escuchar aquel famoso verso de Horacio: "A los pintores y poetas siempre se les ha concedido igual poder para atreverse a cualquier cosa" (En Arte poética, vers. 9, 10). Pero yo no aprendí esto de un pintor de figuras vanas, sino de un escritor de las Sagradas Escrituras, que esos primeros hombres, antes de pecar, estaban desnudos y no se avergonzaban. En ellos, lejos de ser tan impudente la inocencia, no existía aún lo que pudiera avergonzar. Pecaron, se dieron cuenta, se sonrojaron, se cubrieron (Gén. II, 25-III, 11); y aún clamas, "No sintieron allí nada indecente ni nuevo." Esta impudencia tuya, realmente increíble, lejos de ser enseñada por un apóstol o profeta, ni siquiera por un pintor o poeta. Aquellos mismos, a quienes "siempre se les ha concedido igual poder para atreverse a cualquier cosa," como parece elegantemente dicho, se avergonzarían de imaginar algo tan ridículo como lo que tú no te avergüenzas de discutir como creíble. Pues nadie se atrevería a pintar o cantar sobre dos habitantes, una de las cuales es la mejor y la otra la peor, como si fueran convenientes y concordes entre sí, es decir, la inocencia y la impudencia; ningún pintor se atrevería a pintar, ningún poeta a cantar: ni ninguno de ellos desesperaría tanto de los sentidos humanos como para creer que tiene igual poder para atreverse a esto, sino más bien una vana locura.

7. En cuanto a lo que dijiste, "Si se favorece aquella interpretación que pone 'perizomata', es decir, 'praecinctoria', diría que más bien se cubrieron los costados que los muslos;" primero lamento que abuses de la ignorancia de aquellos que no saben griego, de modo que no respetaste el juicio de quienes sí saben. Pero ocurrió convenientemente que los mismos 'perizomata' que se leen en los códigos griegos, el uso latino los adopta como palabra de su lengua. Por lo tanto, cuando aseguraste que con 'perizomata' se podían cubrir los costados y no los muslos, creo que incluso tú mismo te reíste. Pues, ¿quién, docto o indocto, ignora qué partes del cuerpo cubren los 'perizomata'? Este nombre de cobertura también suele usarse y valorarse en los dotes de las mujeres, y no se ata sino con un cinturón que ciñe los lomos. Pregunta y aprende, lo que no creo que ignores. Aunque incluso si no lo supieras, no creo que quieras pervertir no el lenguaje humano, sino el hábito humano, al intentar levantar los 'perizomata' sobre los hombros; o que sus costados estuvieran cubiertos de tal manera que las partes genitales y todas las de los lomos con los muslos quedaran desnudas. ¿Qué te ayuda entonces, y no a mí más bien, que desde cualquier parte superior del cuerpo se cubran las inferiores, donde la ley en los miembros se opone a la ley de la mente (Rom. VII, 23) con el sentimiento de ambos, y se excitaba con la vista alterna, confundiendo la depravación de los desobedientes con la novedad de su desobediencia? Cuanto más turbulenta se movía, más vergonzosa se volvía; si la carne cuyo aspecto la estimulaba, se cubría un poco más ampliamente. Por lo tanto, ya sea que las coberturas se bajaran desde los lomos o desde los costados, las partes pudendas estaban cubiertas: que no serían pudendas si la ley del pecado no se opusiera envidiosamente a la ley de la mente. Pero donde el asunto es claro, no debemos añadir nuestro sentido al sentido de la Escritura divina: pues esto no se hace por ignorancia humana, sino por presunción perversa. Adán y su mujer, que estaban desnudos antes del pecado y no se avergonzaban, tan pronto como pecaron, qué partes del cuerpo cubrieron, está suficientemente expresado con el nombre de 'perizomata'. Vemos qué cubrieron: es de una insensatez extrema seguir buscando, de una impudencia extrema seguir negando lo que sintieron. Pues tú también, aunque contradigas obstinadamente, juzgaste hasta

tal punto que nada más se le ocurre a los sentidos humanos, sino que aquellos hombres, avergonzados por el movimiento concupiscente, quisieron cubrir sus genitales; que intentaste levantar los 'perizomata' hacia los costados, o cubriendo el costado donde sostienes que los pecadores no sintieron nada malo, o desnudando de forma deforme lo que más bien consientes que debe ser cubierto.

CAPÍTULO III.

8. Inserta otras palabras de mi libro, donde dije, "la desobediencia de la carne retribuida dignamente al hombre desobediente; porque era injusto que fuera obedecido por su siervo, es decir, por su cuerpo, quien no había obedecido a su Señor" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 7): e intentas mostrar que "esta desobediencia de la carne es más bien loable, si es el castigo del pecado;" y como si fuera alguna persona que aflige al pecador conscientemente, así la adornas "como vengadora del crimen, y en esto ministra de Dios," como si fuera algún gran bien con el coturno del discurso. Y no piensas que de este modo puedes alabar a los ángeles malos, que ciertamente no son sino transgresores e impíos, por los cuales, sin embargo, la Escritura santa testifica que Dios inflige castigos merecidos a los pecadores, diciendo: "Envió sobre ellos el furor de su ira, indignación y furor y tribulación, envió por ángeles malos" (Sal. LXXVII, 49). Alaba también a estos, alaba a su príncipe Satanás, porque él también fue vengador del pecado, cuando el Apóstol entregó a un hombre a él para la destrucción de la carne (I Cor. V, 5). Eres muy elocuente contra la gracia de Cristo, y apto para hacer un panegírico de Satanás y sus ángeles, por los cuales Dios es juez y vengador de muchos pecados, retribuyendo a cada uno según sus obras, haciendo de esos mismos espíritus pésimos y condenables los castigos de los que deben ser castigados, quien usa bien y justamente tanto a los buenos como a los malos. Predica, pues, los poderes más inicuos, porque por ellos se retribuyen males a los malos: tú que por eso predicas la concupiscencia de la carne, porque es la desobediencia retribuida a la desobediencia del pecador. Alaba al rey iniquo Saúl, porque él también fue castigo de los pecadores, diciendo el Señor, "Te di un rey en mi ira" (Oseas XIII, 11). Alaba al demonio que sufría el mismo rey (I Reg. XVI, 14), porque también esto fue castigo del pecador. Alaba la ceguera del corazón que "en parte de Israel" se hizo. Ni se calla por qué: "Hasta que la plenitud," dice, "de los gentiles entrara" (Rom. XI, 25). A menos que quizás niegues que esto sea un castigo, lo cual, si fueras amante de la luz interna, clamarías no solo que es algún castigo, sino un castigo muy grande. Pero esta ceguera fue en los judíos un gran mal de incredulidad y una gran causa de pecado, para que mataran a Cristo. Si niegas que esta ceguera fue un castigo, indicarás que sufres algo similar, incluso sin confesarlo. Si, sin embargo, sostienes que fue un castigo, pero no un castigo del pecado; al menos admites que algo puede ser tanto pecado como castigo: si no es este un castigo del pecado, ciertamente es un castigo injusto, y haces a Dios injusto, quien ordena o permite; o débil, quien no lo evita, infligido al inocente. Pero si también concedes que es un castigo del pecado, para no aparecer tú mismo ciego de corazón al no concederlo; mira ya lo que no querías ver, que esta cuestión que planteaste está resuelta: porque así como el diablo y sus ángeles y los reyes malos, no solo son pecadores ellos mismos, sino que por la justicia de Dios se convierten también en castigos de los pecadores, y no por eso son dignos de alabanza, porque por ellos se inflige un castigo justo a los dignos; así la ley en los miembros que se opone a la ley de la mente, no por eso actúa justamente, porque se convierte en un castigo justo de quien actuó injustamente. Y así como la ceguera del corazón, que solo remueve el iluminador Dios, es pecado, por el cual no se cree en Dios; y es castigo del pecado, por el cual el corazón soberbio es castigado con justa retribución; y es causa de pecado, cuando se comete algo malo por el error del corazón ciego: así la concupiscencia de la carne, contra la cual el buen espíritu concupisce, es pecado, porque en ella hay

desobediencia contra el dominio de la mente; y es castigo del pecado, porque se retribuyó a los méritos del desobediente; y es causa de pecado, por la defección del consentidor o la contaminación del nacido.

9. Por lo tanto, todo lo que dijiste por esta tu opinión ciega e inconsiderada, por la cual pensaste que la concupiscencia de la carne, por el hecho de que dijimos que es castigo del pecado, no solo no debe ser vituperada, sino incluso alabada, aunque te hayas detenido en ello con una prolija disertación, es ciertamente vano. Pues lo que dijiste, "Si la libido es castigo del pecado, debe ser rechazada la castidad, para que no se diga que la castidad rebelde a Dios debilita la sentencia impuesta por Él," y otras cosas de este tipo que tejes como consecuencia de esta vanidad: se puede decir con las mismas palabras sobre la ceguera del corazón con un error muy similar, "Si la ceguera del corazón es castigo del pecado, debe ser rechazada la doctrina, para que no se diga que la iluminación rebelde de la mente debilita la sentencia impuesta por Él." Y si es absurdísimo decir esto, aunque la ceguera del corazón sea castigo del pecado; de igual modo es absurdísimo lo que tú mismo dijiste, aunque la libido, es decir, la desobediencia de la carne, sea castigo del pecado. Porque a la ceguera del corazón debe resistir la ciencia, y a la libido la continencia: y la paciencia debe soportar aquel castigo que no es ni error ni libido. Por lo tanto, cuando se vive por la verdadera fe dada por Dios, el mismo Dios está presente tanto para iluminar la mente, como para superar la concupiscencia, y para soportar la molestia. Pues todo esto se hace correctamente cuando se hace por Él, es decir, cuando se le ama gratuitamente: tal amor no puede ser en nosotros sino por Él. De lo contrario, cuando el hombre se complace mucho en sí mismo, y confía en su virtud, si es entregado a los deseos de su soberbia, tanto más se aumenta este mal, cuanto más las demás concupiscencias le ceden, y como si fuera laudable, comprime estas al deleitarse con aquella única.

10. Por lo tanto, lo que dices haber leído en otros de mis escritos, y que intentaste refutar en vano, "que hay algunos pecados que son también castigos de pecados" (De Natura et Gratia, n. 25); dejando de lado el afán de vencer, atiende diligentemente, y encontrarás que es muy verdadero según lo que se ha tratado sobre la ceguera del corazón. Pues, ¿qué has hecho, te pregunto, qué has hecho, al recordar el testimonio apostólico, con el cual probé aquello que leíste en otra de mis disertaciones, porque de algunos escribió diciendo, "Dios los entregó a una mente reprobada, para que hicieran lo que no conviene"? Esto quisiste que pareciera dicho hiperbólicamente: lo cual se hace cuando, para mover los ánimos, quien sermonea excede la fe de las cosas. ¿Dónde, pues, hizo esto el Apóstol, no te molestes en mostrarlo. Cuando se lanzaba, dices, contra los crímenes de los impíos, los agravó con nombres de castigos, mostrando cuánto la torpeza horrorizaba su pecho, domicilio de todas las virtudes, no tanto culpables como condenados dijo que le parecían tales. Más bien, como él mismo habla, no como tú finges que habla, mostró tanto condenados como culpables, y no solo culpables de los pecados pasados por los cuales condenados, sino también culpables de lo que condenados. Pues mostró culpables, donde dice, "Y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, quien es bendito por los siglos. Amén." Luego condenados por esta culpa: pues sigue, "Por esto Dios los entregó a pasiones de ignominia." Oyes, "por esto": y preguntas vanamente, "cómo debe entenderse que Dios entrega," esforzándote mucho para mostrar que "entrega abandonando." Pero de cualquier manera que entregue, por esto entregó, por esto abandonó: y ves, su entrega, como sea y de cualquier manera que la entiendas, qué consecuencias tuvo. Pues el Apóstol se preocupó por decir cuán grande castigo es ser entregado por Dios a pasiones de ignominia, ya sea abandonando, o de cualquier otra manera, explicable o inexplicable, en que lo hace el sumamente bueno e inefablemente justo. Pues "las mujeres de ellos," dice, "cambiaron el uso natural por el uso que es contra naturaleza. De

igual manera también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su deseo unos con otros, hombres con hombres cometiendo la deformidad, y recibiendo en sí mismos la retribución mutua que era debida a su error." ¿Qué más evidente que esto? ¿Qué más claro? ¿Qué más expresivo? Dice que recibieron la retribución mutua; ciertamente condenados para cometer tales males: y sin embargo, esta condenación también es culpa, en la que se implican más gravemente. Así, estos son pecados, y castigos de pecados anteriores. Y lo que es más sorprendente, también dice que era necesario que recibieran esta retribución mutua. Así también se presentan las palabras anteriores del Apóstol, que tú mismo pusiste. "Cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Por lo cual Dios los entregó a los deseos de sus corazones, a la inmundicia" (Rom. VII, 23-28); y lo que sigue. Y aquí ciertamente ves la causa por la cual fueron entregados, mostrada sin ninguna ambigüedad. Pues dijo qué mal hicieron antes, y añadió, "Por lo cual Dios los entregó a los deseos de sus corazones." Por lo tanto, este es el castigo de un pecado anterior; y sin embargo, también es pecado, lo que explica con las palabras siguientes.

11. Pero tú, al argumentar en contra, te parece que resolviste esta cuestión de tal manera, porque el Apóstol dijo que fueron entregados a sus deseos. Pues ya ardían, dices, en los deseos de sus crímenes. Y añades, y dices: "¿Cómo, pues, se puede pensar que cayeron en tales hechos por el poder del Dios que entrega?" ¿Qué más se hizo, te pregunto, o para qué diría, "Dios los entregó a los deseos de sus corazones," si ya estaban poseídos de algún modo por los malos deseos de su corazón? ¿Acaso es consecuente que si alguien tiene deseos malos del corazón, ya también consiente en ellos para cometer esos mismos males? Por lo tanto, es una cosa tener malos deseos del corazón, y otra ser entregado a ellos; ciertamente para que consintiendo en ellos sea poseído por ellos, lo cual ocurre cuando por juicio divino se entrega a ellos. De lo contrario, en vano se dijo, "No sigas tus concupiscencias;" si ya alguien es culpable, porque siente esas concupiscencias tumultuosas y que intentan arrastrarlo al mal, y no las sigue, si no se entrega a ellas; ejerciendo contra ellas gloriosas luchas, si vive en gracia. Pues, ¿qué te parece, quien observa lo que está escrito, "Si concedes a tu alma sus concupiscencias," (¿qué es esto sino sus deseos malos?) "hará de ti el gozo de tus enemigos y envidiosos" (Eclo. XVIII, 30 y 31)? ¿Acaso ya es culpable este, teniendo tales concupiscencias del alma, que no debe concederles, para que no venga en gozo del diablo y sus ángeles, que son nuestros enemigos y envidiosos?

12. Cuando, pues, se dice que el hombre es entregado a sus deseos, se hace culpable porque, abandonado por Dios, cede a ellos y consiente; es vencido, capturado, arrastrado, poseído. Porque de quien uno es vencido, a este también es entregado como esclavo (II Pedro II, 19): y se convierte en pecado consecuente, castigo del pecado anterior. ¿O no es pecado y castigo del pecado, donde se lee, "Porque el Señor mezcló en ellos un espíritu de error, y sedujeron a Egipto en todas sus obras, como se seduce al ebrio" (Isaías XIX, 14)? ¿No es pecado y castigo del pecado, donde el Profeta dice a Dios, "¿Por qué nos hiciste errar, Señor, de tu camino; endureciste nuestros corazones, para que no te temiéramos" (Id. LXIII, 17)? ¿No es pecado y castigo del pecado, donde nuevamente se dice a Dios, "He aquí que te enojaste, y pecamos; por eso erramos, y nos hicimos como inmundos todos" (Id. LXIV, 5 y 6)? ¿No es pecado y castigo del pecado, donde se lee de las naciones que Josué conquistó, porque por el Señor se hizo, fortalecer su corazón, para que salieran a la guerra contra Israel, para ser exterminados (Josué XI, 20)? ¿No es pecado y castigo del pecado que Roboam, rey, no escuchara al pueblo que le aconsejaba bien, porque, como dice la Escritura, "Era conversión del Señor, para establecer su palabra que había hablado sobre él por mano del profeta" (III Reyes XII, 15)? ¿No es pecado y castigo del pecado en lo que está escrito, que el rey Amasías

de Judá no quiso escuchar al rey Joás de Israel que le aconsejaba bien, para que no saliera a la guerra? Pues así se lee: "Y no escuchó Amasías, porque era de Dios que fuera entregado en manos, porque buscaron al dios de Edom" (II Crónicas XXV, 20). Y podemos recordar muchas otras cosas, en las que claramente aparece, por el juicio oculto de Dios, que se hace la perversidad del corazón, para que no se escuche lo que se dice verdaderamente, y de ahí se peque, y sea ese mismo pecado también castigo del pecado anterior. Pues creer en la mentira, y no creer en la verdad, ciertamente es pecado. Sin embargo, viene de esa ceguera del corazón, que por el juicio oculto de Dios, pero sin embargo justo, también se muestra como castigo del pecado. Tal es también aquello que el Apóstol escribe a los Tesalonicenses: "Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, y por eso Dios les enviará operación de error, para que crean en la mentira" (II Tes. II, 10). He aquí que el castigo del pecado es pecado. Ambos son claros, se ha dicho brevemente, se ha dicho claramente, se ha dicho por aquel cuyas otras palabras intentaste en vano torcer a tu sentencia.

13. ¿Qué es lo que dices, cuando se dice que son entregados a sus deseos, deben entenderse abandonados por la paciencia divina, no impulsados al pecado por el poder? Como si el mismo apóstol no hubiera puesto juntos estos dos, la paciencia y el poder, cuando dice: "Si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira, preparados para destrucción" (Rom. IX, 22). Pero, ¿qué dices de lo que está escrito: "Y si el profeta se engañare y hablare, yo, el Señor, engañé a ese profeta, y extenderé mi mano sobre él, y lo exterminaré de en medio de mi pueblo Israel" (Ezequiel XIV, 9)? ¿Es paciencia o poder? Elige lo que quieras, o admite ambos; sin embargo, ves que el pecado del falso profeta es un castigo por el pecado. ¿O dirás aquí también que lo que dice "Yo, el Señor, engañé a ese profeta" debe entenderse como "Lo abandoné, para que, según sus méritos, engañado errara"? Haz lo que quieras, sin embargo, fue castigado de tal manera por su pecado, que pecó profetizando falsamente. Pero observa lo que vio el profeta Miqueas: "El Señor sentado en su trono, y todo el ejército del cielo estaba alrededor de él, a su derecha y a su izquierda. Y dijo el Señor: ¿Quién engañará a Acab, rey de Israel, para que suba y caiga en Ramot de Galaad? Y uno decía de una manera, y otro de otra. Y salió un espíritu, y se puso delante del Señor, y dijo: Yo lo engañaré. Y el Señor le dijo: ¿Cómo? Y él dijo: Saldré y seré un espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas. Y dijo: Lo engañarás y prevalecerás; sal y hazlo así" (1 Reyes XXII, 19-22). ¿Qué dirás a esto? El mismo rey pecó al creer en los falsos profetas. Pero esto mismo era también el castigo del pecado, juzgado por Dios, enviando Dios un ángel malo; para que entendamos más claramente cómo se dice en el Salmo que envió la ira de su indignación por medio de ángeles malos (Salmo LXXVII, 49). Pero, ¿acaso errando, acaso juzgando o haciendo algo injustamente o temerariamente? De ninguna manera: pero no en vano se le dijo: "Tus juicios son como un abismo profundo" (Salmo XXXV, 7). No en vano exclama el Apóstol: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que le sea recompensado?" (Rom. XI, 33-35). No elige a ninguno digno, sino que al elegirlo lo hace digno; sin embargo, no castiga a ninguno indigno.

CAPÍTULO IV.

14. "Dice," afirmas, "el Apóstol, 'La bondad de Dios te lleva al arrepentimiento'." Es verdad, es cierto; pero lleva al que ha predestinado: aunque él mismo, según su dureza y corazón impenitente, en cuanto a él respecta, atesora para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Rom. II, 4-6). Porque, por mucha paciencia que ofrezca; a menos que él mismo lo dé, ¿quién se arrepiente? ¿O has

olvidado lo que el mismo doctor dice: "Por si acaso Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad; y escapen del lazo del diablo" (2 Tim. II, 25-26)? Pero sus juicios son un abismo profundo. Ciertamente, si permitimos que aquellos sobre quienes tenemos poder cometan crímenes ante nuestros ojos, seremos culpables con ellos: cuántas cosas innumerables permite él que se hagan ante sus ojos, que ciertamente, si no quisiera, de ninguna manera las permitiría; y sin embargo, es justo y bueno. Y al ofrecer paciencia da lugar al arrepentimiento, no queriendo que nadie perezca (2 Pedro III, 9), el Señor conoce a los que son suyos (2 Tim. II, 19), y todo coopera para bien, pero para aquellos que son llamados según su propósito. Porque no todos los que son llamados, son llamados según el propósito. Muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XXII, 14). Los que son elegidos, son llamados según el propósito. Por eso también dice en otro lugar: "Según el poder de Dios que nos ha salvado y llamado con llamamiento santo; no según nuestras obras, sino según su propósito y gracia, que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos eternos" (2 Tim. I, 8-9). Finalmente, aquí también, después de haber dicho: "Todo coopera para bien para aquellos que son llamados según el propósito": inmediatamente añadió: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos: y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó" (Rom. VIII, 28-30). Estos son los llamados según el propósito. Ellos son, por tanto, los elegidos, y esto antes de la constitución del mundo (Efes. I, 4), por aquel que llama a las cosas que no son como si fueran (Rom. IV, 17). Pero elegidos, por la elección de la gracia. Por eso dice el mismo doctor también de Israel: "El remanente fue hecho por elección de gracia". Y para que no se piense que fueron elegidos antes de la constitución del mundo por obras preconocidas, continuó y añadió: "Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Rom. XI, 5-6). De este número de elegidos y predestinados, incluso aquellos que llevaron una vida pésima, son llevados al arrepentimiento por la bondad de Dios, por cuya paciencia no fueron quitados de esta vida en la misma perpetración de sus crímenes; para que se muestre a ellos mismos y a otros coherederos suyos, de qué profundo mal puede la gracia de Dios liberar. De estos, nadie perece, cualquiera que sea la edad en que muera. Porque no permita que el predestinado a la vida termine esta vida sin el Sacramento del Mediador. Por estos, el Señor dice: "Y esta es la voluntad del que me envió, del Padre, que de todo lo que me ha dado, no pierda nada" (Juan VI, 39). Pero los demás mortales que no son de este número, y de la misma masa de la que también estos, pero hechos vasos de ira, nacen para la utilidad de estos. Porque Dios no crea a ninguno de ellos temeraria o fortuitamente, ni ignora qué bien obra en ellos: ya que incluso en esto obra bien, que en ellos crea la naturaleza humana, y de ellos adorna el orden del mundo presente. A ninguno de estos los lleva al arrepentimiento saludable y espiritual, por el cual el hombre en Cristo se reconcilia con Dios, ya sea que les ofrezca mayor paciencia, o no menor. Aunque todos, por tanto, de la misma masa de perdición y condenación según la dureza de su corazón y corazón impenitente, en cuanto a ellos respecta, atesoran para sí ira en el día de la ira, cuando se pagará a cada uno según sus obras: sin embargo, Dios a algunos de allí los lleva al arrepentimiento por su bondad misericordiosa, a otros según su justo juicio no los lleva. Porque tiene el poder de llevar y atraer, diciendo el mismo Señor: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae" (Juan VI, 44). Pero, ¿acaso llevó al arrepentimiento al rey Acab, sacrilego e impío; o al menos, al ya seducido y engañado por el espíritu mentiroso, le ofreció paciencia y longanimidad? ¿No fue completado inmediatamente en él, por lo cual fue seducido, arrebatado por la muerte (1 Reyes XXII)? ¿Quién dirá que no pecó al creer en el espíritu mentiroso? ¿Quién dirá que este pecado no fue un castigo del pecado, viniendo del juicio de Dios, a quien leyó el espíritu mentiroso, ya sea enviado o permitido? ¿Quién dice algo de esto, sino quien dice lo que quiere, y no quiere escuchar lo que es verdad?

15. ¿Quién es tan insensato que, al escuchar lo que se canta en el salmo, "No me entregues, Señor, al deseo del pecador" (Salmo CXXXIX, 9), diga que esto lo oró el hombre para que Dios no sea paciente con él; si "Dios no entrega para que se hagan males, sino ofreciendo bondad paciente cuando se hacen"? ¿Qué es lo que decimos diariamente, "No nos dejes caer en tentación" (Mat. VI, 13); sino para que no seamos entregados a nuestras concupiscencias? Porque cada uno es tentado cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia (Santiago I, 14). ¿O acaso pedimos esto a Dios, para que no sea paciente con nosotros su bondad? ¿No invocamos, por tanto, su misericordia, sino que más bien provocamos su ira? ¿Quién en su sano juicio pensaría esto? ¿O quién, incluso furioso, diría esto? Por tanto, Dios entrega a pasiones de deshonor, para que se hagan cosas que no convienen; pero él mismo entrega convenientemente: y se hacen los mismos pecados, y castigos de pecados pasados, y méritos de castigos futuros: como entregó a Acab al engaño de los falsos profetas; como entregó a Roboam al consejo falso (1 Reyes XII). Hace esto de maneras maravillosas e inefables, quien sabe obrar sus justos juicios, no solo en los cuerpos de los hombres, sino también en los mismos corazones. Quien no hace voluntades malas; sino que las usa como quiere, ya que no puede querer nada iniquamente. Escucha propicio, no escucha airado: y de nuevo, no escucha propicio, escucha airado. Perdona propicio, no perdona airado: y de nuevo, no perdona propicio, perdona airado: y en todo esto persevera bueno y justo. Pero, ¿quién es suficiente para esto (2 Cor. II, 16)? Ciertamente, para escudriñar e investigar estos juicios suyos, ¿quién es el hombre suficiente, a quien el cuerpo corruptible agobia, incluso si ya tiene la prenda del Espíritu Santo?

16. Pero, hombre inteligente y agudo, dices que "la libido es justa y digna de alabanza, si castigó al que no obedeció a Dios, no obedeciéndole a él". Si pensaras prudentemente aquí, ciertamente verías que es una iniquidad que la parte inferior del hombre se rebele contra la superior y mejor: y sin embargo, justamente castigado el iniquo por la iniquidad de su carne, como el rey iniquo fue castigado por la iniquidad del espíritu maligno. ¿O también dispones a alabar al mismo espíritu maligno? Vamos, ¿por qué te demoras? Porque te conviene ser enemigo de la bondad gratuita de Dios, ser alabador del espíritu mentiroso. No te costará encontrar qué decir: tienes listas sus alabanzas, si transfieres a él estas mismas palabras que pusiste en alabanza de la libido, como consecuencia de mi sentencia, en la que dije: "Porque era injusto que se obedeciera por su siervo, es decir, por su cuerpo, a quien no había obedecido a su Señor" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib 1, n. 7). Lo que tú negando, y burlándote de que es falso, quisiste mostrar como una absurda consecuencia; alabando la libido como vengadora del pecado, si esto es así. Ciertamente, no niegas que este espíritu mentiroso, porque arrastró al impío rey a la muerte engañándolo como merecía, es vengador de la iniquidad. Aquí también digo, porque era injusto que quien no había creído en el verdadero Dios, no fuera engañado por el falso. Alaba, por tanto, también la justicia de esta falsedad, y di lo que dijiste en alabanza de la libido: "Porque nada puede ser considerado más loable que ella, si vengó la iniquidad cometida, si vengó la injuria de Dios, y porque así no tuvo parte en el pecado, que asumió el oficio de vengadora". Todas estas cosas, según tus agudísimos sentidos, se dicen correctamente también en alabanza de ese espíritu inmundo. Por tanto, el elogio de tu voz en causa similar, o devuélvelo al espíritu mentiroso, o quítaselo a la libido contumaz.

17. ¿Por qué huyes a la cuestión más oscura sobre el alma? En el paraíso, ciertamente comenzó la elevación del ánimo, y de allí el consentimiento para transgredir el precepto, por lo cual se dijo por la serpiente, "Seréis como dioses" (Gén. III, 5): pero ese pecado lo cumplió todo el hombre. Entonces la carne se hizo de pecado, cuyos vicios se sanan solo por la semejanza de la carne de pecado. Para que, por tanto, tanto el alma como la carne sean

castigadas juntas, a menos que lo que nace sea purificado renaciendo; ciertamente, o ambos son viciados y se derivan del hombre, o uno se corrompe en el otro como en un vaso viciado, donde se incluye la justicia oculta de la ley divina. Pero lo que de esto es verdad, prefiero aprenderlo que decirlo, para no atreverme a enseñar lo que no sé. Sin embargo, sé esto, que de esto es verdad lo que la verdadera, antigua, católica fe, que cree y afirma el pecado original, no ha demostrado ser falso. Esta fe no debe ser negada: y esto que sobre el alma está oculto, o se aprende en el ocio; o, como muchas otras cosas en esta vida, se ignora sin daño para la salvación. Más bien debe cuidarse, ya sea en los pequeños, ya sea en los grandes, por qué medio el alma es sanada, que por qué mérito fue viciada: que, sin embargo, si se niega que fue viciada, no será sanada.

18. Sin embargo, no pude entender por qué dijiste eso, cuando recordaste que el Apóstol dijo: "Y su insensato corazón fue entenebrecido" (Rom. I, 21). Añadiste, "debe notarse que dice que la insensatez es la causa de todos los males". Esto ciertamente no está claro que lo haya dicho el Apóstol. Pero no discuto sobre eso: más bien pregunto por qué dijiste esto. ¿O acaso porque los pequeños no se dicen correctamente insensatos, porque aún no pueden participar de la sabiduría, por eso no quieres que se crea que hay algún mal en ellos, que consideras que es consecuente si la insensatez es la causa de todos los males? Pero si se necesita una discusión sutilísima y muy refinada para saber si la insensatez hizo a los primeros hombres soberbios, o la soberbia insensatos: ahora, por lo que se trata entre nosotros, ¿quién ignora que todos los hombres, cualquiera que sea el sabio, se hacen sabios de insensatos? A menos que algunos de los heraldos del Mediador, por la gran y muy inusual gracia de él, hayan podido pasar a la sabiduría, no de la insensatez, sino de la infancia. Lo que si afirmáis que puede hacerse por naturaleza sin la fe del Mediador, reveláis el veneno oculto de vuestra herejía. Porque nada parece que hagáis con tanta defensa y alabanza de la naturaleza, sino que Cristo murió en vano (Gál. II, 21); cuya fe decimos que también ayuda a los insensatos por naturaleza. Porque hay quienes nacen con tal obtusidad de corazón, que parecen más semejantes a los animales que a los hombres: cuya fatuidad tan grande que en ellos aparece natural, no podéis decir que tiene algún mérito, quienes decís que no hay pecado original. Pero, ¿quién no prueba diariamente con testigos de las cosas humanas, que el pequeño primero no sabe nada, luego creciendo sabe vanidades, y después si pertenece a la suerte de los sabios, sabe lo recto; y así pasa de la infancia a la sabiduría por la insensatez intermedia? Por tanto, la naturaleza humana que yace en los pequeños, a la que con vuestras alabanzas envidiáis al salvador como si estuviera sana, ¿cómo primero produce el fruto de la insensatez antes que el de la sabiduría, veis, y no queréis ver el vicio de su raíz; o lo veis, lo que es peor, y lo negáis?

CAPÍTULO V.

19. Luego, con otras de mis palabras interpuestas, calumnias, "que yo mismo fui contrario a mí mismo, que cuando dije que al hombre desobediente se le devolvió el castigo de la desobediencia de su cuerpo, inmediatamente expresé otros miembros del cuerpo por su nombre, diciendo que sirven al mandato de nuestra voluntad" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 7). Esto lo dije, exceptuando ciertamente los genitales, que nombré con el nombre de cuerpo: y por tanto, el cuerpo sirve a la voluntad en el movimiento de otros miembros; y el cuerpo no sirve a la voluntad en los movimientos de los genitales. Por tanto, mis palabras no son entre sí contrarias, aunque te sufran, ya sea no entendiendo, o no permitiendo que otros entiendan, contrario. Porque si una parte del cuerpo no pudiera ser nombrada con el nombre de cuerpo, no diría el Apóstol: "La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido: igualmente el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer" (1 Cor. VII, 4). Llamando ciertamente a esos mismos miembros con el nombre de cuerpo, por los

cuales se distingue el sexo y se realiza el concúbito. Porque, ¿quién dirá que el hombre no tiene potestad sobre su propio cuerpo, si en estas palabras del Apóstol entiendes todo el cuerpo, que consta de todos los miembros? Por tanto, yo, según el Apóstol, también nombré con el nombre de cuerpo solo el miembro genital, que el sentido humano reconoce que no se mueve por voluntad, como la mano o el pie, sino por libido, que te ridiculiza en cosas manifiestas levantando nubes impúdicas, para que nos obligue más tiempo a hablar de cosas vergonzosas, y la honestidad a rodearlas. Pero quien lee mis palabras, que intentas refutar, y te ve acechando en ellas, me basta que en ese lugar entienda lo que dije del cuerpo.

20. Sin embargo, tú que dijiste que me he contradicho con mis propias palabras, lo cual cualquiera que te escuche y luego relea verá que es completamente falso, y recuerde que el Apóstol llamó a los genitales con el nombre de cuerpo: tú, por tanto, que has señalado y mordido en mí como si mis sentencias estuvieran en conflicto entre sí, explica cómo te mantienes coherente contigo mismo, y no te contradices, cuando primero dijiste: «Cuando se trata de engendrar hijos, los miembros creados para esta obra obedecen completamente al mandato de la voluntad; y a menos que sus impedimentos provengan de la debilidad o de la desmesura, sirven al imperio del alma»; pero luego, «consideraste que este tipo de movimiento debe ser tenido en cuenta entre aquellos que, en nuestro cuerpo, por su orden y disposición secreta, requieren no el imperio de la voluntad, sino el consentimiento». En esto, ciertamente, cediste en parte a la verdad evidente: pero debiste haber borrado lo que dijiste primero. Pues, ¿cómo, según tu primera sentencia, «estos miembros, de los que hablamos, obedecen completamente al mandato de la voluntad y sirven al imperio del alma», si según tu segunda sentencia, «como el hambre y la sed y la digestión, no requieren el imperio de la voluntad, sino el consentimiento»? Mucho te esforzaste para encontrar estas cosas que dijeras más bien contra ti que contra mí: pero en tal causa no te sería necesario el esfuerzo, si tuvieras pudor. Pues, ¿de qué sirve que digas que «te avergüenzas y que el horror te impide hablar de tales cosas, pero que la necesidad te obliga»; cuando no te avergonzaste de dejar escrita tu sentencia, contra la cual tú mismo, turbado por la verdad evidente, pronto pronunciaste otra sentencia? Aunque también la misma mención de tu vergüenza es demasiado desvergonzada. Pero me agrada porque habla contra ti. Pues eres un hombre que no se avergüenza de alabar la libido, y dices que te avergüenzas de discutir sobre los movimientos de la libido.

21. ¿Y qué gran cosa hubiera sido observar que después de que dije: «Que mover otros miembros está en nuestro poder»; inmediatamente añadí, cuando tenemos el cuerpo libre de impedimentos y sano? Pues el sueño cuando nos vence involuntariamente, y el cansancio, ciertamente son impedimentos que impiden la agilidad de los miembros. Luego, lo que dijiste, «ni siguen los miembros en la dirección que queremos, si lo queremos de tal manera que el hábito mismo no lo permite»: no atendiste a que por eso predije, «que se muevan hacia las obras que les son propias; y por tanto, si queremos doblarlos hacia donde su naturaleza no lo permite, no siguen hacia obras que no les son propias. Sin embargo, cuando los movemos con movimiento voluntario, no necesitamos la ayuda de la libido: y cuando queremos dejar de moverlos, inmediatamente cesamos, ni se excitan contra nuestra voluntad por los estímulos de la libido.

22. Ciertamente, cuando dices que «incluso los genitales sirven al imperio del alma»; dices una libido nueva, o quizás demasiado antigua, tal como podría haber existido en el paraíso, si nadie hubiera pecado. Pero, ¿qué puedo hacer contigo sobre esto, cuando con tus palabras posteriores también lo quitas, diciendo que «no se mueven al imperio del alma, sino que más bien esperan el consentimiento»? Sin embargo, no debes comparar esta libido con el hambre

o con otras molestias nuestras. Pues nadie tiene hambre, sed o digiere cuando quiere; estas son necesidades de reponer o descargar el cuerpo, a las que hay que atender para que no se dañe o muera: pero, ¿acaso se daña o muere el cuerpo si no se da consentimiento a la libido? Distingue, por tanto, los males que soportamos con paciencia, de aquellos males que refrenamos con continencia. Pues también son males aquellos que podemos experimentar en el cuerpo de esta muerte. ¿Cuán grande y cuán tranquila potestad tendríamos incluso sobre esos movimientos, con los que se toman y digieren los alimentos, en aquella felicidad del paraíso, quién puede indagarlo con certeza, quién puede explicarlo dignamente? Donde está lejos de nosotros creer que hubiera algo que, ya sea internamente o externamente, pudiera herir nuestro sentido con dolor, fatigar con trabajo, confundir con vergüenza, quemar con ardor, apretar con frío, ofender con horror.

23. ¿Qué, que piensas que esta tu bellísima sierva, a la que me avergüenza nombrar continuamente incluso criticándola, pero que a ti no te avergüenza alabar, se hace más recomendable porque le sirven, para que se excite más ardientemente, incluso las otras partes del cuerpo, ya sean los ojos viendo para desear, o los otros miembros en los besos y abrazos? También encontraste cómo someterle los oídos del hombre, y levantaste su título antiquísimo, pero ciertamente gloriosísimo, recordando lo que Cicerón puso en la exposición de sus Consejos: «Porque cuando unos jóvenes ebrios, instigados también por el canto de las flautas, como suele suceder, rompían las puertas de una mujer casta; se dice que Pitágoras aconsejó a la flautista que tocara un spondeo: lo cual, cuando ella lo hizo, con la lentitud de los modos y la gravedad del canto, calmó la furiosa petulancia de ellos». Ves, por tanto, cuán más congruentemente dije yo, que esta es de algún modo de su propio derecho, a la que sirven otros sentidos, para que se digne levantarse a su obra, o descansar de su conmoción. Pues yo dije esto porque, como tú mismo confesaste, «se le consiente más que se le manda». Pues también lo que «se excita con otros estímulos, o se calma y apacigua con modulaciones», como tú mismo prosigues, ciertamente no sucedería si sirviera a la voluntad del hombre. Las mujeres, sin embargo, a las que haces inmunes de este movimiento, aunque puedan estar sujetas a la concupiscencia viril, y cuando no sufren la suya; sin embargo, cuanto también ellas mismas soportan el ímpetu de ella, al que se opone el decoro y la honestidad de las castas, que se lo pregunte a José (Gén. XXXIX). Ciertamente debiste, hombre eclesiástico, ser advertido más por la música eclesiástica que por la pitagórica, sobre lo que hizo la cítara davídica en Saúl, cuando era atormentado por un mal espíritu, y al tocar la cítara el santo respiraba de aquella molestia (1 Sam. XVI): para que no pienses que la concupiscencia de la carne es algo bueno, porque a veces se contiene con sonidos musicales.

CAPÍTULO VI.

24. Pero lo que dices exclamando, «¡Oh, cuán dignamente Jeremías con el coro de los profetas y de todos los santos exclamaba, ¿Quién dará a mi cabeza agua, y a mis ojos fuente de lágrimas?» (Jer. IX, 1), para llorar los pecados del pueblo insensato, porque la Iglesia de Cristo expulsa a los doctores del error pelagiano. Si quisieras llorar saludablemente, llorarías esto, que estás implicado en ese error, y con esas lágrimas te lavarías de esa nueva peste. ¿O ignoras, o has olvidado, o te niegas a considerar que la santa Iglesia, una, católica, también fue significada con el nombre de paraíso? ¿Qué, pues, os maravilláis si sois expulsados de este paraíso, vosotros que queréis introducir la ley que está en nuestros miembros, que se opone a la ley de la mente, en aquel paraíso del que fuimos expulsados por el Señor, y al que no podremos regresar, a menos que en este paraíso la venzamos? Pues si no es esta concupiscencia que se opone a la ley de la mente, ningún santo ejercita contra ella combate alguno. Pero tú confesaste que los santos ejercen «gloriosos combates» contra esta que tú defiendes (Supra, lib. 3, n. 42). Ella es, por tanto, la que se opone a la ley de la mente en el

cuerpo de esta muerte, de la que el Apóstol decía que se liberaba por la gracia de Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 23-25). ¿Sientes ya, finalmente, cuánto deben ser llorados con fuente de lágrimas los enemigos de esta gracia, y con cuánta observación de cuidado pastoral deben ser evitados para que no arrastren a otros a la perdición con ellos? Pues vosotros «aumentáis» con esta novedad la depravación del «tiempo decadente» que está en todos los herejes. Vosotros sois «la ruina de las costumbres», que intentáis subvertir los fundamentos de la misma fe sobre la que deben edificarse las costumbres. Vosotros sois «la destrucción del pudor», a quienes no os avergüenza alabar lo que combate el pudor. Esto debe escuchar la Iglesia, que se dice virgen, para que os evite; esto las matronas, esto las vírgenes sagradas, esto toda la castidad cristiana. Pues no dicen, como tú insinúas, «con los maniqueos, que hay una necesidad de mal en su carne»: lo cual ellos mienten que es sustancial y coeterno con Dios: pero dicen ciertamente con el Apóstol, «Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente»; que, sin embargo, está bajo el poder del alma, por la gracia de Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor, para ser castigada en el cuerpo de la muerte, para ser disuelta en la muerte del cuerpo, para ser sanada en la resurrección del cuerpo y en la muerte de la muerte. Pues mantienen la santa profesión, no solo en el hábito de la vestidura, sino también de la mente y del cuerpo, resistiendo a la concupiscencia de la carne, lo que aquí se puede hacer; no careciendo completamente de ella, lo que aquí no se puede hacer. Esto, por tanto, deben escuchar, para que mientras no carezcan de ella, os eviten. Pues si preguntaras a todos los santos, como en una audiencia santa a dos que desean recitar, si prefieren escuchar al vituperador o al alabador de la libido; ¿qué crees que responderían sobre ellos, el trabajo de los continentes, el pudor de los casados, toda la castidad? ¿Acaso rechazarían de sus oídos la vituperación de la libido, y escucharían con gusto la alabanza de la libido? No se debe pensar que la frente ha perecido tanto en las cosas, que esta deshonra sucedería, a menos que tal vez en una audiencia donde tú, al recitar, te sentaras con tus discípulos, presidiera el maestro Celestio o Pelagio.

CAPÍTULO VII.

25. De aquí pasas a otras palabras mías, donde dije: «Este movimiento, por tanto, es indecente porque es desobediente, cuando aquellos primeros hombres lo sintieron en su carne, y se avergonzaron de su desnudez, cubrieron esos miembros con hojas de higuera: para que al menos se cubriera al arbitrio de los que se avergüenzan, lo que no se movía al arbitrio de los que quieren; y porque avergonzaba lo que indecentemente agradaba, al cubrirlo se hiciera lo que es decente» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 7). Propuestas estas palabras mías, recuerdas con vana jactancia que ya destruiste esto en la disputa de tu segundo libro, y en la parte superior de este tercero, al que ahora respondo. Pero ahora, porque dije que este «movimiento» de la libido es «indecente porque es desobediente»; quieres que se piense que dije que «no está sujeta al cuerpo, no al alma, sino que siempre es indomable con fuerza feroz». Pero yo nunca dije que fuera virtud, sino vicio. Pues si no se mueve concupiscendo, ¿qué es lo que la castidad combate conteniendo? ¿Dónde están aquellas cosas que confesaste que se ejercen contra ella, los «gloriosos combates» de los santos? Por tanto, en cuanto atañe a la castidad, lo que se conserva con la expugnación, opresión, refrenamiento de esa libido, y no permitiéndola en absoluto a lo ilícito, dices lo mismo que yo: pero lo que debe ser expugnado, oprimido, refrenado, para que no arrastre a lo ilícito, a lo que no cesa de aspirar, tú dices que es bueno, no yo. ¿Quién de nosotros dice la verdad, que lo juzguen los castos, escuchando no a tu lengua, sino a su experiencia. Que lo juzgue el Apóstol, diciendo, «Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente».

26. «Pero los Paternianos,» dices, «y los mismos herejes Venustianos, similares a los maniqueos, dicen que desde los lomos hasta los pies el diablo hizo el cuerpo del hombre, y

que las partes superiores las colocó Dios como sobre una base; y añaden que no se requiere nada del esfuerzo del hombre, sino que el alma, que dicen habitar en el estómago y la cabeza, se mantenga pura: pero que si la pubis se mancha con todas las inmundicias de los delitos, dicen que no pertenece a su cuidado. Así siempre,» dices, «para servir turpemente a la libido, le afijan el título de su propia potestad. Con la semejanza de esta sentencia,» afirmas que puse en mi libro: «Se cubría al arbitrio de los que se avergüenzan, lo que no se movía al arbitrio de los que quieren; y que no sirviendo a la voluntad, la libido enciende el cuerpo por su propio derecho.» ¿Acaso podrás escapar de la fuerza de la verdad, porque nos imputas calumniosamente como socios de la falsedad? Pues lo que yo puse en mi libro, al que ojalá hubieras preferido ceder antes que resistir, está muy lejos de estos Paternianos o Venustianos. Pues yo, según la fe católica, atribuyo todo el hombre, es decir, toda el alma y todo su cuerpo, al sumo y verdadero Dios creador: pero digo que el diablo no creó la naturaleza humana ni ninguna parte de ella, sino que la vició; y que contra esa plaga diabólica, que debe ser sanada con la ayuda de Dios, debemos luchar hasta que seamos completamente liberados de ella: ni el alma, por la cual vive el cuerpo, puede ser mantenida completamente pura, en cuanto el hombre es puro en esta vida, si consiente a la concupiscencia de la carne para perpetrar delitos y cosas inmundas. Por tanto, en cuanto a esta calumnia tuya, ¿acaso tienes algo que decir contra esto? Y si es poco, he aquí que condeno y anatematizo lo que dijiste que sienten los Paternianos o Venustianos; añadido también a los maniqueos: a ambos con los demás herejes los execró, condeno, anatematizo, detesto. ¿Qué buscas más? Despójate de calumnias, lucha con fuerzas, no con fraudes. Responde de dónde viene, a menos que se le resista, ninguna castidad se conserva. Ciertamente no es naturaleza y sustancia, según los Venustianos y Maniqueos: si tampoco es un vicio de la naturaleza, ¿qué es? Se levanta, lo oprimo; se resiste, lo refreno; se opone, lo expugno. En toda mi alma y todo mi cuerpo tengo al creador Dios de la paz: ¿quién sembró en mí esta guerra? Resuelve, Apóstol, la cuestión, y responde: «Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron» (Rom. V, 12). Pero no quiere Julián. Y a esto, bienaventurado Apóstol, responde: «Si alguien os anuncia algo diferente de lo que habéis recibido, sea anatema» (Gál. I, 9).

27. Pero «si cierro los ojos,» como dices, «profesaré que el mal de la libido es invicto, seré defensor de la deshonra: pero si digo que, aunque dije que este mal es natural, puede ser vencido, es decir, puede ser evitado;» inmediatamente tú, en otra parte de tu sentencia, te regocijas. «Pues los hombres pueden,» dices, «evitar todo pecado, cuando pueden vencer el mal de la concupiscencia. Pues si la libido es un mal natural, y se vence por el amor a la virtud; mucho más» dices «todos esos vicios que ocurren solo por la voluntad pueden ser superados.» Ya se ha respondido de muchas maneras a estas cosas vuestras, y a menudo. Porque mientras vivimos aquí, donde la carne concupisce contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17), por mucho que en este conflicto seamos superiores, y no presentemos nuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, obedeciendo a sus deseos (Rom. VI, 13, 12); sin embargo, para no hablar de los sentidos del cuerpo, y en las cosas en las que lícitamente usamos, los excesos de la voluptuosidad que se infiltran, ciertamente en los mismos movimientos y afectos de nuestra cogitación, si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan I, 8). En vano, por tanto, te regocijas en otra parte de tu sentencia: a menos que tal vez repudies sacrílegamente la sentencia del apóstol Juan. Pero ahora se trata de que yo también digo que la libido es natural, porque con ella nace todo hombre; y tú mucho más, que dices que con ella fue creado el primer hombre. También digo que la libido debe ser vencida, y que para vencerla se debe resistir y oponerse, y tú, para no escuchar de mí lo que tú mismo me dijiste, «profesar que eres defensor de la deshonra, si niegas que la libido debe ser vencida»: que

ciertamente no se vence si no se libra ninguna guerra contra ella. Pues si ambos decimos que la libido es tanto natural como puede ser vencida; ¿vencemos un bien o un mal, es la cuestión entre nosotros. Pero mira cuán absurdo eres, que así quieres expugnar a la libido como enemigo, y no quieres terminar la cuestión sobre su maldad; para que si el diablo de la concupiscencia no te vence en la adversidad, te venza en la perversidad de la sentencia.

28. ¿Aún no despiertas para entender que no es nuestra naturaleza, sino un vicio, contra el cual luchamos con virtud? Pues no vencemos un bien con un bien, sino un mal con un bien. Considera con quién vence, con quién es vencida. Pues cuando la libido vence, también vence el diablo: cuando la libido es vencida, también el diablo es vencido. Por tanto, a quien vence la libido, y por quien es vencida, es su enemigo: pero con quien vence y es vencida, es su autor. Te ruego, abre los ojos y ve lo que está abierto. No hay lucha sin mal. Pues cuando se lucha, o el bien lucha contra el mal, o el mal contra el mal, o si dos bienes luchan entre sí, esa lucha es un gran mal. Lo que en el cuerpo sucede cuando las cosas de las que consta, es decir, lo húmedo y lo seco, lo caliente y lo frío, aunque son contrarias entre sí, no mantienen la paz y la concordia consigo, nacen enfermedades y dolencias. Y ¿quién se atrevería a decir que alguna de ellas no es buena; cuando toda criatura de Dios es buena, y en el himno de los tres jóvenes bendicen al Señor el frío y el calor (Dan. III, 67)? Que aunque son contrarias entre sí, sin embargo, para la salud de las cosas, mantienen la concordia: pero cuando en nuestro cuerpo discrepan, y se oponen entre sí, se turba la salud. Y todo esto, como la misma muerte, descende de la propagación de aquel pecado. Pues nadie diría que también esto lo hubiéramos sufrido en aquella bienaventuranza del paraíso, si nadie hubiera pecado. Pero otras son las cualidades de las cosas corporales, que se templan entre sí por los contrarios para que estemos bien; y aunque son buenas en diverso género, sin embargo, cuando discrepan, causan mala salud; y otras son las concupiscencias del alma, que por eso se llaman de la carne, porque según la carne concupisce el alma, cuando concupisce de tal manera que el espíritu, es decir, su parte mejor y superior, debe oponerse a ella. Por último, estos vicios no buscan médicos de cuerpos, sino que se curan con la gracia de Cristo: primero, para que no retengan con culpa; luego, para que no venzan en el conflicto; finalmente, para que completamente sanados no quede en absoluto. Por tanto, como es malo concupiscer mal, y es bueno concupiscer bien, y esta guerra no cesa mientras vivimos aquí, cuando la carne concupisce contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte, sino la gracia de Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor? A cuya gracia tenemos vuestro dogma demasiado enemigo.

29. Pero tú, hombre valiente, aunque no administrador, ciertamente exhortador y predicador de guerras nocturnas, dices que es "una opinión débil y blanda" creer que en el paraíso los genitales podían obedecer al deseo de la voluntad. Pues te parece que el ánimo es tanto más afeminado cuanto más poder tiene sobre el cuerpo. Pero he aquí que no discutimos con vosotros sobre la presencia o ausencia de la libido, ni ofendemos el amor que vemos que le debéis; al menos sometedla al imperio de la voluntad en aquel lugar de felicidad. Quitad de allí la evidente lucha que se produce cuando la mente se resiste a su movimiento: quitad de allí la paz vergonzosa que se produce cuando la mente se somete a su dominio. Y ciertamente, porque no la veis tal como la constituiríais allí, si no sois llamados por la razón, sois obligados por la vergüenza, confesáis que en su estado actual es un vicio original; al cual, si servimos, perecemos, y al cual nos oponemos para no servirle. He aquí lo que alabas, y no temes que más bien debas decirte a ti mismo que incitas a los hombres a los vicios, para que no resistan a la concupiscencia, la cual recomiendas como un bien natural. Pues, ¿de qué te sirve reprender su exceso, si apruebas su movimiento? Porque entonces excede el límite lícito cuando se cede a sus movimientos. Sin embargo, es mala incluso cuando no se cede;

porque se resiste al mal para que no perezca el bien de la castidad, si no se resiste a este mal. Cuando tú dices que es buena por naturaleza, astutamente decides que siempre se le debe consentir; para que no se resista con un esfuerzo impropio al bien natural. Así, ciertamente, también puede ser verdadera vuestra sentencia, en la que decís que el hombre puede estar sin pecado si quiere. Pues no hay manera de hacer lo que no está permitido, cuando está permitido todo lo que se desea, porque es bueno lo que naturalmente se desea. Si, por tanto, están presentes, que disfrute de los placeres: si no están presentes, que se deleite con sus pensamientos, como le pareció a Epicuro, y estará sin pecado, ni se privará de ningún bien: ni resistirá a las opiniones de cualquier doctrina contra los movimientos naturales, sino que, como dice Hortensio, "obedecerá a la naturaleza cuando sin maestro sienta lo que la naturaleza desea" (Diálogo de Cicerón, llamado Hortensio). Pues no puede desear lo que es malo, ni se le puede negar ningún bien a lo que es bueno. Que se haga, por tanto, todo lo que desea la buena libido, para que no sea malo quien resiste al bien.

30. No digo esto, dirás, y es injusto que sospeches que siento algo diferente de lo que digo. No hagas, pues, lo que no quieres sufrir, y digas "que invitamos a los dulces robos, cuando recitamos al Apóstol diciendo: Sé que no habita en mí, esto es, en mi carne, el bien" (Rom. VII, 18). Pues aunque aquí no perfeccionan el bien que quieren, para no desear; sin embargo, hacen el bien, para no seguir sus concupiscencias (Ecli. XVIII, 30). Pues si os parece que enseñáis la castidad, cuando decís: No seas vencido por el bien, sino vence en el bien el bien; cuánto más la enseñamos nosotros, cuando decimos: No seas vencido por el mal, sino vence en el bien el mal (Rom. XII, 21). Mira cuán injusto es que no creas que combatimos lo que vituperamos, cuando no quieres que se crea que desees disfrutar de lo que alabas. ¿Cómo no pueden ser castos los enemigos de la libido, si pueden ser castos sus amigos? Por lo tanto, negando el pecado original, y envidiando a los niños el salvador Jesús, queréis introducir la ley del pecado que se opone a la ley de la mente en el paraíso antes del pecado, lo cual refutamos en vosotros con esta obra. De lo que no vemos en vosotros ni oímos de vosotros, no queremos ser jueces: nada nos importa lo que hagan en secreto los abiertos defensores de la libido.

CAPÍTULO VIII.

31. Cuando, en verdad, con mis palabras propuestas, aquella distinción mía, que puse sobre los matrimonios y la concupiscencia de los primeros hombres, diciendo: "Lo que ellos hicieron después por propagación, esto es el bien del matrimonio; lo que primero cubrieron con confusión, esto es el mal de la concupiscencia" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 8): pensaste que debía ser refutada diciendo: "No puede ser que lo que es bueno no tenga en común con ello la alabanza, sin la cual no puede existir;" queriendo así que una y la misma alabanza sea común al matrimonio y a la libido: cómo se derrumba esta tu sentencia definitiva, atiende un poco. Primero, que el universo de cosas que Dios creó, no puede existir sin males, ni por ello los males pueden tener en común la alabanza con los bienes. Luego, si "no puede ser que lo que es bueno no tenga en común con ello la alabanza, sin la cual no puede existir;" ciertamente lo que es malo, no puede ser que no tenga en común con ello la vituperación, sin la cual no puede existir. Vituperemos, por tanto, las obras de Dios, como vituperamos los males que sin ellas no pueden existir. Pues no hay mal alguno sino en alguna obra de Dios, ni puede existir en absoluto sin ella. Vitupera, pues, para no enviarte más lejos, los miembros humanos, como vituperas los adulterios, que sin esos miembros no pueden existir. Si no lo haces, para no parecerte a ti mismo manifiestamente insano: puede, por tanto, el bien del matrimonio no tener en común la alabanza con la libido, sin la cual ahora no puede existir; así como cualquier mal puede no tener en común la vituperación con la obra de

Dios, sin la cual nunca puede existir. Así como esta tu definición es falsa e inútil, así todo lo que de ella has enlazado como consecuencia.

32. Nunca he dicho "invicta" la "voluptuosidad de la carne," como me acusas de "soler hacerlo." Ambos decimos que debe y puede ser vencida: pero tú como un bien que se opone a otro bien, yo como un mal que se opone al bien; y tú con tus propias fuerzas, yo con la gracia del Salvador, para que no sea vencida por otra reproable codicia, sino por la caridad de Dios, que no se difunde en nuestros corazones por nuestras fuerzas, sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5).

33. En cuanto a la "confusión" de aquellos hombres y sus "partes vergonzosas cubiertas," en vano te recuerdas de haber mostrado algo con el testimonio del Apóstol. Pues tú dices "más vergonzosas" lo que él llama deshonestas: sobre lo cual ya hemos discutido lo suficiente. Tú, por tanto, en vano recurres de nuevo a Balbo y a las letras de los filósofos: como si Balbo te hiciera hablar, cuando sobre aquella confusión de los primeros hombres no puedes encontrar qué decir. Si al menos en algunas sentencias verdaderas cedieras a las letras de los filósofos, no escucharías con corazón sordo aquello que dijeron que las voluptuosidades son los cebos y las atracciones de los males, y que la libido es la parte viciosa del alma. Pues lo que Balbo dijo sobre los lugares de digestión en nuestro cuerpo, que están alejados de los sentidos, es verdad, porque lo que digerimos no atrae nuestros sentidos, sino que los ofende: por eso la parte por la que se excretan, naturalmente está oculta por otras partes que sobresalen a ambos lados, como también lo estaban entonces cuando desnudos no se avergonzaban, quienes después del pecado inmediatamente no ocultaron, sino que claramente cubrieron los miembros expuestos. Cuanto más no se ofendía la vista con horror, sino que se atraía con deleite, y movía tu aceptación; tanto más cubrirlos pertenecía al deber del pudor.

34. Pero lo que dije sobre la "claudicación y la llegada" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 8), si no actúas con engaño, no lo entendiste. No quise que se entendiera por "llegada" al hombre que nace del concubito conyugal, como piensas o finges que sentí: sino que llamé "llegada" al bien que tienen las nupcias en el fin de su oficio, aunque no nazca nadie de ello. Pues sembrar corresponde al hombre, recibir a la mujer. Hasta aquí pueden llegar los cónyuges con su obra. A esto dije que no se puede llegar sin claudicación, esto es, sin libido. Pero para que se conciba y nazca el feto, es obra divina, no humana: aunque con esa intención y voluntad, también el bien que pertenece a su obra, lo realizan las nupcias. Pero como el mismo feto nace para la condenación, si no renace; hasta allí se extienden, no con el fin de su obra o como caminando, sino con el fin de la voluntad los matrimonios cristianos, para que engendren a quienes deben ser regenerados: por lo cual en ellos es verdadera, esto es, agradable a Dios, la castidad. Pues sin fe es imposible agradar a Dios (Hebr. XI, 6).

CAPÍTULO IX.

35. Luego llegas a aquello donde tratamos del testimonio del Apóstol, para que cada uno sepa poseer su vaso, es decir, su esposa, no en la enfermedad del deseo, como los Gentiles que no conocen a Dios (I Tes. IV, 4, 5): lo cual exponiendo dije, "No fue prohibido el concubito conyugal, esto es, lícito y honesto, sino que la causa de esta obra sea la voluntad de la prole, no el placer de la carne; y lo que no puede hacerse sin libido, sin embargo, se haga de tal manera que no se haga por libido" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, nn. 9, 16). Allí exclamas: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios (Rom. XI, 33)! quien fuera de la futura retribución de las obras quiso que el libre albedrío en gran parte cumpliera la forma del juicio. Pues justísimamente se le encomienda a sí mismo el hombre bueno," dices, "y el malo, para que el bueno se disfrute a sí mismo, y el malo se

padezca a sí mismo." Esta exclamación tuya no tiene relación con el asunto que sientes que te urge: ni con tu clamor alivias el peso que te oprime, defendiendo obstinadamente tu impío dogma, en el que os place que incluso el hombre bueno sea encomendado a sí mismo por el juicio divino, para que no le sea necesaria la gracia de Dios, como si fuera capaz de conducirse a sí mismo. Pero lejos esté que sea así. Ciertamente, los que se encomiendan a sí mismos y se conducen a sí mismos, no son buenos, porque no son hijos de Dios. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14). Creo que reconoces en esta sentencia el dogma apostólico, que subvierte el vuestro.

36. Sin embargo, dices algo contra ti mismo, que no debo pasar por alto en silencio. ¿Recuerdas cuánto tiempo discutiste contra la clarísima verdad extraída por el Apóstol, afirmando que "de ninguna manera puede haber algo que sea a la vez pecado y castigo del pecado?" ¿Qué es, entonces, ahora, que olvidado de tanta locuacidad tuya, alabas la profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, porque "fuera de la futura retribución de las obras quiso que el libre albedrío en gran parte cumpliera la forma del juicio? Justísimamente, pues, como defines, "se le encomienda a sí mismo el hombre bueno y el malo, para que el bueno se disfrute a sí mismo," ciertamente en la obra buena; "y el malo se padezca a sí mismo," ciertamente en la obra mala. Lo cual, sin duda, para él es pecado, porque hace el mal; y castigo del pecado, porque se padece a sí mismo el mal: para que en gran parte el libre albedrío ya cumpla la forma del juicio, por el cual se retribuyen los bienes a los buenos y los males a los malos, en el cual el bueno se disfruta a sí mismo actuando rectamente, y el malo se padece a sí mismo pecando. Ves, sin duda, cuando jactanciosamente agitas tus armas vanas y embotadas, cómo te has desnudado para ser herido; más bien, te has herido a ti mismo. Y además, jactas que mis dichos son entre sí contrarios; porque dije, no como tú calumnias, "que el concúbito de los cuerpos fue inventado por el diablo;" aunque si nadie hubiera pecado, no nacerían hijos sino con el concúbito de ambos sexos: sino que dije, "que la desobediencia de la carne que aparece en la carne concupiscente contra el espíritu, fue causada por la herida diabólica." Y de nuevo, porque dije, "que esta ley del pecado que se opone a la ley de la mente fue impuesta por Dios como castigo, y por eso es castigo del pecado." Aseveras que estas son entre sí contrarias: como si no pudiera ser que un mismo mal sea infligido a los pecadores tanto por la iniquidad del diablo como por la equidad de Dios; cuando incluso el mismo diablo es hostil a los hombres por su propia malicia, y por el juicio de Dios se le permite dañar a los pecadores. Ni por esto se contradicen entre sí las divinas escrituras, porque está escrito, Dios no hizo la muerte (Sab. I, 13); y también está escrito, Vida y muerte están en manos del Señor Dios (Ecli. XI, 14). Porque el engañador del hombre, el diablo, es la causa de la muerte, la cual no como primer autor de ella, sino como vengador del pecado, Dios infligió. Pero tú mismo has resuelto suficientemente esta cuestión, quien dijiste que el hombre malo se le encomienda a sí mismo, para que lo que es su propio castigo, sea también juicio divino, y el mismo libre albedrío; ni son entre sí dos cosas contrarias, que en su castigo él mismo sea autor, y Dios vengador.

37. Abusas, sin embargo, de los ingenios más lentos. No quiero decir que tú mismo no entiendes, para no discernir estas dos cosas, y con maligna astucia o ceguera oscura confundas la voluntad y la voluptuosidad: y como los mismos nombres suenan igual a oídos medio sordos, así confías en poder persuadir a otros con corazones medio sordos que las cosas mismas son una y la misma. De aquí que pienses o desees que mis sentencias sean entre sí contrarias, como si desaprobara lo que antes aprobé, o abrazara lo que antes rechacé. Escucha, pues, mi sentencia clara, y entiende o deja que otros entiendan, no vertiendo las nieblas de una oscura disputa sobre la serenidad de la verdad más sincera. Así como es bueno usar bien de los males, así es honesto usar bien de lo deshonesto. Por lo cual, incluso los

misimos miembros no por la belleza de la obra divina, sino por la fealdad de la libido, el Apóstol los llamó deshonestos (I Cor. XII, 23). Ni son forzados a los estupro por necesidad los que son castos: porque resisten a la libido deshonesto, para que no los obligue a cometer lo deshonesto, sin la cual, sin embargo, no pueden procrear hijos honestamente. Así sucede que los cónyuges castos tienen voluntad en la procreación de la prole, y necesidad en la libido. Pues en lo deshonesto se actúa honestamente procreando, cuando la castidad no ama la libido, sino que la tolera al concubir.

38. Suelas recordar con gusto las sentencias de autores seculares que crees que te ayudan. Mira con corazón honesto, si puedes, lo que el poeta Cato cantó: Urbi (dice) es padre, y esposo de la ciudad; Cultor de la justicia, guardián del rígido honor, Bueno para el bien común; y en ningún acto de Cato Se deslizó la voluptuosidad nacida y se llevó parte para sí. (Lucano, Farsalia, lib. 2, vers. 388-391). Pues qué tipo de hombre fue Cato, y si en él se alabó la verdadera virtud y honestidad, es otra cuestión: sin embargo, a cualquier fin que refiriera sus deberes, ciertamente no procreó hijos sin voluptuosidad; y sin embargo, en ningún acto de Cato se deslizó la voluptuosidad nacida y se llevó parte para sí: porque incluso lo que no hacía sin voluptuosidad, no lo hacía por voluptuosidad; ni poseía su vaso en la enfermedad de este deseo, aunque ignorara a Dios; si fue tal como se le alaba. Y no quieres entender lo que dice el Apóstol, Para que cada uno sepa poseer su vaso, no en la enfermedad del deseo, como los Gentiles, que no conocen a Dios.

39. Bien distingues entre el bien menor del matrimonio y el bien mayor de la continencia: pero no abandonas tu dogma enemigo de la gracia. Dices, pues, "que el Señor honró la gloria de la continencia con la libertad de elección, diciendo, Quien pueda aceptar esto, que lo acepte;" como si esto se aceptara no por el don de Dios, sino por la libertad del albedrío: y callas lo que dijo antes, No todos pueden aceptar esta palabra, sino aquellos a quienes les es dado (Mat. XIX, 12, 11). Mira lo que callas, lo que dices. Creo que te pica la conciencia: pero vence el temor recto, cuando impone el pudor perverso, de cualquier manera ya se debe defender la sentencia precipitada. Solamente culpas repetidamente el exceso de la libido, no cesas de alabarla. Ni atiendes, sientes, entiendes que es malo aquello a lo que se ve obligada la templanza a resistir para que no exceda el límite de la necesidad.

40. Aunque tú, lo que advirtió el Apóstol, que cada uno posea su vaso no en la enfermedad del deseo, pensaste que debía entenderse no del matrimonio, sino de la fornicación; y así quitaste toda la honestidad de la templanza del concubito de los cónyuges, para que nadie se vea a sí mismo poseyendo su vaso en la enfermedad del deseo, por más que pueda enloquecer de libido en los genitales de su esposa. Pues si pensabas que debía mantenerse algún límite allí, pudiste también allí reprender el exceso de la concupiscencia, y decir que el Apóstol significó con la enfermedad del deseo, y no impropriamente negar que se dijo que su vaso era su esposa. Con esta palabra también el apóstol Pedro se refiere, cuando aconseja que los maridos den honor a sus esposas como a un vaso más débil, como coherederas de la gracia; añadiendo y diciendo, Y mirad que no se impidan vuestras oraciones (I Pedro III, 7). Así como también su coapóstol prescribe tiempos de oración para la templanza conyugal: y según la concesión, aunque con la esposa, no con la intención de la prole, sino con la intención del placer (I Cor. VII, 5, 6). Que escuchen esto los matrimonios cristianos, no a ti, que quieres que en ellos la concupiscencia que defiendes nunca se frene, sino que cada vez que se mueva, se sacie ávida, reine segura. Que escuchen esto, digo, los fieles de Cristo que están unidos en matrimonio, para que de común acuerdo se abstengan, para que se dediquen a la oración: y cuando vuelvan a lo mismo por su intemperancia, sepan también decir a Dios, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12). Pues lo que se dice según la concesión, no según el mandato de tan gran maestro, ciertamente se perdona, no se ordena.

CAPÍTULO X.

41. Pero al insertar otras palabras mías, donde recomendé la voluntad de los verdaderos piadosos, porque son cristianos, esposos que engendran hijos en este mundo para que sean regenerados en Cristo para el otro mundo (*De Nuptiis et Concupiscentia*, lib. 1, n. 9); recuerdas que ya en el segundo libro destruiste mi sentencia: donde respondí, que lean allí quienes quieran. Pues no se deben cometer adulterios, incluso con la voluntad de engendrar a quienes serán regenerados, así como tampoco se deben cometer robos, incluso con la voluntad de alimentar a los santos pobres: lo cual, sin embargo, debe hacerse, no perpetrando robos, sino usando bien el mamón de la iniquidad, para que ellos también nos reciban en las moradas eternas (*Luc. XVI, 9*); así como no cometiendo adulterios, sino usando bien conyugalmente el mal de la libido, con la voluntad de engendrar hijos, para que con ellos se reine eternamente.

42. Sin embargo, elogias elegantemente tu aceptación, diciendo, y diciendo la verdad, "que nada puede pensarse mientras se concibe." Así es, ciertamente. ¿Qué puede pensarse entonces, cuando la misma mente que piensa se sumerge en ese deleite carnal? De donde aquel que disputaba sobre el placer, cuyas palabras ya puse en el libro anterior, dijo excelentemente: "Cuanto mayor es el movimiento, tanto más enemigo es de la filosofía. Pues el gran placer del cuerpo no puede concordar con la reflexión. ¿Quién, mientras disfruta del placer," dice, "el mayor que pueda existir, puede atender con el ánimo, razonar, o pensar en absoluto?" (*Supra*, n. 72, ex *Ciceronis Hortensio*). Por tanto, no pudiste acusar más gravemente que alabas, a menos que admitas que en su ímpetu nadie puede pensar en cosas santas. Pero ciertamente el alma religiosa, usando bien este mal, piensa en soportar la libido al unirse, lo que no puede pensar mientras lo sufre. Así como el hombre piensa en la salud para entregarse al sueño, lo cual ciertamente no puede pensar mientras duerme: pero el sueño, cuando ocupa los miembros, no los hace desobedientes a la voluntad; porque también aleja la voluntad de su dominio, desviando el alma hacia las visiones de los sueños, en las cuales a menudo incluso se han mostrado cosas futuras. Por lo tanto, si en el paraíso había una alternancia de vigilia y sueño, donde no había mal de concupiscencia; los sueños de los durmientes eran tan felices como la vida de los vigilantes.

43. Pero te jactas, y difundes vanamente un discurso espumoso, "comparando a los padres con parricidas, afirmando que en ellos está la causa de que los hijos nazcan con condenación:" te dejas llevar por tu lengua como si tuviera alas exultantes y aplaudientes, y en este ruido que tú mismo haces, no miras a Dios. ¿Por qué no se dice esto o algo similar más bien al Creador de los hombres que a los progenitores, quien ciertamente es el autor y creador de todos los bienes? Y sin embargo, a quienes previó arder en fuegos eternos, no deja de crear: ni se le imputa otra cosa que bondad por crearlos. Y a algunos niños incluso bautizados, que previó que serían apóstatas, no los quita de esta vida para el reino eterno adoptados, ni les confiere el gran beneficio que se lee de aquel que fue arrebatado para que la maldad no cambiara su entendimiento (*Sap. IV, 11*). Sin embargo, a Dios se le atribuye solo bondad y justicia, por las cuales hace todo bien y rectamente de los buenos y malos. Cuánto más fácil es entender que a los padres no se les debe atribuir más que el querer hijos, quienes sin duda no saben lo que les depara el futuro.

CAPÍTULO XI.

44. Pero lo que recordaste del Evangelio, "Mejor le fuera a ese hombre no haber nacido" (Matth. XXVI, 24); ¿acaso no fue más obra de Dios que de los padres que naciera? ¿Por qué no le otorgó a su imagen lo que era mejor, quien sabía el mal que le iba a suceder, lo cual los padres no pueden saber? Y sin embargo, por quienes entienden correctamente, no se atribuye a Dios más que lo que debe atribuirse a la benignidad del Creador. Así también a los padres se les atribuye, sin el nudo de una cuestión difícil, que quisieron hijos, cuyo futuro desconocían. Sin embargo, no digo que los pequeños que mueren sin el Bautismo de Cristo deban ser castigados con tal pena que les hubiera sido mejor no nacer; ya que el Señor no dijo esto de cualquier pecador, sino de los más malvados e impíos. Pues si lo que dijo de Sodoma, y ciertamente no quiso que se entendiera solo de ellas, uno será castigado más tolerablemente que otro en el día del juicio (Id. X, 15, et XI, 24); ¿quién dudará que los pequeños no bautizados, que solo tienen el pecado original y no están agravados por pecados propios, estarán en la condenación más leve de todas? Aunque no puedo definir cuál y cuán grande será, no me atrevo a decir que les hubiera convenido más no existir que estar allí. Pero ustedes también, que sostienen que están libres de toda condenación, no quieren pensar en qué condenación los castigan, alejando de la vida de Dios y del reino de Dios tantas imágenes de Dios, finalmente separándolos de los padres piadosos, a quienes tan elocuentemente exhortas a procrearlos. Sin embargo, sufren esto injustamente, si no tienen ningún pecado en absoluto: o si justamente, entonces tienen pecado original.

45. Luego, después de proponer mis palabras, en las que recordé cuán honestamente usaron los santos padres antiguos a sus esposas; dices "que no se dedicaron a la procreación con la intención de engendrar hijos como reos que debían ser lavados por el Bautismo, ya que el Bautismo por el cual ahora somos adoptados aún no había sido instituido" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 9). Esto que dices del Bautismo es cierto: sin embargo, no por eso se debe creer que antes de la circuncisión dada, los siervos de Dios, puesto que tenían fe en el Mediador que vendría en la carne, no ayudaron a sus pequeños con ningún sacramento suyo; aunque por alguna causa necesaria la Escritura quiso que esto permaneciera oculto. Pues también leemos de sus sacrificios (Levit. XII), en los cuales ciertamente se figuraba aquella sangre que solo quita el pecado del mundo (Joan. I, 29). Más claramente, ya en el tiempo de la ley, se ofrecían sacrificios por los pecados de los pequeños que nacían. Responde, ¿por cuáles pecados? Observa también que a los padres que engendraban se les decía que el alma del pequeño perecería del pueblo si no era circuncidado al octavo día (Gen. XVII, 14): y responde por qué mérito perecería, a quien niegas estar sujeto al pecado original.

CAPÍTULO XII.

46. Ahora bien, "sobre José, cuya María" según el testimonio del Evangelio "llamé esposa" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 12), disputas mucho tiempo contra mi sentencia, y tratas de mostrar que "porque faltó el concúbito, de ninguna manera fue matrimonio": y por lo tanto, según tú, cuando los esposos dejan de unirse, ya no serán esposos, y esa cesación será divorcio. Para que esto no suceda, actúen como puedan los ancianos lo que hacían los jóvenes, y no se abstengan de esta obra que incluso a ti, que eres continente, te deleita demasiado, ni perdonen a sus cuerpos envejecidos. No piensen que han envejecido en cuanto a los incentivos de la libido, para que puedan seguir siendo esposos. Si esto te agrada, tú verás. Pero yo (porque la honestidad humana consiente que las esposas sean tomadas para procrear hijos, de cualquier manera que la debilidad ceda a la libido), además de la fidelidad que los esposos se deben para que no haya adulterios, y la prole para cuya generación se debe mezclar ambos sexos, advertí también un tercer bien que debe estar en los esposos, especialmente pertenecientes al pueblo de Dios, que me pareció ser algún sacramento, para que no haya divorcio ni de la esposa que no puede parir, ni como se dice que hizo Catón

(Plutarch. en su Vida, y Lucan. lib. 2), para que no sea entregada a otro para procrear más hijos (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 11). Por esto, en lo que según el Evangelio llamé matrimonio, dije que se completaron los tres bienes del matrimonio; "fidelidad, porque no hubo adulterio; prole, el mismo Señor Cristo; sacramento, porque no hubo divorcio." No porque dije que todo el bien del matrimonio, es decir, este bien tripartito, se completó en los padres de Cristo; por eso debo ser considerado haber dicho esto, como insinuas, "para que cualquier otra cosa sea vista como mala." Pues digo que el matrimonio es bueno de otra manera, donde la prole no puede ser procreada sino por el concúbito. Si pudiera ser de otra manera, y sin embargo los esposos se unieran, cederían claramente a la libido, y usarían mal ese mal: pero cuando para lo que ambos sexos fueron instituidos, no nace un hombre sin su mezcla; por esto, los esposos mezclados usan bien ese mal: si además buscan placer de la libido, lo hacen mal venialmente.

47. "Como esposo," dices, "José era en la opinión de todos." Según esta opinión, no según la verdad, quieres que se entienda que la Escritura habló, al llamar a María su esposa. Podríamos pensar que el evangelista pudo haber hecho esto, cuando narraba sus propias palabras o las de cualquier otro hombre, para hablar según la opinión de los hombres: ¿acaso el ángel hablando uno a uno, contra la conciencia tanto suya como de aquel a quien hablaba, habría hablado según la opinión más que según la verdad, quien le dijo, "No temas recibir a María tu esposa"? Además, ¿qué necesidad había de llevar las generaciones hasta José (Matth. I, 20, 16), si no se hizo con esa verdad en la que en el matrimonio el sexo masculino sobresale? Lo cual, cuando lo puse en el libro al que respondes (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 12), temiste tocarlo por completo. Pero el evangelista Lucas dice del Señor, que "se suponía que era hijo de José" (Luc. III, 23); porque así se suponía, que se creía que había sido engendrado por su concúbito. Quiso remover esta falsa opinión, no negar que María era la esposa de ese hombre, contra el testimonio del ángel.

48. Aunque tú mismo también admites "que recibió el nombre de esposa por la fidelidad del desposorio." Esa fidelidad ciertamente permaneció inviolada. Pues cuando la vio ya virgen sagrada dotada de fecundidad divina, él no buscó otra esposa: ya que ciertamente no habría buscado esta, si no necesitara una esposa. Pero no juzgó que el vínculo de la fidelidad conyugal debía ser disuelto porque la esperanza de la unión carnal fue quitada. Sin embargo, piensa lo que quieras sobre este matrimonio; nosotros no decimos, como calumnias, "que los primeros esposos fueron instituidos de tal manera que fueran esposos sin la mezcla de ambos sexos": sino si en el paraíso antes del pecado la carne deseaba contra el espíritu; o si ahora en los esposos esto no sucede, cuando incluso por la castidad conyugal se cohibe el exceso de esa concupiscencia; y si no es un mal, al que no se debe consentir para que no vaya a su exceso; y si no nace con esa concupiscencia y de ella, a la que niegas que haya mal alguno; y si alguien puede ser liberado de un mal no engendrado sino por la regeneración; esto es lo que discutimos entre nosotros. En estas cuestiones, la verdad católica transmitida desde antiguo sofoca vuestra impía novedad.

CAPÍTULO XIII.

49. Pero lo que pensaste que debías acumular testimonios de las Sagradas Escrituras, para probar lo que no es cuestión entre nosotros, "que el hombre es creado por Dios," lo cual no es lícito negar de cualquier gusano; ¿a qué se debió, sino a que parecía que buscabas campos de palabras donde correr ventosa e inútilmente? Pero cuando también aduces tan locuazmente el testimonio del santo Job, ¿por qué no se te ocurrió lo que dice el mismo hombre de Dios, cuando hablaba de los pecados humanos, que nadie es limpio de inmundicia, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 5, según LXX)? Pues que la

misericordia se otorga a grandes y pequeños por aquel de quien es la salvación de hombres y bestias, y que hace salir su sol sobre buenos y malos (Matth. V, 45), ¿quién lo negará, sino quien no cree que Dios existe, o que se preocupa por las cosas terrenales? Lo cual tú, como si lo disputáramos, quisiste enseñar con el testimonio del santo Job, porque dijo, "Me formaste con huesos y nervios, me diste vida y misericordia" (Job X, 11, 12). Donde ciertamente él pudo no significar a todo hombre, sino dar gracias de sí mismo, porque no lo abandonó al nacer carnalmente, sino que le otorgó misericordia para que viviera verdaderamente, es decir, viviera justamente, quien lo creó. O ciertamente porque la vida que obtuvo al nacer era poca cosa, por eso añadió, "y misericordia"; para que no permaneciera naturalmente hijo de ira como los demás, y no fuera hecho entre los vasos de ira, sino entre los vasos de misericordia.

50. Pero ¿por qué el fiel no es culpable del mal que le acompaña y está en sus miembros, y sin embargo el que nace de ese mal trae culpa, ya lo hemos dicho no sé cuántas veces. Pues al fiel este beneficio le otorgó la regeneración, no la generación. Por lo tanto, la prole debe ser liberada de esta culpa, de donde el padre fue liberado.

CAPÍTULO XIV.

51. Pero algo grande te enseñó la dialéctica, "que una cosa que está en un sujeto no puede existir sin esa cosa en la que está sujeta. Y por eso" piensas "que el mal que está en el padre, como en un sujeto, no puede transmitir culpa a otra cosa, es decir, a la prole, a la que no llega." Correctamente dirías esto, si el mal de la concupiscencia no llegara del padre a la prole: pero como sin él nadie es sembrado, así sin él nadie nace; ¿cómo dices que no llega a donde pasa? Pues no Aristóteles, cuyas categorías insensatamente saboreas, sino el Apóstol dice: "Por un hombre el pecado entró en el mundo; y pasó a todos los hombres" (Rom. V, 12). Y ciertamente esa dialéctica no te miente, sino que no entiendes. Pues es verdad lo que allí aprendiste, que las cosas que están en un sujeto, como son las cualidades, no pueden existir sin el sujeto en el que están, como el color o la forma en un cuerpo; pero pasan afectando, no emigrando: así como los etíopes, porque son negros, engendran negros, pero no transfieren su color a los hijos como si fuera una túnica; sino que afectan con la cualidad de su cuerpo al cuerpo que se propaga de ellos. Pero es más maravilloso cuando las cualidades de las cosas corporales pasan a cosas incorpóreas, y sin embargo sucede, cuando de alguna manera absorbemos las formas de los cuerpos que vemos, y las guardamos en la memoria, y las llevamos con nosotros a dondequiera que vayamos: ni aquellas se alejaron de sus cuerpos, y sin embargo de manera maravillosa pasaron a nosotros afectando nuestros sentidos. Pero así como pasan de cuerpo a espíritu, de la misma manera pasan de espíritu a cuerpo. Pues los colores de las varas que Jacob varió, pasaron afectando a las almas de las madres de los rebaños, y de allí nuevamente pasando con la misma afección aparecieron en los cuerpos de los hijos (Gen. XXX, 37-42). Algo similar también puede suceder en los fetos humanos, escribe Soranus, un autor muy famoso de medicina, y lo confirma con un ejemplo histórico. Pues narra que Dionisio el tirano, porque él mismo era deforme y no quería tener hijos así, solía proponer a su esposa una pintura hermosa en el concúbito, para que al desear su belleza de alguna manera la capturara, y la transmitiera afectando a la prole que concebía. Pues Dios no crea las naturalezas de tal manera que quite las leyes que dio a los movimientos de cada naturaleza. Así también los vicios, aunque están en un sujeto, pasan de los padres a los hijos, no como una transmigración de su sujeto a otro sujeto, lo cual las categorías que leíste muestran muy verdaderamente que no puede suceder; pero, lo que no entiendes, pasan afectando y contagiando.

CAPÍTULO XV.

52. ¿Qué es lo que te esfuerzas por alcanzar con grandes argumentaciones hasta el abismo de la impiedad, para que "la carne de Cristo, porque nació de María, cuya carne virgen fue propagada como la de todos los demás desde Adán, no difiera en nada de la carne del pecado, y se crea que el Apóstol dijo sin ninguna distinción que fue enviado en semejanza de carne de pecado" (Rom. VIII, 3); más bien insistes, "para que no haya carne de pecado, no sea que esto sea también de Cristo?" ¿Qué es entonces, semejanza de carne de pecado, si no hay carne de pecado? Pero dijiste que "no entendí esta sentencia apostólica": sin embargo, no la expusiste, para que con tu enseñanza supiéramos que alguna cosa puede ser semejante a una cosa que no es. Lo cual si es demente decir, y sin duda la carne de Cristo no es carne de pecado, sino semejante a la carne de pecado; ¿qué queda por entender, sino que toda la demás carne humana es carne de pecado, excepto esa? Y de aquí se muestra que esa concupiscencia, por la cual Cristo no quiso ser concebido, ha hecho en el género humano una propagación de mal: porque aunque el cuerpo de María vino de allí, sin embargo, no lo transfirió al cuerpo que no fue concebido de allí. De lo contrario, si el cuerpo de Cristo fue dicho en semejanza de carne de pecado, porque toda otra carne humana es de pecado, quienquiera que lo niegue, y compare la carne de Cristo así con la carne de los demás nacidos humanos, afirmando que ambas son de pureza igual, se encuentra como un hereje detestable.

53. Crees haber descubierto algo importante y discutes con gran elocuencia, «incluso si los nacientes pudieran arrastrar algún mal de sus padres, que pudiera ser expiado por las manos de Dios, ya que Él mismo los forma en los vientres de sus madres.» Sin embargo, pruebas con gran insistencia que los hombres son formados por Él (como si lo negáramos), aportando muchos testimonios de las Escrituras: en los cuales, después de haber citado aquellas palabras del libro del Eclesiástico, donde se dice que las obras de Dios son ocultas (Eclo. III, 22, 23); inmediatamente añadiste tus propias palabras y dijiste, «Esta sentencia acusa la vanidad de aquellos que piensan que la profundidad natural puede ser comprendida por alguna investigación.» Dite esto a ti mismo, y no defines temerariamente nada sobre el origen del alma, que no puede ser comprendido ni por la razón más certera ni por la palabra divina menos ambigua; sino más bien lo que la sabia mujer madre de los Macabeos sabía. Pues también citaste sus palabras, cuando dijo a sus hijos: No sé cómo aparecisteis en mi vientre (II Mac. VII, 22). Ciertamente no se debe pensar que lo dijo sobre sus cuerpos, ya que no dudaba que había concebido esos cuerpos del semen viril: pero si las almas de sus hijos fueron extraídas del alma paterna, o si comenzaron a existir en su vientre de otro modo, esto ciertamente ella no lo sabía; ni le avergonzaba confesar su ignorancia para evitar la temeridad. ¿Qué es entonces lo que alegas, «Por qué no se purifican los hijos por el mismo efecto, para que de las contaminaciones,» preguntas, «que se dice son de los padres, sean expiados por la majestad del artífice?» No consideras que esto también puede decirse de los vicios manifiestos de los cuerpos, con los cuales no pocos niños nacen; aunque no se debe dudar que Dios es el verdadero y buen formador de todos los cuerpos: y sin embargo, de las manos de tan gran artífice proceden tantas cosas, no solo viciosas, sino también monstruosas, que algunos llaman errores de la naturaleza; quienes, al no poder indagar la fuerza divina operante y por qué hace lo que hace, se avergüenzan de confesar que ignoran lo que no saben.

54. En cuanto a la transmisión del pecado original a todos los hombres, ya que pasa a través de la concupiscencia de la carne, no pudo pasar a esa carne que la virgen concibió sin ella. Pues lo que también de otro libro mío, que escribí a la memoria santa de Marcelino, quisiste citar como si me prescribieras, dicho de Adán, «que corrompió en sí a todos los que de su estirpe habrían de venir:» de donde ciertamente él corrompió, no de allí vino Cristo al vientre de su madre. Pero las palabras que más pertenecen al asunto en mi misma sentencia, las diré yo, porque tú no quisiste decirlas; y enseguida aparecerá lo que no quisiste. «Con la oculta,»

digo, «corrupción de su concupiscencia carnal corrompió en sí a todos los que de su estirpe habrían de venir» (De Peccatorum Meritis, lib. 1, n. 10). Por lo tanto, no corrompió la carne, en cuyo concepto no estuvo esa corrupción. Así pues, la carne de Cristo tomó la mortalidad del cuerpo mortal de su madre, porque encontró su cuerpo mortal: pero no tomó el contagio del pecado original, porque no encontró la concupiscencia del que concibe. Si, sin embargo, no hubiera tomado la mortalidad, sino solo la sustancia de la carne de su madre; no solo su carne no podría haber sido carne de pecado, sino que tampoco podría haber sido semejanza de carne de pecado.

55. Pero me comparas y equiparas «al error de Apolinar, quien negó que hubiera sentido de la carne en Cristo:» para que levantes nubes ante los inexpertos, no sea que atiendan a la luz de la verdad. Una cosa es el sentido de la carne, sin el cual ningún hombre ha sido, es, o será viviente en el cuerpo: y otra cosa es la concupiscencia con la que la carne concupisce contra el espíritu, sin la cual fue el primer hombre antes del pecado, tal como Cristo hombre nos mostró la naturaleza humana; porque así como aquel fue creado de la tierra, así este fue creado sin tal concupiscencia de una mujer. Sin embargo, asumiendo de ella también la debilidad de la mortalidad, tal como no era antes del pecado en la carne del primer hombre, para que esta fuera, lo que entonces aquella no fue, semejanza de carne de pecado. Para que, por tanto, nos ofreciera un ejemplo de padecimiento, no tuvo él males propios, sino que soportó ajenos; estuvo en dolores por nosotros, no en deseos.

56. Por lo tanto, los nacidos de Adán, deben ser trasladados renacidos a Cristo; para que no perezcan del reino de Dios las imágenes de Dios, lo cual quien dice que puede hacerse sin mal, no tiene amor ni temor de Dios. Con este mal, sin embargo, es necesario que el hombre sea engendrado de un origen condenado. «Regenerados» sin embargo, lejos de «que los reduzcamos» como calumnias, «bajo la necesidad de crímenes, con Dios otorgando los dones de las virtudes.» Aunque, por tanto, veamos otra ley en nuestros miembros, que lucha contra la ley de nuestra mente: sin embargo, no solo no tiene necesidad de crimen; sino que más bien tiene el honor de la alabanza, cuyo espíritu, ayudado por el don espiritual, concupisce contra la concupiscencia de la carne. Pero por dondequiera que te vuelvas, por dondequiera que te lances, lo que sea que recojas de donde sea, infles, ventiles, esparzas, contra lo que concupisce el buen espíritu, no es bueno.

57. «No pudo,» dices, «dar ejemplo una naturaleza disímil.» Pudo ciertamente: pues ¿qué es lo que nos exhorta a la imitación del Padre, quien hace salir su sol sobre buenos y malos, para que con su ejemplo amemos a nuestros enemigos (Mat. V, 44, 45)? Sin embargo, la naturaleza del hombre de Cristo no fue disímil a nuestra naturaleza, sino que fue disímil a nuestro vicio. Pues él nació hombre sin vicio, lo que ningún hombre. En cuanto a la vida se refiere, en la que debemos imitar a Cristo, esto también vale mucho para la distancia, que cada uno de nosotros es hombre, pero él es también Dios. Pues no puede ser tan justo un hombre que es hombre, como un hombre que es también Dios. Ciertamente dijiste algo grande y verdadero, cuando pusiste el testimonio del apóstol Pedro, diciendo, Quien no cometió pecado (I Pedro II, 22); que debe notarse que el apóstol juzgó suficiente para mostrar que en Cristo no hubo pecado, porque dijo que no cometió pecado: Para «enseñar,» dices, «que quien no cometió, no pudo tener.» Es absolutamente verdadero. Pues ciertamente también el mayor habría cometido pecado, si el pequeño lo hubiera tenido. Porque por eso no hay ninguno de los hombres, excepto él, que no haya cometido pecado al llegar a la edad mayor, porque no hay ninguno de los hombres, excepto él, que no haya tenido pecado desde el nacimiento infantil.

58. «Quita,» dices, «la causa del ejemplo, se quitará también el precio, que por nosotros fue hecho.» No es de extrañar que pongas solo el ejemplo en Cristo, quien atacas el auxilio de la gracia, de la cual estaba lleno. «Con la esperanza,» dices, «de carecer de mal, nos dirigimos a los auxilios de la fe, pero no carecemos de innatos: ya que después del Bautismo la misma virilidad perdura.» Quien con el nombre de virilidad llamas a la concupiscencia de la carne; ciertamente perdura, lo que no puedes negar, contra lo que debe concupiscer el espíritu, para que el hombre ya renacido no sea arrastrado por su concupiscencia. Y ciertamente la concupiscencia que se opone para arrastrar, incluso si el espíritu concupiscente y resistiendo contra ella no arrastra, y por lo tanto no concibe y da a luz pecado (Santiago I, 14, 15), no es buena. Y es de la que dice el Apóstol, Sé que no habita en mí, esto es, en mi carne, el bien (Rom. VII, 18). Pero si Cristo tuviera esto que no es bueno en su naturaleza, no lo sanaría en la nuestra.

CAPÍTULO XVI.

59. Interpones otra cosa de mi libro, y ya que dije, «el coito conyugal, que se realiza con la intención de engendrar, no es en sí mismo pecado, porque la buena voluntad del alma guía el placer del cuerpo que sigue, no lo sigue» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 13): tú en cambio respondes, «De aquello que está libre de pecado, no nacen pecados;» de esta manera piensas que puedes destruir el pecado original, que solo destruye el Salvador, a quien envidiáis a los pequeños. Lo destruye liberando de lo que son culpables, no negándolo. Por eso el coito conyugal, que se realiza con la intención de engendrar, no es pecado, porque se usa bien la ley del pecado, es decir, la concupiscencia, que está en los miembros oponiéndose a la ley de la mente. Que si por eso no hace culpable al padre, porque ha sido regenerado; ¿qué maravilla si por eso hace culpable al nacido, porque de allí ha sido engendrado? Y por eso, para que no permanezca culpable, también él debe ser regenerado. Esta tu sentencia en la que dijiste, «De aquello que está libre de pecado, no nacen pecados,» si piensas cuánto ayuda a los maniqueos, querrás borrarla de tu libro, y de los corazones de todos los que leyeron tu libro. Pues si no de aquello que está libre de pecado, nacen pecados; tienen otra naturaleza suya, según los maniqueos, de donde nacen. A quienes con otras sentencias similares tuyas cuánto ayudarías, ya lo demostré en el primer volumen de esta nuestra obra (Supra, lib. I, n. 36-44). He aquí que también lo que dijiste vale tanto. ¿Ves que debemos esforzarnos, además de tu propio error por el cual sois pelagianos, para derribar algunas de tus sentencias, como esta, si queremos vencer a los maniqueos? «De aquello que está libre de pecado» dices «no nacen pecados.» Pero la verdad contradice, que te derriba a ti y a los maniqueos, con quienes tienes esta voz en común. El ángel que creó Dios, fue una cosa libre de pecado; el hombre que primero creó Dios, fue una cosa libre de pecado. Por lo tanto, quien niega que de cosas libres de pecado nacieron pecados, o es un maniqueo manifiesto, o apoya a los maniqueos incautamente.

60. Luego, poniendo otras palabras mías, argumentas como si yo hubiera dicho, Cuando sirve a los casados para propagar la prole, entonces se honra la libido. Dices a ti mismo lo que quieres: pues yo no dije eso en absoluto, ni lo pensé. ¿Cómo se honra la libido cuando sirve, si para que no se desborde en excesos, se oprime con el dominio de la mente? Nosotros, por tanto, no dijimos que siempre pertenezca al delito usar la libido. Lo cual como si hubiéramos dicho, así concluyes, que los adúlteros pecan menos que los casados; porque a los casados, dices, la libido les sirve para pecar, a los adúlteros les manda. Pero como yo no dije eso, sea lo que sea esto tuyo que quisiste que fuera consecuente, nada tiene que ver conmigo. Pues yo digo que usar la libido no siempre es pecado; porque usar bien el mal no es pecado. Ni cualquier cosa es buena porque un bueno la use bien. Pues también de dos hombres está escrito: El hijo instruido será sabio, pero usará al siervo imprudente (Prov. X, según LXX).

¿Acaso es bueno ser imprudente porque el sabio lo usa bien? De ahí que el apóstol Juan no dijo, No uséis el mundo; sino, No améis el mundo: donde puso también la concupiscencia de la carne (I Juan II, 15, 16). Pues quien usa sin amar, usa como si no usara; porque no usa por causa de esa cosa, sino de otra que amando contempla, para que incluso sin amar use de esta. Por lo cual el coapóstol suyo Pablo dice: Y los que usan de este mundo, como si no usaran (I Cor. VII, 31). ¿Qué es, como si no usaran; sino, No amen lo que usan, porque es tal que no pueden usar bien de otra manera? Y esto debe observarse incluso en aquellas cosas que en este mundo son tan buenas, que sin embargo no deben ser amadas. ¿Quién diría correctamente que el dinero es malo? Y sin embargo, nadie lo usa bien si lo ama: cuánto más la libido. Pues el dinero lo concupiscen los malos espíritus; pero no concupisce contra el buen espíritu, lo que hace la libido: y por eso quien niega que esto sea malo peca, y quien usa bien de este mal no peca. Por tanto, argumentarías correctamente, diciendo, Si la libido es mala, ata con mayor culpa a los casados a quienes sirve, que a los adúlteros a quienes manda; si se dijera por nosotros, que esos casados que usan de la concupiscencia sirviendo al mal solo para el oficio de engendrar, usan de ella para alguna mala obra, como el homicida usa de un siervo para perpetrar un crimen. Pero como decimos que es bueno en los casados el oficio de procrear, aunque el nacido arrastre una herida que puede ser sanada en el renacido, del contagio del primer pecado; queda que los buenos casados usen del mal de la concupiscencia, como el sabio usa de un siervo imprudente para obras ciertamente buenas.

61. Pero hombres muy agudos por eso no el modo, no el género, sino el exceso de la voluptuosidad censuráis y consideráis que debe reprocharse a los obscenos, porque sabéis, como dices, que puede ser retenido dentro de los límites permitidos por el poder del alma. Que haga el poder del alma, si puede, que la libido no se conmueva para transgredir los límites, de los cuales la revoca para que no los transgreda. Pero si no puede hacerlo; ciertamente para que no los transgreda, se resiste a un enemigo perverso, que intenta transgredirlos. Pero testificamos, dices, que el desprecio total de ella está en las vírgenes y continentes. ¿Acaso por eso las vírgenes y continentes no luchan contra la concupiscencia de la carne? ¿Y qué es contra lo que ejercen aquellas gloriosas luchas que tú también alabas, para guardar la virginidad y la continencia (Supra, lib. 3, n. 42, y lib. 4, n. 9)? Si, por tanto, luchan, es malo lo que combaten. ¿Y dónde está este mal, sino en ellos mismos? Por lo tanto, No habita en mí, esto es, en mi carne, el bien, se dice verdaderamente también por ellos.

62. Dices que las bodas no son otra cosa que la mezcla de cuerpos: y dices después, lo cual es verdad, que sin apetito mutuo y sin obra natural no puede haber propagación. Sin embargo, ¿niegas acaso que también los adúlteros se unen con apetito mutuo, obra natural y mezcla de cuerpos? Por lo tanto, esta no es la definición de las bodas. Pues una cosa es lo que son las bodas, y otra cosa es sin lo cual incluso las bodas no pueden procrear hijos. Pues también sin bodas pueden nacer hombres, y sin mezcla de cuerpos pueden ser cónyuges: de lo contrario, no serán cónyuges, por no decir otra cosa, ciertamente cuando envejezcan, y no puedan mezclarse, o sin esperanza de procrear hijos se avergüencen y no quieran. Ves, por tanto, cuán inconsideradamente has definido las bodas, diciendo que no son otra cosa que la mezcla de cuerpos. Quizás más tolerablemente dirías, que no se inician sino por la mezcla de cuerpos: porque las esposas se toman ciertamente con el fin de procrear hijos, y de otra manera no pueden procrearse hijos. Pero por causa de la procreación la mezcla de cuerpos habría sido de otra manera que ahora es, si nadie hubiera pecado. Pues lejos esté que aquella honestísima felicidad en el paraíso siempre obedeciera a la libido movida: lejos esté que aquella paz del alma y del cuerpo tuviera algo por lo cual la primera naturaleza del hombre luchara contra sí misma. Si, por tanto, allí no había que servir a la libido, ni luchar contra ella; o no estaba allí, o no era tal como es ahora. Pues ahora es necesario que quien no quiera

servir a la libido, le resista; es necesario que quien no quiera resistirle, le sirva. De las cuales dos cosas, una es molesta, aunque laudable: la otra es vergonzosa y miserable. Por lo tanto, en este siglo una de estas es necesaria para los castos, pero en el paraíso ambas habrían sido ajenas a los bienaventurados.

63. Pero de nuevo dices que soy contrario a mí mismo, al proponer otras palabras mías, donde al discernir el oficio de la propagación del apetito de la delectación carnal, Dije que es una cosa no tener relaciones sexuales sino con la voluntad de engendrar, lo cual no tiene culpa; otra cosa es al tener relaciones buscar el placer de la carne, pero no fuera del cónyuge, lo cual tiene culpa venial (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 17). No tienen estos dos, tanto como todos ven conmigo quienes ven la verdad, de donde puedas mostrarme que soy contrario a mí mismo. Escucha, sin embargo, una vez más lo que se insinúa más claramente a los sentidos de aquellos a quienes intentas engañar. Calumnias que ofrecemos excusa a los hombres viles y deshonestos, para que cuando cometan cosas infames e inmundas, digan que lo hicieron contra su voluntad, y por eso no tienen pecado: como si no exhortáramos mucho más fervientemente a luchar contra la libido. Pues si vosotros, al decir que es buena, no queréis sin embargo que creamos que vuestras guerras contra este bien se enfrían, o al menos se enfrían: cuánto más vigilante y ardientemente creemos que se debe luchar contra el mal. Decimos que es contra la voluntad que la carne concupisca contra el espíritu; no que el espíritu concupisca contra la carne. Por la cual buena concupiscencia se hace que los cónyuges no usen de la libido de la carne sino por causa de engendrar, y así usen bien del mal; lo cual uso bueno del mal hace el coito honesto y verdaderamente nupcial: pero por causa de la voluptuosidad, no de la prole, hace el coito culpable, pero en el cónyuge venial. Por eso también el que nace del coito honesto, arrastra lo que debe ser lavado renaciendo; porque también en el coito honesto está el mal, del cual se usa bien la bondad de las bodas. Pero no perjudica a los renacidos, lo que perjudicaba a los nacidos. De donde se sigue que quien nace de ellos, también le perjudica si no renace.

64. Tú, ciertamente, entre tus argumentos, con los cuales te esfuerzas en vano contra mis palabras, no te das cuenta de que ayudas repetidamente a los maniqueos. Pues te parece que el nacido del concúbito conyugal no arrastra el pecado original, porque de esta obra que no tiene culpa, como dices, no puede nacer culpa. ¿Por qué entonces de la obra de Dios, que no tenía culpa, nació la culpa del ángel, nació la culpa del hombre? Ves cuánto favoreces a aquellos cuya abominación intentas encubrir, lo que sientes contra la fe católica más fundamentada. Pues si según tu definición, de esta obra que no tiene culpa, no puede nacer culpa; he aquí que ninguna obra de Dios tiene culpa: ¿de dónde, entonces, nació la culpa? Aquí el maniqueo, con tu ayuda, intenta introducir otra naturaleza, como delira, mala, para que se crea que de ahí nació la culpa: porque de la obra de Dios, según tus palabras, no nace culpa. ¿Acaso puede ser vencido el maniqueo, si no es vencido contigo? Porque tanto el ángel como el hombre son obras de Dios sin culpa; de las cuales, sin embargo, nació la culpa, cuando se apartaron de aquel que carece de culpa, por el libre albedrío que les fue dado sin culpa; y se hicieron malos, no por la mezcla del mal, sino por la deficiencia del bien.

65. Dices que por esto he alabado la continencia del tiempo cristiano, no para que los hombres se enciendan en la virginidad, sino para que se condene el bien del matrimonio que fue instituido por Dios. Pero para que no se piense que te atormentas con una sospecha maliciosa sobre mi ánimo, como queriendo probarme, me dices: Si invitas fielmente a los hombres al estudio de la continencia, confiesas entonces que la virtud de la castidad puede ser guardada por los que quieren, de modo que cualquiera que lo desee, sea santo en cuerpo y espíritu. Respondo que lo confieso, pero no como vosotros. Pues vosotros atribuíis esto a las

fuerzas del mismo ánimo; yo, a la voluntad ayudada por la gracia de Dios. Sin embargo, ¿qué se reprime por el imperio del ánimo para que no se peque, sino el mal por el cual se peca al vencer? Este mal, para que no digamos con los maniqueos que nos es mezclado como de una naturaleza mala ajena, queda que confesemos que está en nuestra naturaleza como una herida que debe ser sanada, cuya culpa ya confesamos sanada por la regeneración.

66. He aquí que en vano has enumerado, con los cuales me comparas, los fraudes de tantos herejes, cuyo número ojalá no aumentes. «La sentencia apostólica, que nota a los herejes que prohíben casarse» (I Tim. IV, 3), «también me toca a mí» afirmas: como si dijera, «después de la venida de Cristo, los matrimonios son vergonzosos.» Escucha, pues, lo que decimos, para que al escuchar esto mismo de muchas maneras y con frecuencia, no disimules la verdad, simulando de algún modo sordera. No decimos que los matrimonios sean vergonzosos; puesto que para que la incontinenca no caiga en un crimen condenable, debe ser sostenida por la honestidad de los matrimonios. Pero lo que vosotros decís, la doctrina cristiana no lo dice, es decir, para poner tus palabras, «que el hombre se basta a sí mismo para dar leyes a sus movimientos innatos»: esto no lo decimos; sino que decimos lo que dijo el Apóstol, cuando hablaba de esto, Cada uno tiene su propio don de Dios (I Cor. VII, 7). Y lo que dijo el Señor, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5). Y, No todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes les es dado (Mat. XIX, 11): cuando podría haber dicho, No todos entienden esta palabra, sino quien quiera; si fuera verdad lo que decís vosotros. Pregunto, ciertamente, ¿a qué movimientos innatos decís que el hombre es idóneo para dar leyes? ¿A los buenos, o a los malos? Si a los buenos; entonces el espíritu concupisce contra el bien, y dos bienes se oponen entre sí en el hombre. Lo cual, si fuera así, esa misma adversidad de dos bienes entre sí no podría ser buena. Pero si a los malos; confiesa, pues, que los movimientos innatos son malos para el hombre, contra los cuales lucha la castidad. Y para que no te veas obligado a decir con los maniqueos que hay una mezcla de una naturaleza mala ajena en nosotros, confiesa más bien nuestra debilidad original. De cuyo mal de debilidad la castidad conyugal hace buen uso; contra cuyo mal de debilidad se aplican por los incontinentes los remedios del matrimonio, se ejercitan por los continentes gloriosas luchas. Creo que mi promesa, desde que comencé a responderte a todo, en lo que trajiste algunos nudos de cuestiones por resolver, se cumplirá más convenientemente si no excedo el número de tus volúmenes. Sea, pues, este el fin de este mío, para que refutemos tu último desde otro comienzo.

LIBRO SEXTO.

Responde al cuarto libro de Juliano, y a sus burlas y calumnias en la parte restante del primer libro sobre los Matrimonios y la Concupiscencia. Confirma que el hombre nace con pecado a partir del Bautismo de los niños, de las palabras del Apóstol a los Romanos y a los Corintios, del rito del exorcismo y de la exsuflación que se hace cuando se bautizan los niños. Muestra el ejemplo del olivo y del acebuche dado apropiadamente, para que se entienda cómo de padres regenerados y justos nacen hijos pecadores y que deben ser regenerados. El pecado original en los primeros padres es voluntario, y para nosotros es ajeno en cuanto a la propiedad de la acción, pero nuestro en cuanto al contagio de la propagación. Por el mérito de este pecado, se hace que el género humano sea golpeado por tantas miserias desde la infancia, y que los niños que mueren sin la gracia de la regeneración sean excluidos del reino de Dios. La santificación por el Bautismo se confiere ahora tanto al alma como al mismo cuerpo, pero no se quita en esta vida la corrupción del cuerpo, que también agrava al alma. Enseña cómo la concupiscencia permanece en acto, pero pasa en culpa. Los testimonios del apóstol Pablo, interpretados erróneamente por Juliano, los devuelve al entendimiento católico. Finalmente, interpreta la autoridad de Ezequiel, de la cual abusaba, según el sentido legítimo.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ya se ha respondido a tu tercer libro; respondamos también al cuarto: el Señor estará presente, para que no solo la verdad, sino también la caridad te sea mostrada por nosotros. Quienquiera que mantenga estas dos cosas, no será ni necio ni envidioso. De estos vicios hablaste mucho al principio de tu libro mencionado. Pues tanto el error debe ser expulsado por la verdad, como la envidia por la caridad. En esta tu disputa, cuando hablabas de la necedad, diciendo que «es madre de todos los vicios,» aportaste un testimonio de la Escritura, donde se lee, A nadie ama Dios, sino a aquel que habita con la sabiduría (Sab. VII, 28). Busca, pues, diligentemente, si puede habitar con la sabiduría la vanidad infantil, por la cual necesariamente debe pasar el niño desde la infancia, que sin embargo pasa: y considera qué primer fruto nace de la raíz que alabas; y cuánta necesidad de cambio en contrario tiene para que sea amado por Dios, quien no ama a nadie sino a aquel que habita con la sabiduría; en los niños predestinados, consumiendo lo que odia, para que también a ellos, liberados de la vanidad, los ame habitando con la sabiduría: a quienes ciertamente, si el último día los arrebatara del pecho, me asombra si te atreves a decir que habitarán con la sabiduría fuera del reino de Dios, al cual el «bien,» según tú, «de la naturaleza inviolada e inculpable» no les permite acceder, a menos que la gracia del verdadero Salvador los redima y libere de la insensatez del falso alabador. Para no mencionar a los naturalmente necios, mucho más dignos de lamentar según el testimonio de la Escritura que los muertos (Ecli. XXII, 13). A quienes ciertamente también de este gran mal puede la gracia de Dios, por la sangre del Mediador, rescatar: pero ¿de dónde pudieron caer en tan gran mal, si por el juicio divino no se debe ninguna pena a la naturaleza viciada?

2. He aquí que con razón has reprendido a aquellos y gravemente, «que o bien se abstuvieron de conocer lo que debe saberse, o no temen culpar lo que ignoran.» ¿Acaso puedes decir esto de aquellos que nacieron sin juicio? Sin embargo, no encontrarás bajo un Dios justo de dónde pudo sucederles esto, si no se arrastran méritos de los padres a los hijos. «Pero envidiándote, en un cierto mediodía de la verdad descubierta sin sombra de ignorancia,» como dices, «enloquecemos.» ¿Es realmente cierto que no ves tantos males en los niños, tú que no envidias? Dios es bueno, Dios es justo: no hay absolutamente ninguna naturaleza extraña del mal, que se crea mezclada con nuestra naturaleza según los maniqueos: ¿de dónde son, no digo en las costumbres, sino en los mismos ingenios con los que nacen tantos males de los hombres, si no está viciada la origen humana, no está condenada la masa? ¿Qué, que un hombre libre de necedad y ajeno a los estímulos de la envidia, describes la envidia de tal manera que en tu descripción este vicio aparece tanto como pecado como pena del pecado? ¿No es acaso pecado diabólico la envidia? ¿No es acaso pena del pecado, que «inmediatamente atormenta al mismo autor de donde surge?» Estas son tus palabras: y sin embargo, con una larga verborrea te pareció haber argumentado agudamente, «que un mismo vicio no puede ser pecado y pena del pecado.» Pero tal vez porque no eres envidioso, apenas en otro libro pudiste ver la envidia de la que dijeras estas cosas, y por mí, porque no me envidias, te contradijeras.

CAPÍTULO II.

3. Terminado el prólogo, donde también te esforzaste, como sueles, en probar lo que predico, «que Dios es el creador de los hombres;» luego propones mis palabras, donde dije, «El hombre que nace de la concupiscencia de la carne, nace para el mundo, no para Dios; pero nace para Dios cuando renace del agua y del espíritu» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 21). A estas mis palabras así acechas, que afirmas que de aquí se debe entender que yo

debí haber dicho, que todo lo que pertenece al mundo pertenece al diablo: porque ciertamente en otro lugar había dicho, «que los que nacen de la mezcla de cuerpos pertenecen al derecho del diablo;» afirmando, por supuesto, «que son rescatados de la potestad de las tinieblas, cuando son regenerados en Cristo.» Respondo, pues, a tu calumnia. Pues quieres que se me considere haber llamado mundo a lo que pertenece a la potestad del diablo, como si el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, o el diablo lo hubiera hecho, o el diablo lo tuviera. Esto no lo digo, sino que lo detesto, lo refuto, y condeno a quien lo dice. Pero en este lugar llamé así al mundo, como lo hizo el Señor, donde dice, He aquí que viene el príncipe de este mundo (Juan XIV, 30). No quiso que se entendiera al diablo como el príncipe del cielo y la tierra y de todo lo que fue hecho por el Verbo, es decir, por el mismo Cristo, de donde está escrito, El mundo fue hecho por él (Id. I, 10); sino como se dijo, El mundo está puesto en el maligno (I Juan V, 19); y de nuevo, Todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la ambición del siglo; que no es del Padre, sino del mundo (Id. II, 16). Pues no es que el cielo y la tierra no sean del Padre por el Hijo; o que los ángeles, las estrellas, los árboles, los animales, los hombres no sean del Padre por el Hijo, en cuanto a la misma sustancia por la cual los hombres son: pero el príncipe del mundo es el diablo, y el mundo está puesto en el maligno, todos los hombres que son reos de condenación eterna, si no son liberados de allí, para que ya no pertenezcan al príncipe de los pecadores, redimidos por la sangre que fue derramada para la remisión de los pecados. A este mundo, pues, cuyo príncipe es, de quien dice el que venció al mundo (Juan XVI, 33), He aquí que viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada: a este, digo, mundo nace el hombre, hasta que renazca en aquel que venció al mundo, y en quien el príncipe del mundo no encontró nada.

4. ¿Quién es, pues, el mundo, del que dice el Salvador del mundo y vencedor del mundo, No puede el mundo odiaros; pero a mí me odia, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas (Id. VII, 7)? ¿Acaso son malas las obras de la tierra y del mar, del cielo y de las estrellas? Pero ciertamente este mundo son los hombres. Ni de este mundo es elegido nadie para ser liberado, sino por la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor: quien dio su carne por la vida del mundo; lo que no habría hecho, si no hubiera encontrado al mundo en la muerte. ¿Quién es el mundo de quien decía a los judíos, Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo (Id. VIII, 23)? Finalmente, ¿quién es el mundo de quien Jesús eligió a sus discípulos, para que ya no fueran del mundo, y el mismo mundo de quien ya no eran, los odiara? Así habla el Salvador del mundo, la luz del mundo; así, digo, habla: Esto os mando, que os améis unos a otros. Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo: pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo; por eso el mundo os odia (Id. XV, 17-19). Si no hubiera añadido, yo os elegí del mundo; podría pensarse que dijo, no sois del mundo, de la misma manera que había dicho de sí mismo, Yo no soy de este mundo. ¿Acaso también él fue del mundo, y fue elegido de allí para no ser del mundo? ¿Quién diría esto siendo cristiano? Ni siquiera según esto, pues, que se dignó ser hombre, el Hijo de Dios fue del mundo. ¿Por qué, entonces, si no porque en él nunca hubo pecado, por lo cual todo hombre primero nace para el mundo, no para Dios, y para nacer para Dios es elegido del mundo quien renace para ya no ser del mundo? Por lo cual de él es echado fuera el príncipe del mundo, como él mismo testifica, diciendo: Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera (Id. XII, 31).

5. A menos que tal vez vuestra audacia avance hasta el punto de decir que los niños no son elegidos del mundo, cuando son lavados por su Bautismo, del cual se dijo, Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo. Si negáis que los niños pertenecen a esta

reconciliación, negando que son del mundo; con qué cara no sé cómo vivís en el mundo. Pero si confesáis que cuando pasan al cuerpo de Cristo, son elegidos del mundo; es necesario que nazcan para aquel de quien son elegidos para renacer. Pues nacen por la concupiscencia de la carne, renacen por la gracia del Espíritu. Aquella es del mundo, esta vino al mundo, para que sean elegidos del mundo los que fueron predestinados antes del mundo. Pero cuando el Apóstol dijo, Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo; cómo lo hace, inmediatamente añadió, y dijo, No imputándoles sus delitos (II Cor. V, 19). Todo el mundo, pues, es reo desde Adán; Dios no negando la mano de la formación a su obra, con las semillas instituidas aunque viciadas por la prevaricación paterna: y cuando por Cristo se reconcilia el mundo, del mundo es liberado; por aquel que libera, que vino al mundo, no para ser elegido del mundo, sino para elegir; no por elección de méritos, sino de gracia: porque las reliquias por elección de gracia han sido salvadas (Rom. XI, 5).

CAPÍTULO III.

6. Luego de proponer otras de mis palabras, donde dije, «La regeneración sola remite la culpa de esta concupiscencia, y por tanto la generación la arrastra;» y enseguida añadí, «Por tanto, lo que ha sido generado debe ser regenerado, para que de igual manera, porque no puede ser de otra manera, lo que ha sido arrastrado sea remitido» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 21): en vano intentas una y otra vez encubrir que consideráis superfluo el Bautismo en los niños, diciendo que «la gracia de los misterios de Cristo es rica en muchos dones.» Quieran o no, confesáis que los niños creen en Cristo por los corazones y las bocas de quienes los llevan. Por tanto, también a ellos les pertenece aquella sentencia del Señor: El que no creyere, será condenado (Mar. XVI, 16). ¿Por qué causa, con qué justicia, si no arrastran ningún pecado original? Pero lo que dices, «De aquí más bien aprueba a los suyos, que antes de la obediencia propia de la voluntad, lo que hizo en ellos lo exalta con los aumentos de sus beneficios:» si, pues, de aquí aprueba a los suyos; ciertamente a aquellos a quienes no les concede esto, no los aprueba como suyos. Pero siendo también ellos causa suya, porque los creó; ¿por qué no los aprueba también a ellos de la misma manera como suyos? De aquí no negáis nada sobre el destino, o sobre la aceptación de personas. Ya, pues, confesáis con nosotros la gracia. ¿Qué es, pues, otra cosa, donde no hay nada de ellos? En una misma y única causa, uno es dejado por el juicio justo, no por el destino; otro es asumido por la gracia otorgada, no por el mérito.

7. En vano os esforzáis por negar que los niños son purificados de pecado original por la regeneración. No lo muestra aquel que dijo, Todos los que hemos sido bautizados en Cristo, en su muerte hemos sido bautizados. Pues al decir, Todos, no hizo excepción de los niños. ¿Qué es, pues, ser bautizado en la muerte de Cristo, sino morir al pecado? De donde también de él mismo dice en otro lugar, Porque lo que murió al pecado, murió una vez. Lo cual ciertamente se dijo por la semejanza de la carne del pecado: por lo cual también es un gran misterio su cruz, donde también nuestro viejo hombre fue crucificado con él, para que se destruya el cuerpo del pecado. Si, pues, en Cristo los niños son bautizados, en su muerte son bautizados. Si en su muerte son bautizados, plantados en la semejanza de su muerte ciertamente mueren al pecado. Porque lo que murió al pecado, murió una vez: pero lo que vive, vive para Dios. ¿Y qué es ser plantado en la semejanza de su muerte, sino lo que sigue, Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús (Rom. VI, 3-11)? ¿Acaso diremos que Jesús murió al pecado, que nunca tuvo ninguno? De ninguna manera. Y sin embargo, lo que murió al pecado, murió una vez. Pues su muerte significó nuestro pecado, por el cual ciertamente ocurrió esa misma muerte: a cuya muerte muerto, es decir, para que no fuera mortal en adelante, se dice muerto al pecado. Lo que, pues, él significó en la semejanza de la carne del pecado, esto por su gracia hacemos nosotros

en la carne del pecado: para que como él muriendo a la semejanza del pecado se predica muerto al pecado, así cualquiera que haya sido bautizado en él, muera a la misma cosa de la cual aquella fue la semejanza; y como en su verdadera carne fue la verdadera muerte, así sea en los verdaderos pecados la verdadera remisión.

CAPÍTULO IV.

8. Por lo tanto, si este pasaje de la Epístola apostólica no te corrige de esa perversidad, estás demasiado endurecido. Aunque todo lo que dice, escribiendo a los Romanos, está conectado para que se encomiende la gracia de Dios por Jesucristo, no podemos recordar y tratar aquí toda la Epístola, pues sería muy largo; consideremos este pasaje en el que dice: "Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. V, 8 y 9). Tú quieres que esto se entienda exceptuando a los niños pequeños. Si te pregunto: si no deben ser considerados entre los pecadores, ¿cómo murió por ellos, quien murió por los pecadores? Responderás que no murió solo por los pecadores, aunque también murió por ellos. Pero esto no lo lees en ninguna parte de las autoridades divinas, que Cristo murió también por aquellos que no tuvieron ningún pecado en absoluto. Pero observa cuán fuertes son los testimonios que te presionan. Tú dices que también murió por los pecadores: yo digo que no murió sino por los pecadores; de modo que te ves obligado a responder que si los niños pequeños no están sujetos a ningún pecado, no murió por ellos. Porque dice a los Corintios: "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió" (II Cor. V, 14, 15). De ninguna manera se te permite negar aquí que Jesús murió solo por aquellos que estaban muertos. ¿A quiénes entiendes entonces como muertos en este pasaje? ¿Acaso a aquellos que han salido del cuerpo? ¿Quién sería tan insensato para pensar eso? Así entendemos que los muertos, por quienes Cristo murió, son aquellos que estaban muertos en delitos y en la incircuncisión de su carne, como dice en otro lugar: "Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él" (Col. II, 13). Por lo tanto, "uno murió por todos; luego todos murieron", mostrando que no pudo morir sino por los muertos. De esto probó que todos estaban muertos, porque uno murió por todos. Insisto, recalco, insisto al que se resiste: acepta, es saludable, no quiero que mueras. Uno murió por todos; luego todos murieron. Observa que quiso que se entendiera que todos estaban muertos, si murió por todos. Por lo tanto, ya que no en el cuerpo, queda que todos estén muertos en pecado, por quienes Cristo murió, nadie lo niega, nadie lo duda, quien no se niega ni duda de ser cristiano. Por lo tanto, si los niños pequeños no arrastran ningún pecado, no están muertos. Si no están muertos, no murió por ellos, quien no murió sino por los muertos. Pero tú ya en tu primer libro clamando contra nosotros, dijiste: "Cristo también murió por los niños pequeños". De ninguna manera, por lo tanto, se te permite negar que arrastran el pecado original. Pues, ¿de dónde están muertos, si no de ahí? ¿O por qué muerte de los niños murió, quien no murió sino por los muertos? Y tú confiesas que murió por los niños pequeños. Vuelve entonces conmigo a lo que comencé a decir a los Romanos.

9. "Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Siendo pecadores", dice, "esto es, cuando estábamos muertos, Cristo murió por nosotros: mucho más ahora, justificados en su sangre, seremos salvos de la ira por él. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo; mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida". Esto es lo que se dice en otro lugar: "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo" (II Cor. V, 19). Luego sigue aquí: "Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo. No solo", dice, "salvos, sino también gloriándonos. Por quien ahora hemos recibido la

reconciliación". Y como si se buscara la causa por la cual esta reconciliación se hace por un solo Mediador hombre: "Por esto", dice, "como por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron". ¿Qué hizo entonces la ley? ¿Acaso no pudo reconciliar? No, dice, "Porque hasta la ley, el pecado estaba en el mundo". Esto es, ni la ley pudo quitar el pecado. Pero el pecado no se imputaba cuando no había ley. Había pecado, pero no se imputaba, porque no se conocía. Porque por la ley, como dice en otro lugar, es el conocimiento del pecado (Rom. III, 20). Pero la muerte reinó desde Adán hasta Moisés: porque ni por Moisés, es decir, ni por la ley fue quitado su reino. Y reinó también sobre aquellos que no pecaron. ¿Por qué entonces, si no pecaron? Escucha por qué: "En la semejanza", dice, "de la transgresión de Adán, que es figura del que había de venir". Porque dio de sí mismo una forma a sus descendientes, aunque no tengan pecados propios, para que mueran por la contaminación del pecado paterno, que serían engendrados por su concupiscencia carnal. Pero no como el delito, dice, así también la dádiva. Porque si por el delito de uno murieron muchos, mucho más la gracia de Dios y el don en la gracia de un hombre Jesucristo abundó para muchos. Mucho más ciertamente abundó, porque en quienes abunda, mueren temporalmente, pero vivirán eternamente. Y no, dice, como por uno que pecó, así es también el don. Porque el juicio ciertamente fue de uno para condenación; pero la gracia es de muchos delitos para justificación. Y aquel uno pudo llevar a la condenación; pero la gracia no solo borró ese uno, sino también muchos pecados añadidos. Porque si por el delito de uno, dice, la muerte reinó por uno; mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia, reinarán en vida por uno, Jesucristo. Se repitió el sentido anterior; porque mucho más reinarán en vida, quienes reinarán sin fin; que la muerte reinó en ellos, que reinó con fin. Así que como por el delito de uno vino la condenación a todos los hombres, así también por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Por eso allí todos, y aquí todos, porque nadie va a la muerte sino por aquel, nadie va a la vida sino por este. Porque como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores; así también por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que abundara el delito. Pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia: para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor.

10. ¿Qué diremos entonces? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia? De ninguna manera. ¿Qué ha hecho la gracia, si se ha de permanecer en el pecado? Finalmente sigue y dice: "¿Cómo viviremos aún en él, nosotros que hemos muerto al pecado?" Ahora presta atención diligentemente, y escucha con atención lo que sigue para que lo entiendas. Cuando dijo: "¿Cómo viviremos aún en él, nosotros que hemos muerto al pecado?" ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? ¿Están aquí los niños pequeños que son bautizados, o no están? Si no están aquí, entonces es falso lo que dice: "Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte"; porque los niños pequeños no son bautizados en su muerte. Pero como el Apóstol dice la verdad, no se entiende que nadie esté exceptuado. Porque si piensas que se dijo solo de los mayores, que ya usan el libre albedrío, cuando él dice: "Todos los que", en vano te asusta aquella sentencia del Señor: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu". Tienes un gran atajo: afirma también que esto se dijo solo de los mayores, para que de ninguna manera los niños pequeños queden incluidos en esta generalidad. ¿Y qué te importa la cuestión del Bautismo, si hay vida eterna fuera del reino de Dios, o si los niños pequeños, siendo inocentes, son privados de la vida eterna, y por lo tanto castigados con muerte eterna? Si no te atreves a decir esto, ya que la sentencia fue pronunciada universalmente: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino

de Dios" (Juan III, 5): la misma universalidad te oprime, diciendo el Apóstol: "Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte". Por lo tanto, también los niños pequeños que son bautizados en Cristo, ya que son bautizados en su muerte, mueren al pecado. Porque estas cosas están conectadas, cuando se dijo anteriormente: "¿Cómo viviremos aún en él, nosotros que hemos muerto al pecado?" Pues como si se preguntara, ¿qué es morir al pecado? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Probando de aquí lo que había dicho antes: "Si hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" para que quienes no ignoren que fueron bautizados en la muerte de Cristo, cuando fueron bautizados en Cristo, sepan también que han muerto al pecado; porque no es otra cosa ser bautizado en la muerte de Cristo, sino morir al pecado. Explicando esto más diligentemente, añade y dice: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección: sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él: sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús" (Rom. V, 8-VI, 11). Si, por lo tanto, los niños pequeños no mueren al pecado, sin duda no son bautizados en la muerte de Cristo. Si no son bautizados en la muerte de Cristo, no son bautizados en Cristo. Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte. Pero son bautizados en Cristo, por lo tanto mueren al pecado. ¿A qué pecado, te pregunto, sino al que han traído originalmente? Que callen las argumentaciones de los hombres: el Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal. XCIII, 11). Ha ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y las ha revelado a los niños pequeños (Mat. XI, 25). Si la fe cristiana te desagrada, confíesalo abiertamente: pues no puedes encontrar otra fe cristiana. Un hombre es para muerte, uno para vida. Aquel solo hombre, este Dios y hombre. Por aquel el mundo se hizo enemigo de Dios: por este el mundo se reconcilia con Dios, elegido del mundo. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV, 22, 49). Quien intenta subvertir estos fundamentos de la fe cristiana, al estar firmes ellos, él mismo es subvertido.

CAPÍTULO V.

11. Lo que dije en mi libro, al que te opones, es absolutamente cierto: "Porque lo que se dejó en el padre, para que se transmita al hijo, se hace de maneras maravillosas, pero sin embargo se hace: y porque ese modo no se investiga fácilmente con razón, ni se explica con palabras, no es creído por los infieles" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 21). A mis palabras insidias mendazmente, como si hubiera dicho, "ni se comprende con razón, ni se explica con palabras"; omitiendo lo que dije, "no fácilmente" ya sea "con razón" o "con palabras". Una cosa es "ninguna", que tú dices; otra cosa es "no fácilmente", que yo dije: ¿dónde, qué otra cosa sino calumniador apareces? Pero incluso si no se investiga con ninguna razón, ni se explica con ninguna palabra: sin embargo, es verdad lo que desde antiguo se predica y se cree con verdadera fe católica en toda la Iglesia; que no exorcizaría ni soplaría a los hijos de los fieles, si no los librara del poder de las tinieblas, y del príncipe de la muerte; lo cual en mi libro, al que respondes como si fuera, he puesto (De Nupt. et Concup., lib. 1, n. 22): pero tú

temiste mencionarlo, como si tú mismo fueras a ser soplado fuera de todo el orbe, si quisieras contradecir a esta exsuflación por la cual el príncipe del mundo es echado fuera incluso de los niños pequeños. En vano te retuerces con argumentaciones vanas, no contra mí, sino contra la madre espiritual común; que no te engendró de otra manera, que como ya no quieres que engendre; contra cuyas entrañas te crees armado con flechas bastante agudas, recogiendo argumentos de la justicia de Dios contra la justicia de Dios, de la gracia de Dios contra la gracia de Dios. Entonces es verdadera la justicia de Dios, si el yugo pesado sobre los hijos de Adán desde el día de su salida del vientre de su madre (Ecli. XL, 1) no es injusto. Pero, ¿cómo no es injusto el yugo pesado, si no hay mal en los niños pequeños, por el cual justamente sean oprimidos con un yugo pesado? Entonces es verdadera la gracia de Dios, si exhibe en las cosas lo que suena en las palabras. Pero, ¿cómo hace esto, si lo exsufla en quien sabe que no hay nada que expulsar, si lo lava en quien sabe que no hay nada que lavar?

12. ¿Acaso parecerías decir algo a ti o a cualquiera de tus seguidores, si pudieras pensar con santidad de mente cuán grande es el mal de la concupiscencia de la carne (para que sea necesario renacer de ella, no renacido sea necesario condenar)? y qué confiere la gracia, cuando absuelve su culpa, por la cual hacía al hombre culpable originalmente, cuando se hace en él la plena remisión de los pecados; aunque ella misma permanezca, contra la cual el espíritu regenerado concupisca, o bien usará bien de este mal en menor combate, o no usará en absoluto en mayor combate. Porque está presente el sentido de este mal, mientras se resiste y se cohibe. Pero aquella culpa, que solo se perdona con la regeneración, así como cuando estaba presente no se sentía; así su ablación se cree por fe, no se siente por carne o mente. Por eso te jactas en la oscuridad de este asunto, y contra la verdad que no puede ser mostrada a los sentidos de los hombres principalmente carnales, cuanto más agudamente como piensas, tanto más infielmente luchas.

13. Pero gira todas tus caras, y reúne todo lo que puedas, ya sea con ánimo o con arte: "Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte". Por lo tanto, es verdad que hemos muerto al pecado en la muerte de Cristo, que fue sin pecado: y por lo tanto tanto mayores como pequeños. Porque no aquellos y no estos, o estos y no aquellos: sino "todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte". Por lo tanto, somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo. No sin los pequeños: porque "todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte". Para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección. Aquí están también los pequeños plantados en la semejanza de su muerte. Porque esto pertenece a todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús. Esto sabiendo, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él. ¿De quién es el viejo hombre, sino de "todos los que hemos sido bautizados en Cristo"? Aquí, por lo tanto, reconozcamos también a los pequeños, porque tampoco negamos que ellos han sido bautizados en Cristo. ¿Y para qué fue crucificado juntamente nuestro viejo hombre? "Para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado". Por este cuerpo del pecado, Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3). ¿Con qué impudencia, por lo tanto, negamos que también los pequeños tienen cuerpo de pecado, cuando esto que dice, es de todos los que hemos sido bautizados en Cristo? Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Cristo; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros consideraos muertos al pecado; pero vivos

para Dios en Cristo Jesús. ¿A quiénes dice esto? ¿Despiertas y prestas atención? A aquellos a quienes decía: "Si morimos con Cristo". ¿Y quiénes son estos, sino a quienes decía: "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido"? ¿Sino a quienes decía: "Fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte"? ¿Sino a quienes decía: "Por lo tanto, somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo"? Y esto a quienes, o de quienes decía, lee las palabras anteriores, a las que todas estas cosas están conectadas, y encontrarás: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" Y cuando decía esto, ¿qué quería probar? Lee aún un poco más arriba, y encontrarás: "Si morimos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" Por lo tanto, o reconozcan que los pequeños en el Bautismo han muerto al pecado, y confiesen que tenían el pecado original al que morir; o digan abiertamente que no fueron bautizados en la muerte de Cristo, cuando fueron bautizados en Cristo; y reprueben al Apóstol de mentira, diciendo: "Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte".

14. Yo no abandono estas armas celestiales, que vencen a los Celestiales: a ellas confío mi fe y mi palabra. Los argumentos que presentáis son humanos: estas defensas son divinas. ¿Quién entiende los delitos? (Salmo XVIII, 13). ¿Acaso por eso no son delitos? Así también el pecado original que se perdona en el padre regenerado, y sin embargo pasa a la prole, y permanece a menos que ella misma sea regenerada, ¿quién lo entiende? ¿Acaso por eso no es pecado? Uno murió por todos, luego todos murieron. ¿Con qué corazón, con qué boca, con qué frente negáis que los pequeños están muertos, por quienes no negáis que Cristo murió? Si Cristo no murió por ellos, ¿por qué se bautizan? Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte. Pero si también murió por ellos, que es uno quien murió por todos; entonces también estos están muertos con todos. Y porque están muertos en pecado, mueren al pecado para vivir para Dios, cuando renacen de Dios. Si no puedo explicar cómo un vivo engendra a un muerto (pues el padre muerto al pecado, y vivo para Dios, engendra sin embargo en pecado a un muerto, a menos que él mismo muera al pecado por la regeneración, y viva para Dios); ¿acaso por eso es falso, porque no puede explicarse con palabras o es muy difícil de explicar? Niega, si te atreves, que ha nacido muerto, por quien no niegas que Cristo murió. Uno murió por todos; luego todos murieron (II Cor. V, 14). Son palabras apostólicas; pero son nuestras armas, con las que, si no quieres oponerte, entiendes lo que sin duda debe creerse incluso si no lo entiendes. Pues el hombre que ha nacido espiritualmente, engendra carnalmente, tiene ambas semillas, la inmortal de la que se alegra de estar vivo, y la mortal de la que engendra a un muerto. A quien vivificar de ninguna manera sería necesaria la muerte de Cristo, a menos que hubiera nacido muerto. Uno murió por todos; luego todos murieron. Ni resucitáis de esta muerte a aquellos que clamáis que no están muertos: sino que más bien impedís que vivan, cuando en sus padres atacáis la fe, por la cual solo pueden revivir, con las maquinaciones de argumentos impíos.

CAPÍTULO VI.

15. Pero ya vengamos a tu extensa y laboriosa disputa, en la que intentaste refutar aquello que, por la gracia de una pequeña similitud en un asunto difícil de discernir, pensé que debía emplear (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 21), sobre la aceituna, a saber, que su semilla degenera en acebuche: primero afirmando, "que a aquello que no puede defenderse por sí mismo, los ejemplos no le aportan nada." ¿Por qué entonces el Apóstol, tan pronto como propuso la cuestión de cómo resucitan los muertos, y con qué cuerpo vienen, inmediatamente se dispuso a probar lo desconocido e inexperto con un ejemplo, añadiendo, Necio, lo que siembras no se vivifica, si no muere (II Cor. XV, 36), etc.? Este ejemplo, de

hecho, no es del todo inapropiado para este asunto del que se trata. Pues el trigo se purga de la paja, así como el hombre del pecado, y sin embargo de allí nace otro con paja.

16. ¿Qué es lo que quisiste decir sobre el cocodrilo, "que es el único entre todos los animales, que Albinus afirma que mueve las mandíbulas superiores; y que el fuego, aunque es mortal para todos, es un juego para la salamandra?" ¿No has presentado esto más bien en contra de vosotros, cuando se encuentra algo que demuestra que es posible lo que se negaba en general? Por lo tanto, cuando vosotros negasteis en general, que los que engendran puedan transmitir a la prole lo que no tienen ellos mismos; si se encuentra algo que pueda hacer esto, sois superados, como aquel que dijo que los animales no pueden mover más que las mandíbulas inferiores, es superado sin ambigüedad al encontrarse el cocodrilo; y quien dijo que ningún animal vive en el fuego, es convencido sin ambigüedad al demostrarse lo que se dice de la salamandra. Por lo tanto, cuando defines "que lo natural no se convierte por accidente;" si se encuentra al menos uno que, viciado por algún caso, engendra un hijo con el mismo vicio, y lo que fue accidental en el padre se convierte en natural en la prole; tu definición será frustrada. Asimismo, cuando defines, "que el padre no puede transmitir a su prole lo que él mismo no tiene," ¿no será destruida también esta definición, cuando se te demuestren hombres nacidos con todos los miembros íntegros de padres que habían perdido algunos miembros? Oíamos de nuestros mayores, que decían conocer y haber visto esto, que Fundanio, el retórico de Cartago, aunque él mismo era tuerto por un vicio accidental, engendró un hijo tuerto. Con este ejemplo se derrumba tu sentencia, que dice, "que lo natural no se convierte por accidente." Pues fue accidental en el padre, lo que se hizo natural en el hijo. Y aquella otra, que decís, "que los padres no pueden transmitir a los hijos lo que ellos mismos no tienen," otro hijo de Fundanio, que es lo más común, nacido de un tuerto con dos ojos, y los innumerables que nacen con ojos de padres ciegos, la derrumba. Pues al transmitir a los que engendran lo que ellos mismos no tienen, demuestran ser más bien semejantes a vosotros que a sus propios hijos, que tan ciegos habéis sido en vuestras definiciones.

CAPÍTULO VII

17. Ciertamente, cuando hablas mucho de cosas que no pertenecen al asunto, dijiste algo que me recordó algo que sí pertenece al asunto, cuando dijiste, "que la curiosidad, cuando comprende algo, suele maravillarse menos; y que contra ella se ha previsto divinamente, para que muchas cosas se generen de la tierra con innumerables propiedades distintas." Y en verdad, esta es la utilidad de las obras ocultas de Dios; para que no se devalúen las cosas evidentes, para que no dejen de ser maravillosas las comprendidas. Por eso también la Escritura dice: Como los huesos en el vientre de la embarazada, así no conoces las obras de Dios que hará todas (Eccl. XI, 5). Por lo tanto, dijiste correctamente, contra la curiosidad que suele maravillarse menos de lo que ha podido comprender, que las obras de Dios son incomprensibles. ¿Por qué entonces intentas con opinión humana derribar lo que menos puedes comprender en la razón divina? Yo, en verdad, no dije, como calumnias, "que no puede comprenderse con ninguna razón;" sino que dije, "que no puede comprenderse fácilmente." Sin embargo, ¿qué si contra el vicio de la curiosidad humana, a la que suelen devaluarse las cosas comprendidas, como tú mismo recuerdas, también quiso Dios, como muchas cosas, ocultar esto, para que no pueda investigarse ni comprenderse con conjetura humana? ¿Por eso debéis armaros con vuestros razonamientos casi parricidas contra vuestra madre la Iglesia, para que busquéis la fuerza oculta de su Sacramento, con la que concibe a los pequeños para ser purgados, aunque nacidos de padres purgados, como huesos en el vientre de la embarazada, no tocando, sino desgarrando? Pero si no quisiera fatigar al lector con la longitud del discurso, ya te abrumaría con mil géneros de cosas, cuya razón incomprensible, contra los caminos habituales de la naturaleza, casi se arrastra por desiertos

oscuros, en las que también mostraría muchas semillas degenerantes, no en un género completamente diferente (porque el acebuche no está tan separado del olivo como la vid), sino en una cierta, si puede decirse, semejante disimilitud, como la labrusca es disímil de la vid, que sin embargo se genera de la semilla de la vid. ¿Y por qué no creemos que el Creador quiso esto para que creamos que también la semilla del hombre puede arrastrar el vicio de los que engendran, que no está en ellos de quienes se engendra: para que a su gracia, por la cual los hombres son rescatados del poder de las tinieblas y transferidos a su reino, también los bautizados corran con sus pequeños; como contigo corrió tu santo padre, sin saber que serías ingrato a la misma gracia?

18. Pero tú, investigador agudísimo de la naturaleza, encuentras sus límites, y fijas reglas, diciendo, "que por la naturaleza de las cosas no puede suceder que los padres transmitan aquello de lo que se cree que carecieron. Pero si lo transmiten," dices, "no lo han perdido." Estas son las definiciones pelagianas, que al leer nuestro opúsculo a la memoria religiosa de Marcelino, que recuerdas, ya debiste rechazar (*De Peccatorum Meritis*, lib. 3, capp. 3, 8 y 9). Pues Pelagio fue el primero en decir de los padres fieles, "que no pudieron transmitir a los descendientes lo que ellos mismos no tuvieron." Pero cuán falso es, se enseña con ejemplos clarísimos, algunos de los cuales mencioné arriba, de los cuales es también esto que ahora diré. Pues ¿qué retiene de prepucio el circuncidado, del cual sin embargo se engendra un prepuciado, y lo que ya no está en el hombre, se arrastra en la semilla del hombre? Y no se debe creer otra cosa, que a los antiguos padres se les ordenó divinamente que circuncidaran a los pequeños al octavo día para significar la regeneración que se realiza en Cristo, quien después del séptimo día del sábado, día en que yació en el sepulcro, entregado por nuestras ofensas, resucitó al siguiente, es decir, al octavo día en las semanas, por nuestra justificación (Rom. IV, 25). ¿Quién, aunque sea medianamente instruido en las Sagradas Escrituras, ignora que este sacramento de la circuncisión precedió en figura al Bautismo? Pues el Apóstol dice claramente de Cristo, Quien es la cabeza de todo principado y potestad, en quien también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, en el despojo del cuerpo de carne, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el Bautismo, en el cual también resucitasteis por la fe en la operación de Dios, que lo resucitó de los muertos: y a vosotros, cuando estabais muertos en delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó con él, perdonándonos todos los delitos (Col. II, 10-13). Por lo tanto, la similitud de esta circuncisión no hecha a mano, que ahora se realiza en Cristo, fue precedida por aquella circuncisión hecha a mano, que fue dada a Abraham.

19. [No puede decirse, El prepucio es cuerpo, pero esto que se arrastra en el origen es vicio: y aunque se corte, su fuerza no puede ser eliminada de la semilla; pero este vicio que no es cuerpo, sino accidente, cuando se perdona con indulgencia, no puede residir en la semilla: esto, digo, no puede ser dicho por el más astuto, cuando es superado por la autoridad divina, por la cual se ordenó cortar esa parte del cuerpo para purgar este vicio. Que si no estuviera en la semilla, de ninguna manera llegaría a los pequeños, a quienes con esa circuncisión del cuerpo debe ser eliminado: ni si de ninguna manera llegara, necesitaría ser eliminado de ninguna manera con esta circuncisión del cuerpo. Pero cuando el pequeño no tiene absolutamente ningún pecado propio, queda que no se le quite otro que el original con ese remedio sin el cual su alma perece de su pueblo; lo cual no sucedería bajo un Dios justo, si no hubiera culpa por la cual sucediera. Y como no hay ninguna propia, queda que solo sea culpa de la viciada origen].

20. He aquí que el circuncidado transmite al que nace de él, lo que ya no tiene en sí. ¿Qué es entonces lo que dices, "que por la naturaleza de las cosas no puede suceder que el hombre transmita a la prole lo que se cree que careció?" El prepucio es bueno, no es malo, porque

Dios lo hizo, como discutiste copiosamente sobre el acebuche. Se te responde: El acebuche es bueno en la naturaleza de las cosas, pero en la escritura de los misterios significa mal; como los lobos, como los zorros, como la cerda lavada en el lodo, como el perro vuelto a su vómito: en la naturaleza de las cosas, todos son buenos, como las ovejas; pues Dios hizo todo muy bueno (Gen. I, 31): pero en los Libros Sagrados los lobos significan malos, y las ovejas buenos. No según lo que son, sino según lo que significan, damos de ellos similitudes, cuando discutimos sobre la diferencia entre buenos y malos. Así también el prepucio, porque es una parte del cuerpo humano, que en su totalidad es buena sustancia, es ciertamente bueno por naturaleza; pero significa mal por figura, cuando se ordena circuncidar al pequeño al octavo día, por Cristo, en quien, como dice el Apóstol, hemos sido circuncidados con circuncisión no hecha a mano, que sin duda prefiguró la circuncisión hecha a mano. El prepucio, por lo tanto, no es pecado, pero significa pecado, y especialmente el original; porque por ese miembro es el origen de los nacidos, por el cual se dice que somos por naturaleza hijos de ira: pues también ese miembro se llama propiamente naturaleza. Por lo tanto, la circuncisión de la carne no solo subvertirá sin ambigüedad esa sentencia general vuestra, que decís, "que por la naturaleza de las cosas no puede suceder que el padre transmita a la prole lo que él mismo careció:" sino también porque el prepucio significa pecado, y se encuentra en el nacido, lo que ya no estaba en el padre; demuestra que el pecado original, que ya ha sido perdonado a los padres bautizados, permanece en los pequeños, a menos que también ellos sean bautizados, es decir, purificados con la circuncisión espiritual: y os convence de que es muy verdadero lo que negáis; porque también el mismo pequeño, de quien se dijo, Perecerá su alma de su pueblo, si no es circuncidado al octavo día (Gen. XVII. 14, 12), no podéis encontrar bajo un juez justo por qué perece, negando el pecado original.

21. Dejemos los bosques de acebuches, y los montes ya sean africanos o italianos de olivos; ni interroguemos a los agricultores, que si te responden otra cosa a ti, y otra a mí, no podemos convencer rápidamente, si para esto se siembra un árbol, que dará sombra a los nietos (Virgilio, *Geórgicas*, lib. 2, vers. 58). Tenemos un olivo, no africano, no italiano, sino hebreo; al cual nosotros que fuimos acebuche, nos alegramos de estar injertados. A ese olivo se le dio la circuncisión, que nos resuelve esta cuestión sin disputa. La prole arrastra el prepucio, que ya no tiene el padre; careció, y sin embargo lo transmitió; lo perdió, y sin embargo lo transmitió: y este prepucio significa pecado. Por lo tanto, también el mismo puede perecer en los padres, y sin embargo pasar a los hijos. Que también el mismo infante atestigüe, y en silencio diga: Perecerá mi alma de mi pueblo, si no soy circuncidado al octavo día: por lo tanto, vosotros que negáis tanto el mal original como confesáis a Dios justo, decid qué he pecado. A este infante que clama en silencio, ya que vuestra locuacidad no responde con ninguna voz razonable, unid más bien vuestras voces a las voces apostólicas con nosotros. Pues lo que sea de los padres, o si hay también otros contagios de pecados, es libre para nosotros investigar; ya sea fácil, difícil, o imposible de encontrar: sin embargo, que por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12); no consideremos que es lícito para nosotros recibirlo de otra manera, sino que creamos que todos están muertos en el pecado del primer hombre, por quienes murió Cristo, y todos mueren al pecado todos los que son bautizados en Cristo.

CAPÍTULO VIII (a).

22. Pero en otras palabras mías, que interpones en tu disputa como si fueran a ser refutadas, dices, "que intenté excitar al vulgo contra ti;" porque dije (*De Nuptiis et Concupiscentia*, lib. 1, n. 22), "que la fe cristiana no duda, que los nuevos herejes han comenzado a atacar, y que aquellos que son lavados en el baño de la regeneración, son redimidos del poder del diablo; y

que aquellos que aún no han sido redimidos por tal regeneración, incluso los pequeños hijos de los redimidos, están bajo el poder del mismo diablo como cautivos, a menos que también ellos sean redimidos por la misma gracia." Para comprobar esto con el testimonio apostólico, dije "que este beneficio de Dios se aplica a todas las edades: Que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor" (Col. I, 13). Si esta sentencia mueve al vulgo contra vosotros; ¿no deberías más bien advertir de esto, que esta fe católica está tan divulgada y confirmada entre todos, que no puede escapar al conocimiento popular? Pues era necesario que todos los cristianos conocieran lo que la Iglesia hace en sus pequeños, en lo que respecta a los misterios cristianos. Pero ¿por qué dices, "que olvidando el combate singular, he huido al vulgo?" ¿Quién te prometió mi combate singular? ¿Dónde, cuándo, cómo, con qué presentes, con qué árbitros? "Ofrecido," como dices, "se acordó un tratado de paz" (Virgilio, Eneida, lib. 12, vers. 109), "para que nuestra contienda resolviera las luchas de todos?" Lejos esté de mí atribuirme entre los católicos lo que no te avergüenza atribuirte entre los pelagianos. Soy uno de muchos, que refutamos vuestras profanas novedades como podemos, según la medida de fe que Dios ha repartido a cada uno de nosotros (Rom. XII, 3). Antes de que naciera en este mundo, y antes de que renaciera para Dios, muchas luces católicas previnieron vuestras futuras tinieblas refutándolas: de las cuales ya en mis dos libros anteriores he discutido con la mayor manifestación posible. Tienes a dónde dirigirte, si aún te deleita enloquecer contra la fe católica.

23. Ni te burles del nombre de "artesanos de sillas," miembros de Cristo: recuerda que Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (I Cor. 1, 27). Pero ¿qué es lo que dices, "que cuando comiences a mostrarles, se volverán más amargos contra mí?" No les mientas, y no lo harán. Pues yo no "los," como calumnias, "afirmo que son propiedad del diablo," a quienes sé redimidos por la sangre de Cristo: "ni transfiero los matrimonios al diablo," en cuanto son matrimonios, "ni lo considero artífice de los genitales;" ni "excitador de los hombres sino a lo ilícito," ni "fecundador de las mujeres," ni "creador" afirmo "de los pequeños." Estas cosas, por lo tanto, que me son ajenas, si se las dices de mí, mentirás: y si alguno de ellos, creyéndote, se vuelve más amargo contra mí, podrá ser engañado, no enseñado. Pero aquellos que conocen tanto a cada uno de nosotros, como la fe católica, no quieren aprender de ti; sino que más bien se cuidan de que no les quites lo que saben. Pues hay muchos entre ellos, que no solo antes de mí, sino también antes que yo, aprendieron estas cosas que vuestro nuevo error ataca. Por lo tanto, como no los hice yo, sino que los encontré socios de esta verdad que negáis, ¿cómo soy yo el autor para ellos de este error que pensáis?

CAPÍTULO IX.

24. «Explica,» dices, «cómo puede justamente atribuirse el pecado a aquella persona que ni quiso pecar ni pudo hacerlo.» Una cosa es la perpetración de los propios pecados, y otra el contagio de los pecados ajenos, en cuanto se refiere a la acción de la vida de cada uno. Pues si no quisierais torcer la sentencia correcta a vuestro sentido torcido, escucharíais al Apóstol explicándolo brevemente, quien dijo que hubo uno en quien todos pecaron. En aquel uno murieron todos, para que otro uno muriera por todos. Uno murió por todos: por lo tanto, todos murieron (II Cor. V, 14), por quienes Cristo murió. Niega, pues, que Cristo también murió por los pequeños, para excluirlos del número de los muertos, es decir, del contagio de los pecados. «¿Cómo puede ser,» dices, «que la condición del libre albedrío se mezcle con la de las semillas?» Si no pudiera ser, no habría razón para que dijéramos que los pequeños, aún no salidos del cuerpo, están muertos. Porque si Cristo también murió por ellos, entonces también ellos están muertos: ya que si uno murió por todos, entonces todos están muertos. ¿Lo oyes, Juliano? Estas son palabras del Apóstol, no mías. ¿Por qué me preguntas, «de qué

manera se hizo,» cuando ves que se hizo de alguna manera, si crees al Apóstol que de alguna manera, quien de Cristo y de aquellos por quienes Cristo murió, no pudo mentir de ninguna manera?

25. Sin embargo, puede decirse que Dios, por otro, como vosotros, perverso, pero con un error diferente; puede ciertamente decirse que Dios, lo que dices que sentimos sobre los pequeños, «siempre es industrioso para el beneficio de su enemigo;» porque a aquellos que sabe, no temporalmente bajo el diablo, sino que siempre arderán con él, no deja de crear, nutrir, vestir, y proporcionarles vida y salud, aunque pequen con la más pertinaz iniquidad. Pero Dios hace esto sabiendo cómo usar bien tanto a los buenos como a los malos; a los usos de cuya majestad, no solo aquellos a quienes oprime o engaña, sino que ni siquiera el mismo diablo se sustrae con ningún arte de malignidad. Y por lo tanto, no pertenecen al diablo, quienes son rescatados del poder del diablo: pero quienes le pertenecen, están bajo el poder de Dios, como él mismo.

26. Qué vano es, por tanto, lo que piensas haber dicho agudamente, como si afirmáramos, «que el diablo y Dios han hecho un pacto entre ellos, para que lo que sea que se sumerja, sea de Dios; lo que nazca, el diablo lo reclame para sí: sin embargo, con la condición,» como dices, «de que la misma mezcla que el diablo instituyó, Dios la fecunde con su virtud obligatoria.» En absoluto, el diablo no instituyó la mezcla, porque existiría incluso si nadie hubiera pecado; pero sería de tal manera, que tu allí asumida o no existiría, o no sería inquieta: ni con virtud obligatoria, sino libre y poderosísima, Dios fecunda los úteros de las mujeres, incluso los vasos diabólicos que van a dar a luz. Pues así como a los hombres malos, también a las semillas viciadas desde el origen, en las que la sustancia creada por él es buena, les otorga crecimiento, forma, vida y salud con bondad gratuita, sin necesidad, con poder insuperable, con verdad irreprochable. Por lo tanto, siendo ambos bajo el poder de Dios, tanto lo que se sumerge, por supuesto, como lo que nace, de cuyo poder ni siquiera el diablo se encuentra ajeno, ¿cómo has puesto estas dos cosas? ¿Quisiste que fuera mejor nacer que ser sumergido? ¿O que es mejor ser sumergido, porque allí está también nacer? Pues no podrá ser sumergido quien no haya nacido. ¿O ponderas ambos con igual balanza? Si piensas que nacer es mejor, haces injuria a la regeneración espiritual, a la cual antepones la generación carnal con error sacrílego. Pues no en vano se cree que no quisiste decir, Lo que renace; sino, «lo que se sumerge:» para que, ya que deseabas demostrar que el diablo y Dios habían hecho partes entre ellos según nuestro sentido, hicieras la parte de Dios más vil con la vileza de la palabra. Pues pudiste decir, Lo que renace; pudiste, Lo que se regenera; pudiste finalmente, Lo que se bautiza; pues este término en latín, derivado del griego, se entiende así, que no suele entenderse en otro lugar sino en el Sacramento de la regeneración. No quisiste decir nada de esto, sino que elegiste una palabra con la que lo que decías se hiciera despreciable. Pues nadie de los lectores podría preferir al nacido sobre el renacido, o regenerado, o bautizado; pero fácilmente pensaste que el nacido podría preferirse al sumergido. Pero si tanto como dista el cielo de la tierra, así de mejor es ser sumergido para llevar la imagen celestial del hombre, que nacer para llevar la imagen terrenal del hombre (I Cor. XV, 49); ya se ha desvanecido tu envidiosa partición. Pues no es de extrañar, si Dios reclama para sí la imagen del hombre celestial, que se recibe por sagrada inmersión; pero permite que la imagen del hombre terrenal, manchada por la suciedad terrenal, esté bajo el diablo: hasta que renazca en Cristo para recibir la imagen del hombre celestial.

27. Ahora bien, si ponderas igual ser sumergido y nacer, para que los pequeños aún no renacidos no se crean bajo el diablo, para que no parezca que Dios y el diablo hacen partes iguales entre ellos, si Dios reclama para sí a los sumergidos, y el diablo a los nacidos: ciertamente, según este sentido, si tanto vale ser sumergido como nacer, persuadís que es

superfluo ser sumergido; ya que, lo que vale tanto, basta con nacer. Y sin embargo, damos gracias, porque no pensáis esto. Pues no admitís a los nacidos en el reino de Dios, a menos que sean sumergidos: y así juzgáis que ser sumergido es mucho mejor que nacer. Así que ya os devolvéis a vosotros mismos la razón, para que no penséis indigno, que quienes no son admitidos en el reino de Dios, estén bajo aquel que cayó del reino de Dios; y quienes no tienen vida, estén bajo aquel que perdió la vida. Pero que los pequeños no tienen vida, a menos que tengan a Cristo (a quien sin duda no pueden tener, a menos que se revistan de él, de la manera que está escrito, Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido [Gál. III, 27]): por lo tanto, que no tienen vida, a menos que tengan a Cristo, lo testifica el evangelista Juan, diciendo en su Epístola, Quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo, no tiene la vida (I Juan V, 12). Por lo tanto, se entienden muertos quienes no tienen vida, por quienes Cristo murió para que la tengan. Uno murió por todos, por lo tanto, todos murieron. Y murió, como se lee en Hebreos, para destruir por la muerte al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo (Hebr. II, 14). ¿Qué, pues, es de extrañar, si los pequeños, mientras están muertos, antes de que comiencen a tener a aquel que murió por los muertos, están bajo aquel que tiene el poder de la muerte?

CAPÍTULO X.

28. Enumeras lo que la fe cristiana verdaderamente no duda; entre las cuales mencionas cosas que casi todas predicamos nosotros, y de las que de ningún modo creemos que se deba dudar; tanto que incluso aquello que dices, «Sin la obra del libre albedrío no puede haber pecado alguno del hombre,» confesamos que es verdad. Pues tampoco sería pecado, lo que se arrastra de origen, sin la obra del libre albedrío, por la cual el primer hombre pecó, por quien el pecado entró en el mundo, y pasó a todos los hombres (Rom. V, 12). Pero lo que dices, «Nadie está sujeto a los pecados ajenos;» importa en qué medida pueda entenderse correctamente. Y no trato ahora, que David pecó, y por su pecado cayeron tantos miles de hombres (II Sam. 24); y que por haber uno usurpado del anatema contra la prohibición, la venganza se extendió sobre aquellos que no lo habían hecho, ni sabían que se había hecho (Josué VII): es otra discusión, y no debe ahora retenernos, sobre este tipo de pecados o castigos. Pero los pecados de los padres se dicen de alguna manera ajenos, y de nuevo de alguna manera se encuentran también nuestros: son ajenos por la propiedad de la acción, pero nuestros por el contagio de la propagación. Si esto fuera falso, ciertamente el yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre (Eccl. XL, 1), de ningún modo sería justo.

29. Pero lo que recuerdas que dijo el Apóstol, Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10); ¿cómo lo entiendes en los pequeños? ¿Acaso también ellos comparecerán ante el tribunal de Cristo, o no? Si no comparecerán, ¿de qué te sirve esta sentencia, cuando no se refiere a ellos, cuya causa se trata ahora? Pero si comparecerán, ¿cómo recibe cada uno lo que hizo, quien no hizo nada; a menos que se refiera a ellos, lo que por los corazones y bocas de los que actúan, ya sea que crean o no crean? Pues dijo, Propio del cuerpo, lo que se refiere a cada uno en sí mismo ya viviente. Pues ¿cómo recibe el bien, para entrar en el reino de Dios, si cada uno recibe lo que hizo; a menos que se refiera al pequeño también lo que por otro hizo, es decir, creyó? Así como lo que creyó, se refiere a él, para que reciba el bien, es decir, reciba el reino de Dios: así también se refiere a él, si no creyó, para que reciba el juicio de condenación; porque también es sentencia evangélica, Quien no creyere, será condenado (Marcos XVI, 16). Y el Apóstol al decir, Todos debemos comparecer, para que cada uno reciba según lo que haya hecho, sea bueno o malo; no quiso que se entendiera nada intermedio. Mira, pues, cuán inoportunamente no quieres que el pequeño reciba mal por el

pecado ajeno, y quieres que reciba bien por el acto ajeno, no cualquier bien, sino el reino de Dios. Pues es obra ajena cuando cree por otro, así como fue obra ajena cuando pecó en otro. Y no dudamos que por el Bautismo se limpia todo delito, pero cada uno se limpia renaciendo. Por lo tanto, lo que no quita sino la regeneración, no deja de arrastrar la generación.

30. Ciertamente al decir «la concupiscencia no del todo rebelde al alma,» sin duda confiesas que es rebelde: ¿y no admites el castigo por el cual libras guerra contra ti mismo? «Que se diga,» dices, «que el creador de los pequeños es Dios de tales, como son dignos de las manos de Dios;» y añades, «es decir, de los inocentes.» ¿No parece que te supera en piedad y alabanza de Dios, quien dijera que también las obras bellas y sanas son dignas de las manos de Dios? Y sin embargo, muchos nacen deformes, muchos enfermos, muchos horribles y monstruosos; y no por eso toda esa sustancia, y todas sus partes, y todo lo que en ella existe sustancialmente y vive, pudo ser creado sino por el buen y verdadero Dios.

31. Ordenas que afirme, «cómo en Cristo, es decir, en su virtud, los pequeños creados se atreve el diablo a reclamarlos para sí.» Tú afirma, si puedes, cómo no oscuramente, sino abiertamente reclama para sí a los pequeños, a quienes los espíritus inmundos atormentan. Si dices que se les entrega: ambos vemos el castigo, tú di el mérito; ambos percibimos la pena, tú que dices que no se arrastra ningún mal mérito de los padres, ya que ambos confesamos que Dios es justo, demuestra si puedes en los infantes una culpa digna de este castigo. ¿O acaso no reconoces que esto también pertenece a aquel yugo pesado, que está sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre, hasta el día de su sepultura en la madre de todos? Bajo cuyo yugo el género humano es tan abatido por diversas calamidades, que aparece que lo que de hijos de ira se hacen hombres como prenda aceptada, los hijos de misericordia se preparan para el siglo futuro: pero en este siglo desde el día del nacimiento hasta el día de la muerte, incluso ellos son abatidos bajo el mismo yugo pesado. Pues incluso los pequeños bautizados entre otros males de esta vida a veces sufren también estos ataques de los demonios; aunque rescatados del poder de las tinieblas, para que no sean llevados por ellos al castigo eterno.

32. Dices de nuevo, lo que ya dijiste, y respondí (Arriba, libro 3, nn. 8, 9), pero tampoco ahora debo pasar por alto, «Que cuando Dios atribuye a los pequeños la gloria de la regeneración, sin que hayan merecido nada bueno o malo de lo propio, con esto mismo enseña que pertenecen a su cuidado, a su derecho, a su dominio, porque su voluntad la previene con la largueza de un beneficio inefable.» ¿Qué, pues, le ofendieron, a quienes igualmente inocentes, puros, creados por él a su imagen, innumerables los aliena de este don, y no previene su voluntad con la largueza de este beneficio inefable, separando tantas imágenes tuyas de su reino? Si esto no será malo para ellos, entonces no amarán el reino de Dios tantas imágenes inocentes de Dios. Pero si lo amarán, y lo amarán tanto, cuanto los inocentes deben amar el reino de aquel, por quien a su imagen son creados, ¿nada malo sufrirán de esta misma separación? Finalmente, dondequiera que estén, comoquiera que estén bajo el juez Dios, que no está oprimido por el destino, ni corrompido por la aceptación de personas; en la felicidad de aquel reino no estarán, donde estarán quienes igualmente no merecieron nada bueno o malo. Pero si no merecieran nada malo, nunca serían privados en la causa común de la comunión de tan gran bien. Por lo tanto, en ellos, como hemos dicho a menudo, Dios hace conocer las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia (Rom. IX, 22, 23), para que no se gloríen como de los méritos de su vida, cuando reconocen que esto justamente podría habérseles devuelto, lo que ven que se devuelve a los compañeros iguales de su muerte.

33. Si, pues, quieres saber correctamente, también sobre los pequeños piensa lo que dice el Apóstol sobre Dios Padre, Quien nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor (Col. I, 13): y aquel otro, Porque también nosotros fuimos en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efes. II, 3). Pues todos son librados del poder de las tinieblas y eran hijos de ira, quienes mueren al pecado. Pero todos para vivir a Dios, mueren al pecado, quienes son bautizados en la muerte de Cristo. Todos, pues, son bautizados en su muerte, quienesquiera que son bautizados en Cristo. Por lo tanto, porque también los pequeños son bautizados en Cristo, mueren al pecado, y del poder de las tinieblas, donde eran por naturaleza hijos de ira, son librados. Pero lo que dices, «Donde dice el Apóstol, por naturaleza hijos de ira, puede entenderse, Completamente hijos de ira:» ¿no debiste ser advertido de aquí, que se defiende la antigua fe católica contra vosotros; porque casi no se encuentra códice latino, si no comienza ahora a ser corregido por vosotros, o más bien a ser cambiado en error, donde no esté escrito por naturaleza? Lo cual ciertamente debió evitar la antigüedad de los intérpretes, a menos que también esta fuera la antigüedad de la fe, a la cual vuestra novedad comenzó a resistir.

CAPÍTULO XI.

34. Pero hombre ilustre, no quieres estar en el rebaño vulgar. Pues de nuevo rechazas la sentencia del vulgo, después de tantas cosas, con las que habías excitado contra mí al pueblo más gravemente, de lo que había sido excitado contra ti. Pero sin duda considerando tus argumentos, sentiste que nada podías haber hecho o podrías hacer con tales argumentos ante el pueblo fundado en la verdad y antigüedad de la fe católica. Por lo cual de nuevo vuelves con contumacia a despreciarlo, y recorres describiendo y ridiculizando sus partes por las cuales consta, en las que también tocas a los «escolásticos auditores,» y dices que clamarán contra mí, «¡Oh tiempos, oh costumbres!» (Cicerón, Oración 1 en Catil. y act. 6 en Verrem)! y sin embargo temes el juicio del vulgo, donde pudiste encontrar tales partidarios clamorosos para ti, que me aterroricen con voces tullenses; porque «pienso que la parte genital del cuerpo es de otro lugar que de donde es todo.» Cuando yo les haya respondido, No digo esto, miente: culpo la libido, no los miembros; señalo el vicio, no la naturaleza: pero este que me calumnia ante vosotros, se atreve a recitar en la Iglesia de Cristo ante el maestro sentado en el cielo la alabanza de la libido; lo cual, si estudiara con vosotros, ningún maestro se lo propondría para recitar, para no ofender la modestia de todos vosotros: ¿no volverán a ti otras palabras tullianas verdaderamente convenientes, diciéndote, «De este lado lucha el pudor, de ti la petulancia; de aquí la continencia, de allí la libido» (Idem, Oración 2 en Catilina).

35. También acusas a algunos como desertores de vuestro dogma convertidos o regresados a la fe católica. Sin embargo, los significaste de tal manera que temiste nombrarlos; no sea que al escuchar de ti sus falsas acusaciones, pronto te respondieran, si no verdaderas, ciertamente más creíbles. Lo cual, quienesquiera que sean estos, si piensan gravemente, no lo harían, y te perdonarían según el apóstol, no devolviendo maldición por maldición (I Pedro III, 9). Pero tú al menos no desprecies escuchar al que te complació exclamar, «¡Oh tiempos, oh costumbres!» Al menos, digo, escúchalo, «para que tanto como te alejas de la torpeza de las cosas» si es que te alejas, «tanto te separes de la libertad de las palabras; y no digas a otros lo que, cuando se te imputa falsamente, te avergüenza.» Que quienes leen sepan que tales cosas dijiste ciertamente en estos no sé quiénes, que no conocemos en absoluto, a quienes conocemos que se apartaron de los pelagianos herejes en el propósito de la continencia. Pero de los tuyos o tuyas, no me importa, a quienes engañas de tal manera, que dices que defino, «ni siquiera en un cuerpo carcomido la libido puede ser frenada.» Más bien, porque decido que puede ser frenada y debe ser frenada, por eso entiendo que es un mal. Quien niega que es un mal, verá cómo tiene un bien, al cual, quiera o no quiera, confiesa que la libido que se le

opone debe ser frenada. Por lo tanto, yo digo que no solo por los ancianos, sino también por los jóvenes, la libido puede ser frenada: pero me maravillo mucho de que por los continentes la libido pueda ser alabada.

36. ¿Quién de nosotros dice: «Este mal que los pequeños traen originalmente, puede existir sin la sustancia en la que está, o alguna vez pudo haber existido»? Como si dijéramos esto, buscas jueces dialécticos y te burlas del vulgo, como si te llevara a ti mismo como juez, quien no puede juzgar estas cosas: si no hubieras aprendido esto, la máquina del dogma pelagiano habría quedado necesariamente sin arquitecto. Si deseas vivir, no ames la sabiduría de la palabra, por la cual se vacía la cruz de Cristo (I Cor. I, 17). Cómo las cualidades buenas o malas pasan de unas sustancias a otras, no migrando, sino afectando, ya lo tratamos en el libro anterior (Supra, lib. 5, n. 51). Si desprecias el juicio del vulgo, observa a esos jueces que te propuse en mis dos libros anteriores, dotados de la más brillante autoridad en la Iglesia de Cristo.

CAPÍTULO XII.

37. ¿Cómo es que acusas de prevaricación al obispo Zósimo de la Sede Apostólica, de bendita memoria, para persistir en tu depravación? Él no se apartó de su predecesor Inocencio, a quien temiste nombrar; pero preferiste a Zósimo, porque al principio actuó con más suavidad con Celestio: ya que dijo estar dispuesto a corregirse si algo en sus sentidos les desagradaba, y prometió estar de acuerdo con las cartas de Inocencio.

38. Recuerda cómo, con burla, mencionas la disensión del pueblo romano sobre la elección de un obispo. Te pregunto si los hombres actuaron por su propia voluntad. Si lo niegas, ¿cómo defiendes el libre albedrío? Pero si lo admites, ¿cómo lo llamas «venganza de Dios» y te desvías de tu dogma, pretendiendo que fue una retribución divina? ¿O finalmente concedes, lo que negaste con obstinada contención, que por el juicio oculto de Dios se encuentra en las voluntades humanas algo que es tanto pecado como castigo del pecado? Porque si no hubieras percibido esto en tu sentencia, de ninguna manera habrías dicho que la venganza de Dios es obra de los hombres. Pero cuando hace muchos años ocurrió algo similar con el beato Dámaso y Ursicino, la Iglesia Romana aún no había condenado a los pelagianos.

39. Dices que «yo mismo también he cambiado mis opiniones, y al principio de mi conversión sentía lo mismo que tú». Pero te equivocas, o te engañas, ya sea calumniando lo que ahora digo, o no entendiendo, o más bien no leyendo lo que entonces dije. Pues yo siempre he sostenido, desde el inicio de mi conversión, que el pecado entró en el mundo por un solo hombre, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12). Existen libros que escribí cuando aún era laico, recién convertido, y aunque no tan instruido en las Sagradas Escrituras como después, sin embargo, ya entonces no sentía ni decía nada sobre este asunto que no fuera lo que la Iglesia siempre ha enseñado y enseñado: que el género humano ha caído en estas grandes y manifiestas miserias, en las que el hombre se ha vuelto semejante a la vanidad, para que sus días pasen como una sombra (Sal. CXLIII, 4), y toda la vida del hombre es vanidad (Sal. XXXVIII, 6), merecidamente por el pecado original; de lo cual solo libera aquel que dijo: La Verdad os hará libres (Juan VIII, 32); y, Yo soy la Verdad (Juan XIV, 6); y, Si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 36). Porque no es sino la verdad la que libera de la vanidad; pero según la gracia, no según el mérito; por misericordia, no por mérito. Pues así como fue juicio que fuéramos sometidos a la vanidad, así es misericordia que seamos

liberados por la verdad, y confesemos que nuestros buenos méritos no son sino dones de Dios.

CAPÍTULO XIII.

40. Ahora discutamos esa calumnia tuya, en la que me acusas de haber dicho que «los bautizados son purificados en parte. Lo cual», dices, «aparece mejor en mis sermones»: y propones esos sermones míos, en los que aseguras que esto puede aparecer, para ser considerados en tu disputa. Doy gracias, pues estos son: «La concupiscencia de la carne», digo, «no debe imputarse a las nupcias, sino tolerarse. No es un bien que venga del matrimonio natural, sino un mal que ocurre por el antiguo pecado. Por esta razón, incluso de justas y legítimas nupcias de los hijos de Dios, no se generan hijos de Dios, sino hijos del siglo: porque también los que generan, si ya han sido regenerados, no generan de aquello por lo que son hijos de Dios, sino de aquello por lo que aún son hijos del siglo. Pues es sentencia del Señor: Los hijos de este siglo se casan y son dados en matrimonio» (Luc. XX, 34). «Por lo tanto, de lo que aún somos hijos de este siglo, nuestro hombre exterior se corrompe, de esto también se generan hijos de este siglo: de lo que somos hijos de Dios, el interior se renueva de día en día» (II Cor. IV, 16). «Aunque el mismo exterior ha sido santificado por el lavacro, y ha recibido la esperanza de la futura incorruptibilidad, por lo cual con razón se dice que es templo de Dios» (I Cor. III, 16): «pero esto se dijo no solo por la santificación presente, sino por aquella esperanza de la que se dice: Y nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Rom. VIII, 23). «Si, por lo tanto, la redención de nuestro cuerpo, según el Apóstol, se espera, ciertamente lo que se espera aún se espera, no se tiene todavía» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, nn. 19, 20). Estas palabras mías no tienen nada que no reconozca en sí mismo el bautizado, quien con el Apóstol dice: Y nosotros mismos gemimos dentro de nosotros. De donde también dice en otro lugar: Porque también nosotros, que estamos en esta tienda, gemimos, cargados (II Cor. V, 4). A lo que también se refiere aquello que leemos en el libro de la Sabiduría: Porque el cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sap. IX, 15). Pero tú, como si ya habitaras inmortalmente en el cielo entre los ángeles, te burlas de las palabras de debilidad y mortalidad; y exponiéndolas no según mi sentido, sino según tu engaño, afirmas que dije que «la gracia no hace al hombre nuevo perfectamente». No digo esto: atiende a lo que digo. La gracia hace al hombre nuevo perfectamente; puesto que también lo lleva a la inmortalidad del cuerpo y a la plena felicidad. Ahora también renueva perfectamente al hombre, en cuanto a la liberación de todos los pecados, no en cuanto a la liberación de todos los males, y de toda corrupción de la mortalidad, por la cual ahora el cuerpo pesa sobre el alma. De donde es el gemido, que también confiesa el Apóstol diciendo: Y nosotros mismos gemimos dentro de nosotros. Pero a aquella perfección que se espera, se llega también por el mismo Bautismo que aquí se recibe. Sin embargo, no todos los hijos del siglo son hijos del diablo, aunque todos los hijos del diablo son hijos del siglo. Pues hay también hijos de Dios, que sin embargo aún son hijos del siglo; por lo cual también se unen en matrimonio: pero no engendran hijos de Dios en la carne, porque ellos mismos para ser hijos de Dios, no nacieron de la carne, ni de la sangre, ni de voluntad de varón, ni de voluntad de carne, sino de Dios (Juan I, 13). Por lo tanto, la santificación por el Bautismo también ahora se confiere al cuerpo, pero no se quita ahora su corrupción, que también pesa sobre el alma. Y por eso, aunque los cuerpos sean castos, cuando no sirven a los deseos del pecado, por lo cual han comenzado a pertenecer al templo de Dios: hay sin embargo algo que la gracia debe perfeccionar en toda esta edificación, mientras la carne concupisca contra el

espíritu para incitar malos movimientos que deben ser refrenados, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17) para que la santidad persevere.

CAPÍTULO XIV.

41. ¿Quién no sabe lo que nos inculcas, excelente doctor, que «por eso se dice que la carne concupisca, porque el alma concupisca carnalmente»? Pues no puede haber concupiscencia de la carne sin el alma. Porque ciertamente concupiscar es propio de la naturaleza viviente y sensible: de modo que no falta la concupiscencia, que también la castidad de los eunucos frena; menos laboriosa, porque donde no encuentra materia sobre la cual obrar, menos se levanta la libido contra ella: sin embargo, está, y se reprime castamente, para que el intento mismo de concubinar, aunque infructuoso, no llegue a esa torpeza, por la cual sabemos que Calligonus, el eunuco de Valentiniano el Joven, fue castigado con la espada vengadora, convicto por la confesión de una prostituta. Pues no se usaría en el libro del Eclesiástico una semejanza de allí, y se diría: Viendo con los ojos y gimiendo, como un eunuco abrazando a una virgen y suspirando (Ecli. XXX, 21); si también ellos no se movieran por los afectos de la concupiscencia carnal, aunque privados de los efectos de la carne. Por lo tanto, el alma con sus movimientos que tiene según el espíritu, se opone a otros movimientos suyos que tiene según la carne; y a su vez, con sus movimientos que tiene según la carne, se opone a otros movimientos suyos que tiene según el espíritu: y por eso se dice que la carne concupisca contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Pero por esto también se ha dicho de la misma alma: Se renueva de día en día (II Cor. IV, 16). Pues no progresa en santidad, cuando disminuye cada vez más las concupiscencias carnales a las que no consiente. Ya bautizados, el Apóstol decía: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra. Allí se nombra también la fornicación, la mala concupiscencia y la avaricia (Col. III, 5). ¿Cómo, pues, mortifica ya bautizado la fornicación, que ya no comete, y según tú «no tiene nada que mortificar»? ¿Cómo, digo, obedece al Apóstol diciendo: Mortificad la fornicación; sino cuando combate sus deseos a los que no consiente, que en los bien progresantes, y que de ninguna manera fornican, ni con consentimiento, ni con obra, aunque no falten, sin embargo, se disminuyen cada día? Esto se hace en el templo de Dios, cuando con la ayuda de Dios se hace lo que Dios ha mandado. Se levantan las obras del espíritu, se mortifican las obras de la carne. Porque si vivís según la carne, dice, moriréis: pero si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis. Y para que supieran que no hacen esto sino por la gracia de Dios, inmediatamente añadió: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 13, 14). Por lo tanto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, ellos mortifican las obras de la carne por el espíritu.

42. Tienen, pues, ya bautizados, qué hacer en sí mismos, esto es, en el templo de Dios, que se edifica en este tiempo, para ser dedicado al final. Se edifica después de la cautividad, como lo indica el título del salmo, habiendo sido expulsado fuera el enemigo que había cautivado. En el orden de los Salmos, lo que puede parecer sorprendente, el salmo de la dedicación de la casa es anterior, y el de la edificación es posterior. Pero el de la dedicación es anterior porque canta aquella casa, de la cual su arquitecto dice: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Este posterior, cuando la casa se edificaba después de la cautividad, profetizó la Iglesia. De hecho, así comienza: Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra (Sal. XCV, 1, 2). Nadie, pues, sea tan insensato como para pensar que cada bautizado ya es perfecto, porque se ha dicho: El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (I Cor. III, 17): y, ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que tenéis de Dios? (Id. VI, 19) y en otro lugar, Porque nosotros somos templo del Dios vivo (II Cor. VI, 16): y cosas semejantes. Ya se llama así; y cuando se edifica, aquí se mortifican nuestros miembros, que están sobre la tierra. Aunque ya muertos al pecado,

vivamos para Dios: sin embargo, hay algo que mortifiquemos en nosotros, para que no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus concupiscencias (Rom. VI, 11 y 12); de las cuales nos libera, para que no estemos sujetos a ellas, la plena y perfecta remisión de los pecados, y quedan en nosotros con los que se libran batallas de castidad. De estos es también aquel con el que el casado casto bien usa: pero cuando se hace bien, de un mal nace un bien no sin mal; y por eso renace, para ser liberado del mal. Porque lo que Dios crea y el hombre genera, ciertamente es bueno en cuanto es hombre: pero no sin mal, porque solo la regeneración libera del mal, que la generación arrastra del primer y gran pecado.

43. Sin embargo, quieres que parezca increíble «que en el vientre de una bautizada, cuyo cuerpo es templo de Dios, se forme un hombre que será del diablo, a menos que renazca de Dios»: como si no fuera de mayor admiración que Dios opere incluso donde no habita. Pues no habita en un cuerpo sujeto a pecados (Sap. I, 4): y sin embargo, obra al hombre en el vientre de una prostituta. Porque toca todo por su pureza, y nada impuro se le adhiere (Id. VII, 24 y 25). Y lo que es mucho más maravilloso, a veces adopta como hijo a quien forma en el vientre de la más inmunda mujer; y a veces no quiere que sea su hijo, a quien forma en el vientre de su hija. Pues aquel llega al bautismo por alguna providencia que no sé; este no llega por muerte repentina. Y así Dios, en cuyo poder están todas las cosas, hace que esté en la compañía de Cristo, a quien formó en la morada del diablo; y no quiere que esté en su reino, a quien formó en su templo. O si quiere, ¿por qué no hace lo que quiere? Pues no es lo que soléis decir de los mayores, Dios quiere, y el pequeño no quiere. Ciertamente aquí donde no hay inmovilidad del destino, ni temeridad de la fortuna, ni dignidad de la persona, ¿qué queda sino la profundidad de la misericordia y la verdad? Para que sepamos y de esto incomprensible comprendamos, junto a dos hombres, uno por quien el pecado entró en el mundo, otro que quita el pecado del mundo, que todos los hijos de la concupiscencia carnal, nazcan de donde nazcan, pertenecen mercedamente al yugo pesado de los hijos de Adán; y de estos todos los hijos de la gracia espiritual, nazcan de donde nazcan, llegan sin mérito al yugo suave de los hijos de Dios. Por lo tanto, lleva su condición quien en el cuerpo de otro, que es templo de Dios, se construye de tal manera que no por eso es también él templo de Dios. Pues el cuerpo de la madre para ser templo de Dios, es beneficio de la gracia, no de la naturaleza: gracia que no se confiere por la concepción, sino por la regeneración. Porque si lo que se concibe en ella perteneciera al cuerpo de la madre, de modo que se considerara parte de ella; no se bautizaría al niño, cuya madre fue bautizada por alguna urgencia de muerte, cuando lo llevaba en el vientre. Ahora bien, cuando también él es bautizado, ciertamente no se le considerará bautizado dos veces. Por lo tanto, no pertenecía al cuerpo materno cuando estaba en el vientre: y sin embargo, se creaba en el templo de Dios no siendo templo de Dios. Así en una mujer fiel se creó un infiel, y en él los padres transfirieron la infidelidad que no tenían cuando nació de ellos, pero sí la tenían cuando ellos mismos nacieron de manera similar. Transfirieron, pues, lo que ya no estaba en ellos, por la semilla espiritual por la que fueron regenerados; pero estaba en su semilla carnal, por la que lo generaron.

44. Aunque el cuerpo sea santificado por el sagrado Bautismo; sin embargo, se santifica para que por la remisión de los pecados no solo a todos los pecados pasados, sino también a la concupiscencia de la carne que está presente, no sea sujeto; a la cual necesariamente nace sujeto todo hombre, incluso muriendo sujeto, si no renace. ¿Dónde, pues, me has oído o leído decir que «los hombres no se renuevan por el Bautismo, sino que se renuevan como si lo fueran; no se liberan, sino que se liberan como si lo fueran; no se salvan, sino que se salvan como si lo fueran»? Lejos de mí decir que la gracia de aquel lavacro en el que renací del agua y del espíritu, por la cual fui liberado de la culpa de todos los pecados, ya sea los que traje al nacer, o los que contraí viviendo mal, es vana: por la cual soy liberado para saber no entrar

en tentación, siendo atraído y seducido por mi concupiscencia, y para ser escuchado diciendo con mis compañeros, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12); por la cual seré liberado, como espero, para siempre, donde ya ninguna ley en mis miembros se oponga a la ley de mi mente (Rom. VII, 23). No hago, pues, vana la gracia de Dios: pero tú, su enemigo, pareces haber buscado vana jactancia, para introducir en tu disputa a Epicuro, «quien negó que el cuerpo de los dioses existiera, sino como cuerpo; ni sangre, sino como sangre» (Cicerón, lib. 3 de Natura deorum); y con esta ocasión de las letras de los filósofos sobre cosas que no pertenecen a lo que se discute entre nosotros, tanto más ineptamente cuanto más doctamente deliras. ¿Quién de nosotros dice, «Todo lo que se hace en este siglo presente es culpable»; cuando el mismo Cristo hizo aquí tantas cosas buenas, pero para rescatarnos de este siglo malo?

CAPÍTULO XV.

45. Es digno de observar cuán diligente y congruentemente expones el testimonio apostólico, donde dice: "En esperanza fuimos salvados", y lo demás, hasta "la redención de nuestro cuerpo" (Rom. VIII, 24, 23). Dices que "aquella resurrección no perdona los pecados de algunos, sino que purifica los méritos de cada uno. Pues devuelve a cada uno", dices, "según sus obras", pero no dices, según qué obras devuelve el reino de Dios a los pequeños. Y ciertamente no se perdonan pecados en el reino: pero si no se perdonaran en aquel juicio final, creo que el Señor no habría dicho de cierto pecado: "No se perdonará ni en este siglo, ni en el futuro" (Mat. XII, 32); cuando aquel ladrón esperaba que se le perdonara, quien decía: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino" (Luc. XXIII, 42). Sobre este asunto, ya que es una cuestión profundísima, no es momento de precipitar una sentencia. ¿Por qué, entonces, en el reino Dios no perdona pecados a sus hijos, sino porque no encuentra qué perdonar? Pues no podrán estar allí pecados, donde el espíritu, no digo que no consienta con la concupiscencia de la carne, sino que ni siquiera concupisca contra la carne, porque tampoco la carne contra él; esa salud perfecta e inefable, que ahora no se realiza en el Bautismo, donde se perdonan todos los pecados, pero permanecen los males de las concupiscencias carnales, con los cuales después del Bautismo, si progresan, ejercitan gloriosas luchas, ya sea los casados o los continentes más gloriosas: lo cual tú mismo confiesas (Supra, lib. 3, n. 42); pero no sé por qué miseria, cuando hablas por la verdad, entonces no te escuchas a ti mismo.

46. Describiendo aquella suma felicidad de la resurrección, dices: "Nadie allí de los justos hará su cuerpo lívido, ni lo someterá a servidumbre; nadie humillará su alma con lechos duros y hedor de miembros." Responde entonces por qué aquí hace esto, quien careció de todo mal en el Bautismo: ¿por qué se atreve a hacer lívido el templo de Dios? ¿No son sus miembros ciertamente miembros del templo de Dios? ¿Por qué, entonces, no con el suave olor, sino con el hedor de su templo, invita su presencia, o implora su misericordia, o aplaca su ira? ¿No castiga, doma, vence, oprime nada malo en el templo de Dios, incluso con el lívido y hedor de ese mismo templo de Dios? ¿No adviertes, no percibes, que persiguiendo tan vehementemente su cuerpo, si no persigue allí nada que desagrade a Dios, en vano persiguiendo su templo, le hace una gran injuria a Dios? ¿Por qué tergiversas, por qué te demoras en confesar más abiertamente? Eso, ciertamente, eso es lo que este, cuyo lívido y hedor predicas, persigue en su carne, de donde decía el Apóstol: "Sé que no habita en mí, esto es, en mi carne, el bien" (Rom. VII, 18). ¿Por qué niegas que esta voz sea de los bautizados, cuando reconoces las obras de esta voz en el lívido del cuerpo y el hedor de los miembros? Pues no son estas cosas las que los santos soportan, ya sea por los azotes de Dios o por los enemigos, sino que ellos mismos se las imponen conteniéndose. ¿Y para qué esto, sino para que el espíritu concupisca contra la concupiscencia de la carne? Lo cual ciertamente tú

mismo has sentido. Pues al describir la felicidad de la vida futura, añadiste y dijiste: "Nadie con insultos la impudencia feliz, nadie las mejillas con palmas, nadie someterá las espaldas a los azotes; ni se esforzará en forjar virtud de la debilidad; ni con la pobreza la frugalidad, ni con los dolores la magnanimidad." ¿por qué no quisiste decir, Ni con la concupiscencia de la carne la castidad; sino que te apresuraste a concluir el sentido, y dijiste: "ni la paciencia luchará con el dolor;" no mencionando nada más que lo que, irrumpiendo desde fuera, se tolera con fortaleza, no lo que, moviéndose desde dentro, se reprime con castidad? ¿O acaso nos acusas de lentitud, que no entendimos que ya lo habías significado antes, cuando hablabas del lívido del cuerpo y del trabajo y hedor de los miembros? Pues cuando no es afligido por un enemigo, sino por sí mismo, el fuerte, en él mismo está el enemigo que debe ser vencido.

47. Recuerda ciertamente que no has expuesto por qué el Apóstol dijo: "esperando la adopción" (Id. VIII, 23), quien ya había sido adoptado en el lavacro de la regeneración. Nuevamente dices, "que nadie odia su propia carne." ¿Quién lo niega? Pero sin embargo, afirmas que debe ser castigada con el rigor de la disciplina. Nuevamente, entonces, hablas por la verdad, y no quieres escucharte a ti mismo. Pues, ¿por qué la carne es castigada por los fieles, si nada quedó en el Bautismo que concupisciera contra el espíritu? ¿Por qué, digo, es castigado por sí mismo el templo de Dios, si no hay nada allí que resista al Espíritu de Dios? Sin embargo, no solo estaría presente, sino que también obstaculizaría gravemente, si la culpa que nos había atado no hubiera sido disuelta por la remisión de los pecados. Por lo tanto, se disuelve por indulgencia, porque mantenía en culpa: se castiga por continencia, para que no venza en la lucha. Se actúa, por tanto, para que no perjudique, hasta que sea sanado de tal manera que no exista. Por lo tanto, se perdonan en el Bautismo todos los pecados, tanto los traídos originalmente, como los añadidos ignorante o conscientemente. Pero cuando dice el Apóstol Santiago: "Cada uno es tentado por su propia concupiscencia, siendo atraído y seducido: luego la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado" (Santiago I, 14, 15); ciertamente en estas palabras se distingue el parto de la parturiente. Pues la parturiente es la concupiscencia, el parto es el pecado. Pero la concupiscencia no da a luz, a menos que haya concebido; ni concibe, a menos que haya seducido, esto es, haya obtenido el consentimiento del que quiere para perpetrar el mal. Por lo tanto, lo que se lucha contra ella, se hace para que no conciba y dé a luz el pecado. Así que, habiendo sido perdonados en el Bautismo todos los pecados, es decir, todos los frutos de la concupiscencia, si allí también ella misma fue consumida, ¿cómo luchan los santos contra ella para que no conciba, con el lívido del cuerpo, el hedor de los miembros, la contricción de la carne? que son tus palabras. ¿Cómo, digo, con el lívido, el hedor, la contricción del templo de Dios se lucha contra ella por los santos, si también ella fue quitada en el Bautismo? Por lo tanto, permanece: ni carecimos de ella en el lavacro de la regeneración, si no carecimos allí del sentido, por el cual sentimos que ella permanece.

48. Pero, ¿quién es tan imprudente e impudente, tan atrevido, pertinaz, obstinado, finalmente tan insano y demente, que, aunque confiese que los pecados son malos, niegue que la concupiscencia de los pecados sea mala, incluso si, con el espíritu concupiscente contra ella, no se le permite concebir y dar a luz pecados? Tal y tan grande mal, solo porque está presente, ¿cómo no retendría en la muerte y arrastraría a la muerte última, si no fuera también su vínculo disuelto en aquella remisión de todos los pecados que se realiza en el Bautismo? Por este vínculo que se conecta desde el primer Adán, y no puede ser disuelto sino en el segundo Adán; por este, digo, vínculo de muerte, se encuentran muertos los infantes, no con esta muerte tan conocida que separa el alma del cuerpo, sino con aquella muerte en la que estaban todos, por quienes murió Cristo. Pues sabemos, dice el Apóstol (lo cual debemos

repetir muy a menudo), que uno murió por todos; luego todos murieron: y murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió por todos, y resucitó (II Cor. V, 14, 15). Por lo tanto, viven aquellos por quienes, para que vivan, murió aquel que vivía. Lo cual se dice más claramente así: Aquellos son libres del vínculo de la muerte, por quienes murió entre los muertos el libre (Sal. LXXXVII, 6). O así, mucho más claramente: Aquellos son liberados del pecado, por quienes murió aquel que nunca había estado en pecado. Y aunque murió una vez, sin embargo, por cada uno muere entonces, cuando en su muerte, sea de la edad que sea, es bautizado: es decir, entonces le aprovechará su muerte a aquel que estaba sin pecado, cuando en su muerte sea bautizado y también él muera al pecado, quien había muerto en pecado.

CAPÍTULO XVI.

49. Introduces el testimonio del Apóstol, donde dice: "No os engañéis; ni los fornicarios, ni los idólatras," y lo demás, al recordar lo cual concluye que "no heredarán el reino de Dios." Pero hacen tales cosas quienes consienten con los movimientos de la concupiscencia, que alabas, para el mal y toda clase de cosas vergonzosas. Por lo tanto, cuando dice: "Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados" (I Cor. VI, 9-11): dijo que habían sido cambiados para mejor, no para que carecieran de eso, lo cual en esta vida no puede ser; sino para que no le obedecieran, lo cual en una buena vida puede ser; y para que reconocieran que habían sido liberados de aquel vínculo al que estaban sujetos, lo cual no puede ser sino por la regeneración. Pero tú, que piensas, "que si la concupiscencia fuera mala, carecería de ella quien se bautiza," te equivocas mucho. Pues carece de todo pecado, no de todo mal. Lo cual se dice más claramente así: Carece de toda culpa de todos los males, no de todos los males. ¿Acaso carece de la corrupción del cuerpo? ¿No es un mal que agrava el alma? ¿Y se equivocó quien dijo: "Porque el cuerpo corruptible agrava el alma" (Sab. IX, 15)? ¿Acaso carece del mal de la ignorancia, por el cual innumerables males son perpetrados por los ignorantes? ¿O es un pequeño mal, por el cual el hombre no percibe las cosas del Espíritu de Dios? Pues el Apóstol decía de los bautizados: "El hombre natural no percibe las cosas del Espíritu de Dios; porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (I Cor. II, 14, 15). Luego, poco después: "Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo, os di a beber leche, no alimento sólido; porque aún no podíais, ni aún podéis; porque todavía sois carnales. Pues habiendo entre vosotros envidia y contienda, ¿no sois carnales, y andáis según el hombre?" Mira qué males dice que vienen del mal de la ignorancia. Y creo que no decía esto de los catecúmenos. Pues, ¿cómo serían niños en Cristo, si no hubieran renacido ya? Si aún no crees, atiende a lo que les dice poco después: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (Id. III, 1, 2, 16). ¿O aún dudarás, o negarás, que no podrían ser templo de Dios, en el que habitara el Espíritu de Dios, si no estuvieran bautizados? Al menos, considera lo que les dijo: "¿Acaso en el nombre de Pablo fuisteis bautizados?" (Id. I, 13). Por lo tanto, no carecían de tan gran mal de ignorancia en el lavacro de la regeneración, donde sin duda carecieron de todos los pecados. Y por este mal de ignorancia, al templo de Dios, en el que habitaba el Espíritu de Dios, las cosas del Espíritu de Dios eran locura. Pero de día en día, si progresaban, y en lo que habían alcanzado en eso caminaban, ciertamente con la sana doctrina que se añadía, este mal se disminuiría. Creemos también que no solo se disminuye, sino que en esta vida puede consumirse: sin embargo, después del Bautismo; ¿acaso en el Bautismo? Pero, ¿quién duda que la concupiscencia en esta vida puede disminuirse, no puede consumirse?

50. Por lo tanto, de estos males, toda culpa pasada se lava en la fuente sagrada. Se perdonan, por tanto, en los renacidos, se disminuyen en los que progresan. La ignorancia se disminuye

con la verdad que brilla cada vez más: la concupiscencia se disminuye con la caridad que arde cada vez más. Ningún bien de estos dos es de nosotros. Pues no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que nos han sido dadas por Dios (Id. II, 12). Además, la concupiscencia es peor que la ignorancia, porque la ignorancia sin concupiscencia peca menos; la concupiscencia sin ignorancia peca más gravemente. Y no saber el mal, no siempre es malo: pero concupiscer el mal, siempre es malo. También el mismo bien a veces se ignora útilmente, para que se sepa oportunamente: de ninguna manera puede suceder que con la concupiscencia carnal se concupisca el bien del hombre: puesto que ni siquiera la prole es concupiscida por la libido del cuerpo, sino por la voluntad del alma, aunque no sin la libido del cuerpo se siembre. Pues de esta concupiscencia tratamos, por la cual la carne concupisce contra el espíritu; no de aquella buena, por la cual el espíritu concupisce contra la carne (Gál. V, 17), y por la cual se concupisce la continencia por la cual la concupiscencia es vencida. Por lo tanto, con esta concupiscencia de la carne nunca se concupisca ningún bien del hombre, si el placer de la carne no es el bien del hombre. Pero si, como en algún lugar significaste, "te agrada la secta de los Dinomacos, uniendo la honestidad y el placer" (Supra, lib. 4, n. 76); lo cual también dijeron los filósofos de este mundo que parecían más honestos, que el bien de Escila era, compuesto de naturaleza humana y bestial: si, por lo tanto, sigues este monstruo con tu opinión; nos basta, que confieses que hay un placer ilícito, otro lícito. Por lo tanto, es mala la concupiscencia que indiscriminadamente apetece ambos, a menos que del placer ilícito sea frenada por el placer lícito. Pero este mal no se pone en el Bautismo: sino que a los bautizados, ya libres por la gracia de la regeneración de su obligación, para que no los arrastre a lo ilícito, se vence saludablemente. Para que en el tiempo de la resurrección no esté en absoluto en el cuerpo viviente ni doliente, es la recompensa de aquellos que fielmente lucharon contra ella, quienes, con la enfermedad sanada, serán revestidos de inmortalidad beatísima. Pero en aquellos que no resucitarán para la vida, no será felizmente, sino penalmente: no porque entonces alguien sea purificado de ella; sino porque entonces no será excitada en los malos para deleites, sino convertida en tormentos.

CAPÍTULO XVII.

51. Veamos ya esa agudeza tuya tan excelente, con la que viste cómo refutar lo que dije, "que la concupiscencia de la carne se perdona en el Bautismo, no para que no exista, sino para que no se impute como pecado; aunque, sin embargo, con su culpa ya disuelta, permanece" (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 28). Contra estas mis palabras argumentas así, hombre acutísimo, como si hubiera dicho que la misma concupiscencia es liberada de culpa por el Bautismo; ya que dije, "con su culpa ya disuelta:" como si hubiera dicho "suya", por la cual ella misma es culpable, y disuelta ella permanece absuelta. Lo cual, ciertamente, si lo hubiera sentido, ciertamente no diría que es mala, sino que fue. Por lo tanto, según tu maravillosa inteligencia, cuando oyes que en alguien se ha disuelto la culpa de homicidio, no piensas que el hombre, sino el mismo homicidio ha sido absuelto de culpa. Así lo entendería alguien, a menos que no se avergüence de alabar, con la que se ve obligado a luchar. ¿Y cómo te jactas y exultas al refutar esa sentencia, no mía ciertamente, sino tuya? Pues dices tales cosas, como deben decirse contra aquellos que afirman que la concupiscencia de la carne es santificada y hecha fiel en aquellos en los que permanece regenerada. Pero esto te conviene más bien a ti, que la alabas como buena, decir, "para que a su bien natural," como decís de los infantes, "se añada el bien de la santificación," y sea la concupiscencia de la carne santa hija de Dios. Pero nosotros, que decimos que es mala, y que permanece sin embargo en los bautizados, aunque su culpa, no por la cual ella era culpable (pues no es ninguna persona), sino por la cual hacía culpable al hombre originalmente, haya sido remitida y vaciada; lejos de nosotros esté decir

que se santifica, con la que los regenerados, si no han recibido en vano la gracia de Dios, tienen que luchar en una especie de guerra intestina como con un enemigo, y de esa peste desear y anhelar ser sanados.

52. Pues si por eso dices, que no quedan males en los bautizados, para que no se crea que esos males son bautizados y santificados; mira cuánta absurdidad te sigue. Pues si cualquier cosa que está en el hombre cuando se bautiza, debe pensarse que es bautizada y santificada; dirás que también son bautizadas y santificadas las que están en los intestinos y la vejiga por las digestiones del cuerpo que deben ser expulsadas. Dirás que es bautizado y santificado el hombre en el vientre de la madre, si la necesidad obliga a una embarazada a recibir este Sacramento; y por eso no debe ser bautizado ya quien nace. Finalmente, dirás que también son bautizadas y santificadas las fiebres, cuando se bautizan los enfermos; y por lo tanto, que son bautizadas y santificadas también las obras del diablo: como si aquella mujer fuera bautizada antes de ser curada, a quien Satanás había atado en enfermedad por dieciocho años (Luc. XIII, 11). ¿Qué diré de los males del mismo ánimo? Piensa cuánto mal es, considerar locura las cosas del Espíritu de Dios; y sin embargo, tales eran aquellos a quienes el Apóstol alimentaba con leche, no con alimento sólido. ¿Acaso dirás que también tan gran mal de aquella locura, porque no había sido quitado por el Bautismo, fue bautizado y santificado? Así, pues, también la concupiscencia, que permanece para ser combatida y sanada, aunque en el Bautismo se hayan perdonado todos los pecados, no solo no se santifica, sino que más bien, para que no pueda retener a los santificados sujetos a la muerte eterna, se vacía: porque también aquellos que eran alimentados con leche, no con alimento sólido, y aún eran animales, no percibiendo las cosas del Espíritu de Dios, porque aún eran locura para ellos; si en aquella edad del alma, no del cuerpo, hubieran salido del cuerpo, en la cual edad eran llamados nuevos hombres niños en Cristo, no serían retenidos por ninguna culpa de aquella locura: porque este beneficio les había sido otorgado por la regeneración, que de todos los males, de los cuales después o muriendo o progresando debían ser despojados, la culpa fue inmediatamente disuelta por la remisión de todos los pecados, no aún por la sanidad de todas las enfermedades. Sin embargo, esa culpa debe necesariamente retener a quien es engendrado según la carne; porque no se le remite sino a quien es regenerado según el espíritu. Pues de la muerte de la condenación justísima por un solo Mediador de Dios y de los hombres se libera el género humano, no solo de la muerte del cuerpo, sino de la muerte en la que estaban muertos, por quienes uno murió. Y porque murió por todos, por lo tanto, todos murieron.

CAPÍTULO XVIII.

53. Que te haya complacido tanto discutir sobre la diferencia de las cualidades, porque yo mencioné una vez la cualidad, diciendo: «la concupiscencia no permanece sustancialmente, como un cuerpo o un espíritu; sino que es una cierta afección de mala cualidad, como es la languidez» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 28): ¿acaso no sientes que esto no tiene relevancia? Primero dices que «he cambiado de opinión y, olvidando todo mi libro, he declarado que la libido es una sustancia.» En realidad, al revisar y analizar mi libro, no encontrarás que haya dicho ni una sola vez que la libido es una sustancia. Algunos filósofos han dicho que es una parte viciosa del alma: y ciertamente, una parte del alma es sustancia, porque el alma misma es sustancia. Pero yo llamo libido al vicio mismo, por el cual el alma o alguna parte de ella es viciosa de esta manera, para que, sanado todo vicio, toda la sustancia permanezca intacta. Porque también esos filósofos, en mi opinión, han llamado libido a la parte viciosa del alma de manera figurada, en la cual parte está el vicio que se llama libido, así como se llama casa a los que están en la casa.

54. Luego, al ejercitarte imprudentemente con las armas demasiado agudas de los dialécticos, y al aterrorizarnos jactanciosamente, has herido mortalmente a tu secta. Dividiendo y definiendo o incluso describiendo las diferencias de las cualidades, entre otras cosas, dices: «La tercera especie de cualidad es,» dices, «la afección y la cualidad afectiva. La afección se coloca en la cualidad porque es el principio de las cualidades; a la cual también se atribuyen las pasiones del alma o del cuerpo que se acercan o se alejan momentáneamente. La cualidad afectiva,» dices, «se adhiere a todos aquellos a quienes les ocurre, surgida de causas mayores, de tal manera que se separa con grandes esfuerzos o no se separa en absoluto.» Esto lo has explicado suficientemente para los entendidos: pero como no deben ser despreciados aquellos que leerán nuestros libros sin conocer esta disciplina, lo que veo que falta, lo ilustraré con ejemplos. En cuanto al alma, la afección es temer; la cualidad afectiva, ser temeroso, así como es diferente estar enojado de ser iracundo; estar ebrio de ser borracho: aquellas son afecciones, estas son cualidades afectivas. En cuanto al cuerpo, así como es diferente estar pálido de ser pálido; estar rojo de ser rubicundo: y si hay algo de este tipo, a muchos de los cuales les faltan vocablos usuales. Por lo tanto, cuando dices que «la cualidad afectiva surge de causas mayores, y se adhiere de tal manera que se separa con grandes esfuerzos o no se separa en absoluto»: ¿no temes que la buena voluntad no pueda estar allí o no pueda valer nada? ¿No concedes que un hombre miserable, quienquiera que sea o haya sido, ciertamente clamó contra tal cualidad, «Querer está presente en mí; pero no encuentro cómo realizar el bien»? Aquí al menos admitan que es necesario el gemido de estas palabras: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor» (Rom. VII, 18, 24, 25).

55. Por tanto, por más que te envuelvas en el manto dialéctico ante los ojos de los ignorantes, serás desnudado por la verdad manifiesta. Yo digo que el vicio, como una mala salud innata en el hombre debido a un origen viciado, es aquello por lo cual la carne concupisce contra el espíritu; y que los matrimonios castos hacen buen uso de este mal cuando lo utilizan con el propósito de procrear; pero que el que hace buen uso de este mal es alabado, no el mal mismo. Porque el mal mismo no es inocente, sino el hombre, que hace que su mal, al cual hace buen uso, no pueda dañarlo. Así como la muerte, siendo el castigo del pecador, se convierte en el mérito del mártir por el buen uso del mal. En el Bautismo cristiano se recibe la novedad perfecta y la salud perfecta de aquellos males nuestros por los cuales éramos culpables; no de aquellos con los cuales aún debemos luchar para no ser culpables; ya que están en nosotros, no son ajenos, sino que son nuestros. Pues también resisten después del Bautismo a la costumbre de la rinolalia, ciertamente mala, que los hombres se han hecho a sí mismos, no la han traído al nacer, para que no los arrastre a los males acostumbrados: y sin embargo, se resiste al mal, mientras se le niega a la concupiscencia lo que se desea por costumbre. Por lo tanto, contra esta concupiscencia de los genitales, que nos es innata por el pecado original, lucha más vehementemente la viuda que la virgen; más vehementemente la prostituta cuando quiere ser casta, que la que siempre ha sido casta: y tanto más trabajará la voluntad en superarla, cuanto mayores fuerzas le haya dado la costumbre. De este mal del hombre y con este mal nace el hombre: un mal que por sí mismo es tan grande, y tiene tanta obligación para la condenación del hombre y su separación del reino de Dios, que incluso si se deriva de padres regenerados, no se disuelve sino, como en ellos, solo por la regeneración, y este único remedio expulsa de la descendencia al príncipe de la muerte, como fue expulsado de los padres. Sin embargo, la cualidad del mal no migra de la sustancia a la sustancia como de un lugar a otro, para abandonar donde estaba, y lo que estaba allí, esté en otro lugar; sino que otra del mismo género, por un cierto contagio operante, que también suele ocurrir de los cuerpos enfermos de los padres a los nacidos.

56. ¿Qué quisiste decir, como «cerrando,» como dices, «el gimnasio de Aristóteles, para volver de allí a las Sagradas Escrituras?» Dices: «Por lo tanto, la concupiscencia es un sentido, y no es una mala cualidad: por lo tanto, cuando la concupiscencia disminuye, el sentido disminuye.» ¿Acaso no disminuye cada día más y más la concupiscencia de la carne por la concupiscencia de la castidad y la continencia? Me gustaría que me dijeras si no se vuelve más sano del mal de la fornicación aquel a quien le deleita fornicar menos y menos; aunque haya cortado de raíz esa mala obra de una sola conversión, y nunca lo haya hecho desde que recibió el baño de la regeneración. Asimismo, después de la costumbre de la embriaguez, bautizado, y nunca más embriagándose en absoluto, me gustaría que dijeras si no se vuelve más sano cada día de ese mal que era, cuando desea menos y menos el abismo de la bebida que solía desear. Por lo tanto, el sentido no es la concupiscencia misma, sino más bien aquel por el cual sentimos que la tenemos mayor o menor: así como en las pasiones del cuerpo el sentido no es el dolor, sino aquel sentido por el cual se siente el dolor; ni el sentido es la enfermedad, sino aquel sentido por el cual sentimos que tenemos la enfermedad. Además, si uno se vuelve bueno de inmediato, y ciertamente se vuelve bueno por una buena cualidad, quien renunciando a la fornicación y la embriaguez se abstiene de tales obras; ¿no escucha correctamente, «Mira, has sido sanado, no peques más» (Juan V, 14); y correctamente se le llama casto y sobrio? Luego, si por el progreso de la buena concupiscencia, con la cual combate las malas concupiscencias de fornicar y beber, se convierte en tal como no fue en su reciente conversión, de modo que los deseos de esos pecados en él se mueven menos y menos, para que no ejerza contra esos males tan grandes combates como antes, sino menores, no por disminución de virtudes, sino de enemigos, ni por falta de lucha, sino por creciente victoria, ¿dudarás en pronunciarlo mejor? ¿De dónde, te lo ruego, sino porque la buena cualidad ha aumentado, y la mala ha disminuido? Por lo tanto, ha aumentado aquello por lo cual comenzó a ser bueno, ha disminuido aquello por lo cual fue malo; y esto lo ha hecho después del Bautismo, no lo ha completado en el Bautismo. Así, aunque allí se haya completado la plena remisión de los pecados; sin embargo, queda, para que se progrese en lo mejor, la lucha que debe ser ejercida vigilante e insistentemente contra las huestes de deseos malos que tumultúan en nosotros mismos, por la cual se dice incluso a los bautizados, «Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra» (Col. III, 5); y, «Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Rom. VIII, 13); y, «Despojaos del viejo hombre» (Col. III, 9). Sin duda, estas cosas se dicen con gran consenso de verdad, sin ninguna reprensión del Bautismo.

57. Por lo tanto, si no deseas ser contencioso, creo que ya ves cuán correctamente se entiende lo que intentas exponer de otra manera, que el profeta cuando dijo, «Él perdona todas tus iniquidades;» lo cual se hace ciertamente por la remisión de todos los pecados; inmediatamente añadió, «Él sana todas tus enfermedades» (Sal. CII, 3): queriendo que se entiendan esos males, con los cuales, hasta que sean sanados, o al menos en la medida en que puedan ser más y más disminuidos en esta vida, no cesan las guerras internas de los santos. Porque no hay ninguna enfermedad, por la cual la carne concupisce contra el espíritu, incluso permaneciendo invicta la virtud de la castidad. Si no hay enfermedad, entonces el espíritu no concupisce contra ella. Porque concupisce para que, si no puede obtener la salud de no luchar, al menos obtenga la de no consentir. Esto de lo que ahora tratamos, que sentimos que nos resiste en nosotros, o es una naturaleza ajena que debe ser separada, o es nuestra que debe ser sanada. Si decimos que es una ajena que debe ser separada, favorecemos a los maniqueos. Por lo tanto, confesemos que es nuestra que debe ser sanada, para evitar tanto a los maniqueos como a los pelagianos.

CAPÍTULO XIX.

58. Este «herida infligida al género humano por el diablo, hace que todo lo que nace a través de ella esté bajo el diablo, como si de su propio fruto recogiera el fruto con derecho» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 26). Estas palabras de mi libro las has puesto para refutarme: a las cuales acechas, como si «hubiera dicho que el diablo es el autor de la naturaleza humana, y el creador de la misma sustancia de la que el hombre consta;» como si pudieras llamar sustancia a una herida en el cuerpo. Pero si por eso piensas que he dicho que el diablo es el creador de la sustancia, porque en esa similitud que he usado, he dicho fruto; pues sin duda alguna el fruto es sustancia: ¿por qué te muestras o finges ser tan ignorante, que no crees que se pueden aplicar similitudes de sustancias a cosas que no son sustancias? A menos que tal vez también calumnies dialécticamente al mismo Señor, porque dijo, «El árbol bueno da buenos frutos, y el árbol malo da malos frutos» (Mat. VII, 17). Porque, ¿quién diría que la maldad o la bondad, o las obras buenas o malas, que quiso que se entendieran como los frutos de esos árboles, son sustancias, sino alguien que no sabe lo que dice? Pero, ¿quién negaría que los árboles y sus frutos son sustancias, si sabe lo que dice? Por lo tanto, vemos que se aplican similitudes de cosas que son sustancias a cosas que no son sustancias. Pero si el árbol bueno o malo no debe entenderse como la bondad o la maldad del hombre, sino como los mismos hombres, en los cuales entendemos que están estas cualidades, es decir, la bondad en el hombre bueno, y la maldad en el hombre malo, de modo que las mismas sustancias son los árboles, es decir, los mismos hombres; ciertamente sus frutos (que no son otra cosa que las obras) nadie sino un ignorante diría que son sustancias: mientras que nadie sino un ignorante negaría que los frutos de todos los árboles, de los cuales se han dado estas similitudes, son sustancias. Por lo tanto, es lícito aplicar una similitud de sustancia a aquello que no es sustancia. Por lo cual, al vicio que el diablo infligió al género humano como una herida, aunque de ninguna manera sea sustancia, sin embargo, correctamente apliqué una similitud de sustancia, para que dijera fruto, y sus frutos los vicios incluso aquellos con los cuales los hombres, aunque ustedes lo nieguen, pero la verdad lo demuestra, nacen, y por los cuales perecen eternamente del reino de Dios, si no renacen por la verdad que libera.

59. Por lo tanto, he dicho que el diablo es el corruptor, no el creador de la sustancia. Sin embargo, somete a sí mismo lo que no ha creado, por lo que ha infligido, Dios justo otorgando este poder; quien no sustrae a su poder, ni lo que le está sometido, ni a sí mismo. Por eso se ha instituido el segundo nacimiento, porque el primer nacimiento ha sido condenado. Sin embargo, a este condenado también se le muestra la bondad de Dios, para que de la semilla maldita se forme una naturaleza racional: por cuya bondad más que abundante se nutre una multitud tan grande de hombres malvados, y se promueve por la obra oculta de Dios. Si esta bondad de su operación se retirara de las semillas que deben ser formadas y promovidas, y de todos los seres vivos que deben ser vivificados, no solo no se llevarían a cabo los nacimientos, sino que incluso los nacidos serían reducidos a la nada. Por lo tanto, si no es reprehensible para Dios, a menos que sea por una impiedad insensata, que los hombres vivan con una voluntad viciosa y condenable por aquel que vivifica todo: ¿por qué pensamos que se aparta de sus obras, que nacen condenables por un origen viciado por aquel que es el creador de todo; y que por el Mediador son liberados de la condenación debida, pero por misericordia gratuita, no debida, aquellos que eligió antes de la fundación del mundo por la elección de la gracia, no por obras pasadas, presentes o futuras? De lo contrario, la gracia ya no es gracia (Rom. XI, 6). Lo cual se manifiesta especialmente en los niños pequeños, de los cuales no se pueden decir obras pasadas, porque no las hubo; ni presentes, porque no operan nada; ni futuras, cuando mueren en esa edad.

60. Ciertamente dije: «Así como los pecados permanecen en culpa, que han pasado en acto; así, por el contrario, puede suceder que la concupiscencia permanezca en acto, y pase en

culpa» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. I, nn. 29, 30). Lo cual tu error dice que es falso, pero la verdad demuestra que es verdadero. Pues al no poder refutarlo, primero intentas arrojar sombras dialécticas sobre los ignorantes diciendo que «no puedes concebir en qué dialéctica he encontrado la reciprocidad de todos los contrarios.» Si quisiera exponer esta sentencia tuya, y llevarla a la comprensión de aquellos que nunca han aprendido estas cosas, sería necesario quizás un volumen completo. Pero ahora basta con que tú mismo has dicho que «en ninguna dialéctica se puede encontrar la reciprocidad de todos los contrarios.» Pues has mostrado que puede haber de algunos, no de todos. Por lo tanto, hay de algunos. Pero si también en estos está lo que he puesto, queda por demostrar: es decir, si, así como es verdad que los pecados permanecen en culpa, que han pasado en acto; así es verdad que la concupiscencia permanece en acto, y pasa en culpa. Lo cual tú intentas mostrar que no puede ser, diciendo lo que yo no dije. Pues yo hablé de la concupiscencia que está en los miembros resistiendo a la ley de la mente (Rom. VII, 23), aunque su culpa haya pasado en la remisión de todos los pecados: así como, por el contrario, el sacrificio hecho a los ídolos, si ya no se hace, ha pasado en acto, pero permanece en culpa, a menos que sea perdonado por indulgencia. Porque sacrificar a los ídolos es algo tal que la obra misma, cuando se hace, pasa, y al pasar, su culpa permanece para ser disuelta por el perdón. Pero la concupiscencia de la carne es algo tal que permanece en el hombre, luchando con él por la continencia, aunque su culpa, que fue contraída por generación, ya haya sido disuelta por regeneración. Porque permanece en acto no atrayendo y seduciendo la mente, ni concibiendo y dando a luz pecados con su consentimiento; sino moviendo deseos malos, contra los cuales la mente resiste. Pues el mismo movimiento es su acto, aunque al no consentir la mente, falte el efecto. Porque hay en el hombre un mal incluso más allá de este acto, es decir, más allá de este movimiento, de donde surge este movimiento; al cual movimiento llamamos deseo. Pues no siempre hay deseo contra el cual luchemos: pero si no lo hay, cuando no se presenta lo que se desea ya sea al ánimo del que piensa, o a los sentidos del cuerpo; puede ser que haya una cualidad mala, pero no haya ninguna tentación que la mueva: así como hay timidez en el hombre tímido, incluso cuando no teme. Pero cuando se presenta lo que se desea, y los deseos malos se mueven en nosotros incluso contra nuestra voluntad, la salud es plena. Por lo tanto, este vicio no podría mantener al hombre en culpa, aunque sea procreado de matrimonios castos por el buen uso de este mal: cuya culpa, aunque permanezca este mal, se disuelve en la remisión de todos los pecados por la gracia de Dios, por la cual somos liberados de todo mal, cuando el Señor no solo perdona todas nuestras iniquidades, sino que también sana todas nuestras enfermedades. Pues recuerda lo que respondió el mismo Libertador y Salvador a aquellos que le dijeron que saliera de Jerusalén: «He aquí,» dijo, «expulso demonios, y realizo sanidades hoy y mañana, y al tercer día soy consumado» (Luc. XIII, 32). Lee el Evangelio, y ve después de cuánto tiempo sufrió y resucitó. ¿Entonces mintió? De ninguna manera. Pero significó algo que se trata en esta cuestión entre nosotros. Porque la expulsión de demonios es la remisión de los pecados: la perfección de las sanidades, que se hace progresando después del Bautismo: la tercera consumación es, que también mostró con la inmortalidad de su carne, la bienaventuranza de los gozos incorruptibles.

61. Sin embargo, como ejemplo del asunto del que hablabas, pusiste el sacrificio sacrílego y dijiste: «Todo lo que pertenece a este género puede mostrarse a partir de este único caso: ya que si alguien sacrifica a los ídolos una vez, puede, hasta que obtenga el perdón, ser oprimido por la impiedad cometida, y la culpa permanece una vez finalizada la acción. De ninguna manera,» dices, «puede suceder que la acción permanezca y la culpa se aleje; es decir, que no deje de sacrificar a los demonios,» dices, «y sin embargo parezca libre de profanidad.» Esto

que dices sobre el sacrificio ofrecido a los ídolos es muy cierto: es un acto que se lleva a cabo con la propia obra, y no será; y si se hace de nuevo, se hace otro. La impiedad misma por la cual se hacen estas cosas, permanece tanto tiempo como no se renuncie a los ídolos y se crea en Dios. Por lo tanto, el sacrificio a los ídolos es un hecho pasajero, no un vicio permanente: pero la impiedad con la que se sacrificó, porque incluso después de realizado permanece, parece ser similar a la concupiscencia con la que se cometió adulterio. Pero una vez eliminado el error, por el cual esa impiedad se consideraba piedad, ¿acaso a alguien le deleita sacrificar a los ídolos, y se despierta en él tal deseo? De ninguna manera, por lo tanto, es similar a lo que pensaste que debía ponerse como similar. De ninguna manera, digo, es similar el sacrificio pasajero a la concupiscencia permanente, que inquieta al hombre que ya no comete lo que solía cometer consintiendo, ya reteniendo con plena fe y conocimiento que tales cosas no deben hacerse, pero que no cesa de inquietar con los estímulos de deseos ilícitos, a los que resiste la castidad: ni se termina con el conocimiento, para que no exista; sino que se refrena con la continencia, para que no pueda llegar a donde tiende. Por lo tanto, así como la inmolación a los ídolos, que ya no está en acción, porque ha pasado; ni en voluntad, porque el error por el cual se hacía ha sido eliminado; sin embargo, su culpa permanece, hasta que en el baño de la regeneración se disuelva con el perdón de todos los pecados: así, por el contrario, aunque la culpa de la mala concupiscencia haya sido disuelta por el mismo Bautismo; sin embargo, permanece, hasta que sea sanada por la medicina del que, después de expulsar los demonios, perfecciona las sanidades.

62. Pero te ruego, ya que tú mismo concedes que la culpa del pecado cometido y pasado permanece, a menos que sea lavada por la fuente sagrada; dime qué es esta culpa, y dónde permanece en el hombre ya corregido y viviendo rectamente, aunque aún no liberado por el perdón de los pecados. ¿Es la culpa un sujeto, es decir, una sustancia, como el espíritu, como el cuerpo; o está en un sujeto, como la fiebre o una herida en el cuerpo, o la avaricia o el error en el alma? Vas a decir que está en un sujeto: pues no afirmarás que la culpa es una sustancia. ¿En qué sujeto, entonces, te parece que está? ¿Por qué he de preguntar qué responderás, y no más bien poner tus propias palabras? «Con el acto,» dices, «pasando, su culpa permanece en la conciencia de quien pecó, hasta que sea perdonada.» Por lo tanto, está en un sujeto, es decir, en el alma de quien recuerda haber pecado, y se angustia con el escrúpulo de la conciencia, hasta que se haga seguro con el perdón del delito. ¿Qué si olvida que pecó, y su conciencia no lo estimula, dónde estará esa culpa, que concedes que permanece después de que el pecado ha pasado, hasta que sea perdonada? Ciertamente no está en el cuerpo, porque no es de los accidentes que ocurren al cuerpo; no está en el alma, porque el olvido ha borrado su memoria: y sin embargo, está. ¿Dónde está, entonces, cuando el hombre ya vive bien, sin cometer nada de ese tipo; ni se puede decir que la culpa de sus pecados permanece en los que recuerda; pero de los que ha olvidado, no permanece? Pues permanece completamente hasta que sea perdonada. ¿Dónde, entonces, permanece, sino en las leyes ocultas de Dios, que están escritas de alguna manera en las mentes de los ángeles, para que no haya iniquidad impune, excepto la que el sangre del Mediador ha expiado; cuya señal de la cruz consagra el agua del Bautismo, para que se disuelva la culpa como si estuviera escrita en un documento, en el conocimiento de los poderes espirituales, por los cuales se exige el castigo de los pecados? A este documento nacen sujetos todos los nacidos en la carne de la carne carnalmente; de esta deuda son liberados por la sangre de aquel que nació en la carne y de la carne, no carnalmente, sino espiritualmente. Pues nació del Espíritu Santo y de la Virgen María. Del Espíritu Santo, para que no hubiera en él carne de pecado; de la Virgen María, para que hubiera en él semejanza de carne de pecado. Por eso no vino sujeto a ese documento, y de él libera a los sujetos. Pues no hay iniquidad, cuando en un hombre o lo superior sirve vergonzosamente a lo inferior, o lo inferior se resiste contumazmente a lo superior, aunque no

se le permita vencer. Si un hombre sufriera esta iniquidad de otro hombre adverso desde fuera, porque no estaría en él, ciertamente sería castigado sin él: pero porque está en él, o será castigado con él, o, una vez liberado de su culpa, persevera en la lucha contra el espíritu, de modo que ya no envía al hombre no culpable a ningún tormento después de la muerte, no lo aleja del reino de Dios, no lo hace ser retenido por ninguna condenación; ni para que carezcamos completamente de ella, como si fuera una naturaleza ajena, se separa de nosotros, sino que, porque es una debilidad de nuestra naturaleza, se sana en nosotros.

CAPÍTULO XX.

63. Por este vicio, como se ha dicho en ese libro al que te opones, «la naturaleza humana es condenada: y por lo que es condenada, por eso también es sometida al diablo condenable; porque el diablo también es un espíritu inmundo: y ciertamente es bueno que sea espíritu, malo que sea inmundo; porque el espíritu es naturaleza, inmundo es vicio: de los cuales el primero es de Dios, el segundo de él mismo. Por lo tanto, no retiene a los hombres, ya sean de mayor o menor edad, por ser hombres, sino por ser inmundos» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, nn. 25, 26). A estas palabras mías de mi libro, que has citado, pensaste que debías resistir diciendo que «esta forma también debería haberse mantenido en el hombre malo, que se mantiene en el diablo; para que nadie sea condenado, excepto por los vicios de su propia voluntad; y por lo tanto no hay pecado original: de lo contrario, la obra de aquel,» como dices, «que también creó al diablo bueno, no puede ser aprobada.» Y no te das cuenta de que Dios no creó al diablo de otro diablo, ni de ningún ángel bueno, aunque su ley esté en los miembros que se oponen a la ley de la mente, por la cual y con la cual de hombre nace todo hombre. Por lo tanto, este argumento podría ayudarte, si como el hombre, así el diablo engendrara hijos, y negáramos que están sujetos al pecado paterno. Pero ahora es diferente aquel que era homicida desde el principio, porque al hombre desde el principio en que fue instituido como hombre, lo mató por la seducción de la mujer, y en la verdad no permaneció por libre albedrío (Juan VIII, 44), y cayendo lo derribó: y es diferente que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12). Donde se expresa claramente, excepto por los pecados propios de cada hombre, el pecado original común a todos los hombres.

64. Pero lo que dije, «Quien se maravilla de que la criatura de Dios esté sujeta al diablo, no se maraville; porque la criatura de Dios está sujeta a la criatura de Dios, menor a mayor» (De Nuptiis et Concupiscentia, lib. 1, n. 26): ¿por qué lo pusiste así, sin añadir mis palabras siguientes, en las que mostré cómo dije, «menor a mayor» humana, es decir, a angélica; a menos que fuera para que se entendiera menos mi sentido, para que te hicieras un lugar donde, como sueles, de las categorías aristotélicas extendieras nubes a los ignorantes, en las que pensarían que dices algo, sin saber qué dices? Porque vuestra herejía ha llegado a tal punto, que vuestros seguidores se lamentan de que no se encuentren jueces dialécticos en la Iglesia, de las escuelas de los peripatéticos o estoicos, por los cuales podáis ser absueltos. ¿A qué se refiere, qué significa, por qué se dijo lo que dijiste, «porque mayor y menor pertenece a la especie finita de cantidad? Pero la cantidad,» dices, «no solo no es capaz de contrarios, lo cual tiene en común con la cualidad y otras categorías; sino que tampoco tiene contrario, lo cual tiene en común con la definición de sustancia: pero el bien y el mal son contrarios.» Estas cosas ciertamente nunca las dirías, si pensaras que los lectores o oyentes de tus libros entenderían lo que dices. ¿Es que por eso el hombre inmundo no debía ser sometido al ángel inmundo, porque la cantidad por la cual el ángel es mayor que el hombre, no solo no es capaz de contrarios, sino que tampoco tiene contrario: como si entonces el hombre hubiera sido sometido al diablo, si se encontrara contrario a él; y no se deben someter los males a los males, porque los bienes a los males, no los males a los males parecen ser contrarios? ¿Qué

puede pensarse más vano, qué puede decirse más inepto? ¿No está el siervo sujeto al amo, y el bueno al bueno, y el malo al malo, y el malo al bueno, y el bueno al malo? ¿No está la esposa sujeta al esposo, y la buena al bueno, y la mala al malo, y la buena al malo, y la mala al bueno? ¿Qué, entonces, tiene que ver con la fuerza o razón, por la cual algo debe ser sometido a algo, si esta cosa o aquella puede o no puede tener o poseer un contrario? Pero tú ciertamente no derramarías estas cosas inconsideradamente, si pensaras en la sabiduría contraria a la necedad que te sugiere estas cosas.

65. Ahora bien, ¿cuál es tu argumentación? «Si la cosa,» dices, «que está ordenada decentemente, pertenece a Dios, y la cosa que pertenece a Dios es buena; es bueno, por lo tanto, estar sujeto al diablo, porque por esto se mantiene el orden instituido por Dios. Y sigue,» dices, «que es malo rebelarse contra el diablo, porque por la rebelión se perturba el orden instituido por Dios.» Podrías decir que los agricultores resisten a Dios, y perturban su orden, limpiando los campos de espinas y cardos, que él ordenó que crecieran para los pecadores como castigo (Gén. III, 18). ¿Qué, que por esta tu razón se puede decir: si la cosa que está ordenada decentemente, pertenece a Dios, y la cosa que pertenece a Dios es buena; es bueno que los malos estén en el infierno, porque por esto se mantiene el orden instituido por Dios? Pero lo que tú añades, «Y sigue que es malo rebelarse contra el diablo, porque por la rebelión se perturba el orden instituido por Dios;» ¿por qué dices esto? Pues, ¿quién se rebela contra el diablo, sino el que ha sido liberado de su poder por la sangre del Mediador? Por lo tanto, sería mejor no tener enemigo, que vencerlo. Pero porque por el mérito del pecado la naturaleza humana está sujeta al enemigo; primero el hombre, para que pueda luchar contra él, es sacado de su poder. Luego, si la vida en esta carne es más prolongada, se le ayuda en la lucha, para que venza. Finalmente, el vencedor es beatificado, para que reine, diciendo al final, ¿Dónde está, muerte, tu contienda? (Oseas XIII, 14) O, como dice el Apóstol, ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? (I Cor. XV, 55)

CAPÍTULO XXI.

66. Incluso te pareció que debías poner algunas cosas de los libros de Maniqueo, con las que comparararas mi sentencia: cuando yo la mezcla de dos naturalezas, a saber, del bien y del mal, de donde mana toda la insania fabulosa de ellos, no solo la detesto y condeno con fe y palabra; sino que incluso a ti mismo, defensor de ellos, resistiéndote y refutándote, te convenzo. Pues cuando la verdad clama contra ellos, que los males no nacen sino de los bienes: ¿no reclamas tú por ellos y con ellos contra la verdad, «Por la obra de Dios no se permite que pase la obra del diablo. No puede la raíz del mal estar en el don de Dios. La razón de las cosas no permite que del bien nazca el mal, y de lo justo algo iniquo. No nacen los pecados de aquello que está libre de pecado. De esta obra que no tiene culpa, no puede nacer culpa» (Supra, lib. 1, capp. 8, 9, et lib. 5, cap. 16, nn. 59, 64)? Con todas estas voces tuyas se concluye que no hay males nacidos de los bienes; para que quede, según los maniqueos, que no hay males nacidos sino de los males. ¿Cómo, entonces, acusas a alguien con el nombre de maniqueo, como si fueras su adversario; cuando así te mantienes de su parte, que no pueden ser vencidos en absoluto, a menos que seas vencido con ellos? Lo cual en el primer libro de esta obra he tratado con cierta amplitud (Cap. 8), y en el quinto más brevemente (Cap. 16), y aquí hasta ahora nos ha bastado tratar.

67. Pero cuán mucho vuestra herejía común os ayuda a los maniqueos, ya lo he mostrado a menudo, pero tampoco aquí debe omitirse. Enumeran los maniqueos los males que muestran en los niños, que también Cicerón menciona en los libros de la República, de donde ya he trasladado sus propias palabras (Supra, lib. 4, cap. 12). En la enumeración de estos males dice, «no como de madre naturaleza, sino como de madrastra, el hombre ha sido arrojado a

estas miserias.» A esto se añaden también aquellos, que no todos los niños, pero sí muchos y varios vemos sufrir, hasta los ataques de los demonios. Y concluyen diciendo, Como Dios es justo y omnipotente, ¿de dónde sufre estos males su imagen en los niños, sino porque es verdadera, dicen, la mezcla de dos naturalezas, del bien y del mal, que nosotros afirmamos? La verdad católica los refuta, confesando el pecado original, por el cual la raza humana se ha convertido en un juguete de los demonios, y la descendencia de los mortales destinada a una miseria laboriosa. No sería así, si la naturaleza humana hubiera permanecido en el estado en que fue creada por el libre albedrío. Pero vosotros, negando el pecado original, ciertamente os veréis obligados a decir que Dios es o débil o injusto, bajo cuyo poder su imagen en los niños sin ningún mérito de pecado propio o original es afligida por tantos males; pues no se ejercita la virtud por estos, lo cual se dice correctamente de los hombres buenos mayores, en los que hay uso de razón: o, porque no podéis decir que Dios es impotente o injusto, los maniqueos fortalecerán su error contra vosotros sobre la mezcla de dos sustancias enemigas entre sí. Por lo tanto, «ninguna hierba del batanero,» como dices, «me limpia de la infección de los maniqueos.» Con estas palabras petulantes haces injuria al baño de la regeneración, que recibí en el seno de la madre católica. Pero a vosotros os ha infiltrado un veneno tan malicioso del antiguo dragón, que tanto infamáis a los católicos con el horror del nombre de maniqueo, como ayudáis a los maniqueos con la perversidad de vuestro dogma.

CAPÍTULO XXII.

68. Pero aquello de otro libro mío, que escribiendo a Marcellino dije, «Los hijos de la mujer que creyó al serpiente para ser corrompida por la lujuria, no se liberan sino por el Hijo de la Virgen, que creyó al ángel para concebir sin lujuria» (Lib. 1 de peccatorum Meritis et Remissione, cap. 28): lo pusiste de tal manera y quisiste que se entendiera, como si hubiera dicho, «que el serpiente se hubiera mezclado con Eva en concubinato corporal;» como los maniqueos deliran que el príncipe de las tinieblas, padre de la misma mujer, se unió con ella en concubinato. Esto no lo dije yo del serpiente. Pero, ¿acaso tú niegas contra el Apóstol que la mente de la mujer fue corrompida por el serpiente? ¿O no lo oyes, donde dice, Temo que como el serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestras mentes de la simplicidad y castidad que hay en Cristo (II Cor. XI, 3)? De esta corrupción del serpiente, como también ocurre cuando las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV, 33), llegó la lujuria de pecar a la mente de la mujer; para que también al hombre corrompido por la transgresión, luego aquella, de la cual se avergonzaron y cubrieron sus partes vergonzosas, siguiera en la carne, no por la unión corporal del diablo, sino por la gracia espiritual de Dios que se retiró.

69. Por lo tanto, no «destruiste con toda tu disputa,» como te jactas, «mi afirmación sobre el mal de la concupiscencia carnal y el pecado original;» permaneciendo la alabanza de los matrimonios, que usan bien del mal, no que lo hicieron, sino que lo encontraron. Pero ni siquiera destruiste a los maniqueos, a quienes más bien ayudaste, tú principalmente, y en común todos los partícipes del error y novedad pelagiana, como ya he demostrado. Sobre los testimonios también de los tratados católicos de San Basilio de Cesarea y San Juan de Constantinopla, cuyos sentidos dijiste que convenían a vuestras sentencias, en el primer libro de esta obra mía, te respondí con verdad suficiente y certísima (Capp. 5 et 6); mostrando cómo, al no entender algunas de sus palabras, lucháis con admirable ceguera contra su dogma, que es el dogma católico. También en el segundo libro hemos tratado lo suficiente, para que aparezca que no es, como acusas, «una conspiración de perdidos» (Supra, lib. 1, cap. 7); sino el piadoso y fiel consenso de los santos y doctos padres de la Iglesia católica, que resisten a vuestra novedad herética por la verdad católica antiquísima. Por lo cual también «el murmullo del pueblo, que dices que es lo único que os oponemos,» no es lo único, porque se

apoya en la autoridad de tantos doctores; y es justo, porque no quiere que destruyáis la salvación que también a él le es muy conocida, que está en Cristo para los niños.

CAPÍTULO XXIII.

70. En cuanto a las palabras apostólicas, donde dice: "Sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita el bien"; y continúa hasta decir: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" afirmas que yo lo entiendo "de manera diferente a como debe entenderse todo el capítulo"; sin saber que me atribuyes mucho. No soy el único ni el primero que ha entendido este pasaje de manera que refuta vuestra herejía, tal como debe ser realmente entendido. De hecho, antes lo entendía de otra manera, o más bien no lo entendía; como lo atestiguan algunos de mis escritos de aquella época. No me parecía que el Apóstol pudiera decir de sí mismo: "Yo soy carnal", siendo espiritual; y que fuera llevado cautivo bajo la ley del pecado que estaba en sus miembros (Rom. VII, 14, 18-24). Yo pensaba que estas cosas no podían decirse sino de aquellos que estaban tan subyugados por la concupiscencia de la carne que hacían todo lo que esta les compelia; lo cual es demente creer del Apóstol: cuando incluso una innumerable multitud de santos, para no cumplir los deseos de la carne, desean contra la carne con el espíritu. Pero después cedí a los mejores y más inteligentes, o más bien a la verdad misma, como debe confesarse, para ver en esas palabras del Apóstol el gemido de los santos que luchan contra las concupiscencias carnales. Quienes, aunque son espirituales en mente, todavía en este cuerpo corruptible que pesa sobre el alma (Sab. IX, 15), se entienden correctamente como carnales; porque serán también espirituales en cuerpo, cuando el cuerpo animal sembrado resucite cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44): y se entienden correctamente como cautivos bajo la ley del pecado en esa parte que está sujeta a los movimientos de deseos a los que no consienten. Así llegué a entender estas cosas como las entendieron Hilario, Gregorio, Ambrosio y otros santos y conocidos doctores de la Iglesia, quienes también sintieron que el mismo Apóstol luchó valientemente contra las concupiscencias carnales que no quería tener, pero que tenía, y que testificó su lucha con esas palabras suyas (Supra, lib. 2, capp. 3 et 4). Contra estos movimientos, primero para ser derrotados para que no dominen, y luego para ser sanados para extinguirse completamente, tú mismo confesaste que los santos ejercen gloriosas batallas (Supra, lib. 3, cap. 21). Por tanto, reconozcamos juntos las palabras de los que luchan, si luchamos. De esta manera no vivimos nosotros, sino que Cristo vive en nosotros, si confiamos en Él, no en nosotros, tanto para ejercitar la lucha contra las concupiscencias como para alcanzar la victoria hasta la consumación de esos mismos enemigos. Porque Él se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención; para que, como está escrito, "El que se gloria, gloriése en el Señor" (I Cor. I, 30, 31).

71. No es, por tanto, "contrario", como piensas, "que quien dice: 'Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí'" (Gál. II, 20); "diga también: 'Sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita el bien'". En la medida en que Cristo vive en él, en esa medida combate y supera lo que no habita el bien en su carne, sino el mal. Pues no sería correcto que el espíritu de alguien deseara contra su carne, si no habitara en él el espíritu de Cristo. Lejos de nosotros decir, como nos acusas, que "el Apóstol dijo estas cosas como si quisiera ser entendido como alguien que, resistiendo, es llevado por una mano pestilente de voluptuosidad a la prostitución": cuando dice, "No soy yo quien lo hace" (Rom. VII, 18, 20), mostrando que las concupiscencias de la carne solo operan el impulso de la libido, sin el consentimiento del pecado.

72. ¿Por qué intentas en vano "transferir estas palabras a la soberbia de los judíos", como si el Apóstol se hubiera transfigurado en ellos, quienes despreciaban los dones de Cristo, como si no los necesitaran? Así lo sospechas: y ojalá al menos saborearas esos dones de Cristo de tal manera que creyeras que tienen algún poder para vencer la concupiscencia. Pero dices que fueron despreciados por los judíos "porque Él daba perdón a los pecados que ellos habían evitado por la advertencia de la ley". Como si el perdón de los pecados ofreciera al hombre que la carne no desee contra el espíritu (Gál. V, 17), de donde nacieron esas palabras: "Sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita el bien"; y otras cosas semejantes. Pero tú no te apartas de vuestro dogma, que considera que la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor se ocupa solo del perdón de los pecados, sin ayudar a evitar los pecados y vencer los deseos carnales, difundiendo la caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Ni consideras que quien dice: "Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente"; y clama que no se libera de este mal sino por la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor; no es judío, ni porque ha pecado, sino que más bien se esfuerza para no pecar.

73. "Exagera", dices, "el Apóstol la fuerza de la costumbre". Entonces responde, si el bautizado no lucha contra esa fuerza. Si lo niegas, contradices todos los sentidos cristianos: pero si lucha, ¿por qué no reconoces en las palabras del Apóstol la voz de quien lucha? "Por la ley", dices, "buena y por el mandamiento santo, los perversos del alma se hicieron más feroces; porque sin voluntad propia ninguna instrucción podía inspirar virtud". ¡Oh, agudo intérprete! ¡Oh, excelente tratador de los divinos elocuentes! ¿Qué haces con las palabras de quien dice: "No hago lo que quiero"; y, "Querer está presente en mí"; y, "Lo que no quiero, eso hago"; y, "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior"? Escuchas estas cosas, y dices que porque faltó la voluntad, por eso faltó la virtud. ¿Qué, que no solo la voluntad, sino también la virtud estuvo presente, para no consentir a la concupiscencia de la carne, que servía a la ley del pecado con esos mismos movimientos perversos? A los cuales no cediendo, ni presentando sus miembros como armas de iniquidad al pecado (Rom. VI, 13), y sin embargo sintiendo lo que no quería en la carne deseando contra el espíritu, y deseando contra ella con el espíritu, decía con la voz más verdadera de castidad: "Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado". Esas palabras que pusiste, donde dice el Apóstol: "La ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Lo que es bueno, entonces, se ha convertido en muerte para mí? ¡De ninguna manera! Pero el pecado, para que aparezca como pecado, operó la muerte en mí a través de lo bueno, para que el pecado se hiciera extremadamente pecaminoso a través del mandamiento": se entiende bien que habló de su vida pasada, cuando estaba bajo la ley, aún no bajo la gracia. Porque también usa palabras de tiempo pasado, diciendo: "No conocí el pecado sino por la ley"; y, "No conocía la concupiscencia"; y, "Operó en mí toda concupiscencia"; y, "Vivía alguna vez sin ley"; ciertamente cuando aún no podía tener uso de razón: y, "Al venir el mandamiento, el pecado revivió, y yo morí"; y, "El pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató"; y, "Operó la muerte en mí a través de lo bueno". En todas estas cosas se entiende que indica el tiempo en que vivía bajo la ley, y aún no ayudado por la gracia era vencido por las concupiscencias carnales. Pero cuando ya dice: "La ley es espiritual; pero yo soy carnal": ya muestra lo que sufría combatiendo. No dijo, "fui carnal", o "era"; sino, "soy". Y distingue más claramente los tiempos mismos, donde dice: "Ahora ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí". Ya no operaba los movimientos de los deseos malos, a los que no consentía para perpetrar pecados. Pero con el nombre de pecado que habitaba en él, llamaba a la misma concupiscencia; porque fue hecha por el pecado, y si atrajera y sedujera al consentidor, concibe y da a luz el pecado. Y todo lo demás hasta el lugar donde dice: "Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del

pecado" (Rom. VII, 7-25), son palabras de quien ya está bajo la gracia, pero aún lucha contra su concupiscencia, no consintiendo en ella para pecar; pero sin embargo sufriendo los deseos del pecado a los que se resiste.

74. Ninguno de nosotros acusa la sustancia del cuerpo, nadie la naturaleza de la carne: en vano te purgas de lo que no es culpado por nosotros. No negamos que hay malas concupiscencias en nosotros, a las que si vivimos bien no consentimos; deben ser castigadas, frenadas, combatidas, vencidas: sin embargo, están, y no son ajenas. Ni son estas cosas buenas nuestras, sino malas. Y no como dijo la vanidad maniquea, estarán separadas fuera de nosotros: sino, como dice la verdad católica, no serán sanadas.

CAPÍTULO XXIV.

75. También sobre esas palabras apostólicas, en las que con una impudencia admirable, o más bien demencia, resistís a la fe más fundamentada, donde dice: "Por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron" (Rom. V, 12); en vano intentas esculpir un sentido nuevo y distorsionado y alejado de la verdad, afirmando que "se dijo en esa locución, 'en quien todos pecaron', como si se dijera, 'por lo cual todos pecaron': como se dijo, '¿En qué corrige el joven su camino?'" (Sal. CXVIII, 9): para que no se entienda que todos los hombres pecaron originalmente en un solo hombre, y como en la unión de la masa comúnmente; sino que por eso, porque el primer hombre pecó; es decir, cuando lo imitan, no cuando son engendrados de él. Por tanto, no conviene a este sentido esa locución, que se haya dicho 'en quien', como si se dijera, "por lo cual". Pues alguien peca por esto, porque se propone pecar, o de cualquier manera lo que le es causa de pecar. ¿Quién, pues, de todo sentido humano es tan absurdo, que diga: Por esto hizo este hombre homicidio, porque en el paraíso Adán tomó alimento del árbol prohibido; cuando este, robando, mató a un hombre sin pensar en Adán, sino por esto para quitarle el oro que llevaba? Así también todos los demás pecados que cada uno comete por sí mismo, tienen causas por las cuales se hacen, aunque nadie piense en lo que aquel primer hombre cometió, ni se proponga como ejemplo para pecar. Por tanto, por esto, es decir, porque pecó Adán, ni siquiera se puede decir que pecó Caín, quien conocía a su mismo padre. Pues es conocido por qué mató a su hermano: no por lo que perpetró Adán, sino porque envidió su bien.

76. Por último, ni siquiera los testimonios que pusiste para este sentido vuestro te apoyan. Pues se dice correctamente, "¿En qué corrige el joven su camino?" "¿por qué lo corrige?" porque sigue, "guardando tus palabras". Pues por esto corrige su camino, porque piensa en las palabras de Dios como deben ser pensadas, y al pensarlas las guarda, y al guardarlas vive rectamente. Esa es la causa para él de corregir su camino, porque guarda las palabras de Dios. Y lo que dice el bienaventurado Esteban, "Moisés huyó por esta palabra" (Hech. VII, 29); se entiende bien, "por esta palabra"; porque esto oyó, esto temió, esto pensó para huir; esta fue la causa para él de huir. ¿Acaso en estas locuciones se ha dicho algo que pertenezca a la imitación, por la cual así uno imita a otro, que no lo piensa en absoluto: y por eso de ninguna manera se puede decir que pecó por esto, porque aquel pecó, en quien ni estuvo originalmente, ni pensó en él en su propio pecado?

77. "Pero, dices," si hablaba de la transmisión del pecado, en ninguna parte diría más congruentemente, Por eso pasó el pecado, porque todos son generados de la voluptuosidad de los cónyuges: y añadiría, En eso pasó, en lo que fluyeron de la carne corrompida del primer hombre." Y no ves que de la misma manera se te puede decir, Si el Apóstol hablaba de la imitación del pecado, en ninguna parte diría más congruentemente, Por eso pasó el pecado,

porque precedió el ejemplo del primer hombre: y añadiría, En eso pasó, en lo que todos pecaron por la imitación de aquel uno. Pues de alguna de estas dos maneras hablaría el Apóstol en este lugar, si hablara según tu arbitrio o el mío. Porque, pues, ni dijo aquello que tú, ni aquello que yo; ¿quieres que creamos que en estas sus palabras, ni el pecado original según los católicos, ni el imitatorio según los pelagianos debe ser entendido? Creo que no lo quieres. Por tanto, remueve esas cosas que pueden decirse con igual peso de ambas partes, y si te place mirar sin contienda lo que el Apóstol dijo, advierte, para decir esto, qué hacía: y encontrarás por un solo hombre la ira de Dios sobre el género humano, y por un solo hombre la reconciliación con Dios, de aquellos que son liberados gratuitamente de la condenación de todo el género. Aquel es el primer Adán hecho de la tierra, este es el segundo Adán hecho de mujer. Pero allí por la Palabra se hizo carne, aquí, sin embargo, la misma Palabra se hizo carne; para que por su muerte vivamos, habiéndolo dejado, habíamos muerto. "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros; mucho más, habiendo sido ahora justificados en su sangre, seremos salvos de la ira por él" (Rom. V, 8, 9).

78. De esta ira dice: "Éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás" (Efes. II, 3). De esta ira dice el profeta Jeremías: "Maldito el día en que nací" (Jer. XX, 14). De esta ira dice el santo Job: "Perezca el día en que nací" (Job III, 3). De esta ira dice también él mismo: "El hombre nacido de mujer, de corta vida, y lleno de ira, como flor del heno cae, huye como sombra y no permanece. ¿No has hecho cuidado de este, y lo has hecho entrar en tu juicio? ¿Quién será limpio de inmundicias? Ni uno solo, aunque su vida sea de un solo día sobre la tierra" (Id. XIV, 1-5, según LXX). De esta ira dice el libro del Eclesiástico: "Toda carne como vestidura envejece; porque el pacto desde el siglo, morirás" (Eccl. XIV, 18, 12). Y también él mismo: "De la mujer, dice, es el principio del pecado, y por ella morimos todos" (Id. XXV, 33). Y en otro lugar: "Gran ocupación ha sido creada para todo hombre, y un yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de la salida del vientre de su madre, hasta el día de la sepultura en la madre de todos" (Id. XL, 1). De esta ira dice el Eclesiastés: "Vanidad de vanidades, y todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo, con que se afana bajo el sol?" (Eccl. I, 2, 3). De esta ira es la voz apostólica: "Toda la creación fue sujeta a vanidad" (Rom. VIII, 20). De esta ira se lamenta el Salmo: "He aquí, has puesto mis días como un palmo, y mi sustancia es como nada ante ti; sin embargo, toda vanidad es todo hombre viviente" (Sal. XXXVIII, 6). De esta ira se lamenta también otro: "Los años de los que se tienen por nada serán. Por la mañana pasa como la hierba, por la mañana florece y pasa, por la tarde cae, se endurece y se seca. Porque hemos perecido en tu ira, y en tu indignación hemos sido turbados. Has puesto nuestras iniquidades delante de ti, nuestro siglo en la luz de tu rostro. Porque todos nuestros días han perecido, y en tu ira hemos perecido. Nuestros años como una araña meditarán" (Sal. LXXXIX, 5-9).

79. Nadie se libera de esta ira de Dios, a menos que se reconcilie con Dios por medio del Mediador. Por eso, el mismo Mediador dice: "El que no cree en el Hijo, no tendrá vida; sino que la ira de Dios permanece sobre él" (I Juan III, 36). No dijo "Vendrá", sino "permanece sobre él". Por lo tanto, creen y confiesan tanto los mayores con su corazón y boca propia, como los pequeños a través de otros, para reconciliarse con Dios por la muerte de su Hijo, para que la ira de Dios no permanezca sobre ellos, a quienes también el origen viciado hace culpables. Hablando de esto, el Apóstol dice: "Cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros; mucho más ahora, justificados en su sangre, seremos salvos de la ira por él. Porque si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo; mucho más, estando reconciliados, seremos salvos en su vida: y no solo eso, sino que también nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido

la reconciliación. Por eso, así como por un hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron". Es evidente que el Apóstol decía esto. Vayan ahora, y a esta reconciliación, que se hace por la muerte del Hijo de Dios, que vino al mundo sin pecado, aparten a los pequeños, para que por aquel por quien el pecado entró en el mundo, la ira de Dios permanezca sobre ellos. ¿Qué hace aquí la imitación, te pregunto, cuando escuchas: "Porque el juicio vino de uno para condenación, pero la gracia de muchos delitos para justificación" (Rom. V, 8-12, 16)? ¿De dónde la gracia de muchos delitos para justificación, sino porque además de aquel único de origen, encontró muchos añadidos que debía borrar juntos? De lo contrario, así sería la condenación de muchos, que los hombres cometieron imitando a uno; como la justificación de esos mismos muchos, a quienes, perdonados, respiraban en gracia. Pero porque aquel único bastaba, por el cual también solo se haría la condenación; la gracia no bastaba con borrar aquel único, sino también muchos que se añadieron, para que con el perdón de todos se hiciera la justificación: por eso se dijo, "El juicio de uno para condenación, pero la gracia de muchos delitos para justificación". Porque así como los pequeños no imitan a Cristo, porque aún no pueden, y sin embargo pueden pertenecer a su gracia espiritual: así sin imitación del primer hombre, están sujetos a la contaminación de la generación carnal de él. Pero si por eso quieres que estén ajenos al pecado del primer hombre, porque no lo imitaron con voluntad propia; por esta razón los alejarás también de la justicia de Cristo, porque tampoco lo imitaron con voluntad propia.

80. Cuando no quieres entender "todos" por "muchos", que dijo después; "pensando que se dijo muchos, para que no se entendieran todos": podrías decir esto también del linaje de Abraham, a quien se prometieron todas las naciones (Gen. XXII, 18), que no se prometieron todas las naciones; porque en otro lugar se dijo, "Te he puesto por padre de muchas naciones" (Id. XVII, 5). Sin embargo, es una interpretación sana, que la Escritura habló así, porque pueden ser algunos todos, que no son muchos: como decimos todos los Evangelios, y sin embargo están contenidos en un breve número, es decir, cuatro. Y nuevamente pueden ser algunos muchos, pero no todos: como decimos que muchos creen en Cristo, y sin embargo no todos creen. Porque no todos tienen fe, dice el Apóstol (II Tes. III, 2). Pero lo que se dijo, "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones"; y, "Te he puesto por padre de muchas naciones": se ha mostrado que las mismas todas, son muchas; y las mismas muchas, son todas. Así también cuando se dijo, "Por uno el pecado pasó a todos"; y después, "Por la desobediencia de uno muchos fueron constituidos pecadores": ellos son muchos, que son todos. De manera similar cuando se dijo, "Por la justificación de uno a todos los hombres, para justificación de vida"; y nuevamente se dijo, "Por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos" (Rom. V, 12, 18, 19): no exceptuando a algunos, sino que esos mismos muchos, todos deben entenderse: no porque todos los hombres sean justificados en Cristo; sino porque todos los que son justificados, no pueden ser justificados de otra manera que en Cristo. Como podemos decir, que en una casa todos entran por una puerta; no porque todos los hombres entren en esa misma casa, sino porque nadie entra sino por ella. Todos, por tanto, a la muerte por Adán, todos a la vida por Cristo. Porque "así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados" (I Cor. XV, 22): es decir, desde el primer origen del género humano nadie a la muerte sino por Adán, y nadie por Adán sino a la muerte; y nadie a la vida sino por Cristo, y nadie por Cristo sino a la vida.

81. Pero cuando no quieres entender que todos, sino muchos, ya sea por Adán, fueron condenados, o por Cristo, liberados, con una horrenda perversidad estás en contra de la religión cristiana. Porque si algunos serán salvos sin Cristo, y algunos son justificados sin Cristo; entonces Cristo murió en vano. Pues había otro modo, como quieres, en la naturaleza,

en el libre albedrío, en la ley natural, o escrita, por el cual podrían ser salvos y justos quienes quisieran. Pero, ¿quién sino un injusto prohibiría a las justas imágenes de Dios del reino de Dios? Aquí tal vez dices: Pero más fácilmente por Cristo. ¿Acaso no podría decirse también de la ley: Hay justicia por la ley, pero más fácilmente por Cristo? Y sin embargo, dice el Apóstol, "Si por la ley hay justicia, entonces Cristo murió en vano" (Gál. II, 21). No hay, por tanto, otro mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), otro nombre bajo el cielo, en el cual debamos ser salvos (Hech. IV, 12). Y por eso se dijo, "En Cristo todos serán vivificados": porque en él Dios ha definido la fe para todos, resucitándolo de los muertos (Id. XVII, 31). Pero vuestro dogma intenta persuadir esto, como si por la inculpable predicación de la naturaleza, y el poder del libre albedrío, y la ley ya sea natural o dada por Moisés, aunque sea necesario, no sea necesario pasar a Cristo para la salvación eterna: porque por el sacramento de su muerte y resurrección (si es que al menos esto creéis) es un camino más conveniente, no que no pueda haber otro camino. Por lo cual, cuanto más deben detestarnos los cristianos al considerar esto, renunciad a vosotros mismos incluso si nosotros llamamos.

CAPÍTULO XXV.

82. Pero lo que quisiste que fuera el último y como el más fuerte fundamento de tu causa, un testimonio profético, donde leemos que por Ezequiel se dijo, que no será la parábola que decían, que los padres comieron uvas agrias, y los dientes de los hijos se entumecieron; ni morirá el hijo por el pecado del padre, ni el padre por el pecado del hijo, sino que el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 2-4): no entiendes que esta es la promesa del Nuevo Testamento, y de la herencia espiritual perteneciente al otro siglo. Porque la gracia del Redentor actúa para borrar el documento paterno (Colos. II, 14), y que cada uno rinda cuentas por sí mismo. Sin embargo, ¿quién podría enumerar cuántos son los testimonios divinos de las Escrituras, que obligan a los hijos por los pecados de los padres? ¿Por qué pecó Cam, y la venganza se pronunció sobre su hijo Canaán (Gen. IX, 22, 24, 25)? ¿Por qué por el pecado de Salomón su hijo fue castigado con la disminución del reino (III Reg. XII)? ¿Por qué la pena de los pecados del rey Acab de Israel se pospuso para sus descendientes (Id. XXI)? ¿Por qué se lee en los Libros santos, "Recompensando los pecados de los padres en el seno de sus hijos después de ellos" (Jerem. XXXII, 18); y, "Recompensando los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación" (Éxodo XX, 5)? Este número también puede tomarse por la universalidad. ¿Acaso estas cosas son falsas? ¿Quién diría esto, sino el más abierto enemigo de las palabras divinas? Pero la generación carnal, incluso del pueblo de Dios perteneciente al Antiguo Testamento, que engendra para servidumbre (Gál. IV, 24), obliga a los hijos por los pecados de los padres; pero la generación espiritual, así como la herencia, ha cambiado las amenazas y promesas de penas y recompensas. Los Profetas, previendo esto en el espíritu, dijeron estas cosas; pero más claramente Jeremías: "En aquellos días, dice, no dirán, Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se entumecieron: sino que cada uno morirá por su propio pecado; y los dientes de aquel que comiere uva agria, se entumecerán" (Jerem. XXXI, 29-32). Es evidente que esto se pronuncia proféticamente, como el mismo Nuevo Testamento, que antes estaba oculto, y después fue revelado por Cristo. Finalmente, para que no nos movieran las cosas que mencioné, y muchas otras de este tipo sobre la retribución de los pecados de los padres en los hijos, que ciertamente están escritas verdaderamente, y parecieran contrarias a esta profecía; inmediatamente resuelve esta cuestión tan molesta, uniendo y diciendo: "He aquí vienen días, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá, no como el pacto que hice con sus padres" (Jerem. XXXI, 29-32). En este nuevo Testamento, por la sangre del testador, borrado el documento paterno, el hombre comienza a no estar sujeto a las

deudas paternas al renacer, a las que estaba obligado al nacer, diciendo el mismo Mediador, "No llaméis padre a nadie en la tierra" (Mat. XXIII, 9): según esto, ciertamente, que encontramos otros nacimientos en los que no sucederíamos al padre, sino que viviríamos siempre con el padre.

CAPÍTULO XXVI.

83. Creo que te he respondido a todo, Juliano, y he refutado todo lo que pensaste y discutiste en cuatro volúmenes para que no se creyera en el pecado original, y que la concupiscencia de la carne no puede ser culpada sin condenar el matrimonio; creo que lo ves, si no eres obstinado. Se ha demostrado que solo aquel que ha cambiado de herencia y padre no está sujeto a la antigua deuda paterna; donde encontró al único coheredero por naturaleza, adoptado él mismo por gracia: y que solo a él la concupiscencia carnal no le inflige muerte después de la muerte, quien en la muerte de Cristo encontró la muerte, por la cual muere al pecado, y escapó de la muerte en la que nació en pecado. Porque uno murió por todos, por lo tanto, todos murieron (II Cor. V, 14): y murió por todos; ni podrán vivir aquellos por quienes no murió, quien por los muertos vivió muerto. Negando esto, oponiéndote a esto, intentando derribar estos fundamentos de la fe católica, y romper los mismos nervios de la religión cristiana y la verdadera piedad; te atreves además a decir que has emprendido guerras contra los impíos: cuando te armas con armas de impiedad contra la madre que te engendró espiritualmente. Te atreves a unirte al ejército de los santos Patriarcas, Profetas, Apóstoles, mártires y sacerdotes: cuando los Patriarcas te dicen, que también por los pequeños nacidos se ofrecían sacrificios por los pecados (Lev. XII); porque no hay nadie limpio de impurezas, ni siquiera el infante de un día sobre la tierra (Job XIV, 5, según LXX): cuando los Profetas te dicen, que en iniquidades fuimos concebidos (Sal. L, 7): cuando los Apóstoles te dicen, "Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte; para que consideremos que estamos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús" (Rom. VI, 3, 11): cuando los mártires te dicen, que según Adán nacidos carnalmente contraen el contagio de la muerte antigua en el primer nacimiento, de donde a los pequeños se les perdonan en el Bautismo, no sus propios pecados, sino los ajenos (Cipriano, Epist. 64, ad Fidum. Véase supra, lib. 1, cap. 3): cuando los sacerdotes te dicen, que concretados por la voluptuosidad carnal primero sufren el contagio de los delitos, antes de recibir el don de esta vida (Ambrosio, libro sobre el Sacramento de la regeneración. Véase supra, lib. 2, cap. 6). Te atreves a asociarte con estos, cuya fe intentas destruir. Te atreves a decir que eres vencido por la compañía de los Maniqueos, quienes haces invictos a los Maniqueos, a menos que también tú seas vencido con ellos. Te equivocas, hijo, te equivocas miserablemente, o incluso detestablemente: cuando hayas vencido la obstinación que te tiene, entonces podrás sostener la verdad por la cual eres vencido.